

Eduardo Barrios
GRAN SEÑOR
Y RAJADIABLOS



Lectulandia

Esta obra, que en la actualidad ya ha alcanzado numerosas ediciones, es considerada como una de las mejores novelas de Eduardo Barrios. En esta narración la temática sobre la vida campesina es presentada por el autor desde una perspectiva más analítica y psicológica, permitiendo que el lector se haga partícipe de los miedos, frustraciones y deseos de los personajes. Con esto, Gran señor y rajadiablos se insertó en la tendencia americanista de la literatura latinoamericana. Su aparición en 1948, provocó encontradas opiniones entre los críticos de la época. Uno de los tantos comentarios fue el de Mario Ferrero, quien expresó: «En su visión realista del campo chileno, Barrios se despreocupa absolutamente del inquilino, del afuerino, del peón agrícola y del mediero, los auténticos héroes de cualquier creación literaria de la vida campesina nacional para fijar toda su atención en el señor feudal de nuestros campos, el rico agricultor en héroe de leyenda». Lo que destacó Ferrero es, en efecto, el principal mérito del libro, ya que Barrios, al contar la historia de un poderoso señor feudal José Pedro Valverde, el que hace respetar su palabra e impone su ley, introduce un nuevo tópico, distinto al que las letras chilenas se acostumbraban a delinear.

Lectulandia

Eduardo Barrios

Gran señor y rajadiablos

ePub r1.0

Titivillus 29.10.17

Eduardo Barrios, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«El bien que acarrió Barrios a nuestra literatura fue particularmente el de darnos la primera prosa fina usada en el género de novela; nuestros novelistas generalmente sabían urdir buenas tramas, pero escribían en estilos bastante derrengados», comenta Gabriela Mistral, quien prologa la obra *Y sigue la vida...* Algo similar opina Alone, a pesar que no le convencen los personajes de Barrios, pero de su estilo dice que «si la prosa, la buena y bella prosa, fuera la máxima virtud del novelista, Barrios sería sin discusión el primer novelista chileno. Escribe admirablemente, con suavidad, transparencia, nobleza y sus términos son puros.»

Este gran escritor, Premio Nacional de Literatura en 1946, tiene una vida curiosísima, llena de altibajos: ocupa los más variados cargos, desde trabajos menores a Ministro de Estado.

Nace en Valparaíso en 1884 de padre chileno, que muere siendo él muy niño, y de madre peruana, que, al enviudar, vuelve a vivir con su familia a Lima. Aquí el muchacho hace sus estudios primarios y secundarios y a los quince años regresa a Chile.

Luego de permanecer un corto tiempo en la Escuela Militar, recorre casi toda América en busca de soluciones económicas y aventuras. Él mismo cuenta: «Hice de todo. Fui comerciante; expedicionario a las gomeras en las montañas del Perú; busqué minas en Collahuasi; llevé libros en las salitreras; entregué máquinas por cuenta de un ingeniero en una fábrica de hielo de Guayaquil; en Buenos Aires y en Montevideo vendí estufas económicas; viajé entre cómicos y saltimbanquis, y como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté en público como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas...»

Entre todo este ajetreo, Eduardo Barrios se da tiempo para escribir. Es 1907 publica, en Iquique, su primera obra, una recopilación de cuatro cuentos: *Del Natural*.

Después de viajar por Argentina y Uruguay, se radica en Santiago, donde obtiene un cargo en la Universidad de Chile y el de taquígrafo en la Cámara de Diputados. Su obra *Los mercaderes del templo* gana el premio del Concurso de Teatro que se realizó en homenaje al centenario de la Independencia Nacional. En 1915 aparece su primera serie de novelas. Cabe destacar *El niño que enloqueció de amor*, obra con la cual el autor, al demostrar una gran penetración psicológica, obtiene gran éxito; *Un perdido*, su primer gran relato, en el que cuenta la historia de un desadaptado que nunca logra encauzar su vida; *El hermano asno*, uno de los títulos más conocidos, se considera una de sus obras cumbres al enfocar el amor divino y el amor humano.

Ingresa en el grupo de «Los Diez». Esta cofradía, de gran importancia en la vida literaria chilena, publica una revista en la que colabora regularmente.

En 1925 asume el cargo de Conservador de Propiedad Intelectual, recién creado, y, dos años más tarde, toma la dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, labor que interrumpe por un corto tiempo cuando es nombrado Ministro de Educación. Finalmente, en 1931, jubila y se va a vivir a un fundo que adquiere con su desahucio.

Junto con dedicarse a las labores agrícolas es redactor de la página editorial de «El Mercurio» y escribe su última serie de novelas. Aparecen Tamarugal, en 1944, y Gran Señor y Rajadiablos, en 1948, donde retoma la línea psicológica que tanto éxito tuvo. Durante la segunda Presidencia del General Ibáñez vuelve a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Retirado de la vida literaria, vive sus últimos años en un hogar bien constituido, acompañado de sus hijos y nietos. Fallece en 1963 a los setenta y nueve años. Sus restos fueron velados en la Biblioteca Nacional, de la que, como sabemos, fue por dos períodos Director.

TOLLE, LEGE...

Bajo la encina centenaria, desdibujada dentro de la húmeda sombra, inmóvil como zorro al acecho, está el patrón.

¿Por qué a través de los años, siempre, siempre lo recuerdo en aquel instante de su plena madurez? Algo significativo encierran momentos del hombre, para sobreponerse así a los demás. Actitudes hay que valen por retratos de fuera y dentro, y permanecen.

Lo cierto es que aquella visión manchó mis retinas y se pinta encima de todos los demás recuerdos que de la figura del Tata José Pedro conservo. Al evocarlo, así lo veo primero, inevitablemente.

Allí está, pues, quieto y fantasmal, emboscado bajo el árbol añoso. El poncho de vicuña cae desde sus hombros fuertes, a todo lo largo de su talla empinada sobre los tacones huasos. Veo el destello de sus ojos claros, que pone reflejos en la barba rubia, recortada en punta. La barba de don Juan Tenorio, decía doña Marisabel. Una barba entonces clareante ya, joya de plata sobredorada que va perdiendo el sahumero. Allí está. Se ha echado encima de las cejas el sombrero alón y sus pupilas brillan muy despiertas, no se sabe si coléricas o maliciosas. ¿Sonríen? Diríase que asoman y recogen la sonrisa entre las pestañas, y que a la vez algo violento arde más adentro. No se mueve; allí se está, duro y estatuario, todo lo que tardan en buscar los policías al llavero, en recibir al fin de él un par de galletas para el camino, en beber unos sorbos de agua y, sobre todo, en parlotear como bravucones comediantes.

En cuanto los dos soldados vuelven a montar y se marchan, con el preso bandolero a pie y siempre adelante, maltratándolo deliberada y teatralmente, avanza el Tata fuera de la penumbra. Con la mano velluda en alto, hace unas señas al llavero y mándale a buscar al capataz:

—¡Hijunas! Corre, vuela...

Mas ya vendrá esta evocación, a su turno, como tantas otras.

Porque toda, entera, como si fuese la mía, puedo evocar la vida de aquel hombre. En la perspectiva larga de los años, pueden venir a presente los cuadros, las escenas, los procesos, los silencios y aun los enigmas, unos en pos de otros. No en vano él, sus allegados, sus favorecidos y sus víctimas —veneradas fuéronle muchas de ellas— se tejieron con su vida tanto como con la mía. Tanto anduvieron mis pasos sobre sus pasos, que hoy, ocultándome, silenciándome yo, desapareciendo de todo escenario, fácil me resulta sentirme su mero espejo. Nadie como yo habría de comprenderle hasta la identificación: porque admirar y querer a un ser humano, vituperarlo y sufrirlo, compadecerlo en algunas ocasiones, reír de él en otras, y hasta odiarlo antes de perdonar sus faltas, todo ello junto hace la comprensión perfecta.

Murió hace días apenas. Amagó los ochenta y aunque debilitado, no vencido. Aun cuando su cuerpo se doblara, intacta seguía su feroz virilidad. Poseía el don del superior. ¡Ay!... para el bien como para el mal.

En el caserón de su fundo estoy ahora, solo, frente a la vieja palmera que plantó él de media vara y que sube hoy por encima de todas las copas del parque. Todavía

se halla presente su cadáver. En el aire, en las cosas, en las almas y en las flores. En las flores, particularmente: desde que lo pusimos en la urna y lo cubrimos con ellas, diríase que han dejado en todas las demás, aun en las que abrieron sin alcanzarle a ver, olor a coronas de túmulo. Aquí continúa, en cuerpo y alma, los peones andan silenciosos por el camino porque llevan el cadáver a su lado, todos, aunque algunos no lo bendigan. Les bastó siempre ser suyos, más adentro del temer y el juzgar. Y esto es también amor. Por estos corredores blancos, él continúa, sombra trajinante. Bajo todos los párpados, con buen o mal recuerdo, hay rescoldo de llanto, y de minuto en minuto, hay respiraciones que se detienen entre los labios azules de angustia.

Cae la tarde. Con ella, todo va cayendo dentro del silencio. Pero como cuando el chorrillo de la pila se corta, algo queda latiendo.

Y ante mí empiezan a sucederse las estampas de sus días. De sus días soberbios y de sus días desventurados, de sus días abominables y de sus nobles y generosos días. He llegado a crear un duplicado suyo en mi interior. Lo ajeno, a veces se conoce, a veces se supone. Tanto da, cuando se logra la identificación. Nada encontré jamás absurdo, ni siquiera contradictorio, en el gran viejo: cuando le veía rezar en la soledad de su cuarto, ¿difería para mí acaso el rosario entre sus manos de la rienda con que gobernaba sus caballos terribles? Sus temeridades aventureras como sus miedos católicos, sus ternuras humildes como sus cóleras lívidas, sus delicadezas paternas como el diabolismo de su vino, su distinción en sociedad como sus desentonos de huaso bizarro, todo lo suyo se acomodaba en conjunto de valores complementarios. Que así suele Dios amasar un hombre con los barro del mundo. Un hombre de los creadores, de los que destrozan cosas para hacer cosas, y van cometiendo pecados para algo engrandecer —hasta sin sospecharlo— y matando los días para tender el tiempo.

Patrón, señor, en toda circunstancia: eso fue el Tata José Pedro. Duro y tierno, serio y tarambana, demócrata y feudal, rajadiablos —cual muchos le definían— pero gran señor. Eso fue don José Pedro Valverde, o don Pepe Valverde, antes Pepito Valverde, alegremente, y mucho antes, durante su infancia de sobrino criado por curas y canónigos, nada más que un niño rural a quien sus mayores dieron en llamar Caballo Pájaro.

Luego, acaso personificó su época; pues las épocas no son sino la acción de sus hombres. Empresas, cosas y figuras sobreviven según la porción de alma que de los hombres va quedando en ellas.

Dejemos fluir los recuerdos. Que surjan las estampas de una historia, sin la mañosa organización de las novelas. Cuando ello sea preciso, vuelvan los acontecimientos vivificados por la imaginación, pero estrictamente ciertos, sin adornos mentirosos, que la mentira es superficie y la verdad tan honda que la fantasía la alumbra y se torna en su fuerza esplendente.

Primeras evocaciones

El temple del acero

Caballo pájaro, sí, como suena, fue su apodo desde la infancia. Además, el grito que siempre, en todo el curso de su vida, tradujo la clave recóndita de su carácter. ¡*Caballo Pájaro!*, exclamaba para vitorear sus éxitos; ¡*Caballo Pájaro!*, se decía como invocando el poder de una divisa cuando en trances apurados encontrábase, y nombraba también *Caballo Pájaro*, por cariño, a quien, bestia o ser humano, le conmoviera por admirable.

No se le perdía el origen de esta locución entre las vaguedades de la primera niñez. Solía recordar él bien que por las mañanas, apenas levantado, sus pasitos de párvulo revoloteante le conducían al dormitorio de su tío. A fuer de eclesiástico, algo latinista, el cura mantenía sobre su velador cierto volumen de Ovidio y otros poetas latinos decorado con un Pegaso en la portada. Y fue uno para el chico descubrir tan singular imagen y sumar a su innata pasión hacia los caballos este deslumbramiento de hallarse con un equino alado.

—¡Oh! ¡Un caballo pájaro! —gritó ante la figura milagrosa.

Tanta gracia causó ello al sacerdote, que así, *Caballo Pájaro*, motejó para lo venidero al mocoso. «Ven, Caballo Pájaro», «Pórtate bien, Caballo Pájaro», «Dios te guarde, Caballo Pájaro»... se le estaba oyendo decir todo el día, entre sus risotadas y sus ternezas de célibe obligado a officiar de padre por designio del cielo.

Ocurría esto allá por los años... Quizá diez haría por entonces de la muerte de O'Higgins en Lima. Del «huacho Riquelme», como el otro tío de Pepito Valverde, el tío abuelo canónigo, se complacía en designarlo por sabe diablo qué mal escondido rezago realista que le dictaba de cuando en cuando voces desde el fondo de la estirpe gaditana.

Rememoraba con frecuencia el Tata, pintándose vigorosa entre la indecisa memoria infantil, aquella noche remota en la cual había llegado el canónigo a caballo y, al desmontarse, había dicho al sobrino cura las palabras que se repetirían después cada vez que de algún desmemoriado se tratase:

—¿Sabes? Murió el huacho Riquelme. El Señor lo acoja en su santa gloria.

Luego las dos sotanas habíanse internado por el caserón oscuro. Sólo guardaba él de aquello estas palabras y una estampa aislada: un candil de aceite va por las tinieblas del corredor; balancéase la llama humosa, avanza y se aleja entre sombras que aletean como ánimas; chilla desde los maitenes una lechuza... Después, alguien sopla el candil. Y oscuridad, en la escena y en el recuerdo.

Cuántas risas provocó aquello, sin embargo, a través de la vida familiar: el viejecito había olvidado la muerte del prócer, acaecida un par de lustros antes, y la traía como fresca noticia.

De esto hace muchos años, sí; pero él lo ha de rememorar siempre. Se le imprimió en aquellos días tempranos, porque también a él solían decirle «huacho, huachito». Por algún tiempo, se figuró que O'Higgins había sido tan sólo un muchachito como él, aunque, además, Padre de la Patria, algo que sonaba con trémolo en el aire. ¡Qué confusión! Pero qué sencillo es lo confuso para los niños.

Muy pequeño, muy pequeño era él todavía. Su padre, allá en el sur, luchaba por desbrozar los campos que concluyeron costándole la vida. De su madre jamás tuvo figuraciones precisas: había muerto ella mientras en el infante nada se graba. Como que le hubieron de amamantar primero con una burra, con una cabra después, para recurrir al cabo a los «ñacos», auxiliados por la leche de una perra negra «para hacerle buen estómago».

—Y no hay que reírse —advertía él hasta viejo—. A esas cucharaditas perrunas le debo el digerir piedras hasta hoy.

Lo bravío no veníale al retoño del padre, en realidad. Veníale del cura; su tío. Mucho se querían aquellos dos hermanos; pero en nada revelaban semejanza. El progenitor de la criatura, José Vicente, laborioso, sufrido y manso; José María, el presbítero, bravo, batallador, indómito. Pendenciero habría sido, a no impedírsele la vestidura talar.

—¡Bah, bah! —oíase a menudo decirle al tranquilo José Vicente, si algún suceso lo excitaba—. Cambiemos, hombre de Dios; toma tú los hábitos y dame a mí la manta y la chicotera.

Nació y creció el muchacho en La Huerta, campo que había de convertir él en fundo, con empuje y tiempo y salvo pocos años que pasó internado en el Seminario Conciliar, para darse letras, números y fundamentos de la fe, su adolescencia y su mocedad allí también transcurrieron.

La Huerta, La Vuerta o La Vuelta —nunca se dilucidó bien la propiedad del sustantivo— tendía sus valles, arrugaba sus lomas y erizaba sus montes impenetrables a dos o tres leguas de *Leyda*, o *L'eida*, o *La ida*, pues tampoco hubo nunca seguro acuerdo para esta denominación. Cuando los rieles todavía no llevaban trenes por allá, quienes desde Melipilla debían viajar hasta las haciendas de la costa y de la boca del Maipo tenían que marchar en diligencias; y una posada había para la ida y otra para el regreso, cada cual en el punto de la jornada donde anochecía. Para la pernoctada del ir, el mesón se bautizó *Posada de la ida*, o, en huasa pronunciación, *Posá de L'eida*; para hospedarse al volver, ¿no era lógico hacerlo en una *Posá de la huerta*, o *de la vuerta*, o esmeradamente, *de la vuelta*? Andando el tiempo, tendida ya la vía férrea hasta el mar, aquellos dos parajes cedieron sus títulos a los fundos que en tales campiñas formaron señores de la región. A Leyda, alguien que viajó a España le trajo de allá la y. A la Huerta, el florecimiento le fijó apelativo. Aunque allá en sus mocedades el propio embellecedor, nuestro José Pedro Valverde, ya gran caballero y cargado de saber regional, aún vacilaba entre poner en la data de sus cartas la v y poner la h.

Pertenecieron estos terrenos, *ab initio*, a los abuelos, entre varias encomiendas que los Valverde hubieron del Gobernador General, y como herencia los recibió sólo José Vicente. Los bríos del cura don José María, por disturbiosas incidencias en sus tierras maulinas, exigieron cierta forma de permuta después entre ambos hermanos. El sacerdote no había deseado en un principio bienes para sí. Inició su carrera

religiosa con voto de pobreza perfecto. Creía en aquello de que primero pasa un camello por el ojo de una aguja que un rico por la puerta de la gloria. Pero la complicidad de su genio cuando se endiablaba —porque si en algo se parecían tío y sobrino era en unos ímpetus que de repente les poseían, como cuando el diablo entra en el cuerpo— le convirtió de buenas a primeras en terrateniente, y su cristianismo de renuncia pasó al de todo un Quijote de los pobres.

Solía recordar aquellos tiempos y aquellos disturbios el Tata José Pedro.

—No sé, no sé bien —se le oía titubear al referirse a tan lejanas ocurrencias—. Era yo muy mocoso. No sé si todo aquello lo vi. En parte, de seguro; en parte me lo contarían, digo yo. Y luego lo escuchado vivió en mi mente. No sé; pero... como todo es verdad para los niños...

—No sé, no sé... Cuánto ha que pasó —él pronunciaba *cuantúa*—, pero lo estoy viendo como si denantes no más hubiera sucedido...

Vuelto hacia la ventana, dejó irse la vista por la llanura. Ya pardeaban allí los trigos, el viento hacía olas sobre las mieses y, por encima de este mar, las visiones parecían ir llegando desde los confines del horizonte. Acudían una tras otra, y él las traducía en palabras. Hablaba, hablaba, regocijado y pintoresco, enardecido por esa imaginación verdad de los niños. Así, todo resultábale viviente. Sin advertirlo, Tata José Pedro era pues, un artista; ya que a su frase «todo es verdad para los niños» bien cabe añadir que las artes nacen de una suerte de infancia perenne que algunas almas logran mantener en sí.

—¡Caráspita! *Cuantúa*... Y como ahora. «Caballo Pájaro, nos vamos», me dijeron. «Ahora sabrás de rodar tierras». Mi padre y mi tío partían conmigo a Los Tréguiles, nuestros campos del Maule. «¡Caballo Pájaro!», grité yo, frenético, palmoteando en mi entusiasmo. Una pena tuve, me acuerdo: ahí, donde comienza la sementera, había entonces un molle seco, y tenía un nido...

Reapareció entera la mañana del viaje. Era el primer día de bonanza después de ocho sin escampar. En aquel ramaje renegrado, negro también, se destacaba un nido sobre el ciclo recién lavado. ¡Irse dejando esos huevecillos, que de fijo serían verdes, salpicados de chocolate! Pero estaba el coche listo para arrancar cuando el chico hizo su descubrimiento. Y no supo él cómo lo echaron entre líos de mantas, bolsas con monturas, costales de peludo cuero, alforjas y maletas. Lo sentaron frente al cura, de sotana nueva, y al padre, vestido esa vez de ciudad, y se halló rodando caminos.

Pisaba ya en los umbrales del uso de razón; de suerte que sensaciones, goces y cariños apegábanle a las cosas con lazos de raciocinio. Mas tan sólo a las cosas: criado entre hombres, sin mimos de madre, sin más acogedora falda que la de una vieja «contra todo pecado», ama del sacerdote, las cosas adquirieron para él valor de personas, entre ellas se desarrolló su intimidad y fueron ellas para el varoncito parientes y amores de su corazón.

Por esto cuando al irse divisó a Pascual, el muchacho recolector de leñas sueltas para el hogar, vagando como todos los días entre los pinos sombríos, su pensamiento

voló del nido a las piñas que el peoncito buscaba en el suelo e iba metiendo en un saco. Maduras, secas, bien abiertas ya, constituían el combustible preferido para la chimenea de los patrones. No había madera que más alegremente crepitase, ninguna que infundiera tan violento calor, ni mirra o incienso como su resina para ennoblecer el aire. Él, además, llamaba «pavitos» a esas piñas, pues pavos engrifados haciendo la rueda se le figuraron siempre. Y por ello gozaba él también al acompañar al otro rapaz en tal mandada. Ratos muy largos iban y venían los dos sobre la tierra húmeda del pinar; mil veces agachábanse y otras mil erguíanse, cogiendo y escogiendo, y ante los troncos enfermos gustábales pegar los dedos a la goma fragante. Aun horas después, daba placer olerse las manos.

Rodó el viejo coche de trompa, rodó y rodó.

Pasaron bajo los castaños. Recordó él ese otro suelo de sus vagabundeos. Allí pisaba los erizos abiertos, que habían soltado su pepa de caoba: en los pequeños cuencos lustrosos de la cáscara solía quedar entazada la lluvia. ¡Cuánto le divertía siempre ver cómo había lavado el agua los que él enlodara con sus pisotones antes del aguacero! El carruaje proseguía su marcha indiferente; pero él continuaba con los ojos sobre las cosas. Subía de las posesiones un penacho de humo mañanero que la brisa torcía, destrenzaba y desteñía por fin, y de cada rancho, cual de una emboscada, cargaban contra el coche tropillas de perros sucios con furioso ladrar. El rechinar de hierros bajo la caja bamboleante le traía también su recuerdo: el cerrojo del patio. Para correr aquel enorme cerrojo había que mover el mango de arriba hacia abajo muchas veces, a la manera de quien achica una bomba, y luego era menester empujar el portón con el hombro, en esfuerzo supremo, y abrir poco a poco, al peso de todo el cuerpo.

El sol empezó pronto a caldear el carromato y la polvareda del camino a empolvarlo. Hasta que al niño le fueron mareando vaivén y bochorno. Al cabo no pudo ya discernir dónde se hallaba ni en qué consistían aquellos sonidos apagándose. Caíansele los párpados como cuando al acostarse, en el silencio de su cuarto, unas arenitas se oían correr por momentos sobre el empapelado, o maullaba muy quedo el gato y le traía el sueño con sus pasos de felpa.

Despertó en Melipilla, donde bultos y personas subieron a una diligencia. Desde allí, otro rodar. Potreros, álamos, fundos cuadriculados. En Santiago, la noche en un hotelito. Y a la mañana siguiente, al tren, la novedad —novedad nacional—. Luego, más llanos apotreros, golosinas en los paraderos, y noche a poco; y antes de amanecer, el desembarco en una estación oscura, con olor a humo de carbón y vaho de locomotora, para en seguida tomar otra diligencia; y vuelta al traqueteo por carreteras. Con las primeras luces del alba, arribaron a un río trémulo, ancho y solemne, el Maule. Se cruzaría en lancha. Ya en la orilla de enfrente, sobre gredas amarillas con vegetación muy verde, la tropa de mulas y algunos caballos les aguardaban, alertas al arriero y al sirviente. Entonces, tras de haber cargado y ensillado, entre olor a bestias tibias, bajo las flechas de sol que iba disparándoles el

oriente y en medio de cierto frescor de rocío que se descuaja, reanudaron el cabalgar. Cientos de lomas subieron y bajaron, durante horas. En Empedrado, aldehuela vetusta de traza española, se improvisó el almuerzo, para de nuevo andar y andar. Por fin, poco antes de la oración, cuando en el aire se saborearon de repente las sales del mar, asomaron hacia Los Tréguiles.

Al tramontar la última cumbre de la jornada, el paisaje de Los Tréguiles apareció de improviso, verde y plata.

El fondo entero lo abarcaba la vista. El fondo y algo más: aquellos campos lomados, que se desondulaban hasta irse allanando por las orillas del mar y del río, salpicábanse de pequeños cuadros en cultivo y de una que otra casita clara. Y allá, interrupción mayor en la floresta, un caserío apiñado, con su torre.

—La Parroquia —dijo con énfasis el cura, cual si subrayara la mayúscula; y luego medio rezongo y medio suspiro, añadió—: Esta parroquia de mis pecados...

Pues La Parroquia nombraban al poblacho y en él estaba la parroquia de don José María; ésta, por supuesto, sin exigencia de iniciales mayores.

—¿Y esas son las casas?

—Esas, hijo —confirmaron a una padre y tío.

Miró el niño con placer. Bajo el cielo, todo él una sola nube blanca cortada a tajos paralelos, abríase un anfiteatro selvático, y en medio formando una T cuya cabecera se asomaba curiosa como para observar la curva lenta de un brazo del Maule, divisábase la casa, pequeña y puesta con gracia de juguete sobre un promontorio abrigado entre dos cordones de serranías densas y silvestremente arboladas. Era modesta, y sus muros, chatos al extremo de distinguirse apenas como lista de cal, desaparecían casi bajo la montera de tejas.

Pero aun de noche, a la luz de velones y candiles, tuvo aquella vivienda para el chico no sabía él qué alegría y qué alientos de confianza.

Muy temprano, sin embargo, con la madrugada primera, presintió que su padre y el cura, engolfados en conversaciones que les preocupaban horas y horas, le dejarían entregado a Pacífico.

¡Bah! Aquello significaba libertad también.

Viejo seductor este Pacífico. El Muñeco de Crin, lo bautizó él. ¿Y no era en realidad su aspecto el de un muñeco de crin? Por las muchas aberturas de sus pocas ropas le asomaban crines grises. Del pecho descamisado, de las bocamangas, de bajo el sombrero astroso, de los descosidos y las roturas brotaban mechales y mechones. Y eran cómicos a la vez que respetables sus tendones y sus carnes magras y color de greda, y su seriedad, y sus ojillos diminutos, pero con luz, con la luz de sus cuentos, sus leyendas, sus sentencias y sus manías. Tal fluido simpático irradiaba empero, que chicos y adultos ponían el gesto alegre cuando a su vera lo tenían.

El patroncito —así lo trató Pacífico siempre— se le hizo inseparable desde el primer desayuno. Juntos bajaron las laderas del promontorio a conocer las viñas en descenso hacia la ribera. Unas cepas jóvenes plantadas por el sacerdote, en desarrollo

todavía, apenas anunciadoras de que se formarían «de cabeza» con algunos años de crecimiento. Subieron juntos después a conocer el lagar de pisar la uva y el de la prensa en construcción; y juntos recorrieron la bodega de vasijas, en las que se habían armado algunos fudres ya y se levantarían otros conforme las vendimias lo fueran exigiendo.

Gustábale a José Pedro desayunar en la cocina, con Pacífico, su mujer y el hijo, Segundo. En el comedor, al lado, lo hacían los patrones grandes. Ellos siempre cavilosos, habla que habla, discute y discute, entregaban al niño a su propia vida. Los miraba él de vez en cuando y solían los tres cambiar entonces sonrisas desde lejos; pero él prefería la cocina con su penumbra que el fogón llenaba de humo y resplandores y Pacífico de relatos legendarios.

Aquello era para él íntimo y cautivador. Allí preside la gata, que se hace una peana con su cola, se sienta en el centro de ella, como hechicera dentro de un círculo mágico, y frunce los párpados, apagando el azufre de sus pupilas en la unanimidad de su manto negro. Hay una vaga relación entre la gata y las consejas del gañán.

Pero al muchacho nunca le amedrentaron machis, ánimas ni fantasmas. Eso, para oír, fantasear y entretenerse. Su alegría interior vive fuerte y traviesa. De modo que no bien acaba Muñeco de Crin alguna historia, él lanza los ojos afuera, al paisaje, y respira hondo: ha venido el viento, ha soplado las nubes y ha henchido el cielo como una inmensa vela azul.

Le dan unas ganas de andar...

—¿Vamos, Segundo? —invita.

—Vamos, patrón.

Y sale con Segundo.

Este hijo de Pacífico nació para contraste con su padre. Si asombraba por lo peludo el viejo, al mozo habría sido imposible descubrirle pelos fuera de la cabeza. Común sólo tenían el color moreno. En cambio de los ojillos enmontados, el muchacho abría unos ojazos preguntones y color de charco limpio. Mientras el uno, comunicativo, hervía en tradiciones y noticias, el otro, los párpados siempre de par en par y las orejas en esfuerzo, mantenía permanente esa expresión de los seres que parecen escuchar aun cuando van distraídos. Tanto charlaba su progenitor, que tampoco lograría elegir él más hábito que el de atender. De súbito, sí, soltaba grandes risotadas. Sus risas «a dieciséis dientes», como el cura las definía.

Sin embargo, si mucho diferían, tan serviciales y buenazos eran ambos, que unidos componían un todo completo, para los patrones como para el patroncito.

Desde su entrada en Los Tréguiles halló, pues, José Pedro compañía. Sólo de varones, cierto: tampoco había en estas casas más hembra que una, la enormemente gorda mujer de Pacífico, y ella no abandonaba la cocina sino para coger algunas legumbres.

A pesar de tal gordura y de guisar sin descanso, nadie suponía que a ella le atrajese la comida.

—¿Cuándo comes tú, Zunilda? —solía el niño preguntarle.

Entonces el marido, con gesto de secreto, manera muy socorrida para él, dada su afición al misterio, respondía:

—Cuando reza.

No mentía, el hombre. Zunilda, primero daba de comer a los demás; luego, sola, entregábase a rezar y engullir lebrillos de pebre o guisados de harina tostada con cebolla. Y, la verdad, en ambas actividades alcanzó siempre largueza y provecho, pues obesa se mantenía y medio santa la reputaban.

En compañía de estas buenas gentes fueron corriendo los días de José Pedro; y se despedía ya la primavera cuando, una tarde, comenzaron a intrigarle tantos conciliábulos de sus mayores.

—¿Qué hacen? —interrogó a Pacífico.

Muñeco de Crin, al oído le repuso:

—Cosas.

—Pero...

—Cosas graves. A lo mejor, todo esto para en bolina.

—Yo veo a mi tío correr al pueblo, volver, desensillar, ensillar de nuevo, ir de acá para allá...

—El señor cura sale a decir su misa, de alba, y la dice, y junta a los feligreses, y recorre después sus capellanías, y a todo esto va combinando planes... Porque se defiende, no es ningún tonto ni quedado, y a muchos los está defendiendo...

—Pero mi papá, siempre aquí, ¿qué hace?

—Hace.

—Ir a las viñas, a las limpias; a los papales, a las aporcas.

—Hace.

Sobrevino un silencio a este último «hace»; y sólo cuando ya decaía la curiosidad de José Pedro, habló el viejo algo aún:

—Dios lo quiere así. Hay cosas que no se ven y que pasan. Cosas que no se entienden y se ven. Y si no, ahí está el sapo: nadie lo ve comer y sin embargo es el animal de boca más grande... Y tamaño de gordo.

José Pedro se quedó perplejo. Era demasiada afición al misterio, la que tenía el viejo.

De repente partió a todo correr. Lo llamaba Segundo desde el macizo de camelias. Años atrás, desde San Javier, había enviado esas matas «la finada señora», como la recordaban los sirvientes; y a él complacía oír cómo habían llegado pequeñas las plantas mandadas por su madre, y medir ahora los árboles que habían alcanzado a ser.

Pero las palabras enigmáticas de Pacífico le persiguieron. «El sapo: nadie lo ve comer y sin embargo es el animal de boca más grande... Y tamaño de gordo». Papá era gordo. ¿A él se refería Muñeco de Crin? «Hace»... «Hace»... Nunca, en efecto, había visto él un sapo comiendo... «Hace»... Algo hacía su padre. Algo bueno, eso sí, porque, Pacífico, que lo quería tanto, no pensaría nada malo.

En medio de todas las horas que siguieron lo hizo cavilar el enigma.

Dueño de una mente poco más madura, José Pedro habría organizado y visto claro cuanto fue oyendo a su padre y a su tío desde entonces.

Porque la inquietud que le insuflaron los enigmas de Pacífico indújole a permanecer ahora en el corredor cuando, tras el almuerzo y la lectura de sus horas canónicas, llamaba el sacerdote a su hermano y emprendían ambos, como conspiradores, paseo y más paseo, de testero a esquina y de esquina a testero.

Llenaba la pareja el angosto espacio entre pared y pilares. Las cabezas casi rozaban los maderos de la tejavana. Espiábalos el niño sin perderles gestos, cogiendo palabras y frases al vuelo, en procura de hilvanar fragmentos con imaginaciones que les dieran sentido. Gordo, sí, era su padre; pero sapo... No. Alto y gordo; y como gordo, apacible. Amarillas las pupilas, mas de mirar tranquilo y reflexivo. Aun su barba, en forma de pera y rubia, ponía en su semblante cierta dulzura de huaso bonachón... Mientras el cura, erecto y huesudo, de nariz corva y violenta mandíbula vasca, más, con impetuosidad.

Luego de analizarlos, José Pedro componía, con la perspicacia simple de sus nueve años, algún significado para los indicios. Y algo consiguió al fin, algo que le dictó conducta y le llevó a participar, desde su puesto de niño, en cuanto los adultos emprendieron de allí en adelante.

Por lo demás, mucho aportaron, en cada oportunidad, las indiscreciones misteriosas de Muñeco de Crin. Desde luego, que había conflicto.

Había conflicto. Por esto había dejado el padre sus rulos de La Huerta en manos de mayordomos y estaba hoy en Los Tréguiles, dispuesto a secundar al tío José María, aun a obedecerle.

La propiedad de Los Tréguiles tenía complicada historia y ésta condujo a José María y José Vicente, si no hasta la pobreza, a luchas porfiadas para salvar y acrecer lo poseído.

Vástagos de un muy mentado capitán Valverde, que en hazañoso y donjuanesco lances derrochó cuanto a moneda redujo —y a tales reducciones tendían sus pasos cotidianos— heredaron el uno La Huerta, hipotecada, y el otro aquellos suelos sureños, agrestes y selváticos, aunque de porvenir. Cuando José María se ordenó, fundábase por allá una colonia. Tanta feracidad había inducido al gobierno, siguiendo prédicas de Pérez Rosales, a poblar y abrir nueva región a la riqueza de mañana. Trasladáronse a lomas y llanos muchas pobres gentes que, desmonta ayer, roza hoy, arranca troncos en seguida y siembra por último, concluyeron por instaurar un conjunto de hijuelas de gran promesa. Si bien hijuelas fueron denominadas, poco les cuadraba el diminutivo, ya que las menores medían quinientas o más cuadras.

Tan pronto la tierra comenzó a sonreír al esfuerzo, el arzobispado instaló allí una parroquia, y el cura Valverde fue para los colonos el primer pastor de Cristo. Su hermano, entretanto, recibía para él solo, por cesión y convenio cristiano con el fervoroso sacerdote, las extensas campiñas de La Huerta. Ahí nació José Pedro —un

José más: todos los Valverde, por tradicional devoción, entraban al mundo bajo el patrocinio de San José—; y ahí también, por sobrepago, quedó huérfano de madre.

Pero en las leguas colonizadas del Maule trazaba el cura las sendas del Señor tanto como guía de almas hacia el cielo cuanto enjambrando intereses y pasiones. La política, redentora y católica, enclavó su brújula en medio de la grey. El partido conservador halló en el cura efficacísimo agente; y su dominio se recreaba en la obra de Dios y de la Santa Madre Iglesia, cuando el primer juez de distrito cayó, en las nuevas tierras. Era, éste, liberalote y hereje, susurrábase que radical, de la recién nacida hueste; y tras él fueron llegando, como exploradores al principio, poco a poco en actitud de colonos con títulos ganados bajo el ala del partido, algunos correligionarios suyos. Vivían estos individuos en torno a su juez, ganando querellas a los vecinos y, paulatinamente, derivando los derechos de fallos en primera instancia hacia juicios ordinarios por el dominio sobre terrenos propios de los colonos.

Hubo —lo de siempre— traidores de oportunidad, listos, de los que siempre acechan la ventaja. Entre ellos, un famoso Guatón Moreno, terrateniente aborígen, obeso y picado de viruelas, que poseía extensiones heredadas y acrecidas después con malas artes.

Pacífico les había enterado de las gracias del tal Moreno.

—A mí no me enreda la madeja el Guatón —decía Muñeco de Crin. Y apretaba la boca en gesto significativo, llenaba de agua hirviente su mate, reponía la tetera sobre las brasas y, despegando de repente los labios con sonido de botella que se destapa, destapaba él también su saber—: Lo conozco desde el año de las necesidades. Fue un año malo, pero de los malos. Hambre, lo que se llama hambre tuvimos que pasar los pobres. Al Guatón, tipo de gana y guarda, de aguaita ocasión y aprovecha, no sé qué idea le había venido tiempo atrás de plantar en su campito manzanos y perales. Y el año de las necesidades, pues, patrón, le valió su idea. ¡Ahí tiene usted! La gente hambreada empezó a comprarle peras y manzanas secas al fiado y a firmarle papeles. Corría el invierno y el Guatón se volvía cada vez más duro. Lloraban los chiquillos de hambre, las mujeres se llenaban de piojos, buey no quedó ni uno. ¿Y no se retaca entonces el Guatón Moreno? Ni pera más. Hasta que aceptó largar su comistrajo, pero trocando peras por tierra. Un almud de sus charquis por una hectárea de suelo. Cuatro veces los rulos que tenía llegó a juntar. Yo... de entonces ha que soy peón...

Este hombre formó entre los primeros listos de la felonía. Varios le siguieron, y el éxito del advenedizo cacique político sonrió hasta la vanagloria.

Aquí, el quijote que dormía en las venas del cura tuvo que despertar. Fuere por su natural justiciero e intrépido, fuere por vehemencia de presentar batalla contra la herejía de los intrusos, irguióse adalid de su doctrina y defensor de feligreses amenazados con el despojo. A Santiago viajó continuamente, inflamado de justicia e indignación. Vencía en incidentes allá, entre curia, tribunales y ministerios, y con algún triunfo regresaba.

La atmósfera se cargó así de latencias. Como el juez, por su lado, contaba

también con apoyos políticos en la capital, insistía en los abusos. A menudo trataba de imponer por la fuerza sus sentencias o sus «precautorias», improvisando a su arbitrio, con forajidos y sayones, la «fuerza pública» citada por los códigos, ya que no había por allá en aquella época policía, ni rural ni comunal. Los colonos, que ya se denominaban agricultores y componían numeroso huaserío, uníanse para enfrentarse con las bandas, y lo usual era que las derrotasen.

Para ciertas elecciones, empezaron a llegar con anticipación muchos desconocidos, a quienes el juez hospedaba y que, según decires, figuraban en los registros como electores inscritos. Osó el caudillaje hereje formar con ellos y algunos felones de las hijuelas, cierta vez, una columna de manifestantes electorales que desfilaron con ostentaciones de predominio. Y mucho impresionó aquello a los pobladores más pobres; tanto, que algunas decenas, presumiendo que las huestes saldrían victoriosas al fin, inclináronse a plegarse a sus manifestaciones. Pero en el acto el cura, rápido y decidido, organizó en la aldea otro comicio. A éste asistieron, bien montados, con sus arreos chapeados en plata, con laboreados chamantos, bonetes bordados de flores y cuantos lujos pudieron ostentar, los ricos de la columna, escoltados por peonadas de caballería, gañanes en columna de a pie, mujeres de celeste cinta o escapulario sobre mantos y rebozos, ellos adelante, a la puerta de la iglesia ellas; y tal efecto se logró, que los tibios volvieron al redil y la elección se ganó a la postre. Más todavía: la urna sólo recibió los votos que el cura quiso que fueran sufragados, y después, aun se decidió exigir a los forasteros que como electores trajera el juez, retirarse de la zona.

El vino ardiente que pulsaba en el corazonazo de don José María Valverde levantó llama de victoria en las almas.

Y la bonanza sobrevino.

—Sólo relativa —opinaba, sin embargo, el cura—. No me fío yo de primaveras.

Pacífico solía levantar los ojillos entonces al cielo y agregar:

—Se juntan nubarrones quizá dónde, señor. El diablo se la pasa soplando.

—Así es.

—Así.

De aquí que don José María, de pronto decidiera un viaje relámpago. Pararía en la capital, solicitaría ciertas medidas preventivas allí; luego, debía convencer a su hermano José Vicente y traérselo unos meses a su lado. Al calor de su consejo, maduraría planes para lo venidero. ¡Ah! Y en lo íntimo, encendió su propósito una ilusión: que les acompañara el niño, su debilidad, ese Caballo Pájaro tan vivaz y tan suyo, tan tierno y tan hombrecito, sin embargo.

Causa y manera fueron estos asuntos para que todos se hallaran, pues, en Los Tréguiles.

Semanas duró la paz.

Cierto mediodía, sin embargo, la tardanza del cura en volver de servicios parroquiales y correrías puso alarma en los corazones.

—Nunca pasa el sol a este lado del morro —observó Zunilda desde la puerta de su cocina— sin que lo tengamos a él aquí.

—Menos mal que con él fue Pacífico.

—Y de un galope habría volado con el parte, si algo hubiera.

—Pero aguaiten.

—Segundo.

—Mande.

—Ya. Guarda esos corriones y aguaita vos también.

Hasta José Pedro se irguió entonces, contagiado por la zozobra. Tampoco podía ya seguir absorto en el corte de correhuelas que prolijamente hacía Segundo a una lonja de cuero. Hubieron de abandonar, mozo y niño, la tarea de talabartería que les había encomendado Pacífico para confeccionar al patroncito sus primeros sumeles. Con amor ayudó José Pedro a reunir los correoncillos. Sumeles, típicas botas maulinas moldeadas a la pierna del huaso con el cuero de la pierna de un vacuno, fundas conformadas sin abrir, en pieza entera y bien sobada. Sumeles para él, para su afición ecuestre, ensueño de meses...

Pero cómo no posponerlo todo ahora. Con lo que había cundido por casas y aledaños la inquietud. Si de todas partes acudían en la misma cuita. Si hasta los perros, adivinadores de ánimos, venían y, ellos a su vez, parando las orejas y tendiendo el rabo, escrutaban el faldeo por el cual bajaba el sendero.

De pronto se oyó un coro de balidos sin concierto en el cerro y se movieron los copos de cien cabras en dispersión. Respondieron desde las vegas los tréguiles con sus graznidos de alarma.

Los perros partieron veloces monte arriba.

Y al fin asomaron dos jinetes sobre lo alto del portezuelo. Al filo de aquel cerro verde se destacaron contra el cielo fulgurante y raso.

—¡Ellos!

—Los barrozos. En la pareja de barrozos montaron hoy.

Vieron todos cómo descendían ya los dos caballos, manchitas de ceniza en la verdura; la una con la silueta negra del sacerdote encima; la otra con el chamanto del sirviente, como un acento rojo.

Algo raro traían, no obstante: un bulto pesado que Pacífico acababa de soltar por la delantera de su montura.

—¿Un hombre?

—Un hombre con Poncho de Castilla.

Sí; un hombre, un desconocido. Lo echaban a caminar a pie ahora.

—Arreándolo vienen.

Perdíanse los tres por instantes, ocultos por árboles y matorrales. Reaparecían. Tornábanse a eclipsar. Y todo ello entre el ladrar de los canes y el chillido de los tréguiles, que el eco multiplicaba de loma en loma.

Al cabo llegaron.

Ceñudo y silencioso, se apeó el cura. Su entrecejo impuso silencio. No se cuidó de arreglarse las sotanas recogidas a la cintura, sino de ordenar apenas a Muñeco de Crin.

—Tráble los pies.

Y el viejo echó a los tobillos del extraño un cabestro y se lo anudó ciego.

Rondaba la gente alrededor del hombre, que, pálido y desconcertado en el primer minuto, concluyó por adoptar una cómoda impavidez.

A José Pedro se le encendió una chispa en los ojos: irrazonados deseos de pegarle a ese sujeto le acometían.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin don José Vicente.

—Vamos. Luego les contaré —dijo el cura—. Y tú, Pacífico, ya lo sabes. Que te ayuden.

Mientras los peones conducían al intruso hacia la boca oscura de una bodega, el eclesiástico se marchó con los suyos casa a adentro.

En el comedor, pequeño cuarto blanqueado y con cuatro muebles de tablas al natural, se bajó primero las sotanas, que mantenía sujetas bajo el cinturón; luego de alisárselas con calma y de lanzar la teja sobre el sillón frailuno, y cuando Zunilda hubo servido el puchero, bendijo la mesa.

Persignáronse tío, hermano y sobrino y ocuparon sus asientos. Sólo entonces él habló:

—¿No te había dicho, José Vicente? Esos dos bribones me andaban espiando. Ayer lo supe, me cercioré. ¡Ah, pero a mí no me pillan como a cualquier boquiabierto!

—¿Qué, te asaltaron?

—Eso hubieran querido ellos. Los madrugué.

—El tipo ése...

—Es uno de la pareja. Verás.

Y la narración fluyó de sus labios con vehemencia.

Cierta confesada, una doña hurguillas y doña correveidile, hábale prevenido. Que tanta conformidad y tanto silencio eran sospechosos; que circulaban lenguas, en sigilo de beatas que repiten rumores oídos a los maridos... El aviso llegó por confesionario y sacristía. «Dos afuerinos, señor, han aparecido en La Parroquia. No hay más que verlos para comprender que se trata de facinerosos. Y se habla ya de que la vida misma del señor capellán corre peligro. Para la fiesta de Cuasimodo, anuncian, cuando estén corriendo a Judas y haya laberinto...»

—En suma, que hasta podía caer yo asesinado. Esto me... Tú conoces mi genio, Dios me perdone, cuando me pasan la mano contra el pelo... Esto, en lugar de meterme susto, me enardeció. Observé. Observé mucho. Los vi anteayer, mientras salían de la posada, como a conocerme bien. Tate, pensé. Y si no facinerosos, matones sí me parecieron, de esos capitalinos, con mantas de Castilla y puñal.

—Los clásicos metemiedos.

—¡Miedo! Unos farrutos, hombre. Tate, tate, tate... hice averiguar muchas cosas y al fin de cuentas me dije: No; éstos no aguardan hasta Cuasimodo, haciéndose notorios y dejando acumularse pruebas y evidencias. Necesitan más rapidez. ¡Rapidez! Aguárdense a ver quién madruga, me propuse. Divulgué ayer que iría hoy a confesar una enferma de Empedrado. Y, aunque no temía nada con seguridad, salí esta mañana con Pacífico. Ensilamos los barrozos: eran menester animales fuertes, ágiles y de buena rienda. Te aseguro que si el pobre Muñeco de Crin tuviera más ñeque, a los dos me los traigo.

—¡Caballo Pájaro! —masculló regocijado José Pedro.

El cura le miró con orgullo, cambió guiños con José Vicente y se dirigió sólo al chico desde entonces, para proseguir:

—Habíamos regresado a la parroquia y guardado los ornamentos. Nos veníamos. Y fíjate bien, a la salida del pueblo, ya en el camino... los dos esperándome. No cabía duda. La intención manifiesta. Se habían resuelto. Decisión inmediata: «Tú —le dije a Pacífico— al de tu lado. Caballazo y aturdirlo, y si puedes lo recoges. Yo al de la izquierda». Me apreté las sotanas a los riñones, medí las distancias, me afirmé el sombrero. «En nombre sea de Dios» y «¡Ya!» alcancé a decir para que Pacífico también se lanzara. Picar espuelas y, a todo correr, caerles encima fue cosa de un relámpago. El grito de mi hombre se ahogó en la polvareda. Se portó el barrozo a su altura: estrellón, salto al lado y... quietecito. En fin, que veo al tipo en el suelo, envuelto en su propia manta, y me descuelgo sobre un estribo, lo agarro, lo subo como un pelele a la cabecilla de mi montura y de un solo puñetazo en la nuca lo duermo. Inerte, como un saco.

—¿Y el otro?

—No se le vio ni el polvo. Averigua tú cómo desapareció. ¡No ser más forzado el pobre Muñeco de Crin! Listo sí es. Miren: le quitó este puñal a mi presa. Se lo distinguió entre la faja cuando lo tendí yo, y se lo escamoteó.

Puso el cura una daga de a cuarta sobre la mesa.

—Después lo amarramos. Ni chus ni mus dijo el pobre diablo. Como a un muerto se lo cargó Pacífico por delante. Lo demás lo han visto ustedes. ¿Eh, qué te parece, Caballo Pájaro?

El chico exultaba, febril.

—Caballo Pájaro —repitió en su delirio.

Y concluido el almuerzo, entre comentarios y planes de acción, se dirigieron todos a la bodega de las herramientas. Allí debían guardarles al cautivo.

—En cepo de campaña —explicó Muñeco de Crin—, como usted dispuso.

Al fondo, en la oscuridad, fue distinguiéndose al preso. Aparecía encuclillado; sus propios brazos le abarcaban las piernas; le habían atado las manos encima de las tibias, y por bajo las corvas, como una cuña entre muslos y antebrazos, habíanle pasado una barreta. Era el cepo de campaña que Pacífico sabía improvisar desde su enrolamiento para la pacificación araucana.

—Bien —aprobó el cura.

—Me quedaría yo con él a solas —díjole aparte don José Vicente—. Conviene sonsacarle. Sus fines, los instigadores, el cómplice...

—Déjalo. No suelta el cepto lenguas sino con el correr de las horas.

Visto, pues lo hecho, retirábanse los dos hermanos, cada cual a su menester. Mas a poco de caminar, voces y rezongos de Pacífico los detuvieron.

—Malo, muy malo... —traía de la mano a José Pedro—. Bueno que los hombres sean bravos desde chicos; pero así, un niño por su cuenta...

—¿Qué?

—No me pude contener.

—¿Qué hiciste?

Entre cohibido y taimado, el chico guardó silencio.

—¿Qué hizo, Pacífico?

—Que no bien salen ustedes de la bodega, se abalanza el patroncito a sopapear al preso. ¡Dar y dar, mi alma! Hecho un quique.

—No me pude contener.

No había logrado contenerse. Como Valverde, padre y tío lo comprendieron. Sobre todo el tío.

Así es que luego, escuchando las muy educativas reflexiones de su hermano al hijo, él reía.

Reía para sus adentros: ¡Señor, Señor! Promete, el hombrecito...

El cepto soltó al preso la lengua no muchas horas después.

A mitad de la clase de lectura y cuatro operaciones con que diariamente, hacia media tarde, instruían a José Pedro sus mayores, asomó Pacífico en el umbral:

—Ya, patrón. Cantó el hombre. ¡Psh! Es pájaro que vuela poco.

Estaba radiante, las crines floreciendo en gloria.

—A ver, habla.

—Yo me le instalé a la entrada de la bodega. Así trabajo y vigilo, decidí. Cargué con los pellones que le vengo escardando al niño, y, sacude y peina, peina y sacude seguía yo, cuando el roto suspira y rompe a cantar: «Mal me tratan y no es para tanto». Ehi fue la mía. Reflexión va y reflexión viene, lo mismo que el zorro en los cuentos. Porque le hice ver el despanzurro de atentar contra un reverendo ministro de Dios, querido... que no hay quien no lo bendiga, por esa bondad suya con los pobres... «¿Es bueno?», me pregunta. «Bueno», le contesto. «¡Y tan forzado!», me dice, «Ah, eso sí», le dije yo...

Las carcajadas interrumpieron el relato.

Pero luego surgió la esencia de los hechos. En efecto, al juez le habían despachado desde Santiago a la yunta de guapetones, que no lo eran siquiera de muchas apariencias. Ladinos, de origen carcelario; sí, pero endebles y gallinas, tanto, que ese preso juraba que a su compañero no le descubrirían ya ni el rastro. Además, no se trataba de asesinar al párroco; de correrlo únicamente, de cansarlo para que

abandonase la región. En suma, no merecía ya el caso más preocupación que la de remitir al individuo a las autoridades de Talca. Despacharían un propio al obispo, espetarían consejo y procederían con prudencia y reserva.

Entre tanto, se informó el cura sobre los comentarios del pueblo. Acerca de su proeza nadie sabía nada. Apenas decíase que los malvados habían desaparecido de La Parroquia. El propio juez, según las hurguillas y correveidiles, concluía suponiéndose burlado por sus matones. Aburrimiento, miedo acaso, induciríales a desistir. Y se habían ido sin despedirse ni ofrecer la menor excusa.

—Bueno, más vale así.

—Sácalo del cepo ahora, y asegúralo.

—Con la cadena de la rastra lo tengo ya.

La vida se reanudó en Los Tréguiles sin más afán que preparar viaje al propio.

Una mañana, empero, regresó de sus oficios el cura en compañía de cuatro forasteros. Cuatro navegantes en desgracia que, como muchos ya, habían naufragado en las aguas sin cesar tempestuosas de Punta Carranza.

Y esto cambió los planes. Ya desde la iglesia, tras de implorar la caridad del sacerdote, aquellos marinos criollos habían propuesto seguir al fondo, cortar madera en su montaña y construir dos lanchas allí, una para ellos, a fin de botarla al río y proseguir en su carrera, otra para Los Tréguiles, en pago de materiales y sustento. Variaron, pues, las perspectivas. Ventaja y disimulo mayores presentaba la de mandar a don José Vicente a Talca, con los náufragos y el preso. En caravana, éste pasaría inadvertido. Entregado a las autoridades allá y luego de iniciarse denuncias y precauciones para el futuro, se comprarían herramientas de aserradero y carpintería; y al retorno, la paz, en fin.

Como se proyectó se hizo.

El chico estuvo de fiesta. Él y Pacífico acompañarían la expedición hasta los confines de la hacienda, lo que significaba vestir sus arreos de huaso.

Siempre recordará él aquella mañana toda sol y azul de cielo. De ambos colores teñíanse, allá abajo el río, aquí hasta el pelo de los caballares. Aun en las voces, algo azul repintado de oro había. Su padre le dio esa vez, antes de partir, una clase más de equitación. Cómo admiraba él a su padre, desde su apostura de campesino muy patrón hasta su piel encendida y rubia. Luego, tan hábil y famoso como equitador a la chilena, como domador de chúcaros y adiestrador de redomones y yeguas corraleras. Pues trenzando lazos o urdiendo cabezadas ¿no era también un maestro? Como que de él aprendiera Pacífico lo que sabía.

Cuando en aquellos momentos el chico, ya en su tenida huasa —sumeles y espuelas, chamanto de labores y bonete abatanado y con arabescos de seda en siete matices—, fue a treparse de un salto sobre su *Mampato*, el padre lo detuvo:

—Se sube despacio. Ya se lo he dicho. Bájese. Suba de nuevo... No te voy a dejar salir más con Segundo. Se encaraman en cualquier pingo viejo por ahí, como pumas, y salen como disparados.

—Bien, papá.

—A ver. Primero, dé una vuelta alrededor del caballo. Revisé su apero. Así. Póngale la mano en el anca ahora: eso lo mantiene tranquilo. Suba. Despacio... Despacio... No se parte al tiro. Sentarse bien, esperar un rato con la bestia quieta: así el animal no se pondrá nunca nervioso...

Jamás debía olvidar José Pedro aquellas lecciones. Valía mucho, su padre. Durante la ausencia de los expedicionarios, el niño quedó entregado a Pacífico. De madrugada, mientras cumplía el cura sus deberes religiosos, ambos se dirigían, a caballo, a las faenas. Recorrida la viña, pasaban a las tierras negras donde comprobaban la prosperidad de los papales. Bien venía para éstos el año: poco vicio en plantas; de seguro, abundancia en tubérculos. Conocería los ayuntos José Pedro ahora, esas papas enormes y ramificadas que raro es ver fuera del Maule.

—Algunos ayuntos parecen tortugas; otros, estrellas. Yo hallé una vez uno igual a un burrito, con orejas, patas y todo.

Durante la marcha, sirviente y patroncito, además, recogían ciertas piedras. Ya estaba José Pedro en el secreto de esta manía de Muñeco de Crin. Al vicio le obsedía el oro, descubría indicios de minas y lavaderos por donde transitase. Ya lo sabía el niño, y acaso creyera él también un poco en ello.

Pacífico usaba en su montura un bolsico para tales recolecciones. No había ruta en que no se detuviese de pronto, se desmontara y recogiese algún cuarzo. Observábalo mucho al sol y se lo embolsicaba, serio y parsimonioso.

Y como el niño le interrogara mucho y se viese precisado a violar su silencio, acercábasele con misterio y, al oído, cual si revelara un secreto, en voz que más era soplo, le decía:

—Oro.

Mucho se reían de Muñeco de Crin los Valverdes grandes; pero al mocosito le seducía. Y es que le poblaba de leyendas y fantasmagorías la imaginación.

A horas de siesta, si los mayores recogíanse a sus cuartos, él se colaba en el cuchitril del viejo. Allí, entre los rimeros de muestras auríferas, mirándole cómo ablandaba garras con una maceta, o cómo torcía rebenques, o cómo trenzaba con tientos alguna chicotera, embebíase y se deslumbraba con sus narraciones.

—Sí, mi señor. Hay que saber contar y contar para saber. Mire, este cuero, sin ir más lejos, ¿será de un animal cualquiera? No. La vaca era hija del toro que así no más nadie ha visto.

Decía y alargaba en seguida una de sus pausas inquietantes, en las que el espacio parecía llenarse con la atmósfera de los encantamientos. Conocía el arte de las esperas cuya virtud consiste en prender, dentro de las almas que escuchan, la magia de la curiosidad.

—¿Cuál toro, Pacífico?

—El toro.

Aguardaba más aún repitiendo, entre silencio y silencio, las dos palabras

suspensas en el arcano: «El toro»... «El toro»...

Por fin, dejaba la aguja clavada en el mango de la lezna, cogía lentamente su mate, lo cebaba, devolvía la tetera a las brasas, acomodábase en su banqueta y se quedaba mirando lo invisible en el aire.

—¿Qué toro, pues, Pacífico?

Entonces, despegando repentinamente los labios con su característico chasquido de botella que se descorcha, rompía con su leyenda:

—Había un toro, años ha, en estos contornos. Un toro solitario, de nadie. Él mismo era su dueño. Gordo y enorme, colorado y... con los cachos de oro.

—¡De oro!

—De oro.

—¿Tú lo conociste?

—Lo vide una sola vez. Voy por la cuesta de los canelos y lo diviso. Está parado, él. Me mira. Bufo. Se pone a rascarse los cachos en la piedra grande. Yo me paro. Un cristiano se para en un caso así. Él, ráscase que se rasca, y mírame y mírame después de cada restregón. Hasta que de un repente pegó un corcovo y desapareció entre el monte. Por eso hay oro por todas partes aquí, aunque no se hallen las minas. Uno se engaña por eso. Por el toro, que se rasca los cachos y deja la limadura en las piedras. Pero hay minas también; la cuestión es dar con ellas.

—¿Y ya no está por aquí el toro?

—Ya no.

—¡Lástima!

—¡Lástima! Con él, teníamos los pobres harta crianza. Era muy seguro. Y daba unas crías... No bien nos entraba una vaca en calor, solita se largaba monte adentro. Pues cubierta volvía, señor. Pero... Dios nos lo dio, Dios nos lo quitó. Se fue, se fue.

—¿Adónde?

—¡Uy! Muy lejos.

—¿Tú sabes adónde?

—Yo sé —murmuró Pacífico, y mirando a todos lados, como temeroso de oídos indiscretos, repitió:

—Yo sé. Muy lejos. Mire, desde entonces, como está viviendo a orillas del agua, por allá, arriba, las arenas del río también traen oro. De sus cachos, donde él se restriega... ¿Y no pregunta la gente por qué agora unos pescados tienen la carne amarilla? Salmones, llaman los gringos. Nada, señor. Si son las mismas truchas de antes. Sólo que el toro les ha dorado las carnes allá. Antes, ¿había de estos pescados acaso? No había. Puras truchas negras y puros pejerreyes treida el río.

—¿Yo no lo podría ver?

—¿Al toro? ¡Qué esperanza!

—Si tú sabes dónde para... Dime dónde.

—No debo.

—Dime.

—No.

—Te lo ordeno.

—¡Ah! Obligado sí puede el cristiano decirlo. Pero una cosa es obligado y otra así por la sola porfía.

—Dime, Pacífico.

Tanta insistencia de José Pedro tornó caviloso a Muñeco de Crin. Por último cediendo, pero apelando como siempre a su maña de sigilo, le sopló al oído:

—En la Laguna del Maule. Allá está, cordillera adentro, cerros de cerros arriba. Quizá por qué. Cuando se le acercan hay tempestad y bajan los pescados con oro en la carne, y las arenas con pepas...

Mucho reían los Valverdes de tales fábulas. También José Pedro tomábalo a broma. Pero en su alma perduró la fantasía, cierto ensoñar y creer, cierto dejar vagar la mente entre seres fabulosos, en cuyo tropel, no faltaba, por supuesto, aquel caballo alado que, siendo párvulo, se forjara él delante de un raro libro.

Jamás como entonces hubo que reconocer cuán eficaces eran los consejos de don José Vicente y con qué tino procedía este hombre para secundar a su hermano. Si el cura, impulsivo y valiente, afrontaba situaciones, él las resolvía. Con su habilidad en tejer bozales o riendas de lujo, trenzaba esta otra índole de cabos, hasta darles remate perfecto. Cumplió su misión en Talca no sólo con éxito sino de tan sagaz y fructífera manera, que a poco andar las cosas cambiaron en la región.

Para cúspide de su conducta, tuvo cierta vez en el pueblo un providencial encuentro con el juez, que también se había hecho nombrar subdelegado por el gobierno. Aunque sin importancia fuera la disputa, el mandón había perdido en ella los estribos. José Vicente, al revés, imperturbable y muy dueño de su señorío, había dejado correr aquel aluvión de iras. Y por último, como alardeara el leguleyo de mucha ciencia en códigos y mucha versación en letras, él, tras de subir calmadamente a su yegua mulata, y ya desde lo alto de la montura, volviéndose a los circunstantes con la más luminosa de sus sonrisas, habíase limitado a decir:

—Sí, sí. Ya ven ustedes, señores, cómo también hay burros con letras.

Proverbial debía ser pronto la frase. Voló de boca en boca y aquello de «burro con letras» adquirió carácter de remoquete para poner punto final a todo comentario posterior acerca del letrado.

Por lo demás, el tiempo y las gestiones de prelados y correigionarios en Santiago parecían asegurar un triunfo definitivo al cura. Allá, el presidente Montt, si bien no era clerical, seguía pensando en la utilidad de la religión en los campos y pueblos apartados. No de otra manera explicábase que, de la noche a la mañana, el juez y subdelegado extremista fuese reemplazado por uno conservador. Cesaron los pleitos con miras al despojo, las pasiones políticas se resolvieron en concordia y hasta pudo regresar don José Vicente a sus rulos de La Huerta, cuyos trigales amenazaban con desgranarse si no acudía pronto el patrón para efectuar la trilla.

José Pedro permaneció, a ruego del tío, en Los Tréguiles.

Así como al ritmo de los buenos tiempos habíase apaciguado la vida en la región, se había sosegado la naturaleza: a los ímpetus de la brota primaveral, sucedía el sopor del estío, con los andares lacios del hombre y la pereza caliente que gravitaba en la atmósfera. Amarillos ahora los prados dormían bajo el sol, un sol cuya torridez levantaba en las memorias el recuerdo de incendios espontáneos. Ya las arboledas, único verdor sobre las lomas, a nadie daban sensación de frío; tan sólo de refresco bendito, pues bajo ellas encontraba el peón alivio y a su sombra sobrevivían algunos pastos para regalo de ganados. El chico aprendió mucho, también, de faenas y cultivos. Enseñóle Pacífico por qué los soles, si algo agostaban, mucho maduraban en cambio: ahí estaban los granos de la uva llenándose de transparencias y azúcares, y las papas bajo la tierra hinchándose, y la tierra misma levantándose y como creciendo en los surcos repletos.

Pasó diciembre, se deslizó enero. Los náufragos concluyeron su lancha. La caridad del cura rehusó la embarcación en pago para Los Tréguiles. Lanzaron, pues, los hombres la suya al río y, bendiciendo al párroco, se fueron por las aguas cubiertas de lentejuelas de sol.

Pacífico y Segundo llevaban consigo al niño a todos los quehaceres agrícolas y él aprendía con instinto de raza. De vuelta, a la oración, rezábase el rosario, al aire libre, bajo la voz cantante de Zunilda y coreado por el personal de la hacienda. Pero dentro de las habitaciones José Pedro encontraba, como guardado, el bochorno del día y aun en la noche, dentro de su pieza, creía sentir que las cosas latían cual si la canícula les acelerara el pulso; por esto, en concluyendo de comer, uníase al sacerdote para sentarse con él media hora siquiera en el corredor: allí desde la luna caía una claridad fría que llamaba al sueño, metiéndose primero por las pupilas e invadiendo al fin las venas como un dulce narcótico.

En vísperas de marzo, se recibió carta de don José Vicente. Con ella en la mano, dijo el cura:

—Nos recuerda tu padre que vas a cumplir los diez años, Caballo Pájaro. ¿Y sabes lo que esto quiere decir?

—Sí, tío.

Quería decir colegio. Sabía él que a esa edad ingresaría en el Seminario.

Y hecho a la idea estaba.

De suerte que viajar a La Huerta primero, y luego, de allí, con sus mayores, ir a presentarse en el Seminario Conciliar de Santiago le resultó paso natural.

Por lo demás, no era él criatura pusilánime para que la vida escolar le acoquinara. Acostumbrado a clérigos vivió siempre, amas o regazos jamás haríanle falta. Lógicamente, pues, la novedad del ambiente seminarista le causó más placeres que nostalgias. Había tantos niños allí... y que conocían juegos nuevos, hacían volantines, bolas, cometas y estrellas... Y niños a los cuales él caía en gracia... Porque «el huaso Valverde» fue para educandos y monitores desde el principio personaje pintoresco y querido.

¿Los estudios? Él estudiaba, sí, lo necesario. ¿Por qué? Porque había que estudiar, como hay que levantarse y comer y lo demás. Para desasnarse, como sentenciaba el rector, no; que bien decía su padre; hay burros sin letras y con letras. Estudiaba, pues, aunque sin aplicarse mucho. Tenía buena memoria, los amigos le «soplaban» siempre... Él fue aprobado en todos los exámenes.

Algunas tardes, durante el invierno, eso sí, decaía en cierto ensimismamiento. Hacía falta la naturaleza abierta para no deprimirse con las lluvias. Debía soportarlas dentro de los claustros, los ojos nostálgicamente idos por los cielos. ¡Cuán diferente aquello al llover campesino!

Sin embargo, las nubes acompañan a los hijos del aire libre cuando los hallan entre paredes. Son por esto evocadoras y alegres para José Pedro. Enmarcadas por cuatro tejados las mira, pero las ve sobre la inmensidad de los campos. Son a veces nubes lentas que navegan en línea. Otras, nubes inmóviles que aguardan refuerzos para descargarse a llover. O nubes que ruedan y se retuercen sobre sí mismas. Algunas, negras como el hollín, esperan el milagro del rayo para resolverse en blancura, en granizos. Nubes de agua, en fin, simples nubes de agua que marchan procesionales, apretujándose, refundiéndose hasta formar una sola que cubre toda la redondez del cielo. Entonces, ráfagas tibias, como sofocadas bajo aquella multitud, funden los primeros goterones calientes: ya puede venir el aguacero helado y copioso. Más tarde, cansada la noche, seguirá la lluvia menuda que da brillo a las tejas frente al farol de la arquería conventual. Ama José Pedro también las nubes sin clase, las pobres vulgares nubes: a ratos el sol atisba débilmente por entre ellas, un instante. ¿Se juntarán en una, única, densa, igual, plomiza, que se licuará en gotera sin fin, capaz de conducir a una tristeza también sin fin?

El chico pregunta y aun apuesta. Pero... son, ésas, nubes vulgares; y frente a lo vulgar, cosa o persona, ni apostar con interés cabe.

También, eso de la tristeza es parecer fugaz, después de todo; porque, por último, un atardecer cualquiera, aparecen sobre el patio nublados que se entreabren y se arrebolan. Súbito, anuncia entonces José Pedro a sus condiscípulos:

—Ya no llueve. «El sol miró p'atrás», dicen los huasos, y es la pura verdad.

—¡Este huaso Valverde! —exclaman los otros niños, riendo.

Pero no es cabalmente que rían; es que te sonrían, o hasta le ríen. Le quieren, por inteligente, por vivaz, por apuesto, por corajudo, por hombrecito.

Ni ese ni otro año escolar alguno pesarán por lo tanto sobre la vida del estudiante. Y se desliza confiado en el tiempo.

Entretanto, en el campo maulino sucede mucho de nuevo.

Los hacendados, gratos al cura, cediendo cada cual una faja de sus terrenos, han formado una hijuela compuesta por los lomajes que mueren a orillas del río y se la regalan a su defensor.

A José Vicente, reflexivo y alerta, el asunto no le dicta juicio muy promisor; puede aquello halagar su natural de hormiga que junta, suma, acrece y busca fortuna;

pero ¿no empañará eso el prestigio del pastor de Cristo?

—En fin —concluye—, si la politiquería explota esto en contra tuya, cédelo a la parroquia.

Y en ello se conviene.

La decisión permite un esperanzado fluir del tiempo. Dos años pasan así. El cura, en su cuádruple papel de terrateniente, conductor de almas, abogado de pobres y caudillo político, domina. Ha encontrado, por lo demás, buen medio para mantener el triunfo: si campañas de liberalismos extremos surgen para iniciarle grescas, apela él a sus largas columnas de huasos bien montados y colonos fervorosos, hace desfilar huestes y cofradías por aldeas, caminos y encrucijadas, enrola más y más adictos, multiplica su falange de almas e intereses.

Paralela, empero, la política maneja en la capital otros hilos. En el Congreso se ha dado en llamar cacique al cura. Inopinadamente se ha enmarañado la causa. Y es que tan luego sube al ministerio un hombre del propio credo y le afianza, como éste cae y otro asciende para contrajugarle, para desvalidar sus actos, para desautorizar su conducta. Varias veces ha debido el arzobispado librar batallas por él; pero he aquí que de pronto échasele en cara el haber recibido tierras de regalo, el haber «medrado» con la investidura religiosa. Responde su desinterés cristiano entonces, que siempre le llamó al voto de pobreza, y sella la respuesta cumpliendo el consejo de su hermano: las tierras de la ofrenda son regaladas a la parroquia. Sobreviene así renovada era de confianza y honor. Mas el quijote místico que hay en él no descansa; antes bien, descubre coyunturas a cada oportunidad, y a favor de la bondad del nuevo subdelegado y juez inicia querellas y recursos contra los usurpadores de ayer, con tal ventura, que aun los hambrientos que trocaron cuadras por peras rescatan sus tierras.

¿Quién penetra, sin embargo, en algunas tolerancias de Dios para con el Enemigo Malo?

¿Pues no estalla en Santiago un conflicto entre Iglesia, Poder Judicial y Ejecutivo? Un famoso incidente que la prensa hereje moteja «de los sacristanes», endemoniada rivalidad por fueros entre cabildo, canónigos, prebendados, vicarios, sacristanes mayores y menores; pugna, finalmente, entre lo eclesiástico y lo civil. Todo ello por la remoción de un portero, mas lo bastante grave para que intervenga la Corte Suprema y dictamine contra el Señor Arzobispo «bajo apercibimiento de destierro».

—Y lo peor: que los tales Montt y Varas están con la justicia ordinaria. ¡Leguleyo al cabo, el don Manuelito!

—Cosas del diablo —fallan las beatas.

Mas como el Maldito protege a los adversarios, enrédase la defensa del quijote del Maule; y a poco de apagado el incendio capitalino, el episcopado allá transige y resuelve trasladar al «muy meritorio señor cura Valverde». «Una parroquia en más cultos poblados le acomodará mejor, si bien se juzga y premia.»

Valverde por encima de todo, él no acepta. A cualquier «mejora» renuncia.

Conviene con José Vicente una permuta agrícola: venga éste por algún período a Los Tréguiles, forme un mayordomo que prosiga el desarrollo de la obra iniciada; el cura se irá en cambio a La Huerta.

—Obtendré licencia de capellanía —decide—. Con capilla en el fundo, asistiré como capellán a los fieles del contorno, que bien numerosos son y hartos lo necesitan.

Como las decisiones de aquel genuino Valverde no admitían reconsideración, mucha mudanza sobreviene.

Y mientras los acontecimientos se suceden, José Pedro entra en el año decimotercero de su vida, año en el cual iba el destino a poner sobre su personal temple de Valverde, resplandores de orgullo temerario y, también, la sombra de un gran dolor.

A pesar de que una fuerza de terquedad y arrojo dejan esa vez encendido el orgullo de José Pedro, una congoja le quedará para siempre anudada en el corazón. ¿Por qué tolera el buen Dios algunos trances? Si diríase que aun los inspira y los conduce. ¿Forja las almas fuertes, así, enrojeciéndolas primero sobre el ascua del pecado, para mejor templarlas después en el óleo del arrepentimiento?

Atardecía ya, en La Huerta. Y es como un atardecer desolado, aquel recuerdo.

—¿Listo?

—Listo —responde Rosamel.

José Pedro echa entonces un vistazo más a su compañero y le sonríe satisfecho. Tiene su misma edad Rosamel —doce a trece—; es sobrino del médico legista de Melipilla, y ha venido del fundo próximo, al vespertino paseo a caballo. Tras la última inspección, lo ha encontrado bien, de traza y de semblante: espigado y carirredondo, con gesto despierto de pajarillo nuevo: dos ojos en círculo bajo dos negras cejas unidas, y una nariz de pico breve que le respinga la boca.

—Vamos al estero.

—Bien.

Coloca José Pedro entonces las riendas sobre la cabecilla, quita la manecilla y la engarza entre los pellones, y por último remece la montura para cerciorarse de que está bien cinchada.

Mientras endereza el estribo, especie de calabazo labrado en palo de quillay, se acerca el perro a olfatearle los talones y él le da con la espuela de plano en el hocico.

—¡Fuera!

En seguida, lentamente, sube a caballo. Recuerda las lecciones de su padre. ¡Querido viejo! Allá estará, en Los Tréguiles, lucha y labora.

Él acaba de llegar, a vacaciones. Ha vuelto a vestir de huaso, y traje flamante y a su medida, con pantalones largos ahora. Quedaron los sumeles en el Maule. Otra laya de botas se usan aquí, de apolainado corte, altas y negras, bordadas con tientos blancos y chorreando correoncillos desde las abrochaduras. Lleva manta de colores además, y sombrero de pita con fiador de cordón que se ajusta bajo la nariz.

—No regresen oscuro.

Del interior ha salido la voz ancha y redonda. Está el clérigo de pie, a la sombra del corredor azaguanado. Asoaman sus tobillos bajo la sotana suspensa por el abdomen y huelgan como badajos al emerger de los zapatos.

—Y no meterse al estero, ¿entienden?, que viene en crecida.

—Conforme, tío.

Se han tornado los dos muchachos a observar al cura. Tan severo. Y tan alto: casi roza con la frente la techumbre de tejas sustentada por flacos pilares de luma.

—Ya, rodajea.

Vibra en el aire el sonido de las espuelas. Y ha partido la pareja, al paso menudo de los bayos colinegros. Chilenitos, pequeños, pero «reforzados».

Hasta el estero irán.

Toman el camino que se interna por el fundo. Se van sobre el largo colchón de polvo flanqueado por espinos y romeros. Andan, galopan, redúcense nuevamente a la marcha. El paisaje arde y se perfuma. Por la derecha bajan las lomas trigueras en racimo, las unas lucientes de rastrojos, pardas y opacas las que en barbecho aguardan. A la izquierda, a todo lo largo de una quebrada seca el monte virgen trepa cerros y alegra su verde sin matices con plumeros de palmeras que aquí y allá se agrupan como personas educadas entre manadas salvajes. Juntos, inseparables, hermanos en la libre felicidad de los campos, los muchachos charlan y cambian sus proyectos. Y si pasan frente a un potrero, los caballos, a su vez, se expresan: escorzan la cabeza en dirección a las bestias que pastan sueltas, abren mucho las narices y, por entre los belfos tremolantes, rebrinca la salutación de sus relinchos.

—¿Viene el perro?

—Sí; todavía nos sigue.

—Ya nos abandonará.

—Está muy viejo, el pobre Valiente. Se cansa.

Pero Valiente aún continúa detrás. Su lengua, pulpa que pendula y gotea, enrojece la pelambre azafranada del cuerpo. De su feo cuerpo de can sin clase. Menos mal que, como tiene de bronce las pupilas, en el amarillo del pelo se prenden dos brillos y lo hermocean.

Alto y limpio, el cielo abre hacia arriba el paisaje; porque abajo la tierra se ha ido velando por una sombra fresca. Es la manera que la brisa tiene de hacerse sensible cuando se duerme en la fronda.

De pronto se oyen unos graznidos, como si chispearan allá arriba, en el gran resplandor que ya sólo sesgadamente manda el sol por encima de las cumbres. Y aparecen dos pájaros.

—¿Águilas?

Hay uno grande, gris con festones blancos bajo las alas, y planea dueño de su majestad. El otro, el que sin cesar chilla, es menor.

—¿Son águilas?

—Un águila con su aguilucho.

—Su hijo.

—Mira. Le enseña a volar.

A medida que marchan, los niños admiran aquella enseñanza. Vuela en círculos de gracia el águila, inmóviles los remos, silenciosa con el silencio del cielo. El hijo no sabe de orden ni sosiego, quiebra las curvas de sus arabescos, aletea, sube, baja, y todo ello sin callar. Una vez, el aguilucho se ha remontado tanto, que ha de dar el maestro un golpe de timón, y emprender una espiral y también elevarse hacia el infinito azul.

Pero algo inesperado sucede.

—Fíjate. Se cansó el mocoso.

—¡Alabado sea Dios! ¿Ves?

Rendido, el aguilucho de repente ha bajado, cual si ya en el vacío las alas no se le apoyasen, y el águila, milagrosamente detenida en el aire, lo recibe sobre sus lomos. Parece imagen para un escudo, blasón en que un rey llevara sobre un hombro el azor, tal cual en los viejos libros de señorío que se guardan en la biblioteca del Seminario.

Poco después el pichón despega del águila y vuela recto y se aleja, para no divisarse ya más.

—Se largó.

—¡Se largó!

—¡Caballo Pájaro!

Entre sorpresas y ocurrencias, sin advertirlo casi, han llegado a la hondonada del estero. Allí hace calor. Vaho de fuego despiden los pedregales y un olor a monte bravo expándese con la evaporación de las aguas.

—Ahí —dice Rosamel señalando una isla que divide la corriente— hay granadas.

Ya lo sabe José Pedro. Ya estaba él contando las esferas reventonas que pintan rojas en el matorral. Siempre le han gustado a él las granadas. Desde muy pequeño. Se le ocurría, mientras rezaba delante de Nuestra Señora del Rosario, que el globo terráqueo terminado en una coronita que sostenía el Niño sobre la palma era una granada. Si hasta la coronita, la lleva esta fruta...

—Antes —agrega en alta voz a sus pensamientos— yo vaciaba granadas. Las abría por el asiento, ¿comprendes?, y las dejaba huecas, pero enteras. Después, calando el cascarón con los mismos dibujos de las platerías, hacía coronas para la Virgen. De esas coronas grandotas con otra coronita encima.

—¿Pasemos a la isla?

—No hay vado, dicen.

—Por aquí, mira.

—¿Será tan traidora la corriente? No. Y se lo hemos prometido a mi tío.

Como el crepúsculo ha empezado a envolver ya en su misterio todas las cosas, ellos no piensan desmontar. Permanecen un rato mudos. Los ha ido cogiendo el encanto de los malvas que suavizan el tronar de las aguas; y tras el encantamiento despuntan ya las tentaciones de atravesar el torrente, cuando gañe un zorro y todo lo

avienta: ¡Huaj! ¡Huaj! ¡Huaj!

—¡Huaj! ¡Huaj! —remedan los muchachos.

—¡Huaj! ¡Hijuna gran p...! —exclama Rosamel aún. Y porque siempre le hicieron gracia los malhablados, ríe José Pedro.

—Contestémosle. ¡Huaj!

—Parecen carcajadas.

—A lo mejor es el zorro que nos comió el gallo la otra noche.

—Que se está burlando de ti.

—¿Y el perro? ¿Qué se hizo?

—¿No te dije que nos dejaría solos?

¡Huaj! ¡Huaj! ¡Huaj!, insistía entretanto el emboscado raposo.

—¿Por dónde grita?

En vano los oídos buscaban. El eco multiplicaba los gañidos por todos los herbazales, los rincones y los vericuetos. ¿O era que cambiaba escondites aquel animal?

Lo agarraría del gañote...

—La cuestión es pillarlo. Saben mucho los zorros. Si te ven venir a pie y sin escopeta, ni se alteran; siguen caminando, con un desprecio... Y cuando se consigue atrapar uno, vieras, se hace el muerto, y tú que le crees y te descuidas y él que aprieta a correr.

José Pedro lanzó aquí una carcajada.

—¿Te ríes?

—Me acuerdo de lo que dijiste una vez. Habían cazado un zorro y lo tenían muerto en el suelo, ¿te acuerdas tú? Yo, porque al darle con el pie le oí sonar el gaznate... aire que le quedaría y que le gorgoriteó... dije: «¿Está vivo?» Y tú saltaste: «No, hombre, ¡se hace el vivo!»

—Ya. Déjate de bromas. Es que saben tanto estos bribones. Mira, caen en un lazo, y dan al alambre, a diente, hasta que lo rompen.

—No hay como la trampa de fierro.

—Pues te vas a quedar boquiabierto: uno se cazó una noche en la trampa. ¿Y qué hizo? Ya convencido de que no se zafaría la pata, se la cortó. ¡Tranquilamente! ¿Crearás? Con sus propias muelas, como quien masca un hueso para comérselo.

—Y se escapó.

—La pata, no más, hallamos por la mañana.

—Eres bien embustero, Rosamel.

—¡Qué sabes tú! Bueno. ¿Cruzamos a la isla?

—¿Tú conoces bien el vado? Debe ser cierto que es peligroso. Hay harta piedra, y harta corriente...

—Y hartos miedos.

—Yo no tengo miedo, ¡mierda!

—Entonces...

—Vamos. ¡Qué tanto será!

Empezaron a buscar el vado. Tanteaban con los cascos las bestias y volvían grupas. Pero ¿resistían? Pues a cambiar el punto de ataque.

—Déjale caer las espuelas a ese manco flojo.

—Hazle caso al caballo, Rosamel. No lo obligues. El animal sabe por qué rehúsa.

Entre intentos y resbalones, seguían los bayos bufando; temblábanles las carnes en los pechos y en las paletillas. Al fin descubrieron los muchachos un rumbo sin honduras. El agua no subíales más arriba del estribo. Pero en el fondo rodaban piedras que pegaban en los nudillos a los animales y hacíanlos tropezar, buscar nuevo piso, enmendar traspiés.

Abordaron a pesar de todo la isla. Y se hartaron de granadas. Y vocearon su proeza.

—¡Caballo Pájaro!

Triunfaban, pues.

Sólo que al regreso, de pronto le parece a José Pedro que ha sentido, en medio del estruendo sostenido de las aguas, un grito. Más bien ha sido una voz estrangulada que la masa líquida se hubiera tragado en el acto, y aun más que voz, el sonido de un presentimiento súbito y pavoroso. Aunque la corriente oblígale a seguir bregando, mira en torno. ¡Virgen Santísima, Rosamel no está junto a él ya! Únicamente el instinto lo sostiene y lo enardece. Espolea, sujeta las riendas en alto, para que se apoye en ellas el caballo y salga. Apura, en fin, los esfuerzos al máximo y sale.

Pero en la orilla mide toda la tragedia: un bulto informe voltea y da tumbos en torbellinos, allá en lo más hondo y tumultuoso del torrente.

—¡Rosamel! —clama.

Mas la voz se ha deshecho en el viento. Sólo permanece la angustia latiendo, como una onda entre el corazón y los borbollones del agua.

Corre, riberas abajo, desatentado.

—¡Rosamel!

Inútil.

Y ha oscurecido mucho.

Llegaba el momento de no saber qué hacer. Tan luego va José Pedro por la orilla, escrutando, llamando a gritos: ¡Rosamel! ¡Rosamel!, como vuelve al punto de partida. Está preso en un circuito mágico de espanto. Impulsos de llorar, a gemidos, le acometen; pero sus ojos se resecan y tan sólo su mente busca en la desesperación. Hasta que divisa el caballo de Rosamel, que sale del estero, allá por un recodo. A prisa corre al encuentro. Pero antes de alcanzarlo ha distinguido al animal que, sin jinete, ha emprendido el galope. Ya no parará sino en la querencia, en los corrales de las casas. Acude no obstante al sitio por donde asomó la bestia, y escruta, registra la turbulencia del río, las márgenes de pedrazón y arbustos. Nada. En esto su propio caballo relincha: ha oído que le responde su pareja y ha decidido galopar él también detrás.

José Pedro entonces se deja llevar.

Ignora cómo se ha presentado minutos después ante su tío. Porque vieran llegar solo al bayo de Rosamel, y empapado, con el apero chorreante, se habían puesto en alarma. Él refiere como un sonámbulo qué ha ocurrido. Y después... Después toda la noche pasará dislocada, cadena de eslabones sueltos, a su conciencia. Le perseguirán las visiones por el resto de su vida. Peones con antorchas, candiles o chonchones; caminata en romería; búsqueda desesperada en que se empeñan fantasmas negros entre resplandores que más que de llamas, diríanse de sangre sobre el luto de la noche. Por fin, al amanecer, el cadáver de su amigo. ¡Ah!, lo verá siempre, húmedo aún, desencajadas las facciones, entre cárdeno y pálido, bajo el corredor que también palidece y se amorata con el alba. Sobre los ladrillos van y vienen los pasos de las gentes; chasquean todavía empapados, y marcan sus huellas de lodo, aquellos pies. Hasta que al cabo, en el amparo de un rincón, José Pedro consigue llorar.

¡Ah!, sólo aquel llanto largo y a solas le desahoga.

Plena conciencia no alcanza, sin embargo, sino a la tarde, cuando el sacerdote y el médico, a quien fueron a buscar para entregarle al sobrino muerto, le llaman.

Comparece José Pedro dueño de todo su temple. A toda pregunta responde, sin atenuar faltas, sin excusas infantiles. Le son indiferentes las recriminaciones. En el fondo, hasta querría él purgar la desgracia, cual si fuera el victimario de su amigo.

De suerte que atiende a cuanto le quieren decir.

—Y ahora —concluye el cura— ven con nosotros. Más que una tanda de azotes, que la merecías, te ha de doler lo que vas a presenciar. Desobediente, loco, temerario...

Para escarmiento, ha decidido que presencie la autopsia del cadáver.

—Yo lo conozco mejor que ustedes —arguye al médico, cuándo éste habla del sistema nervioso—. Caracteres como el suyo —«y como el mío», tiene deseos de agregar en un paréntesis— necesitan lecciones así, hasta crueles, para correctivo eficaz.

José Pedro no rechaza el castigo. Erguido, pues, va y asiste a la autopsia del médico legista.

Cuando la escena horrible concluye, una cólera sorda le arrebató. Una molestia rabiosa que le hace ir derecho a su cuarto, a encerrarse. Algo hay en él que le causa siempre tales reacciones; ese algo que le endiabló el genio, como de sí mismo suele confesar también el cura. ¡Ah, qué horrorosa escena! No tanto por el cadáver, no por la imagen de la muerte, ni por la piedad, no; lo cruel y desesperante ha sido para él la desnudez de su amigo, ese desnudo tratado con irreverencia, deshonesto, injuriado en el pudor. Este sufrir de una injuria, de algo semejante a una profanación, a una violación casi, es lo que oscuramente y turbulentamente le persigue y le retuerce el alma. Bien. Acaso lo merezca, por no haberse opuesto, él que tan hombre se cree, a la porfía del pobre Rosamel.

Toda la tarde llora tendido en su cama. Hasta que se duerme sin saber cómo.

Despierta vestido, a la mañana siguiente, cuando entra Nicolás a buscarle, por encargo del sacerdote.

—¿Qué quieres?

—Dice el señor capellán que vaya conmigo al estero.

—¿Al estero?

—Sí. Hemos juntado las prendas del finadito; pero falta la cabezada. La bestia no la treida. Y como usted sabe dónde pasó todo...

—Bien. ¿Ensillaste?

—Sí, patrón.

—No los bayos, supongo.

—Los mismos, patrón.

—Desensilla, entonces. O los cambias, o no voy.

—Cambio. ¡Qué cuesta!

Es hombre hablador, este Nicolás. Tiene la verbosidad del indio cuando sale de lengua suelta. Parlotea sostenido, hasta dialoga consigo mismo en ocasiones.

—Bien mirado, patrón —va diciendo por el camino—, su tío lo quiere más que a hijo. ¿Cree que me ha mandado con usted para encontrar ese freno o esa cabezada? ¡Bah! Para que no se halle usted en las casas ahora. Para eso. Porque van a llegar la mamá y las hermanas del finadito, a llevárselo. «Será de partir el alma», dijo el señor capellán. «Y el niño ha sufrido ya bastante». Así es que cuando me ordenó que fuéramos juntos al estero con el encargo, yo le contesté: «Sí, sí; a buscar el freno, a cualquier cosa me lo llevo». Y él se rió. ¿Ve?

José Pedro no respondía. En silencio se apearon para la búsqueda. No apareció la prenda, por supuesto. Pero Nicolás charlaba sin tregua.

—¿Por dónde vadearon, patrón?

—Por aquí.

—¡Uf! En lo peor.

—Ahí veníamos ya cuando él se me desapareció.

—¡Qué barbaridad! Si no se puede jugar con las aguas bravas, ni en el mar, ni en los ríos, ni en los esteros, por chicos que nos parezcan. ¡Ni darles miedo! Ya ve, ahora... ¡Jesús, María y José! A riesgo de que se hubiera ahogado usted también...

—Cállate.

—Me callaré. Pero es preciso que reflexione, patroncito, por Dios. ¡Tirarse así! ¡Zas! No. Hay unos hoyos, unas honduras, unos remolinos de fondo donde menos se piensa. Falta piso y... ¡cataplún!

—Cállate, Nicolás. Me estás cargando.

—Yo lo digo porque...

—Porque eres un cobarde. Me revientan los cobardes, bien lo sabes.

En verdad, ante la cobardía tal vez como ante fenómeno alguno irritábasele a José Pedro el carácter.

—Ser valiente, sí, muy bonito, cuando...

—Siempre se debe ser valiente. Tú no pasas de ser un indio de mierda. Cobarde, mira. Así se hace.

Y enfurecido, ante el asombro y los espavientos de Nicolás, descargó las espuelas sobre los flancos de su caballo, se lanzó al agua, por el mismo paso de la tarde anterior, trepó a la isla, volvió *ipso facto* grupas y vadeó el torrente de regreso.

—¡Caballo pájaro! —exclamó al pisar de nuevo la orilla.

—¡Jesús! Está loco.

¡Ah! Entonces pudo, ¡al fin!, lanzar José Pedro un suspiro. El primer suspiro de alivio. Aquel acto le volvía de veras en sí, le redimía de penas, de remordimientos, de todo. Sería un loco. Bien. Así era él.

—¿Viste, Nicolás? —preguntó alegremente.

Nicolás quiso reaccionar.

—Yo voy a tener que decírselo a su tío.

—Tú que abres el hocico y yo que te lo parto a pencazos. ¿Oyes?

Y muy capaz de hacerlo creíalo Nicolás. Bien sabía los puntos que calzaba el muchacho. Como conocía también los del señor capellán.

El suceso mantendríase, pues, en secreto.

Y en secreto se mantuvo.

Pero las turbulencias en el pecho de José Pedro resolvíanse poco a poco en suave pena, cuando una desgracia mayor estremeció todas las almas en La Huerta.

Primero en rumores surgidos de cierta noticia publicada por diarios de Santiago y casi de inmediato por un propio venido de Los Tréguiles a revienta caballos, se supo que don José Vicente había sido asesinado. Salteo en el fundo. Y muerte. Pacífico, el infeliz Muñeco de Crin, había caído al pie de su amo, con la cabeza partida. Don José Vicente había sido acribillado a balazos. Estaban heridos también, y ya en Talca hospitalizados, Segundo y Zunilda. Toda una catástrofe. Culpábase a los viejos enemigos del cura, al juez, lastimado por lo del «burro con letras», al Guatón Moreno; buscábase además a los matones de la hazaña pasada, que habrían vuelto en venganza... Pesquisas, conjeturas, cuentos, hilvanar de síntomas, indicios y antecedentes. Pero lo efectivo, la suma no disminuía la tragedia.

Durante días, mientras se organizaron y cumplieron viajes, traslados de restos, misas y sepultaciones, el afán entretuvo algo los ánimos. Poco después, ya todo cumplido, tío y sobrino decayeron hasta hundirse en dolor inenarrable. Sólo reaccionaban cuando al comentar los crímenes, reconocían el peligro incesante que acechaba en los campos de Chile a los hombres fuertes, laboriosos y honrados que se habían impuesto la ilusión de crear la agricultura. ¿Estarían por siempre a merced de pícaros, venales funcionarios y salteadores?

—Los huasos, hijo —solía concluir don José María entonces—, Dios me lo perdone, pero Él sabe que así es, deben vivir en estas tierras con el arma al cinto y el alma en el arma. Carecemos de policía, no hay defensa ni amparo. Los tribunales rara vez y tarde alcanzan hasta nosotros. Nuestra justicia queda en las manos

misericordiosas de Nuestro Señor.

—Y en nuestras manos propias —pensaba José Pedro en voz alta, mordiendo las palabras.

—También. Al menos la defensa. Hasta que se nos dé patria más segura.

Toda una visión le anticipó entonces el porvenir a José Pedro. Afortunadamente, a él sobraríale coraje.

Mas ninguno de los dos pudo evitar que, por el resto del verano, desmayase la vida en un plano de tristeza. Cumplidos los deberes del día, amaban pasarse los crepúsculos en el corredor, ante el pequeño jardín, mudos, contemplativos, perdida la vista en las lejanías, a solas con su duelo y sus reflexiones cansadas. Pasaba el capataz arreando los terneros de la lechería; achiqueraba; sus gritos, el trémolo largo de su silbido y los mugidos distantes de las vacas deshijadas permanecían vibrando en el atmósfera, como un cántico flotante. Otro cántico tendían los celajes en el cielo terso. Hasta que paulatina y deliciosamente adormía la noche la campiña, aquellos campos tan amados, aquellos rulos que hombres duros y sanos, a veces aventureros y amigos de la pendencia bizarra, pero siempre buenos en el fondo, iban labrando, constituyendo, incorporando a la civilización.

Bellísimo era todo eso. Y era inocente. Las tragedias no le pertenecían. Sólo belleza ofrecía el mundo de Dios. De contemplarlo y comprenderlo, José Pedro asombrábase a menudo. ¡Tanta paz! ¡Tan absoluta indiferencia! Su dolor, el dolor de su tío, el fracaso de su padre ¿no valían para la naturaleza?

Así era la naturaleza. Para una dicha como para un horror, tenía la misma dulzura en los celajes, la misma placidez en la campiña, la misma inalterable armonía de las cosas. La gran conforme. Había que dejarse inspirar por ella y dar al corazón el mismo ritmo de grandeza inocente. La suprema sabiduría ¿era un candor?

Aunque no lo pudiese razonar bien, José Pedro se reincorporó a sus cursos aquel año con todo ello dentro. Cierta revolución llevaba su alma. Dolor, intrepidez, locura, temple... y poesía, también sí... algo unido en humana mixtura iba en su pecho, hacia el porvenir.

Evocación segunda

Amor y aventura

Iban los dos caballos a tranco de viaje largo, picando con los cascos la greda del camino. Apenas si en la cintura de los jinetes advertíase levísima cimbra: tan suaves de paso eran los animales.

—Bien almorzados sí que venimos, don Pepe.

—Y ya nos queda poco.

Aquella vieja carretera, que atravesaba un monte, seguía por los llanos al sesgo, cruzaba primero Melipilla, luego el lecho pedregoso de un río seco y estrechábase por fin entre los tapiales de un callejón, era la vía más breve para dirigirse al fundo de las Lazúrtegui desde La Huerta.

—Usted, don Eliecer ¿conoce bien esa yeguada?

—La he visto criarse, don Pepito.

Sólo de cuando en cuando cambiaban alguna frase. Marchaban cansados. Aquellos paredones con bardas de teja no proyectaban sombra y las voces permanecían como vahos quietos en el calor de la media tarde.

Se detuvieron ante la puerta de un rancho que bostezaba humo. Una mujer de rodillas molía trigo sobre una gran piedra en declive.

—Tu marido, Josefa...

—En los corrales, don Eliecer.

—¿Le diste mi encargo?

—Sí, señor, que se apersonase a don Pepe Valverde.

Entre José Pedro y la mujer hubo, al sonar el nombre, una de esas sonrisas con que las gentes se presentan sin palabras. Y una chicuela descalza salió del rancho, miró al joven patrón y, sobrecogida, buscó el pecho de su madre para esconder la cara.

—¿Cómo te llamas tú?

—Contesta, di tu nombre: María del Tránsito, patrón.

No consiguieron que articulase la chica palabra alguna.

Pero tan pronto los jinetes hubieron partido, dejó el regazo, corrió al medio de la vía y estúvose allí, embobada, siguiendo al patroncito rubio, con los ojos, hasta verlo perderse de vista.

—Ven acá, moledera. ¡Miren! Desde mocosa le tiran los caballeros. ¿No digo yo? ¿Buen mozo lo hallaste? Di...

Y es que José Pedro habíase convertido en muy apuesto, muy fornido y muy elegante huaso. Vestía con todo el embeleco de la rica juventud campesina: sus mantas agotaban el surtido en colores, tramas y floreos; a los lujos del apero, el temple de las espuelas —con rodajas enormes— sumaba esa música que prolonga en el aire los pasos y, por su timbre diferenciado con esmero, deja estela personal; y además, si el bozo y la sombra velluda dorábanle ya la cara con tentaciones de fruto apetecible, cierto verde azufrado le prendía en las pupilas extraño y dulce magnetismo. Así, pues, aun las tiernas criaturas que se azoraban en su presencia y se cobijaban como pollitos bajo el ala de su clueca, sentían emoción al verle.

Ya se percatara el tío cierta vez de ello, frente a las mozas de La Huerta. Porque decidió advertirle después, cuando estuvieron a solas.

—Mira, Caballo Pájaro, de juiciosos es hablar claro si la oportunidad lo aconseja. Escucha.

—Diga, tío.

—No sé cómo decírtelo —vaciló—. Pero... ¿te acuerdas de mi viejo tío, el canónigo?

—Naturalmente.

—El pobre, con su mala memoria, sus rarezas, sus modos... Aquello de nunca decir: «yo hago», «yo pienso», «yo siento», sino «hace uno», «piensa uno»...

—Como si lo estuviera oyendo.

—Bueno. Pues te voy a contar una anécdota suya, de mucha razón y que... me parece... lo expresa todo ahora. Cuando yo canté misa, hijo, él que fue mi padrino, me llamó aparte, me dio algunos consejos... y terminó con éste, para él primordial, y que nunca olvidaré: «Sobre todo, hijo, no caer en pecado mortal con una confesada. Jamás. Porque... se ceba uno». ¡Oh! No te rías.

—Y usted... cumplió, por supuesto.

—No te rías, repito. Y te digo yo ahora lo mismo: no caigas en pecado con el mujerío de la hacienda. Jamás.

—Porque se ceba uno.

Habían reído entonces los dos de buena gana.

Y nada más.

Ahora, mientras se aproximaban a las casas de la viuda de Lazúrtegui, José Pedro venía refiriendo a don Eliecer el cuento.

—Bien lo conoce su tío, don Pepito —sentenció don Eliecer.

—Y yo a él.

—No lo haga padecer, señor, no lo haga padecer.

—Es que en el fondo, somos iguales. A mí basta que me prohíban algo para que me crezcan las ganas de hacerlo. Y lo propio ha dicho él siempre de sí mismo: si me pasan la mano contra el pelo, el diablo se me mete en el cuerpo.

—Ahora está viejo.

—Muy viejo está, el pobre. Y se ha puesto muy dominante.

—Pero hágase cargo, don Pepito: ¿cómo puede aceptar él, sacerdote, que por ahí le digan a usted...?

¿Qué?

—El potrito de campo, lo he oído yo nombrar.

—¿Sí?

Le hizo gracia el mote a José Pedro. Compararlo a los potros que se sueltan con las manadas de yeguas chúcaras y se reproducen sin registro...

Continuaron en silencio por el par de cuadras que los separaban de las casas aún.

Don Eliecer, era hombre puro. Uno de esos católicos en quienes la fe tiene poder

contra el pecado. Ni la más venial mentira cabía en su moral. Acompañaba en las compras de caballos a Pepe Valverde porque nadie como él había para justipreciar al primer golpe de vista un equino. Distinguía por las líneas fundamentales de qué procedencia era, si de las crianzas de Quilamuta cuya estirpe fijara don Rodrigo González de Marmolejo, si de las doscientas yeguas salvadas en Alhué, si de Acuelo, de Vichiculén o del Principal. Pero el mismo escrúpulo que fincaba en rechazar «aguilillas» o «cuartagos» y en ajustarse al juicio técnico, le guiaba en los tratos de compraventa. En cierta ocasión, José Pedro, para obtener buen precio por una potranca, le quiso advertir:

—He dicho que usted me la vendió en veinticinco pesos. No me descubra si llega el caso.

A lo que repuso el pulcro don Eliecer:

—Eso sí que no, don Pepe. Yo espero, con el favor de Dios y María Santísima, no mentir nunca.

Pronto esta virtud y otras, hicieron de don Eliecer el tratante de mayor confianza para los Valverde. Solían ridiculizarle por sus trazas y maneras. Mediano de talla y edad, mediano de carnes, mediano de atavíos personales y ecuestres, debilitaban más su medianía una voz meliflua, una expresión mansa en los ojos y una frentecilla de dos dedos escasos. Tenía sólo de recio el bigote —dos alas de tordo— y el pelo, negrísimo y cerdudo, aunque siempre causara la impresión de hallarse recién salido de la peluquería, por lo bien tusado y peinado.

Con él iba, pues, ahora José Pedro, ya el garrido, alegre Pepe Valverde, a escoger una veintena de hembras de vientre en las manadas chúcaras que por esos días liquidaba la empobrecida viuda Lazúrtegui en su fundo San Nicolás.

Cuando llegaron a los corrales, ya les habían hecho selección previa de las bestias.

Julián, el marido de Josefa, cumplió su encargo de «apersonarse» a José Pedro:

—Hemos despajado la masa, patrón. Usted dirá si lo quiere ver todo antes de que le demos el campo al desecho.

Estimose bastante lo apartado en la medialuna. De suerte que se abrieron las tranqueras del corral grande y quinientos caballares de diversos pelos y tamaños se lanzaron sobre la planicie amarilla moteada de espinos verdinegros. Como de una compuerta salían primero en chorro, abríanse luego en abanico galopante, las crines al aire que retemblaban de relinchos y, al fin, en desparramo, sosegábanse a pastar.

Dentro de la medialuna la faena fue larga y minuciosa, cansadora pero festiva. Las enlazadas, los peales y las risas encendiéronse con los dichos y con los ladridos de cien canes que servían al huaserío. Retozó José Pedro en su juego de jinete maestro, y más que él acaso, pues ello constituía su pasión, retozó el circunspecto don Eliecer. Hasta que, anocheciendo, sólo faltó pasar a las casas para cancelar la compra.

—Se me da que la niña, la mayorcita, ha estado reza y reza el día entero —suspiró don Eliecer mientras en el corredor de la viuda quitaba las espuelas a José

Pedro.

—Ya está pensando mal.

—¿Mal? Si me la imaginé rezando.

Pepe continuó en la cuenta del dinero con que pagaría.

Ahora... por quién reza... es otro cuento.

—Pero no me negará que es bonita.

—Linda, linda con ganas.

Como damas de sala y estrado recibieron las Lazúrtegui a José Pedro y su acompañante. Componían un cuadro. Al fondo, sobre la estera, en el sofá de tres medallones —jacarandá y damasco granate— misia Jesús sentada entre sus dos hijas. Mantenían las tres pañuelito de encajes entre los dedos y en las comisuras la suave sonrisa impuesta por los retratistas del siglo.

—Al retirarme, señora, mis respetos y...

—¡Cómo! Si no se pueden ir sin comer. No faltaba más —interrumpió ella mientras recibía el dinero. Sin contarlo, volvió el torso para posar graciosamente la bolsita sobre una consola, a los pies de una celestísima imagen de la Inmaculada, y —: Una copita, primero —continuó—. Sirvan, niñas, ustedes. En seguida pasarán a lavarse y sacudirse el polvo, y a la mesa.

Nunca olvidaría José Pedro aquella escena. Con delicia y dolor debía retornar siempre, a lo largo de los años, a su memoria. Fue su estreno social y su destino. Y cuando en la mesa tomó la señora de su plato la mejor presa de pollo para ofrecérsela a su propio tenedor, él comprendió que se le aceptaba, más aún, que se le atraía.

Después, Chepita, la romántica languidez con que revestía de compostura su vehemencia... Y Marisabel, la adolescente, cuyos ojazos abríanse adivinadores y volaban como mariposas de rostro en rostro, en espectáculo que la conmovía y en cierto modo fascinaba.

—Somos un poco parientes —había dicho también la señora— por la rama de su madre. ¿Se acuerda usted de ella?

—La verdad, muy poco.

—Lo dejó tan chico...

—No lo conocí, podría decirse. Tengo de ella más bien una imaginación. La veo en el retrato, más joven que yo y... no sé... pienso en ella como se piensa en las santas del cielo.

—Criado entre hombres solos, después...

Poe eso tienen que perdonarme un poco mi falta de maneras.

—Nada de eso.

—Nada.

—Es finísimo. La estirpe, hijo, manda.

—Pues me he formado bastante salvaje.

—Yo lo temía, pero ha resultado al revés. Cuando de tarde en tarde lo divisaba con José Vicente o con su tío, y veía aquel chiquillo siempre con su chichón en la

frente...

—Jamás me faltó el chichón.

¡Cuánto se habían reído! Sobre todo las niñas. Pero le habían demostrado adhesión. Adhesión y aun interés. Él quedó contento. ¡Caballo Pájaro!, exclamó *in mente* al considerarlo.

Acabando de comer se despidieron.

—Esperen que salga la luna.

—Ya nos saldrá caminando.

Era necesario partir. Tendrían tres horas de viaje.

Chepita en persona les acompañó alumbrándoles hasta la vara en que los caballos y el par de arreadores les aguardaban. Y de allí debía conservar José Pedro el mejor recuerdo de la visita.

Mientras don Eliecer y los peones fueron a sacar el arreo al camino, permaneció la pareja sola.

Hubo, cierto, un silencio difícil. Los sapos, que habían callado, reanudaron la canción de la noche con sus cascabeles de palo. En seguida, poco a poco, frases sueltas, que nada y mucho significaban. Pero la voz de Chepita lo había dicho todo. Aquella voz dará como la luz de un lucero. Las palabras, en sí mismas, nada. Sólo cuándo se les apagó la vela y él, despidiéndose, le tomó las dos manos... ¿Qué instinto, qué experiencia ancestral y ciega le había impulsado a estirarle los brazos hacia abajo, de modo que los dos rostros quedaron casi en contacto?

¡Ah! Caminaba, caminaba José Pedro en la culata del arreo y diríase que bajo el ala del sombrero las visiones iban poniendo sus estampas sobre la oscuridad. Subían desde el fondo de su corazón. Tan sólo su vista mecánica seguía la piara de yeguas, que marchaban en angosta columna, apegándose a las cercas de flequillo. Por momentos alguna bestia mordisqueaba las chilcas secas, y había que chascar los rebenques para que volviese a filas.

—¿Viene contento, don Pepito?

—Ya lo creo.

—Tanto cariño.

—Tanta fineza.

—¡Ah! ¿Misia Jesús? Es señora que arrastra cola.

Con esta expresión definía don Eliecer el señorío máximo de una dama.

—Y buena mesa —continuó.

Mientras su aflautada vocecilla iba rememorando la comida, José Pedro se representaba cosas y personas. El mantel blanco, el ramo de clarines color cereza, la dama de negro, las chiquillas todo luz. Ambas eran bonitas. Sí, Marisabel, linda también. Más niña, más baja y en mejores carnes, sin aquella languidez cándida de Chepita, con otra colación menos oblicua de los ojos, pero en cambio con mucha vivacidad, resultaba una contraria réplica de la hermana mayor. Los ojos no podían ser más espléndidos: se pensaba en dos mariposas oscuras, con aquel aleteo de las

pestañas, palpitación de alas sobre una rosa. Menuda y veloz de movimientos, vehemente la palabra, la risa pronta... ¡Caballo Pájaro! ¡Qué risa! Incontenible. Hasta imprudente para ella misma parecía resultar, porque le arrebolaba los carrillos cada vez que le estallaba. Sí, era linda también. Sólo que Chepita, suave, temblorosa...

—Usted les gusta a las dos —observó de improviso don Eliecer.

—Pero a mí me gusta Chepita.

—¿Se fijó en las manos, señor? Los deditos... De los que perforan una frutilla sin partirla en dos. Así, así los meñiques...

—Y tan señoril de porte.

—Ah, ésa ya arrastra cola, señor. Desde jovencita.

Bella noche aquella. Memorable. Arrearon así, ya exigiendo prisa en la marcha, ya calmándola y zurciendo evocaciones y comentarios. Pasaron el río seco lentamente: había que cuidar las uñas sin herraduras. En el llano asomó la luna de improviso, mientras galopaban: los lomos sudados pintáronse de reflejos, la polvareda se plateó como una nube desprendida del cielo y los arreadores sintieron deseos de cantar. Bella, bella noche aquella, en la tierra y en el pecho de José Pedro. Anduvieron, anduvieron, sin brega ni fatiga. Si descubrían pasto en alguna orilla de la carretera, paraban para que la recua pastase.

Por esto don Eliecer llamaba «el potrero largo» al camino siempre.

Bella, memorable noche.

Contentos, aprecian además la compra recién hecha:

—Bueno escogimos.

—La flor entre lo que había.

—¿Han aumentado la masa caballar en La Huerta?

En eso estamos. Hay poco todavía. Y yo pienso sembrar mucho.

—No se trilla sin piaras.

—Es lo que yo digo. Pero la plata es loba.

—Qué, ¿no vendieron Los Tréguiles?

—Aquello se hizo sal y agua. Surgieron muchos pleitos. Dios da y quita, como dice mi tío, sin que uno entienda por qué. Total: que achicamos algo la hipoteca de La Huerta, compramos algunos bueyes, unas cuantas vaquillas para la crianza, otras pocas ovejas, ahora estas yeguas... y sanseacabó. En adelante, apretarse por años.

—El campo es así, señor, quiere tiempo. Y quien no ve chico no ve grande.

Entraron por el callejón de La Huerta en medio de un escándalo de perros. Despertaron los queltehues en los pastizales y diéronse a graznar a su vez. Y en el momento de contar, cuando metían el arreo en un potero, echaron de menos dos animales.

El cura que les aguardaba en la tranquera, resolvió:

—Cuestión de buscarlos mañana.

—Porque a la querencia tienen que ir a pasar.

—Vean que aloje la gente; tú, Pascual.

—¿Un trago de vino, don Eliecer? Tengo del blanco.

Risueños dirigiéronse a las casas.

Subía el parloteo hasta los árboles lunados y del otro lado respondían los queltehues despiertos.

—Los tréguiles —dijo don Eliecer.

—Felizmente aquí se llaman queltehues. No quisiera oír nunca más aquel nombre.

—Con razón, padre.

Y las voces se encerraron en la casa.

—¿Ya marcaron mucho?

—Empezamos con la fresca; pero falta bastante.

La mañana se le ocurre al cura el original del que su casulla blanca y oro fuese la copia, cuando sube al tabladillo de los corrales. Ha dicho misa en la capillita, ha desayunado a prisa y ha venido al tranco de su mula sillera. Le acaban de quitar las espuelas, para holgura de sus pies, ahora tan sensibles; luego por sí solo se ha bajado las sotanas, ha trepado la escala recién hecha con palos verdes, y arriba ya, esos cúmulos también oro y blanco rodando por un cielo desteñido como raso antiguo, y esa brisa que parece bruñir cuanto roza, y aquella represa navegada por albísimos patos, y hasta las melenas de aquellos sauces, que bajan a mojarse como quien pone los dedos en la pila de agua bendita, todo ello para él, sacerdote y huaso y viejo, viene a prolongar rituales. Se ha vuelto un poco sentimental.

Ya lo confiesa. Está muy quebrantado. Sus ímpetus desmayan ahora pronto; el pensamiento —al menos así se le figura— inclínasele demasiadas veces hacia el perdón, y la dulzura de las horas trae consigo una paz algo melancólica que antes él no conocía.

En cambio, José Pedro resulta incansable. Basta verle allí. Trasnóchó con el arreo y, sin embargo, se ha levantado antes que el sol, ha encerrado en los corrales las yeguas adquiridas y en la brega de marcar trabaja él como sus peones.

—Dios te bendiga, mi Caballo Pájaro —murmura para sí el cura considerándolo —, y te preserve de peligros. Esto, sobre todo —repite.

Porque le nacen temores.

Pero abajo, en la medialuna, arde la faena. Irradia de allí una fiebre que consume, avienta y borra todo blando considerar. A cada instante retiembla el tabladillo al choque de la tropa en espanto contra la quincha. El galope de los chúcaros redobla en el suelo y todo lo estremece, zumban los lazos por el aire y las carcajadas apagan los relinchos. Sonándose con su gran pañuelo frailuno el polvo de guano que le invade las narices, don José María tiene que reír irremediablemente a cada rato, enardecido también.

José Pedro se revela formidable. A pie, pues no tardó en mandar su caballo afuera, con los perros perturbadores, bornea el lazo, lo lanza y coge por el pescuezo el animal, para resistir luego, con el látigo afirmado en la cadera, la tirada del bruto a

carrera despavorida. Su fuerza es tal, que no hay tirón capaz de moverle siquiera del punto en que ha hundido los tacones. La bestia da en cambio una voltereta brusca y abiertos los cuatro remos, temblorosa y bufante permanece sujeta. Pasa José Pedro entonces el lazo a un huaso montado, que lo apejala en su cincha; y él arroja otro lazo a las ancas del chúcaro. Desde las grupas al suelo abarca esta nueva lazada: sólo es necesario ya un pequeño retroceso de la yegua para que sus patas queden atrapadas también. Apenas falta tesar con maña. Y el animal cae azotando el polvo. Ya pueden acudir los peones, y maniatar, y hacer bozal con el lazo pescuecero.

—¡Marca! —ordena entonces José Pedro.

De la hoguerilla encendida junto al apiñadero viene corriendo el capataz con el hierro candente.

—Quemar apenas —recomienda José Pedro—. Al vacuno, el cuero; al caballar, el pelo —recuerda.

Un humillo pardo con tufo a cerda chamuscada queda flotando y evoca en los estómagos el asado que les aguarda.

Pero aún José Pedro, con las tijeras que saca de su faja como quien desenvaina un puñal, debe tesar las crines al equino. Si son negras, las colectará el llavero; si blancas, él, por mano propia, ha de llevárselas a su tío, quien las reserva para que las monjas clarisas tejan canastillos y primores.

Y a otra.

En el nuevo turno, Pepe no tira el lazo a la cabeza. Quiere lucir su habilidad en peales. Enlaza la yegua por las manos, arrojando el lazo con gracia de niño que juega al trompo. Cogida en su carrera repentinamente, la bestia se hace un arco toda ella; cae, apoyando el testuz en el suelo, da un rápido volantín y queda tendida.

—¡Esta es vuelta de carnero, miércoles! —exclama un entusiasmado.

Y desde una ladera, allá en la loma próxima, varios peones que se agruparon a mirar, aplauden. Aun, imitando la voz del cura, uno de ellos vitorea:

—¡Caballo Pájaro!

Estallan así las carcajadas memorables de aquel día.

Hasta que se halló el sol alto duró la faena.

Luego almorzaron todos bajo los sauces. Un cordero se había dorado allí al amor de las brasas. El corro lo fue devorando entre dicharachos e interjecciones a los perros que rondaban con el rabo entre las piernas y la mirada hipócrita, en súplica de huesos y piltrafas.

Pero el cura no estuvo locuaz. Algo roíale por dentro, algo que sugería presentimientos o suspicacias. José Pedro recibía el reflejo en su sensibilidad alerta. Y aun sospechaba la causa. Prefirió empero no darse por advertido y, apurado el último sorbo en los tachos de té, ordenó apretar monturas.

—¿Listos?

—Listos, patrón.

—A soltar la tropa en la encierra nueva entonces.

—¿Vas tú con ellos? —le preguntó el cura.

—¿Cómo no voy a ir, tío?

—Es machucarte demasiado.

—Quiero, necesito revisar trabajo de la cerca también. Seis peones puse a tumbar ramas; pero hay que ver si las apoyan contra el monte vivo de modo que luego el viento sople apretándolas y no echándolas atrás y deshaciendo lo hecho. Son tan brutos...

—Bien. Anda anda. Y vuelve temprano.

—Sí, que falta salir en busca de yeguas perdidas.

Dijo esto y escrutó los ojos de su tío.

El cura no los alzó del suelo ni alteró el semblante.

Poco después la piara se alejaba en medio de gran polvareda, campo adentro, y don José María regresaba en su mula, solo, hacia las casas.

Hasta el atardecer no llegó José Pedro. Pero halló al cura con el gesto más francamente avinagrado.

—¿Qué humos son estos? —inquirió como un fiscal cuando ambos hubiéronse acomodado en el corredor.

Estoy quemando el rastrojo de la cebada, tío.

Quedáronse mirando la quema.

Habían prendido fuego a los rastrojos, después de roturada la tierra, y ardían elevando líneas de humillos claros. Iba cayendo el crepúsculo. Una curva de acequia tendía entre dos matorrales su sable de plata. Y conforme oscurecía, en el suelo matones de paja y champas de raicillas ardientes ponían sus ascuas anaranjadas bajo el gris de los humos.

Casi de repente, la noche agazapada bajo los árboles empezó a salir de todos lados y a tenderse sobre el potrero.

Entonces apareció Pascual, Pascualito, aquel muchacho que se criara con José Pedro y con quien éste recogiera piñas entre los pinos cuando era niño.

Habíase convertido en recio gañán de vozarrón grueso.

—Espera la gente su orden para salir, patrón —dijo descubriéndose.

—A buscar esas yeguas, tío —explicó José Pedro.

—Pero tú no irás, supongo.

—Iría. ¿Por qué no?

—No. No vas —resolvió perentorio el cura.

El mozo no dudó ya. Nacía de allí el desasosiego del viejo. Si nunca tuviera simpatía por las Lazúrtegui, ahora les temía.

Bien. ¡Paciencia! Se tumbó en el escaño y clavó la vista en la quema: cómo ardía el fuego bajo las cortinas de humo.

Pascual insistió, levantándose otra vez el sombrero:

—¿Qué manda, patrón?

—Se ha hecho tarde. Ya pasaré yo a disponer.

El gañán dejó caer de nuevo la chupalla encima de su pelambarrera, pues tan sólo se descubría mientras sonaban las palabras, y se retiró.

Tras un largo silencio habló José Pedro:

—¿No está contento conmigo, tío?

—Sí, lo estoy. Trabajas mucho. Aunque te llenas de caprichos.

—¿Lo del monte? Comprenda. Quiero abrir campo a fin de sembrar más, ahora que tenemos bueyes, y me parece que al desmontar, la explotación de la leña y el carbón se impone.

—¿Qué pagan por la leña? Una miseria.

—Si la mandamos a Santiago, le sacaremos precio. Tratar allí con panaderos, en fin... Carretas hay...

Meneaba dubitativamente la cabeza el cura.

—Por último, tío, La Huerta no pasa de ser un campo agreste, salvaje. Es preciso transformarlo en fundo, en fundo verdadero. Y otra cosa: los incendios de monte arruinan. Campos enteros se queman sin que sepa uno cómo ni por qué. ¿No habrá manera de atajar eso? Yo la tengo.

—¿Cuál?

Me propongo cortar mucha leña y quemar mucho carbón. Abriré con esto calles anchas al monte. Esas calles, en caso de incendio, serán cortafuegos. Más todavía, sembraré allí.

—Y se incendia un día el monte, arrasa con su vecinita doña sementera y el diablo se muere de risa.

—No lo ha de permitir Dios. Y de otra suerte no hay avance, no hay progreso. ¿Me hará pensar usted que ahora se ha puesto viejo, y se entrega? ¡Usted! «Nosotros, los hombres de ñeque, estamos haciendo a Chile», me predicó usted siempre.

—Así es, hijo, así es. Empuje te sobra y no seré yo quien te lo debilite.

—¿Pues entonces?

—Oye, comamos y acostémonos hoy temprano, que falta te hace después de los trotes que te has dado.

—Voy a despedir esos hombres —concluyó José Pedro. Y a poco, de vuelta—: Saldremos mañana con las primeras luces —dijo.

En el cura reapareció el gesto de vinagre.

Viéndole a él ahora con la vista fija en los rastrojos ardientes sonrió el sobrino para sí: continúa vivo el fuego bajo las cortinas de humo.

Más valía tomarlo con buen humor y orillar por de pronto lo escabroso.

Después del nuevo viaje a San Nicolás, José Pedro estaba realmente cansado. Cuarenta y ocho horas de cabalgata, labores y travesuras doblegan a cualquiera. Su animalidad robusta exigíale dormir. El sueño, por suerte, reparábale pronto las fatigas. Durante las más rudas jornadas, érale suficiente descender del caballo y a la sombra de un árbol sestear algunos minutos, para reponerse y proseguir el esfuerzo con el cuerpo vibrante cual si lo tuviese montado sobre resortes de acero.

Pero llegó rendido aquella noche. Entró en puntillas a su pieza. Por ciertos indicios había presumido al cura despierto en la suya y, para evitar escenas, a oscuras se acostó. Sus planes, el conflicto que se anunciaba ya entre las dos tenacidades —la del tío y la propia— y las reminiscencias de aquella visita, en la que tanto decidieran Chepita y él, giraron instantes apenas por su mente, y poco demoró en coger el sueño.

A la mañana siguiente se levantó cantando.

El cura le dio la voz desde el comedor contiguo:

—Entonados amanecemos.

—Ya voy, tío. El sueño me agarró con ganas.

—¡Era que no, con lo que te has meneado...!

Tomaba don José María el desayuno en su tazón. Encontró él servido el suyo.

—¿Dieron con esas yeguas?

—En la querencia, como era natural.

—Querencia de bestias y jinetes.

José Pedro sonrió.

—Y a don Eliecer, ¿lo has visto?

—Antenoche se nos fue sin despedirse.

—¿Le pagaste algo?

—No quiso recibir. Que me acompañó como amigo... ¡En fin!

—Ya volverá, cuando necesite unos «cueritos» de oveja negra para renovar sus «pelloncitos» o a que le hagan una «maneíta»...

El viejo remedábale la voz meliflua, los diminutivos, las maneras humildes y socarronas, y luego reía con su vozarrón cloqueante.

—Bueno, bueno, el don Eliecer —concluyó.

—Es bueno, es honrado.

—Y un poco alcahuete además...

Orillaba el cura el tema de su obsesión. José Pedro, que no deseaba eludirlo, sino que más bien perseguía la hebra para meterla en la lanzadera, bajó los ojos a su tazón e hizo un guiño mental a su energía dispuesta.

—Pues yo quise dejarte dormir largo —prosiguió don José María—. Está fría la mañana. Parece que se nos va el verano.

—Y esta casa, tan inconfortable.

—Ahora la encuentras así.

—Pero, tío, ni vidrios tenemos. Algunas noches, si no cierro la ventana, el viento me apaga la vela.

—No es casa de encomenderos, qué quieres. Allá, en San Nicolás, aunque las hipotecas se vayan engullendo la tierra... ¡claro!... esteras, damascos, jacarandá, hasta piano.

—Sin hundirnos, tío, podríamos procurarnos más decencia.

—¡Qué sabes tú!

—Pues yo, antes que lo impida el invierno, haré algunas mejoras. Eso es mísero.

Este comedor, un dormitorio a cada lado... y pare usted de contar. Porque despensa, cocina, leñera, bodegas, todo en medias aguas y ruinoso, no puede considerarse. Salvo la capillita, lo único nuevo y decente...

—La morada de Dios.

—Cabal. Así ha de ser. Pero nuestra rusticidad, tío, por la Virgen Santísima, no me conforma. ¿En qué pisamos?, dígame. Fuera de unos pastelones en el trecho preciso para las camas, los pisos no tienen sino greda pisoneada. Con sol, crecerían hierbas. Como que la palmerita que planté de niño en el jardín nació en mi dormitorio, ¿se acuerda?, de un coquito rodado.

—¡Casas como las de San Nicolás!

—Ya le dio con San Nicolás, tío. Déjeme, yo haré...

—¿Haré, dijiste?

—... las mejoras imprescindibles.

—¿Quién manda aquí? ¿Quién hace?

—Usted manda y yo hago.

—Cambia, entonces, el futuro por el hipotético.

—Da lo mismo.

—No da lo mismo. Y basta de impertinencias, ¿entiendes?

Había montado en una de sus cóleras súbitas. Se había plantado enfrente del sobrino, abiertas las piernas y embutidas las manos en la faja de la sotana, y mirábale con una llama en las pupilas.

José Pedro, violento a su vez, se puso de pie.

Ambos, pálidos, trémulos, con el mismo fulgor en los ojos, se midieron un instante. Se conocían, se amaban entrañablemente, pero en iguales trances, ya se sabía, igual demonio metíaseles en el cuerpo.

Fue José Pedro, empero, quien cedió al influjo filial. Sin timidez, pero con respeto, volvió a coger su silla y a sentarse.

Sobrevino un silencio, al cabo del cual también el cura tornó a su asiento.

—Hablemos, hijo, en paz pero con claridad. Eres porfiado.

—¿A quién habré salido, tío?

El viejo hubo de sonreír.

—Bien —continuó—. Yo quiero enterarte de algunas cosas. Escucha. ¿Sabes tú quién eres? ¿Sabes quiénes somos los Valverde? Descendemos de aquel fray Vicente Valverde que acompañó a Francisco Pizarro en la conquista del Cuzco. Este dominico fue quien, tras de presenciar y atestiguar ante escribano el descenso del inca Atahualpa, proclamó ante los trescientos mil indios de la capital incásica que si la soberanía de Carlos V reemplazaba desde entonces a la del inca, se ponía también el dios sol en el imperio indígena, para que sólo resplandeciera en él Jesucristo Nuestro Señor. Hermano fray Vicente fue tu tatarabuelo, don Joseph. Tu padre llevó ambos nombres, José y Vicente. No podría yo entrar en muchos pormenores de la heráldica, ciencia tan historiada, pero sí agregar que los Valverde, en España moneros del rey,

nos legaron escudo: seis galgos atigrados se tienden a carrera sobre campo de sinople.

—¿Sinople?

—En heráldica, sinople se llama el verde. Todavía, sobre este escudo, un yelmo con cimera. ¡Hem, espléndido blasón!

Fueron encendiendo al cura los ecos de sus palabras, a las que voluntariamente imprimía cadencias y estilo de infolio. De los Valverde pasó a la línea materna, a los de Casaquemada, vástagos de cierto hidalgo castellano que con sus seis hijos varones y un puñado de siervos batió a los moros después de incendiar la propia mansión, en lúcida estratagema. Por esta rama, de no hallarse ahora Chile constituido en república, al blasón de la familia se añadiría nuevo cuartel, con la casa en llamas bajo arco de siete estrellas —los siete varones cristianos— en lo alto del cielo, y entre la mansión y el arco, la media luna mora despeñándose a la hoguera.

—¡Caballo Pájaro! —exclamó José Pedro, entretenido.

—Deja las interjecciones risueñas. Estás llamado a ser siempre gran señor.

En verdad, no escondía el muchacho ánimo de burla. Antes bien, los gentiles de su ayer parecían acudir e inflarle de orgullo el pecho. Sí; él sentíase gran señor y amaba este sentimiento.

—Por el fuero de Casaquemada —continuó el clérigo— disfrutamos siempre, en España y aquí, derecho de asilo. Cadenotas de hierro que rodeaban los frentes de la casa lo advertían.

«Casa con cadenas, casa de mucho respeto», había oído muchas veces decir José Pedro. Ahora le explicaba el cura: prevenían esas cadenas que la mansión era inviolable. Aquello partía de lejos. Del paganismo lo adoptaron los cristianos. Asilo, en griego, significó lugar inviolable del cual ni perseguidos ni aun criminales podían ser sacados.

—¿De modo que si nosotros pusiéramos cadenas a esta casa...?

—Nadie tendría derecho a violarla. Pero... son otros los tiempos.

—No. Yo creo que no han variado como para renunciar a este privilegio. Nosotros, los hombres que luchamos en este Chile informe contra bandoleros, jueces venales y polizontes de caudillejos con autoridad política, necesitamos hacer valer nuestros derechos. Yo voy a poner esas cadenas. Y juro que las respetarán.

—Quijotería. Sin embargo... quién sabe si te sobre razón.

—Y los Lazúrteguis, tío, nuestros parientes...

—¿Parientes?

—Entiendo que lo somos.

—¿Yo? ¡No! Tú, por tu madre, por lo Aldana. Pero por lo Lazúrtegui... ¡no tendría el diablo más que hacer! Esos no fueron gentiles jamás.

José Pedro se contuvo en silencio. Tampoco veía necesidad de averiguar más. Como que desatábase a sus anchas ya el cura por la ruta que había perseguido para desencadenar su animosidad contra los Lazúrteguis.

—Claro que hoy —concedió al principio— han logrado cierta prosapia criolla. Y

atiende bien, que a eso cabalmente quería yo llegar.

Desarrolló entonces, entre menosprecios y sarcasmos, el árbol genealógico de los aborrecidos. Los vascos Lazúrtegui, los primitivos, enriquecieron en el tráfico de sebos, pellejos y carnes saladas. Comenzaron por salar tasajos para los españoles; luego produjeron charquis y chalonas a la usanza indígena, más gratos al paladar criollo; alcanzaron fama elaborando los mejores velones con que se alumbraban los estrados; y de aquellas fetideces expedían partidas al Perú. El hecho es que juntaron barras de plata, obtuvieron licencia de acuñar en la Casa de Moneda patacones, reales y cuartillos con la efigie de Carlos IV y, para dar lugar a las nuevas ganancias, abrieron espacio en sus arcas invirtiendo lo que de ellas rebosaba, en campos de la naciente Melipilla de don Joseph Manso de Velasco. En la segunda generación un clérigo, consagrado sin dificultad obispo a causa de sus muchos medios, hizo leer por vez primera en los papeles de barbas, antepuesto al Lazúrtegui, el tratamiento de Señoría Ilustrísima.

—Y... ¿hacía falta más? Prosapia les otorgó... y ya ves tú qué merecida... la sociedad chilena.

—Pero Aldana es apellido...

—Allá voy. Serafín Lazúrtegui casó con misia Jesús Aldana. Hubo, entonces sí, aristocracia en la familia.

Tras breve pausa de recapitulación, devanó también esta madeja. El primer Aldana partiera de Cádiz hacia el virreinato del Perú, con su título de Cirujano Mayor de la Reina en la escarcela. Había desposado allí a la hija de un oidor, doña Rosa del Espíritu Santo Cárdenas y Santisteban. Ejerció su articiencia en Lima y, cuando a la capital de los virreyes «llegó la patria», como expresábanse por entonces, embarcó para Chile, donde al menos no había padecido en propia carne la hostilidad patriota. En Santiago compró suelos y edificó solar. Cirujano, físico, único predecesor del protomedicato, rodaba su importancia en calesa o picaba los empedrados en su caballejo blanco, yendo de casa en casa, bajo verde quitasol en los veranos y al amparo de amplísimo paraguas durante las lluvias, a sangrar apopléticos, extraer raigones o aplicar sanguijuelas. Asociado a cierto albéitar, puso botica en la Plaza de Armas. Iban allá las recetas y todo era barrido para adentro.

—No, no creas que digo esto con intención maligna. Al fin y al cabo, aquella botica significó para Santiago el primer casino, el primer estuche de la sociabilidad. Allí, al son del mortero que batía los untos de la trastienda, se comentaba, mentía y salpimentaba lo público y lo privado. Y Aldana valía, ya lo creo. Aun cuando no fuera conde ni marqués, ni pudiera ostentar escudo, título poseía, y supo latín, por lo menos un latín de receta.

—No habría muchos más cultos.

—Fuera de la Iglesia. Bien. Con Jesús Aldana casó Serafín Lazúrtegui.

—¿Prima de mi madre?

—Prima. Era Serafín el disoluto de la familia, como que desposeyó a tu madre.

Tú lo sabes. Nacieron dos niñas, Chepita y Marisabel. Educadas entre las monjas, han disfrutado poco, apenas la niñez, la fortuna de sus padres. Al caballero le dio un buen día por viajar. Tras de reconocer las vascongadas de su origen, vivió en Madrid y jaraneó en Andalucía, para instalarse por un año en Francia.

—¿Solo?

—Y suelto. Entretanto, las chicas en Chile, a cargo de su madre, que sabía divertirse por su lado, no te creas...

Cuanto agregó el cura, bien acotado de tajos y alfilerazos, lo conocía José Pedro por boca de sus amigas de San Nicolás. Terminaban ellas el año conventual para descansar las vacaciones en el fundo y, salvo algunas visitas a parientes, ignoraron otro placer. Cuando volvió Serafín de Europa, trajo muchas novedades. Instaló en su casa el primer «parquet» conocido por los santiaguinos. Dieron los esposos, para inaugurar sus nuevos salones, un baile muy sonado. Por años se recordó después la caída largo a largo que sufriera cierto ministro al resbalar, durante una contradanza, sobre suelo tan liso.

—Pero misia Jesús también viajó.

—Eso fue después. El perla de Serafín hizo con ella un segundo viaje.

Esta vez importaron muebles de caoba y cuadros que opacaron el arte quiteño; se habían hecho pintar por David, en grandes óleos, en miniaturas por Isabé, sobre vitela y marfil, y como la invención del daguerrotipo los corrigiera en París, también vinieron con ellos, dentro de unos estuchitos en óvalo, sus retratos. Las plaquitas de plata espejeante, como diminutas aguas encantadas, ofrecíanles, al buscarles bien la luz, el prodigio de sus figuras exactas. Pero tanto rango llamó a ruina. Si mucho gastaron por allá, no menos dilapidaron aquí después. Sorpresa de fácil explicación fue así la venta de la casa y el retiro al fundo, mientras se la reponía con otra menos fastuosa. Luego, para comprar esta segunda, se hipotecaron las tierras. Como suele ocurrir que el servicio de una deuda ocasiona trampas nuevas, cuando murió Serafín, durante una peste de viruela, se hubo de retirar la señora con sus hijas al campo.

—Ahí espera cazarles ahora novio —advirtió el cura—. No hay que caer, hijo. No te quiero ver arrimado a un árbol de tan mala sombra. Van de mal en peor. Nada cosechan. Ya son los polvillos del trigo, ya la sequía, ya las lluvias a destiempo. Todo se les malogra. Sólo un recurso fiel encuentran: hipotecar.

—Les ha faltado un hombre.

—Calla, hijo. Si he querido contarte todo esto, ha sido precisamente para que sepas qué peligro corres. Te observo... enamorado. Sé lo que pasa en San Nicolás. A su capellán todo se lo viene a decir la gente. Y no se le miente nunca. Dime tú ahora qué piensas.

—Bien lo sabe usted, tío.

—¿Te dejarás atrapar?

José Pedro abatió la frente, la irguió, tornó a bajarla. Una rebeldía dolorida y sin horizontes, aspereza de escofina que se le revolvió en el pecho, confundía sus

sentimientos.

—Oye —concluyó severo el cura—, que no suceda mientras yo viva. Viejo estoy, el corazón no me acompaña mucho. Esta obesidad... ¡en fin!

—Si usted la conociera...

—No tengo para qué.

—Pero eso equivale a declararse su enemigo.

—Así será. Escúchame aún: todo lo que hay aquí, tuyo y mío es; a mi muerte, será sólo tuyo. Déjame morir en paz, queriéndote como siempre.

—¿No acepta usted ensayar, tratarla?

—No. Y basta.

Había volado la mañana.

Si se abandonó José Pedro a que Pascualito le calzara momentos después las espuelas, si cabalgó en seguida sobre su mulato, si anduvo camino afuera, ocurrió ello maquinalmente y, porque se piensa mejor caminando, no por vigilar faenas. De obedecer a su corazón, él habría clavado ijares y, de un galope, llegado a San Nicolás.

La cuerda de la campana, cayendo desde la espadaña, ponía su lista gris sobre la pared de la capilla. Aguardaban las mujeres al pie, sentadas en el poyo, y componían su actitud de almas de antemano sojuzgadas por el acto devoto.

Una tarde aún, lejos ya la interminable cuaresma y la Semana Santa, se rezaría el trisagio a la Santísima Trinidad.

Apareció el cura, miró en redondo y:

—¿No ha vuelto mi sobrino? —interrogó.

—No, padre, —le respondieron a coro.

Pero informó una vieja en seguida:

—Por la loma del Chivato venía bajando ahorita. No ha de tardar mucho.

Entonces la mano pecosa de don José María empuñó la soga y, con decisión, tocó la señal: once campanadas que volaron como ángeles obedientes por el crepúsculo, hacia los peones en reposo.

De unos ocho pasos por lado, era la capilla muy poco más que una ermita. Cabrían dentro docena y media de mujeres con sus niños. Los hombres debían asistir a los oficios desde un pequeño atrio entre pilares rústicos. Uno a uno fueron ellos acudiendo cuando el llavero abrió la puerta. Miraban primero adentro, donde las llamas inmóviles de los cirios iluminaban el Crucifijo igualmente inmóvil; luego, en la penumbra, reconocían el cuadro de un Santo Toribio de Mogrovejo que, con su capa pluvial y su custodia entre las manos episcopales, aparecíales fantasmal y sagrado, y sólo entonces diríase que les transía la reverencia, y santiguándose tomaban sitio en el atrio.

Hasta no divisar a José Pedro junto a los peones no inició el cura los rezos:

—«Bendita sea la santa e individua Trinidad, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

—»Amén.

—»Abrid, señor, mis labios.

—»Y mi voz pronunciará vuestra alabanza»...

El son gangoso desenvolvía sus notas en la tarde.

Mas José Pedro no se hallaba en muy devotas aptitudes.

Cuando todos de rodillas recitaron el acto de contrición y se golpearon el pecho, otros golpes internos predominaban en el suyo.

—«... en quien creo, en quien espero, a quien amo con todo mi corazón, cuerpo y alma, sentidos y potencias...» decían las palabras coreadas. Y aquel sentido místico trocábase romanticismo en él. «Con todo mi corazón, cuerpo y alma, sentidos y potencias.» Expresión perfecta, para la mística y para el amor. Y pensar que por la tozudez de su tío, sólo burlando, a hurto y pretexto, conseguía tal cual vez llegar hasta San Nicolás... A no ser por ese buen don Eliecer, que mientras iba y venía por las haciendas en busca de caballares que mercar, apenas si se comunicaría con la niña. Por esto lo odiaba el sacerdote ahora, por esto y porque debido a él habíala conocido, durante los trajines para encontrar yeguas con las cuales organizar las piaras.

En estas y otras consideraciones lo sorprendió el término del rezo. Y se dirigió a su caballo.

Esperaba Pascualito al pie de la bestia.

—¿Tienes el freno listo?

—Sí, patrón.

—A ver. Trae. Yo lo pondré. Anda tú quitando la guatana. Con cuidado.

El sirviente desató prolijo las amarras de cuero que hacían falso freno al animal, y José Pedro puso en cambio el bocado de hierro entre las fauces.

Oyó en esto la voz del clérigo a su espalda:

—¡Qué resistencia tienes, hijo! ¿Qué haces ahora, no me dirás?

—Ya lo ve. Enfrenar este potrón. Varias semanas lo he tenido con el freno puesto buen rato, sin andarlo ni moverlo para que tasque y se le haga la boca. Pero es tempo de tirarlo un poco ya.

—Con tino, con tino. Animal nuevo, aunque haya tascado el freno muchos días, ha de tirarse precavidamente. Si no, se pone mañero... y a lo mejor se desboca.

Remató la sentencia con intencionada risilla.

José Pedro, sin recoger ironías, montó. Había que armarse de paciencia. Ya se vería quién tascaba el freno a la postre, si el potrón o el caballo viejo acostumbrado a conducirse a su albedrío.

—Hasta luego.

El ritmo de los trancos del caballo le ordenaba siempre los pensamientos. Además, a la luz crepuscular reaparecían en dulce recreo los recuerdos. Se fue, pues, bajo los eucaliptos del camino, como quien se deja ir por su mundo interior.

Para despejo de motivos irritantes, evocó primero sus momentos con Chepita Lazúrtegui. La vio en el patio, durante aquellos minutos en que misia Jesús les

permitía soledad. La última noche, caliente y como sudorosa, respiraba el jardín al otro lado de la tapia, y en el corredor se aquietaba un aliento de perfume. El cielo, mata de jazmines innumerables, latía y el alma era también un latido sensual del universo. En la sombra, la cara inocente, de palidez cándida y monjil. A veces al hacer cierto ademán, las manos de Chepita temblaban, como cuando en el salón servían la copita de mistela. Él cogíale las manecitas frágiles y las guardaba en las suyas recias. Aún solía cogerle, antes que les llamasen a tertulia, la cara entre las palmas, y acercarla bajo sus ojos, tanto, tanto que sentía sobre las mejillas el soplo de aquellas pestañas al abatirse. Entonces, despidiéndose, la besaba, la besaba en todas las facciones. Y ella tan sólo sabía decir:

—No seas loco, José Pedro, no seas loco.

Misia Jesús, aunque no alcahueta como la tachara don José María, quería casar a sus hijas. Entraba ello no sólo en su derecho, hasta en su deber. Pero muy dama procedía siempre; de modo que midiendo el tiempo los llamaba con finura:

—¿No habías prometido tocar, niña, un poquito?

Entraban, pues. Abrían el piano. Una novedad, la polka, destronaba por entonces a la contradanza. También había una pavana en el repertorio. ¡Cómo la tocaba Chepita! Una vez sentada en la silleta del piano, permanecía unos instantes con las manos sobre las rodillas, y miraba un poco al techo, y otro poco a la pared de enfrente, cual si allí leyese primero lo que había de tocar. Al fin brincaban sus dedos por entre sus escalitas, como soltándose, y de ellos surgía la melodía de repente.

Y bien, rememoraciones aparte, habían decidido casarse. Lo aceptaban y querían misia Jesús y Marisabel. Convenido estaba que repararía él la casa de la Huerta para establecer el hogar de la pareja. Sólo que, avizor y taimado, tildaba el cura de disparates las mejoras y las resistía. Pero, ¿cómo responderles a ellas eso ahora?, ¿cómo volver atrás en lo pactado? Resultaría vergonzoso. Cabía en lo posible, verdad, irse a vivir a San Nicolás. Pero esto le parecía más bochornoso aún, aparte de que significaba separación y acaso rompimiento con don José María. Por ellas, no había problema: si más que nada necesitaban en el fundo un hombre que les enderezara los negocios. El tío, a la inversa... ¡Qué amolar de vicio! No cedería nunca. Las odiaba. Esperar... Esperar ¿hasta cuándo? ¿Hasta que muriera el clérigo? Equivaldría esto a vivir deseándole la muerte. Y él quería mucho a su tío. Nada de pensamientos absurdos. Pero el muy empecinado no aceptaba tratarla siquiera, conocerla, probar. A la memoria de José Pedro aflúan las frases de aquella mañana tras el desayuno, frases no escapadas en charla espontánea, sino deliberadamente colocadas en cada coyuntura. A la idea de parentesco, aquel ¡no tendría el diablo más que hacer! dicho para el futuro también, oposición y advertencia. Luego, todo lo demás. Que don Serafín había desposeído a su parienta, la madre de José Pedro, que durante los paseos del marido misia Jesús «sabía divertirse por su cuenta.» Valiente sinvergüenza pudo haber sido aquel hombre, y ella... lo que se le antojase; ¿pero qué culpa tenían de todo ello las muchachas? Por último, el sentido de la conducta del

clérigo se había visto claro cuando él, José Pedro, al explicarse la ruina de la viuda, opinó que allí faltaba un hombre. Entonces, en los ojos desorbitados, en pánico, se leyó el fondo de las intenciones que movieron al cura. Si había sido todo, hasta momentos antes, un gotear corrosivo y un advertir, contar y comparar, a partir de allí se había hecho todo perentorio, explícito y resuelto.

Sin embargo, algo tenía que decidirse.

Cuando se apeó, ya de vuelta, encontró a su tío tan cariñoso, que alejó de su mente las dificultades. Comieron en paz, casi alegres.

Pero acostado ya, su almohada de hombre de acción le recordó algo que ya sabía por instinto: si las situaciones se presentan sin remedio consecuente, si la duda impide resolver naturalmente un conflicto, hay que producir para ello una postura nueva, el hecho consumado. ¿Cuál sería, por tanto, el desenlace?

¡Ah! Ya surgiría.

Y como tenía el sueño fácil...

—¡Patrón!

Pero los golpes del martillo dejaban afuera toda voz que no fuese del hierro cantando en la bigornia.

—¡Jojó, joooó! ¡Patrón! —insistían los llamados.

—¿Andan los patrones por ehi? ¿O agora no madrugan?

Cruzaron veloces los perros, a ladrar al visitante, y cesó entonces el majar de José Pedro.

Había visto a don Joaquín Larenas, enfrente. Agradable aparición. Allí estaba, el huaso, con su buen humor y su madurez juvenil, caballero en yegua baya peseteada, blanca de crines, y vivaz y robusta. Como se viese advertido ya, ahora revolvía su animal en caracoles como escaramuzas de concurso.

Al fin paró en seco, tranquilizó la bestia y a tranco reposado y elegante adelantó hasta la ramada de la fragua.

—Bien montado siempre, don Joaco. ¡Linda yegua!

—¡Qué ha de ser linda, señor! Flacucha, mísera de encuentros...

Cabalmente los pechos amplios y sólidos constituían el mayor mérito del animal.

—¿Corralera?

—No sale mala, dicen. Sabe Dios si será verdad.

Pero ya conocía José Pedro aquella fanfarronada de apocar lo propio, que a don Joaquín le marcaba carácter.

—¿Dónde se nos había perdido?

—Por la cordillera anduve.

—¿Con el ganado?

—Siempre cuidándole al rico lo suyo, pues, señor.

—¡Buena cosa de rico diablo! —bromeó José Pedro.

El «rico», en don Joaquín Larenas, no pasaba de ser un chistoso decir. El «rico» era él mismo, como dueño de grandes caballadas, con las cuales trillaba sementeras

ajenas, a maquila o a tantos reales por cuadra. Carecía de tierras y, así, su ambulante hacienda debía vivir pastando en campos talajeros. Todo lo cual procurábale al «pobre» —él en cuanto sirviente de su yo adinerado— quehacer y pan honrosamente adquirido.

—Con la salida del sol llegaré, a La Huerta, dije, y aquí me tiene de alba, don Pepe.

—Desmóntese. ¿Caminó de noche?

—Toda la noche caminé.

Vacilaba José Pedro entre meter de nuevo en la fragua la reja de arado que aguzaba y continuar majándola, cuando apareció el cura.

Bien. Atendido así don Joaquín, él podía proseguir. Reanudó los martillazos. Había que apresurarse. Tenía empezada la siembra y esas puntas eran esperadas allí cuanto antes. Le gustaba la herrería: estimulaba el carácter y acrecía el músculo. Aparte de no haber quien la desempeñara en el fundo, mientras Pascual no hubiese aprendido.

—Ya, Pascualito, dale al fuelle.

Se renovó el jadeo de la fragua. Salían los hierros en ascua, iban al yunque mordidos entre las tenazas del peón y el martillo de José Pedro caía encima. Pronto lo tuvieron todo hecho.

—Aparta esa barra, Pascual, para que forcemos con ella la palanca del coche.

El mozo cumplió la orden. Luego introdujo los arados en la carreta-rancho, revisó los bueyes y, picana al hombro, se puso delante de la yunta.

—Ah, oye —díjole aún José Pedro—, hoy, oscuro ya, sacas el coche y lo escondes entre los pinos. ¿Entiendes? Allí lo compondremos, sin que nadie se entere. Debe quedar muy firme, Pascualito. Le tocarán bajadas, repechos...

—¡Chit!, patrón, por vida suya. Yo no quiero saber.

—Necesito que comprendas.

—Pero una cosa es que comprenda o me figure y otra que sepa. ¿No ve que después, cuando el señor cura me llame a confesarme... porque lo primero que hará será eso... conviene que yo no sepa nada?

José Pedro, se lo quedó mirando con asombro. Aquel muchacho brutal y enorme, con su cara lampiña y brillante de bronce pulido, escondía más previsión y astucia de lo que cualquiera supondría.

—¡Caballo Pájaro! —concluyó—. En adelante no te llamaré más Pascualito, sino Pascualote. Hombrazo has resultado.

—¡Ep, Chorreado! ¡Ep!

Por toda respuesta, hincaba Pascual la picana en los ijares. Y ufano, sonreía.

Los bueyes tendidos adelante los hocicos lustrosos, una vez más las lenguas en registro de narices, arrancaron con el rancho al fin. Les tiritaban los ojos en el esfuerzo, vueltos hacia el testuz, hacia adentro, hacia el cerebro, y acaso no fueran las coyundas al apretar yugo contra cuernos lo que rechinara entonces, sino aquellos ojos

en pujar de sufrimiento.

Al unirse José Pedro a su tío y a don Joaquín Larenas, observaban ellos la luna, que se había rezagado por el cielo desvanecido de la mañana. Un instante, viéndola rodar tan blanca sobre aquella palidez tan lila, prendió en el pecho del mozo vaga emoción de recuerdo, de suspiro y de mujer. Muy enamorado estaba, sin duda, para languidecer en tales romanticismos. Reaccionó, se sobrepuso a la flaqueza.

—Viene de agua, señor.

—De agua viene la luna.

—Acertamos al apresurar la siembra. Que no caigan chubascos, nazca el trigo y...

—¿Y luego pase mucho sin llover? No. Lloverá con ganas este año. Hay tantas señas... ¿Ven las gallinas del sacristán?

El huaso Larenas había llamado siempre sacristán al llavero, y con razón, porque, bromas aparte, la mayor pericia de aquel hombre se notaba en la liturgia y no en la llavería.

Y cuatro de sus gallinas, agrupadas en corro, inmóviles, con aquel su estúpido mirar a un ojo, atisbaban cierto punto del suelo.

—Espían lombrices.

En efecto, los gusanos habían perforado la costra de su mundo oscuro, habían asomado seguramente a la superficie por aquellos orificios minúsculos que rodeados de tierrecillas quedaban en el suelo, y era ése un claro anuncio de lluvias.

—Salen a pedirle al agua que se decida, porque ya la sienten cerca.

—¡Lo que pone Dios en cada bicho!

—Ganas muy diversas pone.

Hablaba don Joaquín entre borbotoncillos de risa reprimidos y contagiosos, sin bulla, con alegría. Y desconcertaba por lo decente su aspecto. Poco de plebeyo escondería su sangre. Esbelto; la tez, trigueña en el origen y quemada por soles y vientos después, pero sin aleación del cobre araucano. Más bien algo moruno se le descubriría. El saldo, todo el saldo era peninsular: cráneo pequeño; entre dos ojos muy juntos, la nariz afilada en pico; luego la barba en perilla, como para destacarse sobre un jubón, negra y con prematura canicie hacia las sienes. Ibérico le denunciaba sobre todo el pie, breve y con el empeine fino y en arco. Él se lo calzaba con amor: sus botines huasos, que jamás fueron sino de cabritilla, confeccionábaselos zapatero de artístico sentido. Por último, su ingenio, tan chileno, más en la vena que a Chile regaló el andaluz...

—Usted no ha desayunado...

Tío y sobrino condujéronle al comedor, donde los tres sorbieron sus tazones a prisa. José Pedro debía dirigirse a la siembra sin demora. El huaso Larenas le acompañaría.

—Así es que usted se queda, padre.

—Ya no estoy para trotes. Pesado, viejo... El corazón se niega. Y esta pierna...

En la vara, silbaron a los perros y montaron.

—Envejecido encuentro al señor cura —comentó don Joaquín a poco andar.

—Acabado está.

—Se queja mucho de una pierna que no le obedece bien...

A José Pedro le preocupaba esa pierna entorpecida. Guardó silencio. No sabía qué pensar ni qué sentir. Porque su tío explotaba sus dolencias, para gobernar. Los dominantes eran así.

—Cuando el vigor físico los mengua, de los achaques hacen otra fuerza; invocándolos, se imponen. ¡Si conoceré yo a mi tío!

—Falta le ha hecho don José Vicente.

—Mucha. A él y a mí. Aquel don suyo de hallar el buen recuerdo siempre, sin terquedad ni pasión...

Pero don Joaquín necesitaba cumplir la diligencia que a La Huerta le llevara. Quería bajar de la cordillera sus caballadas antes de que cayeran por allá las escarchas. Subiría el próximo lunes, remontando el cajón del Maipo, hacia los Potreros de San José primero, luego hasta Río Negro, donde también había «desparramado algunas tropillas».

—Aquí no traiga sino después de mayo —le aconsejó el muchacho—. Tiene que llover para que broten los pastos.

—Y quemar soles después para que levanten.

—Junio ya es bueno. ¿Por qué no echa primero a San Nicolás?

—Hay mucha caballada en eso, rulos.

—Ya no. Han vendido mucho. Y siguen vendiendo.

El huaso meneaba la cabeza, se rascaba la pera.

—No me gusta —declaró al fin—. Andan robando en San Nicolás.

Sufrió José Pedro un sobresalto.

—¿Robando? ¿Cómo? ¿Quién?

—Cuatreros. Y el mayordomo ese...

—¡El mayordomo!

—El mismo.

—Pues la señora confía mucho en él.

—Peor, pues, señor. Es hombre de conchabos.

—¿No serán murmuraciones?

—¿Y por qué no arroja el fundo sino pérdidas?

—Como él lo explica, y como lo explica la señora...

—Para todo se encuentran explicaciones, hasta para lo inexplicable, como en la tonada:

*«Ayer se me perdió un lazo
en casa 'e ño Meneses.
Todos serán muy honraos,*

pero el lazo no parece.»

¿No conoce la tonada, don Pepito? ¡Eh! Pero quién me da a mí vela en este entierro.

—No, don Joaquín. A ver, cuénteme. Necesito enterarme.

Muy contra su política de huaso cauto, cedió a las exigencias don Joaquín. Repitió cuanto en sus andanzas recogiera. Aquel mayordomo era falso, hipócrita y ladrón; tenía cómplices afuera y secuaces en la hacienda; el ganado de San Nicolás, tanto cabalgar como lanar y vacuno, mermaba más por robos que por ventas, se negociaba entre Codigua y Alhué clandestinamente; durante la última cosecha, carretas extrañas, colmadas de gavillas, habían salido por la noche rumbo a otras eras... Y todo ello corría ya de boca en boca. Que se arruinaría misia Jesús a corto plazo, nadie lo discutía; aunque tanto ella como sus hijas vivieran en el mejor de los mundos, engreídas en su mayordomo y confiando en sus inquilinos. Y otra: ¡qué inquilinos! Como que uno a uno habían sido alejados los buenos servidores, para entregar las posesiones a los parásitos.

—No ignora usted que cuando la gente se noticia de que alguien se viene abajo...

—... llega de todos lados a lograr.

—En el perro flaco se ceban las pulgas. Y perdóneme la comparación.

No estaba José Pedro en ánimo de imaginar ofensas. Una cólera violenta se le había encendido súbita en las entrañas. Si correría en el acto a San Nicolás y barrería ladrones a chicotazos. Su ira saltaba de los pícaros que rodeaban a las Lazúrteguis hasta las autoridades que mantenían los campos a merced de bribones y salteadores; iba contra la condición humana, desleal y cobarde, y además, también, sí, contra su tío, contra ese odiar apasionado y ciego que oponíase a que él, enamorado de Chepita y pariente de misia Jesús, interviniese y salvase a las pobres mujeres. Sin el amparo de un hombre ¿qué otra suerte les cabía? Rodar a menos, de trampa en trampa, de exacción en exacción, entre fracasos y engaños. Y el tío empecinado más y más en su actitud hostil. Decaía, el infeliz. Pero sin ceder. Ahora se pasaba las horas rezando, en constante disposición mística; mas los rezos eran seguramente ruegos para que Dios, la Virgen y toda la corte celestial acabaran con aquel amor. ¡Ah!, él poseía, por fortuna, mucha voluntad, y más porfía que todos los curas testarudos del universo.

Jamás como en aquel momento vibró su energía. Pisaba en lo cierto y en lo justo. Nada ni nadie doblegaría sus propósitos.

Cuando empezaron a trepar la loma en siembra, los dos jinetes rehilvanaron la charla. Alentó entonces don Joaquín, ya tranquilo. Habíanle inquietado el silencio y el ceño torvo del muchacho. Ahora, a Dios gracias, veíale comentar la faena.

—Dieciséis yuntas —decía satisfecho, contando sus elementos e labor— y cuatro derramadores de semillas.

—¿Siembra la loma entera?

—Lo que se ve barbechado, unas sesenta cuadras.

—Buen pedazo.

Subían las cabalgaduras, acezando, estirados los pescuezos, gachas las orejas. El sol brillantaba ya las alturas y permanecía el resto en sombra. Era una rinconada con su vallecito en medio, donde una vieja parva y una represa pintaban su oro sucio y su espejo limpio al fondo. Ese fervor campesino que tan rápido se inflama cuando enfrenta faenas grandes, aceleraba la marcha. Ascendieron a prisa, más y más a prisa. Los arados livianos cuadriculaban el suelo marcando tareas. José Pedro lo quería ver todo: si penetraban a fondo las rejas, si el volteo de la tierra cubría bien la semilla, si la cantidad de trigo volcado ajustábase a cálculo y medida.

—¿Echan tres sacos por cuadra?

—Tres.

—Suelos ricos no piden hacer la macolla en la mano.

Al cabo estuvieron dentro de la faena misma. Los sembradores, solemnes, a pasos religiosos, el saco abierto y puesto en delantal sobre la faja encarnada, precedían cada grupo de cuatro yuntas atadoras; surco tras surco volcaban los arados el barbecho, tapando la simiente, y la unanimidad amarilla de la loma iba negreando poco a poco. Atraían a José Pedro los detalles: le causara siempre placer observar cómo los hierros rompen el suelo, al modo que las proas rompen el agua, y cómo estas pequeñas olas de tierra oscura remedan el reventar en línea proseguida con que las olas del mar revientan en espuma. Muy opuestos elementos serían; pero aun aquel cantar con que algún peón anima su tiro y aquel otro cántico que en la mañana fresca es el vahar de los bueyes sugeríanle a él la hermandad de la tierra con el océano.

Pascual se acercó a preguntar.

—¿Mando a buscar la galleta?

—Deja. Ya iré yo con don Joaquín.

—Vamos de una vez, que yo tengo que seguir viaje —indicó éste.

Y emprendieron descenso por el ángulo de la rinconada. Pronto las ráfagas olían a pan caliente. Se detuvieron ante una casa con ramada y horno. Ya las amasanderas, madre e hija, sacaban allí la hornada y ponían las galletas sobre unas angarillas.

José Pedro se allegó a la cerca y conversó en voz baja con la muchacha unos momentos. Don Joaquín se mantuvo a distancia: sabía conducirse.

Tenía la chica un bonito rostro claro, entre gozoso y sufriente, rematado por un gran moño de pelo acanelado. Hablaba y en las cuencas de sus ojos dos visos de emoción temblaron como un anhelar contenido.

Al cabo José Pedro volvió hacia don Joaquín para preguntarle:

—¿Conoce usted alguna hierba que afirme el estómago? Para esta chiquilla, que devuelve cuanto come.

Reprimió don Joaquín sus borbotoncillos de risa y, vacilante, como quien mide sus ocurrencias:

—Conozco hierbas —repuso—; pero no para esos vómitos. Lo que le sucede a la niña es que tiene ocupada la pieza. Hay alojado dentro. ¡Hm! algún potrillo de campo,

señor, de los que en nuestro amado Chile van mejorando la raza...

¿Responderle, al muy ladino? Prefirió José Pedro callar distraídamente. ¿Excusas? No se avenían con su soberbia. Tampoco le gustaban las jactancias. En esto era católico perfecto: dolor por la falta y... «pecado ignorado, pecado medio perdonado».

Por lo demás, el ocurrente, ahora muy serio, se despedía ya:

—Alcanzaré a Melipilla, don Pepe. ¿Nada se le ofrece?

Sí: necesitaba mandar una carta.

—Esta. Para don Eliecer. Cosa de encomendársela al maestro espuelero.

—Ahí para mi compadre Eliecer en cuanto llega. Démela. Y sólo siento, mi señor, haber sido imprudente con mis malas nuevas sobre San Nicolás.

—Al contrario, se las agradezco.

De veras habíale convenido enterarse de aquello, aunque tan amargo trastorno le produjese. Mientras el huaso Larenas se alejaba, volvió a la faena. Ya el sol calentaba la rinconada entera. A medida que sus fuegos entraban por todos los ámbitos, el cielo se ponía más azul. Miró en torno, la gran hoya entre suaves serranías. En el faldeo más lejano, salpicaban sus motas las ovejas, y el viento venía de allá con algún balido suelto. Todo, paulatinamente, fulgió, cantó su himno.

El corazón de José Pedro se entregó al paisaje.

No almorzaría en las casas. No podría hacerlo.

Llegado el mediodía, tras de vigilar que llenasen los bueyes en la parva las panzas y bebieran en la represa, comió, pues, el poroto y la galleta con sus peones. Bajo la ramada, el lebrillo entre los muslos, no habría sabido asegurar si triste o iracundo, permaneció mirando las cosas de fuera y valorando las que dentro le bullían.

Iría el domingo a Melipilla, sí, con cualquier pretexto. A comprar tuercas para las rastras, a cortarse el pelo. Y en seguida, a San Nicolás. Entretanto, calma y paciencia; cumplir el trabajo, afiebrada, tesoneramente, de sol a sol, hasta rematar la siembra. Holgaría después, que tiempo sobraría. Aún podría descuidar por meses el fundo, mientras el trigo creciera y el buen Dios lo cultivara con aguas y soles del cielo. Por lo demás, si atinados eran sus proyectos, ahora urgían: misia Jesús, sabedora de la oposición del cura, herida por tan ofensiva pertinacia, había empezado a mostrarse a su vez mal inclinada. Y la blanda, la cándida Chepita se confundía, desesperaba...

En fin, en fin, todo parecía concurrir, después de todo.

Su voluntad, tan dura, se dulcificó entonces con la miel que derrama el amor sobre toda esperanza.

En la oscuridad, los faroles del coche, dos ojos encendidos que atentos aguardan al amo, son como la vista fija del cochero alerta.

El cochero es Pascual.

Todo el anochecer y parte de la prima noche ha llovido. Pascual pudo así, encubierto por el aguacero, sin encuentros ni fisgar de mirones, viajar hasta el punto señalado, junto a ese lecho seco de río. Ahora mucho ha que arrimó el coche al

bosquecillo de araucarias, y se ha puesto a esperar con la paciencia de su querendona servidumbre.

¡Dios saque al patrón José Pedro con bien de su aventura!

¿Qué sobrevendrá después con el señor Capellán? En fin, él... él obedece. Mucho ha refrescado el tiempo. Sin embargo, escampa en firme: el cielo promete sosegarse. Pero más que fresca, fría está la noche.

Salta del pescante, da unos pasos, pisoteando para calentar los pies. Luego mira en torno, busca esa comunicación con las cosas tan necesarias cuando se ignora lo que durará una espera. Todo está quieto en la noche. Las copas de los árboles pesan, como cabelleras empapadas. De los caballos tan sólo llega olor a pelo mojado y tibieza de cuerpos hecha vapor. Está densa de humedad la atmósfera; ráfagas heladas la suelen desgarrar, mas apenas por instantes: luego el viento se ha ido, se han cerrado los surcos de su paso y la noche ahoga de nuevo todos los rumores en su negro vellón.

Pascual espera, espera. ¿No está hecho a esperar?

Una hora, dos horas transcurren, iguales. Afortunadamente, sigue mejorando poco a poco el tiempo. Algún desgarrón abre ya el toldo del cielo, algún lucero asoma y guiña y empieza tal cual nube a girar sobre sí misma, ribeteándose de luz.

No hay más lluvia por hoy, piensa Pascual. A lo sumo, niebla. Y eso sería mejor.

Pero de repente oye cantar un chuncho y, persignándose, dice:

—¡Ave María Purísima!

No ha concluido de santiguarse, cuando lo ve salir, negro, de una copa negra, y pasar muy bajo. Entonces tiembla; el agorero lleva un vuelo recto, el vuelo de quien se dirige a cumplir un designio.

—¡Ave María Purísima, ampáralos y defiéndelos! —repite. Pero añade ahora—: ¡Carajo! Chuncho hijuna gran puta, si estuviera el patrón aquí, habrías queido ya de un tiro.

Vuelve a cubrirse con la señal de la cruz. Y esta vez reza las siete avemarías del conjuro, con el alma trémula de misterio. Queda inquieto. ¡Y cómo tardan! No vaya a haber escuchado el cielo las rogativas del señor cura para impedir esos amores. ¿No será ese pájaro un ejecutor? No; tampoco puede el Señor oponerse a que don Pepe se case con una señorita, en lugar de andar de Ceca en Meca pecando e induciendo a pecar a las pobres...

Hasta que los tímpanos finos de las bestias perciben el primer indicio. Relinchan los tres caballos del tiro; dos relinchos lejanos responden, y cuando el comunicarse de los animales cesa, en la cuenca del río se adivina la presencia de los esperados. Eco de cascos en el pedregal primero; siguen voces y palabras fragmentadas; al fin, casi de improviso, surge la pareja entre la sombra.

¿Pascualote?

—¿Patrón?

—Aquí estamos ya.

—Alabado sea Dios.

—¿Qué, tenías miedo?

Pero no a ningún cristiano.

Contesta Pascual y coge las riendas a los dos caballos.

José Pedro, las manos formando estribo, posa en suelo firme a Chepita. Se advierte que la niña llora en silencio: el copo blanco de su pañuelito sube furtivo a sus ojos. Con su ropón de amazona, su velo y sus lágrimas se le adivina el alma: romántica, misteriosa y cargada de llanto como las araucarias escondidas en la noche. Pero él la besa y la conduce al carruaje.

Los hombres han de darse prisa. Atan las cabalgaduras ensilladas a la trasera, en el pescante acomodan cierto lío que vino con la pareja, y hablan entretanto:

—Habría valido más llevar el coche más cerca.

—¿Y el lecho del río?

—Dando la vuelta por el camino nuevo.

—Muy pesado, Pascualote. Las bestias tendrían que tirar largo.

—No resistirán los mismos caballos todo el viaje.

—Comprendo. Ah, oye: no pares a señas de nadie. Sólo cuando reconozcas a don Joaco y don Eliecer.

—Ya sabía yo que nos escoltarían los compadres.

—Y nos llevarán caballos de repuestos.

—Esos son amigos.

Trajinan con afán. Los bultos suben, se tumban, encajan; rechinan los látigos al anudarse; piafan las bestias. Dentro del coche se oye respirar a la niña: ¡Ay, Señor!

—Tupe la niebla.

—Por la costa será mayor: arrastrada.

—Así va a ser.

La oscuridad se ha ido poniendo blanquecina. Cuando al cabo el coche ha partido, los faroles estiran camino adelante dos conos perlados, como los brazos de un ciego a tientas en la bruma.

Al enfrentar una trocha vecinal irrumpe la voz conocida:

—¡Jojó, joooó! ¡Patrón!

Don Joaquín y su manso compadre han cumplido la palabra. Están allí con seis caballos enjaquimados.

Se asoma la cabeza de José Pedro:

—Buenas noches.

—No pierda tiempo, señor. Andando, andando. Que lleguemos antes que el día.

Es así como ruedan la noche toda, hasta cierta encrucijada de Malvilla. Tan sólo se detuvieron un rato en la posada de Leyda. Mudaron allí el tronco, renovaron las velas a los faroles, el posadero trajo unos jarros de vino y un causeo para los hombres y dos sacos de pasto para los animales. Y arriban ahora, por fin. Sólo a Malvilla puede alcanzar el carruaje. La última etapa se cumplirá cabalgando.

Pero entre las lomas de Malvilla les amanece.

Como la luz despeja las medrosidades, al abrazar a la vieja Totón, Asunción, el ama que la crió con la leche de sus pechos, se halla Chepita más tranquila.

—¿Se acabó el susto? —le dice José Pedro, galán y mimoso.

—Si es por mamá. Cuando regrese de Santiago y se entere... ¡ay, Señor! No sé, no sé...

—Venga su merced conmigo, con la mama.

Se apartan las dos mujeres a charlar atropellada y cariñosamente.

Los hombres cargan dos mulas. Dirige ahora Sebastián, viejo capataz de San Nicolás, marido de Asunción y uno de los alejados por el pícaro mayordomo. Él se hace cargo de la nueva caravana, que poco después baja, repecha, faldea entre cadenas, racimos y abanicos de suavísimas lomas que se arropan en la niebla y se ablandan ya con las arenas del mar.

Pascualote regresa en su coche, solo, con algo de preocupación y algo de congoja en la rusticidad de su espíritu. Poco sabe, de poco se ha enterado, apenas si dará fe de algo. El día que lo interrogue iracundo el cura ¿qué gran cosa responderá? Fiel a su línea pretrazada, apenas si escuchó frases incompletas. Nunca vio antes al tal Sebastián, ni lo recuerda bien, únicamente que tiene un simpático semblante, con una ceja levantada y otra gacha que le hacen la expresión maliciosa y festiva. A la Totón, casi no la vio. Él sabrá bandearse frente al señor cura. Y que les pregunte a los compadres. Eso es.

Avanza en su coche por la niebla, que ya el sol viene licuando paulatinamente. Los caballos trotan ansiosos a la querencia.

Su congoja nace de la despedida.

—¿Cuándo lo volveré a ver, patrón?

—Pronto, Pascualote querido. Para la cosecha, a más tardar.

—Antes habría de ser: para la siembra de chacras.

—O más temprano quizá. Dependerá de lo que demore mi tío en entregarse a los hechos consumados.

—Bien, pues, señor. Y entonces tendremos patrona en el fundo. ¿Y mientras, para saber de su merced?

—Si algo necesitaras avisarme, le mandas recado al maestro espuelero para que don Eliecer se ponga al habla conmigo, ¿entiendes?

Eso han conversado al despedirse. Nada más. El resto, aquellas frases sueltas cogidas en medio del trajín, decían que a los novios les tenían arrendada casa en la costa. Por Lagunillas o por Casablanca... ¡sabíalo Dios! También que había curato allá, para el matrimonio... Y ni más ha oído él ni más ha querido escuchar. ¡Buena cosa! ¡Cómo se embrollan la vida los caballeros!

Con rabia chasca el rebenque sobre las orejas de los caballos, que con muy alegre brío emprenden galope hacia sus campos. El viejo coche de trompa se zarandea como el corazón de Pascualote.

Hasta entonces había contestado el cura secamente a quien le pidiera noticias del fugitivo:

—Ni sé ni quiero saber de él.

Pero aquella mañana en el cuartucho habilitado como sacristía, cuando Mauro el llavero insistió en la consabida pregunta, repitió con más ira la frase y agregó:

—Responda el espíritu malo que lo tiene en sus garras. Tarambana, ingrato, sin ley ni corazón ni respeto. Para mí ya no existe.

Laura, la mujer del sacristán, dejó de plegar el roquete que acababa de tender dentro del arcón, para santiguarse, y:

—Nuestro Señor lo proteja, pobrecito —dijo—, en medio de estos temporales.

—¡Cómo estará, Virgen Santa! —suspiró el marido.

—¿Cómo? Calientito, hijo, pierde cuidado.

—¡Jesús!

El cura se los quedó mirando. Sentía ya fastidio por ellos. Si antes solía celebrarles la fidelidad, parecíanle ahora insoportables, con aquella sumisión de adúlona servidumbre. Acaso los despreciara siempre. Hoy le cargaba sin remedio esa cuarentona culiparada y patiabierta, que para escuchar abría los ojos con asombro y se balanceaba de pie a pie al responder o murmurar. Le molestaba su voz imitada de las monjas y érale antipática también su costumbre de mantener las manos ocultas bajo el delantal mientras él hallábase delante. Y tan desagradable como ella se le hacía el marido, regordete y con los brazos cortos, con dos uvas bobas por ojos y un tizne de betún por bigotes. Sí; aquella mañana le causaron repulsión.

«Los Lauros», como los llamaba la peonada, por la semejanza entre los nombres Laura y Mauro. Hay, reconoció, instinto irónico en la plebe, aun cuando confunde.

Les volvió la espalda y se dispuso a salir. Dicha la misa, correspondía desayunar.

—¿Me prendieron fuego en el comedor?

—Con piñas de pino, padre.

—Como a su merced le gusta que arda la chimenea.

Zapateó el cura en el piso, signo más de impaciencia que de frío, y se fue.

Hubo de afrontar la lluvia. Con aquella pierna, más remisa desde la desaparición de José Pedro, resultábale suplicio andar entre la capilla y la casa: los pies se le hundían en huellas profundas y las plantas al desprenderse del fango sonaban como ventosas.

Nada se sabía, en realidad, del ausente. Buen encubridor, el invierno sellaba el secreto. Más de una semana llovía ya, sin escampar, empecinada y, para un sitiado solitario, enloquecedoramente. Por momentos, el agua implacable alarmaba: podía pudrir el grano en los surcos.

Pero no estaba él para temores agrícolas. Que se lo llevara todo el diablo. Su pecho permanecía henchido de violencia, sin lugar para otras reacciones que las de la ira. En lo que había venido a parar aquel sobrino, aquel hijo, como lo había considerado él: en un perdulario, mala cabeza y mal corazón, sin piedad, ni ternura,

ni el menor sentimiento filial. Y tonto, además. Porque entregarse a una vieja calculadora, casamentera desesperada en connivencia con su palomita reclamo... Lazúrtegui al fin, mandaría en la criatura la voz de los doblones afanados en la Colonia e idos en la República...

Si alguna vez se sintiera viejo, decaído hasta reprocharse inclinaciones excesivas al perdón, ahora reaparecía el cura Valverde, resurrecto en su soberbia. Pasaba los días de tormenta como enjaulado entre aquellos inacabables barrotes de agua gris, a trancos por el corredor y a la rastra con su pierna. Si al menos viviera José Vicente. Asesinado, él, la espiga de la familia. En cambio, este tunante... Mucha ufanía por la estirpe, sí, muchos proyectos, mucho sueño creador, para tirarlo todo el mejor día. Era loco. Y bellaco. No tenía excusa. Estaría en San Nicolás, acaso en Santiago, en luna de miel aristocrática, endeudándose por añadidura, a lo Lazúrtegui. Los cuatro renglones que le insertara en el breviario poco esclarecían: «Me casaré. Llevo dinero suficiente, del que me pertenece; lo demás queda en la cajuela. Hay harina y raciones para meses. Lo veré cuando me haya perdonado». Y basta.

A pesar del cerco que los aguaceros ponían, no se ignoraba del todo en La Huerta la hazaña del raptor. Aunque nadie sintiera partir y volver el coche o quienes lo advirtieron callasen, hablillas habían circulado. Se deducía el rapto, hacia la costa: en la posada de Leyda, entre gallos y medianoche, habían parado con muchos caballos de tiro y los dos compadres como edecanes. Pero las gentes cuidáronse la lengua, en particular ante los Lauros. Como que cuando estos «metetes» buscaron a Pascual para interrogarlo, sólo hubieron de su mujer una respuesta:

—Anda por la quebrada de la madera. Don Pepe lo mandó a cortar lumas y lingues cuantúa. Para que renovara, dijo, pértigos y labrase yugos antes del verano.

El cura nada inquirió, hosco y soberbio. Si la ferocidad le arrebatava, diluía su tumulto rezando. Entre sus horas canónicas y ciertas devociones votivas, creábase un círculo mágico que le adormía la conciencia. Mas ello cumplido, tornaban el pasear por el corredor y el vagar por las habitaciones, que no eran sino tres, desgraciadamente. Concluyó por echar llave a la de José Pedro: le afligía, debilitándole. Durante la última visita, al aspirar aquel su olor personal ya enfriado, diríase que se le materializó la ausencia y un escalofrío doloroso le constriñó las entrañas. Lo evocó entonces a lo largo de la vida, desde que fuera mocosito Caballo Pájaro que por las mañanas le recreara en el dormitorio al balbucir sus buenos días, hasta la ocurrencia trágica del estero y el coronamiento que con coraje de Valverde la cumpliera. La verdad era que ya entonces prometía el hombrecito. «¿A quién habré salido, tío?», le replicó en cierta ocasión. No; lerdo no había sido nunca. ¡Ah, cómo lo había querido!

Las evocaciones, solapadamente resueltas en ternura, le nublaron de lágrimas los ojos y le acongojaron el pecho. Lloró largo, con llanto amargo de padre y de viejo vencido.

Por eso echó llave a ese cuarto.

Huía de las blanduras. Nunca más. Muy cristiano sería el perdón; pero en él acusaba doma y pérdida de carácter. Lloro enternecido y débil no era de Valverde. Sufrir, herido y maltrecho, bien, pero entero, que Dios infundía en cada hombre un alma según su sabio designio y a cada cual daba la conformidad de acuerdo.

Entretanto, llovía sobre la tierra. Un llover exasperante. Hora tras hora, inalterable, sin modulaciones, caía el agua; a ratos con viento: una racha solía lanzar la lluvia dentro del corredor y aun azotarla contra la pared interna, como un baldazo. Así, días y noches, y más días. Si escampaba, era como un turno a la saña de los elementos, pues entonces atravesaba rabioso el viento los cuerpos de los árboles, el fango se cubría de hojarasca y los esqueletos iban quedando más y más desnudos.

Se pierde la cuenta gris de los días que clarean y anohecen así.

Amanece por fin un día magnífico. Se ha despejado el cielo durante la noche y ha sobrevenido la primera helada. Pero hace un tiempo luminoso. Todo luce limpio y espolvoreado de oro bajo el vacío azul. Sobre los barro endurecidos por la escarcha, grandes y chicos, cuantos acuden a la llavería en busca del pan caliente, caminan, más que con los pies encima de la tierra, con los cuerpos dentro del frío. Es el primer frío intenso del año, un frío hecho de filos que penetran las carnes de los pobres.

No alivia este cambio gran cosa el corazón del cura. Se ha podido sentar, sí, a tomar el sol encima de la vieja piedra molinera que defiende la esquina del jardín, y contempla la decoración que ha dejado aquel diluvio: la encina quedó en harapos; de las palmeras se han desgajado varios abanicos; han perdido las acacias toda la hoja y levantan los brazos ennegrecidos con sus mil dedos en garabato. Están los árboles en general como él está, duros pero rendidos.

También se ve desde allí el campo hasta larga distancia. Cómo se ha transformado casi de repente. En el verano, los ámbitos del campo palpitan llenos. Llenos de algo vivo y múltiple, de fronda, vibraciones y olores cálidos, pájaros y seres diversos y en movimiento. En invierno, los mismos ámbitos se ahuecan, todo aparece desolado y quieto. El invierno es un quedarse todo vacío, como la vejez del solitario.

Al mediar la tarde, cuando el cura, entristecido, se despeja la modorra de la siesta, vienen a comunicarle que una señora pregunta por él.

—En un coche de lujo, padre.

—¿Y quién es?

—Se me da que la patrona de San Nicolás.

Da un salto en su asiento.

—No. Imposible.

—Por lo que oí...

Vacila don José María unos instantes, perplejo. Pronto la mera suposición ha despertado su vieja cólera.

—¡Qué osadía! No, no; te has vuelto loco, Mauro.

—Según lo que decía el cochero...

—Anda y cerciérate. Y si es ella, que no recibo, ¿entiendes?

Pero el llavero regresa con un hombre a su lado.

—Buenas tardes, señor. Soy el mayordomo de misia Jesús Lazúrtegui —se presenta el huaso.

—¿Y?

—Mi patrona le pide licencia para conversar con su merced.

Hay un silencio. Al cabo lo rompe con voz severa el cura.

—¿No les advertiste, Mauro, que yo no recibía?

—Les advertí, padre; pero...

—Pero se trata de algo muy serio, señor.

—Nada tenemos que hablar ella y yo.

—La pobre señora no atina sino a llorar.

—Lágrimas de cocodrilo.

—De madre afligida, señor cura.

—Pues sus culpas llorará.

—No, señor cura. Tenga piedad de ella.

La vista de don José María se ha fijado entretanto en el carruaje. Allá, cerca del pinar espera. Y es un landó, francés, importado; tiene filetes rojos en las ruedas, faroles de plaqué y cristales en bisel. Resto de pasados derroches. Observa después al mayordomo, que se mantiene con la inmovilidad del respeto: gordo, con una cabecita indistinta, metido en su abotinado pantalón, a pies juntos encima de los tacones y con la faja envuelta, causa impresión dudosa y cómica. «Parece un trompo», se dice don José María. «Pues ya te haré yo bailar».

Y empieza por tutearlo:

—¿Qué haces aquí todavía? ¿No has oído que no recibo?

Medio sin concierto, medio taimado, el trompo gira entonces y se va.

Mas a poco ha vuelto:

—Dice la patrona que necesita de todas maneras hablar con su merced.

—Se habrán figurado que voy a tascar el freno —murmura el cura. Y ordena, entonces, violento:

—Largo de aquí.

—Si está la pobre deshecha en lágrimas.

—¡Lárgate!

Esta vez estira el brazo, con el índice perentorio. Y el trompo gira de nuevo.

Mauro no sabía si reír o temblar ante aquel gesto iracundo.

Sin embargo, minutos después tiene don José María una vez más al huaso enfrente, insistiendo:

—Yo soy mandado, señor cura, perdone. Dice que como caballero y como sacerdote no puede su merced negarse.

—Que hable con José Pedro.

—¿Después de lo que ha hecho?

—¿Qué?

—Seducir a misia Chepita.

—¿No lo habrán seducido a él?

—¿Y dónde para don Pepe, señor?

—¿No está en San Nicolás?

—No, señor, ¡qué ha de estar en San Nicolás!

—¿Y la chiquilla?

—Con él; pero sabe Dios dónde.

—¡Cómo!

—Sí se la robó, señor cura. No tiene nombre lo que ha hecho. Ir una noche, aprovechándose de que la señora y misia Marisabel andaban por Santiago, y cargar con la señorita en un caballo...

Cambia entonces por completo el ánimo de don José María. Se aseguraría que le ha reconfortado el descubrimiento, que aun estallará en una de sus cloqueantes carcajadas. A punto se halla en realidad de aprobar: «Así, sí, Caballo Pájaro. Algo te rehabilitas, ¡qué caramba! No te has dado. Un Valverde vence, rapta, pero no se nada».

Si hasta cierto buen humor parece haberle despertado la noticia.

—A ver, explícate, gordinflón.

—Eso, pues, señor cura. Que se robó don Pepe a misia Chepita, que misia Jesús llegó de Santiago y se halló con la desgracia, que los temporales no le han permitido moverse hasta hoy y... en fin... que viene a consultarse, con su merced a ver qué se hace.

—Bien. Que me escriba. Pensaré y le contestaré.

No resulta fácil doblegar el geniazo. Ha entrado por último en la casa, golpeando la puerta contra las narices del sirviente.

Pero no tarda el otro en insistir. Trae ahora un papel que misia Jesús ha escrito en su desesperación: No se aviene con el sagrado ministerio aquel negar apoyo y consuelo a las almas atribuladas. La Santa Madre Iglesia le indica recurrir al capellán. Si no exige como dama y madre ofendida, pide como feligresa.

A medida que el cura lee, una idea le ilumina y una sonrisa le baña las facciones. Cuando asoma de nuevo en la puerta, en sus pupilas arde una chispa diabólica.

—Conforme —acepta. Y con aplomo de triunfo dispone—: Mauro, abre la capilla, sacude un poco el confesionario. Y tú que ya bailaste bastante, conduce a tu ama y recomiéndale que vaya rezando el «Yo pecador».

Irá él en seguida. En confesión, escuchará cuanto tenga ella que decir.

Mientras la servidumbre cumple, aguarda él bajo el alero. Atisba risueño cómo abren el oratorio, cómo desciende la dama de su linda carroza, cómo desde los hombros le cae un chal de seda blanca sobre los cinco vuelos del vestido negro, cómo, por último, baila el mayordomo en torno de ella, cucarro y servil.

Y entretanto saborea el anticipo que la imaginación le ofrece de la escena en que misia Jesús Aldana viuda de Lazúrtegui, dolorida y humilde, contrita y penitente, de

rodillas, ha de pronunciar las palabras del arrepentimiento: «Yo pecadora, me confieso...»

Meses largos, de temporales y ventarrones, o a lo menos de porfiados aguaceros, aislaron La Huerta.

De José Pedro nada claro se supo. Fuera del rumbo tomado por los amantes, nadie ofreció jamás detalles acerca de cómo transcurrió aquella luna de miel entre lomas y dunas, en la casona desmantelada. Su misterio de romanticismo y amor era impenetrable, guardado por las grises cataratas del cielo y las neblinas del mar, y el único eco del exterior que allí alcanzaba lo constituía el martillante, pertinaz, inacabable trueno de unas olas enfurecidas e invisibles.

Y aquel secreto debía permanecer sellado a lo largo de muchos años. El propio José Pedro, en el resto de su vida, rehusaría evocarlo. Acudirían de repente a su memoria ciertas imágenes sueltas; pero las rechazaría él siempre, siempre y en el acto, como se repelen algunos fantasmas del pasado que la sensibilidad quisiera desesperadamente borrar. De cuando en cuando se levantarían en el recuerdo de sus tímpanos aquel nocturno retemblar de una vieja ventana, entre cuyas rendijas se metían lluvias y livideces de relámpagos, y aquel estampido de las aguas en la playa oculta, una playa que los amantes, acurrucados en su cama pobre, se figuraban roquera y dantesca, negra y amarga de sal. Pero todo ello se representaría en lo venidero sólo como repentinas punzadas de un dolor dominado, pero sin olvido. Y con cada una de estas sensaciones retornaría la dulzura de Chepita, la niña tierna y dócil, ardiente de alma y aterida en sus carnes habituadas hasta entonces al abrigo y al regalo; regresaría la visión de sus manos pálidas de embarazada, y toda ella volvería en las reapariciones, sin queja, calladita y amorosa, envuelta en el chal de lana rubia, liviano y tibio como una cabellera. Todo se le habría de reaparecer a José Pedro, vivir adelante, redivivo en lanzadas de dolor y remordimiento. Ah, pertenecía todo ello a esos recuerdos que duelen tanto, tanto en el corazón, que se niega el ser entero a recibirlos y les cierra las puertas del presente.

Allá, sin embargo, dentro de su confinamiento, la virilidad del Valverde se mantenía en pie y alerta sobre las cosas del mañana inmediato. Enterábase de la menor novedad que ocurriera tanto en su fundo como en San Nicolás. Los compadres le visitaban cada vez que sus negocios los llevaran cerca, y transmitíanle las noticias.

Desde mayo, conforme al convenio, había soltado sus yeguas don Joaquín a los campos talajeros de La Huerta, y so pretexto de darles un vistazo caía tal cual vez por allá. Charlaba entonces con el cura, tratando de reconfortarlo, pero vertiendo de paso, con astucia, entre los goznes de aquel carácter, el óleo que poco a poco, de cansancio a conformidad y de cariño a resignación cristiana, haríale rodar el geniazo hacia el perdón. Tarde o temprano el viejo cedería. Sólo que debía ello acontecer más bien temprano que tarde, pues la naturaleza fina de la niña sufría demasiado las inclemencias del invierno en tanto desamparo. Vivía entre caricias, pero de la cama al brasero y del brasero a la cama. Sus pocas prendas pendían de tres clavos en la pared

encalada, y aunque lavase las mudas la vieja Totón, ella poníase a secarlas al calor de las brasas. Únicamente un gran amor, pensaba don Joaquín al observar estas cosas, puede conformar al ambiente de un caserón que, más que de ancianidad, habla de ruina y mugre.

Pero aprovechaba don Joaquín sus viajes a La Huerta para verlo todo, los trigos como la ovejería, los cierros como el estado de aperos y carretas y cuenta cabal recibía José Pedro así. Pascualote hachaba maderas monte adentro: cumplía el primero de los encargos de su patrón, que si tarambana, también era previsor y laborioso, y había levantado ya un banco entre los pinos, donde aserraría vigas para cierto proyectado ensanche de la casa patronal; de suerte que, a la hora de las paces entre tío y sobrino, todo hallaríase pronto y conforme a previsión.

Ni la nota sabrosa faltó en las informaciones del huaso: la confesión de una Lazúrtegui, de hinojos, materialmente a los pies de un Valverde, hubo de ser descrita lejos de Chepita; pero los dos hombres a solas, caminando por gredas y arenales, hablaron en libertad y José Pedro paladeó, como su tío debió de paladearla, aquella entrevista convertida en sacramento y penitencia. Si le pareció estar viendo a la infeliz señora, ya exaltada y entre quemantes lágrimas, en esfuerzos por argumentar su querrela de madre, ya sojuzgada por la eclesiástica reverencia, y, en fin, rendida, contrita, repitiendo a golpes de pecho el sumiso *mea culpa*.

—¡Caballo Pájaro! Si es que se le mete el diablo en el cuerpo, como dice él, cuando le pasan la mano contra el pelo, y... ya se sabe... no hay nada que hacer.

La otra cara de la medalla en el incidente fue presentada por don Eliecer, quien por su parte realizaba la misión de informar a José Pedro sobre la marcha de San Nicolás. De su boca prudente, bajo las dos alas de tordo de su bigote, los diminutivos eufemistas y la voz de feligrés en catecismo fueron brotando para exponer las tribulaciones de la señora.

—Mal está que yo repita estas cosas, don Pepito, que al fin y al cabo no se debe uno chacotear con las diabluritas de un sacerdote. Pero así lo llama la señora: «ese inquisidor, ese Torquemada facineroso».

—Frenética.

—Furiosa está. Y hágase cargo, don Pepito: encima de sus angustias de tanto sufrir por su hijita regalona, recibir tamaña humillación...

—¡Torquemada!

—Inquisidor, inquisidor y facineroso.

Trazábase don Eliecer sobre la sonrisa de su boca el signo de la cruz al citar el epíteto. Pero lo repetía con fruición:

—Inquisidor, como lo oye, don Pepito.

—Bien. Al fin todo se arreglará.

—Espero en Dios que así sea.

—¿Y ese mayordomo?

—¿El de San Nicolás? Oh, eso iba de mal en peor. Hurtos, robos y despojos

sobre pasan ya la osadía, rayaban en el cinismo. A José Pedro hervíale la cólera entonces. Si su tío, ante misia Jesús, había recibido en el ingenio la diabólica inspiración, a él sólo violencia y castigos corporales le dictado el demonio:

El día de ajustar cuentas, don Eliecer, ese canalla estará también de rodillas a mis pies, pero no para confesarse. Cien palos en el culo, y de mi propia mano, nadie se los quita.

—Merecidos.

—Y a mi tío ¿lo ha visto?

—Lo veo siempre al padrecito. Muy decaído. No hablo, eso sí, con él. Usted sabe, pues, don Pepe, que uno se esfuerza por obedecer a su religión. Así es que caigo por La Huerta una que otra semana, siempre a la hora de misa. La oigo, el señor cura me ve desde el altar... y yo... ¿para qué le voy a negar?... al tiro me voy. Con el amén del bendito. A lo sumo, ya de a caballo, le doy después una despedida, de paso por la ventanita de la sacristía.

—No han conversado.

—No, pues, señor. La sola idea de que me haga preguntas, ¡ave María!, me da espanto. Porque yo, dígame, que no le miento a un cristiano cualquiera, ¿iré a negarle la verdad de lo que sé a un sacerdote? Verá él que no lo olvido, los Lauros le han de contar que me intereso por su salud... ¿Qué más, pues, señor?

Mi tío le agradece, de todas maneras.

—En el fondo, aunque se ría, creo yo.

Don Joaquín, a la inversa, buscaba las entrevistas con el cura.

—¿Sabemos, a fin de cuentas, si se han casado o si viven en pecado mortal? —interrogó una vez don José María.

—Misia Jesús los tiene por casados.

—Esa es una vieja estúpida. Yo lo pregunto porque aquí, entre los papeles de ese perillán, encuentro su fe de bautismo. No la llevó y...

—Habrás sacado copia.

—Por último, allá ellos.

Don Joaquín se rascó la perilla y, adoptando un poco el tono dulzón que solía darle tan buenos resultados a su compadre don Eliecer, entró en la materia espiada:

—Algo apena, señor, sin embargo. Deben de pasarlo muy mal. Ella sobre todo. Son tan desamparados esos lomajes de la costa. ¿Cuánto aguantarán, con este invierno crudo?

—Que paguen.

—Fácil resultaría para ellos, claro, conseguir el perdón de la señora. Se instalarían entonces en San Nicolás...

El cura sufrió un sobresalto.

—Allá —prosiguió astuto el huaso— hallarían todo llevadero. Al menor intento, misia Jesús les abriría los brazos.

—¿Los cree usted capaces?

—A él, no. Y ahí veo lo malo, porque van a padecer mucho.

—¡José Pedro, Lazúrtegui consorte!

—Apostaría yo a que don Pepe no lo hace. Sobrino de su tío... Y lo quiere a usted, padre, por sobre todas las cosas.

—Pues poco se ha notado.

—Se nota, patrón, se nota. Él quiere, antes que nada, el perdón de usted. Yo no lo dudo. ¿No lo comprende, padre? Sospecha que misia Jesús, a una simple carta de misia Chepita, capaz que a campo traviesa corriera en persona para llevárselos a su lado.

—Pero yo...

—¡Ah! Esa es la cosa. También piensa don Pepe, fijo, que si no es usted el primero en perdonar, no perdonará jamás.

El clérigo guardó silencio. Caminó unos pasos, con su pierna un tanto a rastras, y se quedó mirando por la ventana los campos verdes y encharcados.

Se despidió entonces calculadamente don Joaquín.

—Quédese hasta mañana.

—Imposible, padre. Tengo que hacer.

—Le va a llover por el camino.

—Poco importa. Llevo dos días aquí, padre, y la visita y el pescado al tercer día vician el aire en una casa.

Riendo se despidieron.

Pero el cura se agitó en cavilaciones. Sobrábale razón a ese huaso ladino. Los tórtolos podrán vivir espléndidamente, con él de patrón, en San Nicolás. Y como la necesidad tiene cara de hereje...

A las veinticuatro horas, bien calculadas, cuando el huaso estimó que los temores habrían trabajado ya el ánimo del cura, se le presentó de improviso montado en su yegua baya.

Fingió mucha prisa.

—Pasé —dijo sin apearse— a dejarle algo que le hace falta, patrón. Le oí renegar la otra mañana: «Para mal de mis pecados, he perdido el Almanaque de Bristol». Y le traigo uno.

Entregó el folleto amarillo, sin ceder a las invitaciones del clérigo para desmontarse, y recogiendo las riendas se dispuso a partir.

—Y yo que me había propuesto hacerle un encargo, don Joaquín.

—Mande, patrón.

—Están cargando mucho los fríos, los años me ablandan: quisiera colocar vidrios a mi ventana. ¿Me los traería usted de Melipilla?

—Y de Santiago también. Mañana me toca ir a la capital, cabalmente.

Como había que tomar medidas, don Joaquín echó pie a tierra. Midió en persona los bastidores; pero lo hizo con todos los de la casa.

Y mientras anotaba las cifras correspondientes a la ventana de José Pedro, atisbó

las reacciones del cura.

—¡Eh! Aunque no vuelva nunca ese mala cabeza —le oyó suspirar— toda la casa debe quedar abrigada. Buen bribón es usted, don Joaco. Sólo que yo abuso de usted.

—¡Cómo! Con lo que yo me sirvo de su fundo...

—Pues usted y este bastón... resultan ahora mis únicos apoyos.

—Nos apoyamos todos, señor. Una mano lava la otra y las dos lavan la cara. Ni media palabra más. A mi vuelta de Santiago tendrá sus vidrios. Y se los colocaré yo mismo. Pero ahora me largo.

Y rápido montó a caballo.

El cura, renqueando, se metió en la casa.

Con una mula de tiro, sobre cuyo aparejo mecíanse dos cajas con vidrios, entró días después don Joaquín hasta el jardín de La Huerta.

Paró a la orilla del corredor, donde había divisado al cura.

Mediaba la mañana y un sol tibio enredaba sus hebras entre los maitines, los quillayes y las araucarias.

—¡Jojó, patrón! Ya estamos de vuelta.

No respondió el clérigo. Semitendido más que sentado en su sillón de vaqueta, sólo miró al huaso, los párpados muy abiertos y sin pestañear.

Tuvo don Joaquín ya entonces el presentimiento de que algo sucedía. Inquirió en torno con ojos inquietos. Jardín, casa y camino estaban solitarios. A fin de orientar su serenidad, púsose a descargar la mula.

Mas apoyados ya los cajoncillos contra la pared, hubo de acercarse a don José María.

Tan sólo se reanimaba el cura para sonreírle.

—¡Qué! ¿No nos sentimos bien, padre?

—Ya, ya parece que pasó.

Hablaba trapo y tenía un ojo inyectado de sangre. En la calva incipiente se le dibujaban las venas como amarras que ataran las junturas de los huesos.

—¿Qué ha sido? ¿Las molestias?

—Tal vez. Como a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos...

—¿O algún aire?

—Sí, más bien un aire. Al terminar la misa sentí medio dormida la lengua. Después quise rabiarse contra ella, y no me obedeció. Pero ya responde la taimada.

—¿Y no lo ha visto nadie, que lo tienen aquí solo?

—¿Para qué, si todo ha pasado?

Con paciencia de médico se dedicó don Joaquín a registrar síntomas y pormenores. Desde algún tiempo atrás, al entorpecimiento de la pierna siguieron vagos mareos de cabeza y aun francos vahídos. Por último, esa mañana, a poco de apurar el cáliz, cuando el vino sagrado estimulábale ya la circulación, algo le turbó el cerebro. Nada quiso decir él a los lauros. En la sacristía fingió mal humor; vedó así preguntas y justificó el mutismo. Por eso le habían dejado solo. Y era, también, que

aquello se iba normalizando. Al desayunar, empero, se repitió el adormecimiento de la lengua.

—Entonces fue cuando intenté renegar contra ella. Y la tenía inerte. Ahora, ya ve, hablo como si tal cosa.

—Tiene que verlo un médico, mi señor.

—Por un simple aire... ¿cree usted?

—Por lo que sea. ¿Qué más ha sentido? Haga memoria.

—Nada más. Se me ocurre, sí, que me quedé dormido.

—O se desvaneció.

—¡Vaya uno a saberlo! Estos aires colados... ¿Me trajo los vidrios, don Joaco?

—Y los colocaremos hoy mismo. Pero también hoy mismo le traigo yo al doctor.

Mantuvo al cura en el sillón frailuno, le abrigó las piernas. El día calentaba poco a poco. Allí reposaría el enfermo bien.

Pero hizo llamar a Pascualote y lo despachó con recado minucioso a la costa: José Pedro debía venir inmediatamente. Para él, en cambio, hizo enganchar el coche, a fin de facilitar la visita del doctor de Melipilla.

Y a la oración el paciente había sido sangrado por el médico y descansaba en cama. Se le prescribieron alimentos sin sal, pocos líquidos, nada de carnes y quietud absoluta. Seis sanguijuelas reptaban además dentro de una redoma con agua, y al menor indicio de recaída se le aplicarían bajo el cerebelo.

Los auros aparecieron, sin embargo, misteriosos y cuchicheantes en medio de las penumbras del anochecido, con el curandero del fundo, ño Venancio. Porque por suspicacia durante la tarde y al cerrar el crepúsculo por supersticiosos pruritos, se sospechó de maleficios —el mayordomo de misia Jesús echaba chispas en la memorable ocasión— y los sahumeros iniciaban todo conjuro.

Se rezaron los siete credos redoblados; y siete hierbas, hervidas en aguas de la cruz de cuatro acequias, vaporizaron la atmósfera de la casa entera.

El cura, entre risueño y crédulo, dejando hacer, llenó sus horas rezando.

Y don Joaquín veló noche a noche.

Hasta que a la tercera el clérigo le dijo:

—Van tres días cumplidos, amigo. Ya estará olisco el pescado.

—Nada, padre. Esta visita es con salmuera. Y aunque la echen no se irá sin haberlo entregado a su merced en mejores manos...

—No habrá mejores, don Joaquín, no habrá mejores.

—Sí, señor, y en camino han de hallarse.

El cura guardó silencio. Un silencio de sorpresa, de gozo y de tortura, cuya emoción quedó temblando en el cuarto.

De pronto don José María observó:

—Supongo que vendrá él solo.

—A caballo por esos desamparos y con tanto apuro, fuerza es que solo venga.

Callaron de nuevo. Afuera sonaba el viento al pasar encima de las cabezas de los

árboles. Una lamparilla de aceite movía resplandores a los pies del Crucificado. Y en las mentes de ambos hombres, al temblor de la luz, oscilaron idénticos pensamientos: de acudir solo el sobrino, todo marcharía. Si ella le acompañase... ¡ah! entonces, acaso buscara el sacerdote parroquia afuera, un convento quizá, donde morir en exclusivo servicio de Dios —hábiale advertido en diversas ocasiones— para dejarles a ellos mundo y hacienda.

Pero José Pedro se presentó solo.

Con la velocidad que le rindieron cuatro caballos en posta, voló sobre los campos y, como las del halcón que cumple vuelo, las alas de su poncho sólo se plegaron al pisar el suelo de su antiguo lar.

Habría medido con don Joaquín diez veces el largo del corredor, en repaso y comentario del percance, cuando hasta ellos llegó el vozarrón del cura.

—¡Eh! ¿Quién va?

Se asomó el huaso a la puerta:

—No, señor, no. No se me siente así de un salto en la cama.

—Usted hablaba con alguien.

—¡Buena cosa de oído zorrero! Tiéndase, quietecito.

—¿Quién es?

—¿Y quién quisiera usted que fuese, a ver? En fin, puede que no siga este pescado viciando estos aires.

—¿Verdad? ¿Ha venido?

—Y solo.

Reclinado sobre sus almohadones, el cura entornó los párpados y empezó a rezar.

Al abrirlos, vio a su sobrino delante.

Se miraron en silencio.

Y a poco las miradas se nublaron de lágrimas.

—Acércate. Dame la mano. Dámela, hombre. Ni que me tuvieras miedo. ¡Tú, tú con tu miedo, Caballo Pájaro! ¡Pájaro de cuentas!

Soltó entonces la risa. Soltaron ambos la risa, cogidas las manazas de hombres duros. Mas también dentro de aquel nervioso reír cuajó el llanto. Hubieron de soltarse las manos para reprimir un sollozo, el sollozo ronco y mudo de los hombres, el sollozo que se oye y no se oye, el sollozo grotesco y puro que se estrangula, se rompe y se oculta en el pecho como una vergüenza.

Sonreían al volver a mirarse.

—Nada, hijo, no me digas nada. ¿Tendrá tendida su cama, don Joaquín, este perdulario? Vendrá rendido.

—Ya charlaremos mañana.

—Y con calma.

—Tiempo hay. Buenas noches.

—Que descanses.

Pero José Pedro no estaba tranquilo. Si bien su tío mejoraba, y hasta se le autorizó

pronto para levantarse a su sillón, él sentía el pecho afligido de temores por la salud de Chepita. Habíale dejado en cama, con un resfrío que complicaba los achaques del embarazo. Bronquitis y fiebre, vómitos y anemia convertían la falta de comodidades en excesivo sacrificio. Decidido tenía trasladarse, tan luego ella recobrase la temperatura normal, a cualquier pueblo socorrido, donde al menos hubiese médico y botica. En esto prodújose la llamada urgente de La Huerta. Ordenó por ello a Pascualote quedarse allá: correría con el aviso, de hacerse necesario regresar.

Y los días se deslizaban sin noticias.

Sentía pesar las noches sobre su conciencia. ¿Habría procedido en realidad como un loco? Mas ¿cómo sacrificar su amor, el amor de Chepita sobre todo, a la terquedad del viejo y al resentimiento vanidoso de misia Jesús?

La razón inclinábase de su parte, sin duda.

He ahí, sin embargo, que la trama gris del destino imponía la vida, y no la justicia que grita, exige y dicta en los corazones. Solía descorazonarle, aunque tembloroso de miedo católico, la llamada voluntad de Dios, tan incomprensible para el hombre. Durante aquellos días, al montar uno tras otro sus caballos regalones, al acariciarlos y recrearse en ellos mientras lo conducían en sus inspecciones del campo, llegó a envidiarlos: iban ellos por la vida indiferentes al objeto del viaje. ¿Por qué no puso Dios en las criaturas humanas igual indiferencia?

Salía por las mañanas a revisar sementeras, ovejería y pastoreos, a proyectar mejoras, a soñar con los cortafuegos y las represas, y en especial a disponer su vuelta con instalación de hogar. Pero el cura, no sólo no tocaba el problema de la pareja; lo eludía. ¿No tendría fin tanta testarudez? Al parecer, nadie lograría convencerle del absurdo de su actitud. De modo que si él se instalara con su mujer en sus propias tierras, ¿su tío buscaría parroquia, tal vez convento? Renunciar en cambio él a su fundo, al porvenir natural que la tradición de la familia le había trazado, tampoco resultaba ni lógico ni aceptable.

No. La solución surgiría de repente.

Desde luego, no retornaría él a la costa sin haber afrontado el asunto definitivamente. En caso extremo, sencillo era construirse una casa independiente y algo apartada, fundar allí el nido y de allí cabalgar a diario hacia las faenas. Poco a poco, viéndose cada día con el cura, urdiendo mañas que ablandaran peñas, aproximando corazones, ayudado por los niños que nacieran, se armonizaría la convivencia al cabo. Una decisión tomó, pues: no despedirse de don José María esta vez sin alcanzar antes el sensato arreglo.

Pero de sorpresa llegó Pascualote una madrugada. Veían a Chepita en peligro. La comadrona de Lagunillas anunciaba un parto prematuro y amenazado de riesgos. Urgía llevarle un médico. Ni la tos ni las calenturas cedían, y entre desvaríos y dolores, la frágil niña clama por José Pedro.

Sin demora, precipitadamente, antes de amanecer había que partir, recoger al médico en Melipilla y reventar caballos para llegar a tiempo.

El animoso y servicial don Joaquín, aunque sólo hasta fin de semana, después de haber vendido entre sus amigos carniceros unos novillos gordos por encargo de José Pedro, para suplir los dineros gastados en la costa y en el fundo, recibiría instrucciones para explicar el viaje.

Dispuso, pues, que Pascual enganchara el coche, que un peón se adelantase con caballos de repuesto a ciertos puntos del camino; escribió una carta para el huaso, quien no se contentaría con advertir al cura, sino que, con su astucia y su tino, realizaría por el sobrino las gestiones que frente al tío imponía la situación desesperada, y partió.

—Se nos viene la escuridá encima.

—Calladita se nos viene.

—Y este tiempo...

—A lo mejor se compone.

Dos huasos conversaban con Pascual. Sus voces tenían el son de rezo con que los campesinos hablan al anochecer. Estaban acodados en la vara trasera del caserón. Aquella construcción costina cerraba su patio con edificio sólo por tres lados; el cuarto abríase el camino de dunas y colinas y se defendía con aquel tallo de un álamo entero, vara de topear, barandal de reposo y charla y amarradero para las cabalgaduras.

Eran dos los forasteros porque tanto el cura como misia Jesús despacharon sendos propios en pos de José Pedro. Advertida por el médico de Melipilla, su leal doctor Marín, sobre rumbos para el viaje y ubicación de la casona, pudo la cuitada señora enviar su llavero. El clérigo, para quien secretos no hubo ya desde la visita de su sobrino, mandó por su parte a Mauro.

Llevó el regordete sacristán algún dinero y una carta inflamada de zozobra, perdones amplios y acogida sin condiciones.

Sólo que todos llegaron tarde. José Pedro, el médico, Pascualote, los emisarios llegaron tarde.

Al siguiente oscurecer, el doctor Marín salía ya, cansado y abatido, a sentarse un rato a solas, bajo los aleros, lejos, lo más lejos posible de la pieza mortuoria. Era un sesentón vulgarote y sensible, y era en ese instante, más que nada, un abatimiento por el esfuerzo baldío y una emoción que buscaba sombra y distancia para esconderse. Pena y disgusto sentía, por el dolor de aquella desgracia más para su vieja amiga y por la insuficiencia de su concurso personal. Días antes, tal vez hubiera sido eficaz el auxilio médico. Pero lo llamaron cuando el trance, precipitado por un morbo, se resolvía en tal hemorragia que Chepita se desangró inconteniblemente.

Su vulgaridad y su tristeza le dictaban reflexiones simples: en aquellas soledades, sin asistencia científica, cuántas infelices morirían así, en manos de una comadrona sucia e inocente; José Pedro, como cabía calcular —bien recordaba él aquel accidente que costara la vida en un estero a su sobrino Rosamel—, reaccionaba con virilidad muy suya; en cambio, la pobre misia Jesús, blanda y tras de tantos sufrimientos,

¿cómo recibiría este infortunio?

Siempre apoyados en el barandal, los propios atendían entretanto a Pascualote:

—Cantó el chuncho, ¿no le digo?

—¡Hum!

—Al empezar el viaje.

—Entonces...

—Tenía que suceder no más.

La conversación percibíase clara desde la penumbra en que se había refugiado el médico, y enredábasele a éste los pensamientos.

Y así tupió la noche. Primero había llenado la cocina, repletándola de tinieblas; mas al prender Sebastián, el capataz, su candil, allá frente al fogón, ella pareció huir y desparramarse por el paisaje, borrando paredones, ennegreciendo las lomas y los cielos.

El capataz se acercó a los forasteros:

—¿No piensan desensillar nunca esas pobres bestias?

Maneados y con los hocicos a un palmo del suelo, dormitaban su fatiga los caballos ante la vara.

Mientras los dos hombres quitaban monturas, e iban a tumbarse en la cocina, al doctor se le reaparecían las escenas recientes. Ese pobre Pepe Valverde, tarambana, loco, temerario y cuanto de él quisiera decirse, demostraba, sin embargo, bastante corazón. Sufría cruel y hondamente. Aun lo veía, lo tenía impreso en las retinas, yendo de acá para allá, con el mirar demente y cierta expresión de incrédulo ante la realidad. Cuando, ayudado por el ama Totón y dueño de una extraordinaria entereza, hubo lavado y vestido a la niña, la sentó sobre sus muslos fuertes. Entonces se desató en él un acceso de ternura violenta: abrazado al cuerpo exánime, hundió el rostro en el regazo de su criatura y lloró. Fue un llanto sordo, ronco, desgarrador, con algo de rugido de animal y algo de debilidad y el desamparo de un huérfano.

Hasta que hubieron de quitársela.

En adelante dejó hacer. Se sobrepuso, recuperó su hombría y buscó en qué actuar él también.

Ahora secundaba en los arreglos mortuorios. De los contornos acudían mujeres enlutadas a orar. El párroco del caserío, un viejecito con la calva color de hueso, la barriguilla en punta, las sotanas muy cortas y la piedad muy larga, ordenaba las plegarias de difuntos.

Y confundidas al eco devoto, volvieron a oírse las voces de los huasos en el patio:

—No sólo cantó, el maldito; lo vide salir después de la arboleda y cortar derecho a San Nicolás.

—¡Hum!

—Y por ehi mesmo, por donde cruzó el pájaro el río seco, aparecieron ellos.

—¡Hum! Más claro...

El médico intervino, saliendo de la sombra:

—Tu patrón, el señor cura, ¿no te ha enseñado que son falsas y tontas y ofenden a Dios esas alusiones?

Calló Pascual, respetuoso. Todos bajaron la cabeza.

Pero Sebastián, pisando en el prestigio de sus años, se atrevió a murmurar la estrofa de popular experiencia:

*—El chuncho canta,
la gente muere.
No será cierto,
pero sucede.*

Volvió entonces la espalda el médico, que a su vez pisaba en el pedestal de la ciencia, y se fue.

Los forasteros siguieron al capataz a la cocina. Tendieron sus pellones junto al fuego, donde pernoctarían. De alba deberían regresar con la triste nueva para sus patrones.

Esa noche no llovió, ni hubo ventarrones ni estruendo de mar. En reemplazo dulcificó los ámbitos de la casona el murmullo de las preces.

A la madrugada se transparentó la luna entre la bruma y aullaron los perros lastimeramente.

Los propios emprendieron la vuelta sin esperar la luz.

Y al fin abrió una mañana luminosa. Por vez primera en todo el invierno, cuando ya los ojos de Chepita no veían. Había sacado el viento su gran escoba y había barrido nubes, nieblas y tristezas del color.

—¡A buena hora! —dijo un inconforme.

Otro corrigió:

—Menos mal porque tendremos que andar leguas.

Y como si ello hubiera sido una orden, las docenas de rústicos se removieron, se juntaron y empezaron a dar formación al cortejo. Habían acudido de posesiones y rancheríos, enlutadas las mujeres, los hombres cada cual con algunas florecillas silvestres. El mandamiento cristiano de sepultar a los muertos y cierto anhelo romántico de mezclarse al misterio de «la señora del caserón» reunían la parroquia entera.

Sobre unas parihuelas yacía el féretro y lo cubrían todos los lirios abiertos en el cercado parroquial.

Cuando el cortejo se puso en marcha, cientos de gaviotas aparecieron volando bajo el sol.

—Ángeles —aseguró el ama, deshecha en lágrimas—, ángeles que el Señor le manda a mi hijita pa que le hagan compañía.

Nadie pudo reír de la ingenua dolorida.

Anduvieron en silencio. Anduvieron cabizbajos, anduvieron, anduvieron, ya

descendiendo, ya retrepando los cordones del lomaje. Faldeaban recuestos, sorteaban vegas, elegían senderos de alivio. Recordaban las columnas de romeros en peregrinación a las santas ermitas. De rato en rato los hombres se turnaban en los brazos de las angarillas. Eran reemplazados los rendidos y sudorosos.

José Pedro iba también a pie, delantero en el acompañamiento. Ni lloraba ni nacían ideas en él. Obsedíale un deseo sólo, ciego y fijo: sacar el amado cuerpo del ataúd horrendo, cogerlo en brazos y así, apretado contra el corazón, llevarlo él como un padre a una hija pequeña y dormida.

No supo cómo, a mediodía, se hallaron en el empalme de la carretera.

La peonada de La Huerta esperábales allí con el coche. Se colocó dentro el cadáver, se despidieron los costinos y el andar pudo acelerarse.

El cortejo se hizo entonces afiebrado, áspero, y acaso más fúnebre: todo negro bajo el sol ardiente. Porque todos vestían ahora prendas de duelo; unos, el poncho de Castilla; otros habían forrado en negro la manta de colores; cubiertas de crespón estaban las testeras de las cabezadas y las cintas de los sombreros, y hasta los caballos habían sido elegidos entre los más teñidos tordillos. Cabalgaban ahora todos, José Pedro siempre a la cabeza, entre los compadres, que habían conducido a los peones hasta el encuentro y a él habíanle traído el terno de Semana Santa para que vistiese luto de rigor.

Pronto la cabalgata se tornó carrera impuesta por el sol y la penumbra, pues a Melipilla debía llegarse a más tardar en el crepúsculo. Apenas hicieron alto en la posada, para que se les unieran los sirvientes de san Nicolás.

Pero en el cruce del camino real con el callejón de La Huerta les detuvo el cura Valverde. Revestido con roquete y estola, les aguardaba para un responso. Su responso, único acto con el cual permitíale su pierna baldada participar. Hubo, pues, de apearse el huaserío y, descubierto, rodilla en tierra, oír antífonas, capítulas y responsorios. Tan sólo cuando dijo el responso final, asperjó el agua bendita y devolvió el hisopo al sacristán, miró a su sobrino. Desde lejos lo bendijo y regresó a sus casas.

José Pedro lo vio alejarse apoyado en el bastón.

Mauro los sostenía de un brazo. Una tristeza más. En fin, que se cumpliera la voluntad de Dios.

A Melipilla entró el funeral con solemnidad. Los mercedarios recibieron los restos en su iglesia y, como había caído la noche, tras breves oraciones, cerraron: la misa de réquiem oficiárase a la mañana siguiente.

Hospedaron a José Pedro los dos compadres. También ellos dispusieron una merienda y algunos jarros de vino para la servidumbre y la despacharon de regreso a los fundos.

José Pedro estaba rendido. Probó unos bocados apenas; bebió, sí, buenos sorbos, y se tumbó en la cama. No ansiaba, sino sumergir el alma en el negro mar del sueño.

Se levantó repuesto. La misa, cantada, le pareció larga y aparatosa.

Después un fraile se le apersonó:

—¿Van a sepultarla en Melipilla o en Santiago?

—En Melipilla.

—Porque la madre tiene dispuesto en la capital su mausoleo de familia.

—Pero yo, que soy el marido, tengo el mío aquí, donde mis padres reposan y reposaré yo.

Tan cortante respuesta hizo inclinarse al mercedario:

—«*Intelligenti pauca*». Dispense.

—No hay nada que dispensar.

Luego, en el locutorio, a la hora de firmar los registros de difuntos, se topó de manos a boca con las Lazúrteguis. Les insinuó una venia. Pero sólo respondió la hija; la señora se apartó, fue a cambiar unas palabras con el monje de la consulta.

José Pedro percibió que decía:

—Así paga el diablo. Mal. Y peor a quienes se empeñan en servirlo.

Volviose él a Marisabel entonces:

—Esta carta —le dijo sacando una del bolsillo— me llevó el propio de tu mamá. La recibí sin reparar a quién venía dirigida. Era para Chepita. La pensé guardar, sin abrirla, como una reliquia. Hoy, por el tacto, sospecho que tiene billetes de banco y... ¿Quieres tú devolverla?

La muchacha cogió la carta y echose a llorar.

Él no pudo entonces contenerse: lloró también. Y ambos se abrazaron en silencio.

Al cabo preguntó José Pedro:

—¿Tú me odias, Marisabel?

—No. Yo siempre te comprendí, estuve siempre contigo, y con ella.

—Volvieron a estrecharse, ahora larga, emocionadamente. Y esta vez ella sola, temblorosa y bajita, lloró sobre el pecho alto y firme del mocetón.

De cuanto en seguida se cumplió, los pasos del entierro en especial, jamás quiso el viudo acordarse. Como lo sentiría por el resto de su vida, pertenecerían, ellos sobre todo, a esos fantasmas de un pasado que la sensibilidad repele y quisiera desesperadamente borrar, a esas reapariciones que duelen tanto en el corazón que se niega el ser entero a recibirlas y les cierra las puertas del presente; serían siempre la punzada en el alma, la insufrible lanzada del remordimiento.

Pero en los fuertes el remordimiento vive activo sólo mientras dudan de haber procedido bien o mal. Luego, fatalmente languidece. ¿Que se convencen de su culpa en el daño? Permanecerá grave la falta dentro del juicio, pero muy liviana ya sobre la sensibilidad; pues hecho consumado, para el hombre bien dueño de sí, es hecho muerto, y no hay tortura sino mientras los hechos obran en pie contra el instinto defensivo.

José Pedro, aun en medio de su dolor, manteníase amo de su personalidad. Discurría y sacaba saldo. «Así paga el demonio. Mal. Peor a quien se empeña en servirlo.» Estas palabras de la suegra le acosaron detrás como un perro furioso que

persigue ladrando. Traíanle molestia porque le acusaban; pero ¿correspondían estrictamente a la verdad? Él había procedido tal vez con poca previsión, hasta con muy corta inteligencia. Debió acaso comprender a tiempo que una fuga en el invierno, tratándose de criatura tan delicada como Chepita, exigía para refugio lugar más socorrido. ¿Y si había que buscar justo el escondite menos accesible? De ceder el cura, de no haberse opuesto misia Jesús, aquello no habría pasado. En consecuencia, no era de él toda la culpa. Muchos yerros son así, concluía, hijos de nuestra voluntad apenas en parte, y en considerable medida fruto de la intervención inevitable del prójimo en nuestros actos.

Además, eso del diablo... ¿El diablo? Bueno, sí: el mal. De algún modo hay que nombrarlo. Él había sonreído siempre un poco, allá en el fondo de su alma católica, cuando del demonio se hablaba. Creía en el mal, hasta en la existencia de una fuerza maléfica que acecha escondida en todas las encrucijadas. Denominarla fuerza, en seguida espíritu del mal, después diablo, Satanás o demonio, era cuestión de subir peldaños en la jerarquía de las ideas y sus palabras, o de bajarlos. Para dirigirse hacia el pueblo ingenuo ¡claro! había que descender. Lucifer concretaba una figuración útil, al alcance de todos. Sin embargo, esas personalizaciones materiales o cuasi materiales, de los poderes que intervienen en la psiquis no cabían en él cómodamente.

Pensaba poco en ello, cierto. No quiso nunca formularse dudas que disminuyesen su fe católica. Él creía, firme, segura, indiscutidamente. No sobre fundamentos de la fe, teóricos y un tanto de paporreta, enseñados en el seminario; lo más claro no lo aprendió en cátedra, habíalo escuchado de su tío, cierta vez en la cual se divagó sobre la verdad, o mejor sobre la Verdad que los filósofos discuten y que, a fin de cuentas, no sabía él —y acaso nadie— a qué se refiere de modo preciso y categórico.

De lo dicho por el clérigo Valverde, dedujo él en síntesis: la verdad es unanimidad, el «*consensus omnium*», lo que todo el mundo, tras de discurrir, sopesar y convenir, acaba por creer que es cierto. Por lo tanto, es la fe. Sin fe, no se cree; fe católica significa fe universal, es decir, el *consensus omnium*, lo que todos unánimemente aceptan como conclusión. Quienes nada creen ven la verdad como un enigma, no la ven. En suma, sin la fe católica no había verdad absoluta.

Recordaba él haber objetado:

—Así, resulta la verdad algo relativo, condicionado a que lo crean. No es nada en sí.

—Por eso te digo —confirmó el cura—, no hay más verdad que la fe. Quien la pierde... ¡adiós!... se queda sin verdad.

Había soltado, en seguida, el tío una de sus cloqueantes risas, luego se había parado en larga pausa, para proseguir al fin:

—Pero Caballo Pájaro, hijo, si esto acontece aun con las pequeñas parciales verdades de la vida cotidiana, de los sucesos terrenales. ¿Qué ocurrió aquí o allá? Unos aseguran que esto, otros que aquello. ¿Y qué sienta como veredicto al final la historia? Aquello en que todos se ponen de acuerdo: lo que se hace unánime por la

creencia.

José Pedro quiso establecer entonces, hablando como para sí:

—Sobre la verdad absoluta, en el plano metafísico, nada sabremos jamás en este mundo, ni deduciendo, ni por inducción, ni a raciocinio, lógica u otro recurso de la inteligencia.

El clérigo alcanzó el pensamiento de su sobrino:

—Únicamente con los atisbos de la revelación.

La revelación. El mozo considerábase tan lejos de aquello... En el fondo, tampoco le inquietaba. Carecía de impulso místico. Obedecer las leyes de la vida, ¿consistiría en esto el acuerdo único posible con la infinita sabiduría?

Pensar demasiado le causaba fatiga, y hasta un poco de miedo, por lo demás.

Empero, las palabras oídas al cura sobre la verdad explicándole por qué ahora el sacerdote, viejo y ya desprendiéndose de la tierra, se hacía místico, practicaba la beatitud el día entero. ¿Perseguiría los contactos que los santos lograron?

Porque don José María, que ya no decía misa sino los domingos —licencia para ello consiguió, por lo dañino que le resultaba el vino, dada su enfermedad— rezaba todas las horas, acrecía las practicas pías, los actos de adoración y el empinamiento hacia Dios. La edad, los achaques y por último el quebranto causado por el drama de los amores de su sobrino, del cual sentíase bastante responsable, le conducían ahora de lleno a la religión. Pensaba ya en Dios como lo hicieran los místicos, buscando la identificación con el reino de los cielos y, si no el éxtasis, al menos la paz un tanto nirvánica y a la vez un tanto exaltada en que para la contemplación.

Quieto, sin eslabonar sus horas en sucesos, aun el tiempo desaparecía para él. Aquello era un poco anticiparse a la eternidad; porque ¿existiría el tiempo si no hubiese acontecimientos que lo marcasen y midiesen? El tiempo habría muerto si todo se quedara de buenas a primeras inmóvil. Y así, muchos puntos semiolvidados de teología y metafísica le inmergían en una región clemente, desde la cual se podía esperar el tránsito de la muerte. La eternidad, el tiempo, el pecado, el destino, el albedrío, las jerarquías, los poderes y las dominaciones se fueron amalgamando para él en una filosofía personal y acomodaticia.

—Como ha vivido usted tanto... —le dijo en cierta ocasión José Pedro.

Replicó él, en un suspiro:

—Comprendo: me hallas cambiado. ¡Ah, hijo, vivir: pérdida paulatina del origen y del porvenir!

—Pues ya me quisiera yo haber vivido tanto y haber alcanzado su experiencia, tío.

—Tampoco sirve mucho la tal experiencia, Caballo Pájaro. Se compone de unas cuantas chauchas, de otros tantos cincos y de un amontonamiento de centavitos de cobre, con todo lo cual bien poco logramos adquirir.

José Pedro calló. Toda esa madurez la llamaría él más bien falta de juventud, pérdida de vigor. Algo muy triste, sí, para un Valverde. A don José María Valverde, al

hombrazo admirable, se le acababa la fuerza. No; no quisiera él envejecer de tal guisa. Ojalá su pujanza no le abandonase ni en la hora del último suspiro. Él... Recordó la expresión de Horacio que cierto maestro del seminario le aplicó una vez: *Majores penna nido*. Exacto. Él tenía las alas mayores que el nido. ¡Y a Dios gracias!

Sin embargo, aunque ahora vivía lanzado con ahínco a las labores del fundo, el fracaso de su amor y el dolor que sufría le habían contenido los alocados afanes de la juventud. Quieras que no, hacía un alto en su camino y detenía a reflexionar un poco más hondo. Salir muy de mañana, encarar con tesón las faenas, no abandonar las ilusiones acerca de los progresos agrícolas, sí, todo ello: pero con algo más intenso y maduro. Semanas de semanas había cabalgado con su borrasca interna por en medio de la paz de los campos, alicaído y maltrecho; ahora volvíanle la serenidad y la firmeza, más robustecidas por algo que las prolongaría.

A las horas de siesta, deseó leer.

Buscó libros entre los pocos del cura. Se llevó para la cabecera el «Parnaso latino», aquel viejo volumen con un Pegaso en la cubierta estampado en oro, que de párvulo le arrancara el asombrado grito: «¡Un caballo pájaro!» Y pronto le pareció haber descubierto un tesoro.

Cierto que las lecturas le favorecían el sueño: al cabo de tres o cuatro páginas, fuere porque después de leer la versión castellana le pluguiese cotejarla con la original en latín que ponía enfrente aquella edición bilingüe y tratase de rememorar enseñanzas de seminarista, fuere por la densidad de los textos y la deficiencia de su mente, quedábase dormido. Mas durante el sueño los conceptos recibidos obran sobre lo subconsciente y cultivan. A él siempre le importó poco, en tales lecturas, la más exacta o más incierta incorporación de las ideas a su memoria. No ambicionaba ilustración. Ni falta que le haría, según él. Pero las dádivas clásicas operaron sigilosas e inadvertidas, como savia en la oscuridad, y tornáronle más jugoso el espíritu.

[...]^[1] tica difundida en cátedra por doctas lecciones sin eco en las raíces humanas. De las remotas clases conservó, eso sí, una vieja simpatía por San Agustín. El santo había escrito: «*Credo quia absurdum*», o sea: «lo creo porque es absurdo.» Y la sentencia le había conquistado, por lo sincera. Bien, se dijo, muy bien. Eso era de hombre, honrado y valiente. Hoy lo aprobaba como ayer. En el seminario le advirtieron que se atribuían por error a San Agustín esas palabras, pues tan sólo enseñara el sabio que propio es de la fe creer sin exigencias de comprensión. Pero esta enmienda le pareció siempre cobardía. Pensaba él que habría dicho aquel doctor de la Iglesia, de seguro, lo que hoy pretendía desteñir un clero tímido; puesto que cuando uno se topa con lo incomprensible, cabalmente, es cuando se rinde y cree. ¡Bonito sería comprender y creer sólo entonces! Quien comprende sabe; a quien ya sabe una cosa, ¿qué falta le hace creerla? Se cree porque no se comprende. ¿No predicó San Pablo el «*Deus ignotus*»?

Así creía él, por lo menos. ¿Como un loco? Tal vez.

Horacio, el poeta que torcía el gesto de los eclesiásticos, le dio de repente la

razón: «*Desipere in loco*», ponía como final de un verso al aconsejar a Virgilio que reemplazara en determinados momentos el seso por un poquito de locura. Sí; así podía creer. Así, y con el corazón, muy adentro, con ese poco de misterio que todos llevamos oculto y que condujo a Ovidio a cantar que Dios dio al hombre un rostro vuelto hacia el cielo.

Nadie habría supuesto a Pepe Valverde encendido en poesía, sobre todo viéndolo actuar y sostener genio y figura. Sin embargo, el dolor había venido y madurado lo que hasta entonces fuera puerilidad o retraso.

Por aquellos meses, pues, pasó de mozalbete a hombre.

Y aunque iletrado casi, cuando ahora se hallaba en medio de alguna quebrada entre montañas, donde los ecos se agrandan, se multiplican y resuenan, solía decirse que así eran los poetas.

Otro bien le trajo este alto en el camino: ya no sólo podía recibir sin abrumarse los remordimientos y sin llorar las apariciones de fantasmas del pasado; también explicarse un error de las gentes. Él había llorado muy poco en su vida, cierto, aun durante su infancia y aun delante de Chepita muerta. Negábanle por esto un corazón sensible. ¿Por qué? ¿Porque no le anegaban en lágrimas así como así los trances y las penas? Suele calificarse de almas sensibles a quienes lloran al más leve sufrir; de duras, a aquellas a quienes el llanto viene con dificultad. Como si rebasar un vaso grande y uno pequeño fuera lo mismo. Tampoco extrañábase ya hoy que le brotaran a él las lágrimas en la alegría más a menudo que en el sufrimiento: la alegría reduce el corazón, mientras el dolor lo ahonda.

Y si no, ¿por qué se derritieron sus ojos cuando lo abrazó Marisabel en el locutorio de los mercedarios? Pues, por eso, por la dicha repentina que le produjo el verse comprendido en tan cruel momento.

Tuvo cómo comprobarlo después repetidas veces.

Los domingos, si no llovía, ensillaba uno de sus mejores caballos y dirigíase al cementerio de Melipilla. Pues bien, a menudo sorprendíase allí a punto de llorar. ¿Era por Chepita, esa blanda emoción? Cuando no iba Marisabel, su pena le transía seca: muy honda, muy dura, muy cruel, pero sin lágrimas.

En estos encuentros con la cuñada tuvo diversas comprobaciones.

De los rencores contra el raptor y contra el «inquisidor facineroso» primero, y a causa del trágico final de su hija después, había germinado en misia Jesús un odio ciego a su yerno y a cuanto a él atingiese. Tanta repulsa, tanto encono, que no toleraría verlo más en la vida ni que se le nombrara en su presencia. Fomentaba el mayordomo esta inflexible aversión; y a pesar de las denuncias que por conducto de Marisabel hízole llegar José Pedro, con datos y fundamentos, ella, por la enemistad, precisamente, lo conservó inamovible. La niña, en cambio, habíase convencido sin demora de que aquel truhán merecía despido y castigo; mas nada valía para el caso ella, aun cuando poseyera un temperamento activo, apasionado, muy opuesto al dócil, sumiso y dulcísimo de su hermana.

Esta Marisabel, con sus ojazos despiertos y vehementes, con su fogosidad y su prestancia, con su figurita menuda y llena de bríos, con su dolor y su fraternidad inflamada de arrebatos, hacía a José Pedro mucha gracia, y la gratitud hacia ella matizábase de singular encanto.

Una tarde, mientras al tranco del caballo regresaba del cementerio, se preguntó por qué al evocar la entrevista reciente despertó en su sensibilidad cierta reminiscencia de la primera niñez. Habían traído a las casas del fundo un cabrito. Verlo en la mediagua de la cocina, con su encantador continente de niño, oírle su vocecita de juguete, encontrarse con su mirada tierna, pasarle la mano por el blanquísimo pelaje de seda y prendarse de él fue todo uno. Después, en el almuerzo, con un guiso delante, se dio cuenta de que aquello era nada menos que su cabrito. Lo habían muerto, lo habían guisado y lo iban a devorar. Una sorpresa lancinante le lastimó el alma. Se le antojó aquello incomprensible y malo. Más que de piedad encendióse de cólera contra los asesinos de tan adorable bestiezuca. En seguida se comió íntegra su ración. Era la más deliciosa carne que había probado hasta entonces.

Aquel animalito tan vivo y tan musical, tan puro, tan gracioso y que a tanta fraternidad movía, ¿qué nexos tendría con Marisabel a través de los años? Bien raros contactos tomaban seres, sentimientos y contrasentidos dentro del corazón.

Corazón de Valverde, se dijo. Corazón de hombre.

Sonrió, tan pronto y tan sin remedio como había devorado antaño el guiso.

Y clavó espuelas acelerando la marcha.

—Mire cómo viene su compadre.

—Y el pingo es de lo bueno.

—Ha manejado siempre bueno don Eliecer.

—Menos cuando huaina y pililo.

—¡Quién lo vido y quién lo ve! —intervino el viejo peón que amarraba por las cuatro patas una oveja.

Se quedaron los tres mirándolo llegar. José Pedro y don Joaquín, regocijados al observarlo. Solemne y rítmico al paso de su bestia, venía pegado a los álamos. Aquello no era sino costumbre de buscar sombra; pues si los árboles adelantaban la brota de primavera, prendíanse todavía escasos moños verdes.

Le dio la voz don Joaco:

—¡Jojó! Aquí, compadre.

Él detuvo su mulato, con ceremonia y majestad; se apeó, colgó las riendas sobre la cabecilla, introdujo la chicotera entre los pellones y, al son de sus espuelas, hizo entrada por último al corral de la ovejería.

—¿En la esquila ya, don Pepito? Dios me lo guarde, mi señor. Buenos días.

Burlesco, don Joaquín salpicó el apretón de manos:

—¡Buena cosa, compadre! ¡La horita de aparecerse! Nosotros aquí, como los hombres, desde que cantaron los gallos, y usted entre diez y once, a la hora del cacareo de las gallinas ponedoras.

—¡Sí como no! Cualquiera se figura que yo también alojé aquí anoche.

—Bueno; ya, cacaree, ponga su huevo y ayúdenos a domar esta gringa chúcará.

En cuclillas, José Pedro y don Joaco intentaban manipular una tijera esquiladora, novedad del progreso para el campesino por esos años aún. Tenían ante sí tumbado al animal y no acertaban con la manera de trasquilarlo a la moderna.

—Quiere maña, esta diabla.

El viejo peón dijo:

—No hay como el cuchillo.

Lo miró don Eliecer y:

—¡Hombre! —exclamó reconociéndolo—. ¡Tanto tiempo! ¿Cómo le va, ño Herrera?

—Lo mismo que a usted, patrón, cuando era pobre.

Volvieron a caer las risas encima de don Eliecer.

—Yo no me rindo —gritó Pascualote más allá— y apuesto que a la larga cunde más el trabajo con esta herramienta.

—Donde ya la usan bien, acaban la esquila en la mitad del tiempo que antes.

—¿Ajá? ¿No digo yo?

—En cambio fíjese ahora...

En efecto, para trasquilar los mil ovejunos de La Huerta, era menester juntar a todos los hombres en servicio por una larga semana. Se reunía el ganado dentro de los corrales ovejeros; a la sombra de una ramada protegíanse los viejos y los sirvientes de algún rango, y el resto, sentados en semicírculo frente a la masa, cada cual con su trozo de piedra de amolar al lado, en la que debían afilar sin descanso el cuchillo, iban recibiendo las ovejas una tras otra. Cortaban lanas a raíz, afeitaban casi, a tajitos rápidos y cuidadosos, primero pelando pescuezo y extremidades para concluir con el cuerpo. Hasta que salía entero y perfecto el vellón. Entonces lo torcían en dos como una sogá floja y cuando alguno había formado pila suficiente, acudía el llavero a recoger.

Era, sin embargo, faena entretenida y aun alegre.

Los corrales de la ovejería estaban en el recuesto suave de una loma verde, a cuyo término una lagunita repetía en su espejo los cielos y los montes; había siempre a sus orillas alguna garza como centinela blanco y rosa, y detrás erguía inmóvil festón de boldos tupidos y oscuros. El camino carretero deshilachábase abajo en sendas que se iban campo arriba delineando caprichos sobre los faldeos. A menudo pasaban grandes nubes y todo el paisaje cambiaba de color. Y en el celo de los pájaros tenía principio el canto de la primavera: revolaban chillando los queltehues por encima de las vegas, la garza solía responderle con su guitarra de una sola cuerda, entre las tórtolas algún pidén escondía la voz y hasta los pequenes, cacharritos grises sobre los montículos de sus cuevas, atornillaban y desatornillaban en sus hombros de viejecillos las cabezotas atónitas.

Los peones valíanse de sus niños para que les pillaran las ovejas; y entre los

balidos de crías y madres, las algarabías de los chicos y las gracias inteligentes de los perros para rejuntar el piño alborotado, surgían a volatines los dichos y las risas.

Cuando Pascualote hubo esquilado su primera oveja y la soltó a la masa, saltó una carcajada unísona. Mientras en las demás aparecía lisa la huella del cuchillo, en ésta, mondada con las tijeras, erizábanse mechales, bigotes y pinceles empapados en sangre.

Pero con el avanzar de la mañana y el vacío de los estómagos extinguiéronse aquella vez poco a poco las chirigotas. Había cambiado además el perfume de la brisa: ya venía, desde la ramadilla donde se guisaba el rancho, tufillo a mote y porotos, a chicharrones y ají de color.

Dieron todos los ojos en virar entonces hacia la cocinera, jamona de ancas fatigadas y cara oscurecida bajo enorme chupalla de palma.

Fuma, charla y discurre, se iban pronto a las casas el patrón y sus visitas:

—Yo me intereso, don Pepito, por algunos corderos.

—Como todos los años, don Eliecer.

—Un par de arreítos no más, para vender un lechón aquí, allá otro... ¡en fin!

—Sólo que como los clientes de mi compadre son pobrecitos... y pechoñitos como él, no pagan mucho —entrometiose don Joaco.

Y entre ironías y remedo, regateo y broma, llegaron.

El almuerzo se animó de comentarios, cálculos y planes.

—¿Señalaron buen lote de borregas para incrementar la crianza? —averiguó el cura.

—Y de puro merino.

—Con esas ovejas de mucha edad, pienso salar chalona.

Aquel charqui ovejuno, introducido del Perú como ejemplo de provecho, aumentaría la succulencia de la comida para los trabajadores. En fin, cueros, grasa y sebo se beneficiarían como siempre; y salvo algunas docenas de corderos que, capones, cubrieran el consumo del año, lo demás...

—De lo demás disponga, don Eliecer.

—Pero pague un punto más, pues, compadre.

—¡Ahora sí! No protestan los bueyes y chilla la carreta.

El cura se divirtió con las burlas y se declaró satisfecho.

Días adelante se halló el total de lana enfardado para enviarse como de costumbre a Valparaíso. Como a José Pedro le repugnaba conducir él esta vez la expedición —reandar los lugares de su drama reciente habría sido recrudescer penas—, don Joaquín aceptó ir él hasta el exportador inglés.

Sumadas las mulas del fundo a las que aportó don Joaco, se cargaron varias pjaras.

Pero hubo por esto que reclutar gente.

Pascualote presentó a un primo suyo, un tal Bruno. Alto, delgado de aspecto pero con espaldas macizas y cuello de potro, era tipo singular y simpático. Hablaba grueso y a borbotones y, a cada frase un tirón, se hacía girar el sombrero en la cabeza. Sus

conversaciones solían medirse por el número de vueltas que sufría el chupallón y constituía motivo de apuestas el acertar si el lazo de la copa se detendría por fin a la derecha o a la izquierda.

A José Pedro le interesó Bruno desde el primer momento; porque aun cuando naciera y se criara en otros campos, este muchacho decidió venirse a La Huerta cuando supo que los Valverde, tío y sobrino, eran «dos hombrazos».

Al recomendarlo, Pascualote, concluyó diciendo de él:

—Como le digo, patrón: muy macho, malhablado y todo.

Y en efecto, Bruno largaba cada barbaridad en su charla, que se le oía entre risas y sorpresas. Su verbo más venial era *joer* —así pronunciaba— y no concluía locución sin exclamar: ¡*Pucha!* Lucía un rostro de bronce como su primo, pero, aunque más achocolatado, más fino de rasgos. Sabía herrar y tusar, torcer y sobar látigos y cuanto con los equinos y sus híbridos se relacionase. Desde niño había soñado con ser soldado y pelear.

Esto colmó la simpatía de José Pedro; a tal punto, que vio en el mocetón figura de porvenir, tanto en el Oficio de arriero como en otros proyectos que a veces le tentaban entre ciertos sueños para el mañana. ¡Qué pareja de ordenanzas y alguaciles, Pascualote y Bruno!

Dispuso José Pedro que ambos primos formasen entre los arrieros de la tropa en este viaje al puerto. Los puso desde luego a ordenar amarras y sobrecargas, a remendar aparejos y componer morrillos.

Pero antes de que los expedicionarios se despidieran, José Pedro pidió a su tío una venia:

—Quisiera —le dijo— traerme a Sebastián y su mujer.

—¿Promesa de gratitud?

—No sólo eso, tío. Esta casa, en manos de lechadoras que vienen por turnos a guisarnos la comida y a tender las camas, no anda muy bien.

—Como tú quieras, hijo —asintió don José María.

Y se convino en que, a la ida, don Joaquín tratase con Sebastián, lo llevara como experto y capataz en el arreo y, a la vuelta, sirviéndose de las mulas desocupadas, lo trajese con la Totón y sus trastos, y cacharpas.

Tuvo aún este asentimiento del cura una secuela: días después, mientras José Pedro picaba tabaco y recortaba hojas de maíz para sus cigarros en el corredor, vino el viejo a sentarse a su lado y le dijo:

—Bien me parece que acojas a esa gente que tan leal se portó contigo. Pero piensa además que, por si con el tiempo vuelves a casarte, debes ir preparando esta casa.

José Pedro se detuvo en su tarea.

—No te sorprendas; escucha. Para entonces, probablemente, ya el Señor me habrá recogido a su seno. Y así sea. Bueno; como yo quisiera conocer tu hogar, aunque sea en las cosas materiales, te pido que vayas realizando tu proyecto de construcciones y

ensanches.

Hubo una pausa. En los ojos de José Pedro leyó acaso el clérigo un pensamiento: bien pudo hacerse aquello antes y evitarse así la desgracia; porque se anticipó al posible comentario:

—Yo te había perdonado, Caballo Pájaro. No querría el cielo que mi perdón alcanzara tu ventura. ¡Qué hacer ya!

El muchacho reanudó entonces nervioso la picadura.

Y él agregó:

—Y se me ocurre que pude haberla llegado a querer.

No estaba José Pedro en ánimo para recriminaciones. Las ideas, por lo demás, se agitaban en él entreveradas de emoción. Continuó en silencio.

Hasta que don José María, en pauta de quien contiene lágrimas, habló de nuevo:

—Hay más, Caballo Pájaro, hijo. Atiende: yo no viviré ya mucho, estoy arreglando las cuentas de mi conciencia y... quiero pagar una deuda. Soy en buena parte culpable de tu desastre. Lo confieso, debo confesarlo. Pues bien, hijo, te pido que me perdones.

Del pecho le subió a la garganta un sollozo asfixiante a José Pedro. Lo contuvo y apenas se le ocurrió decir:

—Tío, válgame Dios, no faltaba más.

No se abrazaron porque no podía levantarse de su sillón el viejo; pero se cogieron ambas manos y, mudos, se las estrecharon largamente.

Con frecuencia le preguntaba el sacerdote a José Pedro cuándo emprendería las obras de la casa.

El muchacho respondía con desgano:

—Más adelante, tío, después de las faenas, después. Y según, también, lo que ganemos en las cosechas. Hay tanto que hacer...

Los peones todos estaban ocupados en los barbechos para los trigos venideros y en la chacarería, que pedía riegos, aporcas y limpias. Luego vendrían rodeo, matanza y salazón de charqui; en seguida, la siega, la trilla y el aventar, larga, paciente labor a voluntad de los vientos; por último, recolección de chacras y desgranadura del maíz, en las trojes.

—Hay para meses.

Virtualmente, había comenzado, sin embargo, el trabajo de ensanche: las vigas aserradas por Pascualote se labraban ya bajo las azuelas y seis alfareros contratados afuera cocían tejas y ladrillos de pastelón.

El sobrino entretenía las vehemencias del tío exponiéndole proyectos y planes arquitectónicos. Las casas completaríanse con bodegas, quesería en forma, saladero para las carnes, pesebreras, gran sala y varios dormitorios más; todo lo cual encerraría un patio de asoleados y tibios corredores que mirasen al norte y fueran refugio y solaz en el invierno. Correría el patrón a un flanco y habría escaños, y en medio noria nueva con brocal, y hasta granados tal vez, que abriesen las bocazas rojas en sus risas

de otoño. Mas en el fundo mucho agrícola faltaba realizar: cortafuegos para el monte, como ya lo advirtiera en diversas ocasiones; aquí y allá, estratégicamente, represas para sujetar las aguas de las lluvias y difundir el riego a una potrerada mayor, y plantaciones de álamos, y la sonada pequeña viña, y algunas carretas aún...

En el fondo, hubiérase alegrado José Pedro de hallar más motivos de dilación. Porque le dolía iniciar desde luego esas mejoras de la casa. En soledad y viudez, el apresurarse antojábasele hasta traidor a Chepita. Ese tardío disfrute de comodidades provocaría por último sonrojo frente a la vieja Totón y a Sebastián. Había llegado esta pareja; servíanle con cariño; pero sus ojos querendones, cuando atendían a esos proyectos, parecían esconder un hurraño reproche. Como que cruel, absurdo era que no aprovecharse la cándida niña tales bienes.

Tarde o temprano, todo se haría así. Pero que corriera un poco el tiempo y suavizara contrastes siquiera. Por ahora, que aguardase don José María. No, no tenía él valor aún.

Su ánimo nostálgico, turbio por este flujo de reflexiones y sentimientos, impidió asimismo cuanto se tradujera en goces y fiestas durante las tareas agrícolas. El rodeo se limitó a recuentos, marcas y señales; no se corrió vaca ni novillo, ni hubo proezas, cantos ni chingana. E igual se desarrollaría la trilla. Tampoco fueron permitidos ese año los mingacos, a pesar de lo mucho que reanimaban a los chacareros. Nada debía turbar el duelo de La Huerta y nada lo turbó. Guardaron todos luto riguroso, que si el patrón mostrábase doliente fiel y observante austero además de las reglas del señorío, también sabían empleados, inquilinos y gañanes cumplir dentro de su jerarquía los deberes de casa grande.

En vísperas del Día de Difuntos, empero, tuvo José Pedro un alterador encuentro.

Fue al cementerio, acompañado por Sebastián y su mujer, para cubrir de flores la sepultura. Cuando llegó, estaban allí Marisabel y misia Jesús con su mayordomo. Se le habían anticipado a ornar de lirios y rosas la tumba de Chepita.

Como siempre, verlo y volver la espalda fue uno para la señora. No correspondió siquiera al saludo de sus viejos sirvientes; se alejó soberbia, seguida por su mayordomo.

Marisabel, en cambio, permaneció arrodillada, rezando.

Bien. Nada de aquello había de causarle a él extrañeza; de modo que se puso a esparcir sus ramos y colgar sus coronas. Al cabo hincó las rodillas él también y rezó junto a Marisabel.

Cuando concluyeron e iban a retirarse, él le preguntó:

—¿No te acarrearé un disgusto si te acompaño?

—No. Y mamá debe ya de aguardar en el coche, afuera.

Caminaron, pues, el uno al lado del otro, aunque sin hablar, pues en ella no cesaba el llanto.

Bajo las acacias del pórtico, tendió él la mano para despedirse.

Y entonces, inesperadamente, acaso por hábito galante, se le ocurrió decir:

—Bueno, Marisabel, no llores más. Me conmueves y... yo no sé sino una manera de consolar a las chiquillas bonitas.

Se arrepintió en seguida de oírse la ocurrencia: Marisabel había palidecido. Lo miraba fijamente, llena de sorpresa y como queriendo escrutarle a fondo los ojos. Sólo sus manos parecían hablar. Unas manos blancas, excitadas y excitantes.

—¿Te ha molestado, tal vez, mi salida de mal gusto?

—José Pedro... No seas loco, José Pedro...

Fue él quien tembló entonces. Era la frase de Chepita, la misma de cuando él excedíase con ella. Las mismas palabras, dichas sin aquella dulzura, sin aquella blanda y feliz candidez; pero, en cambio, con una voz viva, de agua.

Ella corrió a su coche.

Un vientecillo se fue aproximando. Lo sintió José Pedro venir entre las plantas, pasar, huir. Dejó una lluvia de acacias en el suelo. Y no hubo más.

Se acostó José Pedro esa noche con un gran malestar en el corazón. Una turbulencia pesarosa, de culpable, lo desazonaba.

No; aquello no podía imaginarse siquiera. ¿Otra Lazúrtegui? ¿Y su tío? Habría perdonado, muy arrepentido se confesaría...; sin embargo, por segunda vez una Lazúrtegui, no: aquello sería demasiado fuerte, lo mataría. Bien que no se contara la repulsa vengativa de misia Jesús; esto más bien resultaría estimulante; pero el pobre viejo, el Valverde indomable, quebrantado ya por la vejez y la enfermedad... Sería como ultimarle en el suelo. No. Jamás.

Riéndose por último de sus figuraciones, y un poco también de su desvergüenza, pasó al sueño.

A la mañana siguiente, al salir de su pieza, tropezó con Sebastián.

—¿No eres tú medio albañil también?

—Me aplico no más, patrón.

—Bien. Eso basta, porque agrandamos las casas, es un hecho, y quiero ponerte al frente de los trabajos. Mi tío me urge tanto...

Amanecía con tiempo espléndido.

Evocación tercera

Hechos y fechorías del tarambana

Ocio y pereza dé tarde dominical.

José Pedro pretendía dormir media hora; mas apenas ha cerrado los ojos, un llamado a la puerta le hace abrirlos.

—Entra.

La Totón asoma y dice:

—Pascual y Bruno, patrón. Que llegaron y traen dos bultos y esta carta.

Desiste José Pedro entonces de la siesta. El aviso es para espantar el sueño. Se incorpora, rasga el sobre. Hay dentro una guía comercial que reza: *6 carabinas Peabody, 200 tiros calibre 9*. Y nada más.

Por conciso, elocuente, el documento lo arranca de la cama.

Y grita desde el umbral a los mocetones:

—Acá. Traigan acá.

Los divisa en el claro de sol, al término del jardín emboscado, descargando la mula. No tardaron en acudir y poner encima del poyo que a todo lo largo del corredor se tiende, un bulto retobado y dos cajas muy grávidas.

—Vamos a conocer al cabo las *pívoris*.

—¿Las qué, Pascualote?

—Las *pívoris*. ¿No las mientan así?

—Las Peabody. Se pronuncia *píbody*.

—Lo mismo da fraile que paire, patrón.

Entre risotadas aparecen las carabinas al fin. Se sacuden y soban. Son examinadas orgullosamente. Y el instinto militar que hay en el chileno les descubre muy pronto manejos y secretos de mecanismo.

Bruno, por último, apunta con una de ellas hacia fuera. Entonces, en el claro sol, se ve una silueta escurrirse.

—¿Quién?

—Cachafaz, patrón.

—Lo hemos convidao pa que su mercé lo pulsee.

—Es de lo que se anda buscando.

—Mandao parir pa la guardia.

José Pedro distingue un cuerpo fornido que, apretando los hombros, se desliza tras la encina vieja.

—¡Eh! ¡Vení, ho!

Y viene Cachafaz.

Así lo nombran, Cachafaz a secas. Es un zagalón retostado, sin otro rasgo notable que sus dientes, muchos y muy blancos. Siempre cuando le dirigen la palabra, echa la cara a un lado y suelta la risa. Tiene fama de valiente y hábil en varias destrezas. José Pedro lo recuerda de la niñez. Cachafaz, sí, aquel chiquillo que con un cordelito en las manos siempre, a modo de lazo, enlazaba perros y gatos y, según lenguas, hasta cazaba pájaros con su lacillo.

Satisface a José Pedro el hallazgo.

—Claro, Cachafaz. Entrás a la guardia.

Una llamarada sube a las mejillas del mozo y enciéndele de gusto las pupilas.

—Porque me imagino que te han explicado lo que me propongo. Se rumorea que una banda de salteadores ronda por estos lados.

—¿Se rumorea? Se sabe.

—Los han visto.

—A mi padre lo asesinaron así, en un salteo. Pero a mí... Conmigo se van a cortar el pelo esos bandidos.

—Y con nosotros.

—Soy el único Valverde ahora. Desde que se nos fue mi tío, que en paz descanse, no queda otro. Con estas carabinas y ustedes, y yo como jefe, formaremos un pelotón bravo para defender la hacienda y la vida. ¿Ustedes están dispuestos?

—Hasta la muerte, patrón.

—Hasta la muerte.

—¡P'ta, pa esto nací yo! —exclama Bruno, con el más entusiasta de sus tirones a la chupalla.

—Porque la policía esa que hay en Melipilla no ha de servirnos nunca.

—Son unos flojos regalones.

—Y pillos.

—Y felones al servicio de la política y nada más.

—Roban aconchabaos con los cuatrerros, con lo que fueron ellos antes.

—Bien. Yo he jurado defenderme solo. Ya tenemos aquí las armas. Desde mañana empezaremos a ejercitarnos. Tú ¿en qué estás ahora, Bruno?

—Con Pascual, en la avienta, en la parva de abajo.

—¿Y tú, Cachafaz?

—Traspalando, patrón.

—No importa. No sopla buen viento hasta las nueve. Que temprano trabajen los otros con los harneros. De siete a nueve nosotros haremos ejercicio.

—¿Con bala?

—Naturalmente.

—¡El pelotón bravo, miércoles!

—Y así nos llamarán algún día.

—El pelotón bravo.

Después de mucho palparlas, examinarlas, moverlas y esgrimirlas, guardan las carabinas en el dormitorio. Los mozos se retiran y José Pedro se tumba en el poyo, satisfecho.

Ahora solitario, único dueño, le parece amar más sus tierras, sus gentes y sus cosas. Permanece, pues, contemplándolo todo en rededor. Hay años, observa, en que los árboles crecen más, dan un estirón como los muchachos; y este verano han elevado a floresta el jardín. Sobre todo la palmera, la nacida en su cuarto en días de infancia y plantada por él después al centro, gallardea ya por las alturas. ¡Bendición

del cielo! Mide luego con la vista el corredor, que ahora, desde las ampliaciones del edificio, se aleja en perspectiva de cincuenta varas.

Encuétrase bastante solo, eso sí, y empieza su juventud a impacientarse. Porque cuatro años han transcurrido, y los cuatro en meros trabajos y duelos. Tres duró el luto para La Huerta, pues cuando el que se guardó por Chepita concluía, murió el cura.

El recuerdo de la segunda pérdida suele venir a él con desazones. ¿Alguna responsabilidad le cabrá en aquella desgracia? Según el médico, ello debió fatalmente suceder. El derrame cerebral era pronóstico infalible. Una mañana cayó de repente al suelo don José María. Lo levantaron ya sin habla. Medio cuerpo le pendía muerto; revolvía los ojos en espanto; la mano izquierda tan sólo se movía, en ademanes que bien podían significar bendiciones de adiós, bien signos de que todo terminaba para él. Horas después sobrevino el gorgoriteo, el resuello de garganta de los agónicos, y al anochecer, en brazos de su sobrino, el último estertor, la mandíbula que se desencaja y cuelga, y el cadáver.

Pero lo que desazona la conciencia de José Pedro es que se advirtió el avance de la enfermedad cuando alguien llevó al viejo el chisme de que su Caballo Pájaro veíase a menudo con Marisabel. Y aun contaban que la víspera del ataque había recibido cierta carta misteriosa. Si en ella se le denunciaban las visitas clandestinas a San Nicolás —cosa que tal vez hiciera el mayordomo vengativo— ¿no vendría la muerte como consecuencia del disgusto? La tal misiva no se halló después en parte alguna. ¿Existió en realidad? ¿Constituyó una mentira de los Lauros?

Para despejarse de imaginaciones molestas, se levanta José Pedro del poyo. En todo el contorno se acuesta un plácido silencio que calienta el sol con rayos oblicuos. Silencio del domingo campesino. Le provoca deambular. Pasa entre los alhelíes, plantados en macizos sin orden; atraviesa el perfume flotante y detenido en el aire. Tan sólo ver los alhelíes fue siempre para él sentir en el paladar un sabor dulce.

Y se dirige a visitar las cadenas, sus cadenas, el símbolo de mansión inviolable que ha puesto ya en el frente de la casa, cerrando el jardín. Sopesar, contar los cuatrocientos eslabones de hierro negro, cerco de veinte combas entre las estacas de luma, le inflaman de orgullo el pecho, cual si en su interior se levantase a través de los siglos aquel fray Vicente Valverde, personero de Cristo y de Carlos V en el Perú de Atahualpa.

Desde que tendió esas cadenas ha cobrado vigor extraordinario para el Valverde la razón de estirpe. «Casa con cadenas, casa de mucho respeto». Sí. Obraron desde un principio las cadenotas con el poder que símbolos y emblemas tienen siempre sobre las vanidades del hombre. Y obran ahora, reanimándole dentro de la conciencia cuando el sacerdote le contara sobre sus abolengos. Aun más, no le satisface ya el sólo mirarlas, pósales por un instante la mano encima, en actitud de dominio, y luego penetra en su solar con soberbio paso.

Es domingo, de las cadenas se dirige otra vez a las carabinas, como para unir

ambas fuerzas. Y recuerda en el trayecto haber encomendado a cierto ex jesuita, párroco a la sazón por las vecindades y apasionado por la heráldica, dibujarle un árbol genealógico. Cuánto demora el viejecillo el encargo. Ansía especialmente ver allí cómo los troncos de Valverde y Aldana se reproducen en igual figura dentro de la rama de Chepita y él. Esto, suponiendo que nada formal y legítimo alcanzara con Marisabel...

En los amores bastardos han marcado también las cadenas tono de señorío. Ya no vagabundea José Pedro entre matas y pánico de codornices, con las muchachas del inquilinaje; llámalas a servir en las dependencias caseras cuando le agradan, van ellas a él como van las manzanas a la mesa del señor.

Acaso no esté del todo bien aquello; pero... ¡qué hacer! Sufre los vértigos del apetito impetuoso. Sin remedio. Y él es igual en tantos aspectos... Esta flaqueza, o esta virtud, o en último caso esta condición gobierna todos los actos de su vida: el surgir de un deseo involucra el imperativo de satisfacerlo con vehemencia e ímpetu ineludible. ¿Que sus voliciones repentinas resultan nobles y generosas tantas veces como crueles y hasta perversas? Egoísmo fuerte, de salvaje salud, de poderoso temperamento, como el de un toro en su manada o el de un soberano en su reino. No distingue, por lo demás, gran contradicción entre las normas señoriales y esta libre conducta. Todo se salva sin la plebeyez, aun el pecado temerario. Muchos grandes vivieron con la santidad como ideal y actuaron en planos diabólicos. Él también, católico sumiso a los dogmas, de contrariársele, de «pasársele la mano contra el pelo», a semejanza de su tío, no vacilaría en azotar a un clérigo dentro de su propia iglesia, si hubiera ello de implicar defensa, poder y victoria.

Por otra parte, ¿por qué las mujeres no han de sacrificarse a su soberanía de donjuán y ser a la vez amadas por él? Voluntariamente, por cierto, y cada cual en su rango.

Revisa José Pedro, durante aquel ocio de domingo, su vida sexual. A ella pertenecen esos amoríos o dominaciones de macho en las chicas de la peonada. Son ellas también sexo predominante. El amor actúa en ellas a dictados del cielo. Una mirada llégalas al corazón por vehículos de la sangre. A su corazón alborotado por la sensualidad. Por eso las ha mantenido él instintivamente a distancia. Que le guardaran reconocimiento y respeto. Algunas, de natural romántico, le adoran. Bien. Pero eso, bien analizado, es fenómeno de consecuencia posterior a la entrega y algo que participa de la reverencia por el superior y de la ufanía de haber sido elegidas por él. Además, él las quiere: después de poseerlas, viéndolas humildes y felices, le nace una gran ternura. Suelen acometerle remordimientos de pecador, y al sentirse dueño de sus esclavas, oblígase de todo corazón a protegerlas. ¡Buenas criaturas! Las que le han parido un hijo, en particular, adquieren continente de sometidas al caballero feudal. Este fenómeno le mueve a pensar. ¿De dónde les vendrá esta condición? De España, muy probable; acaso de moros y araucanos. Pero tal es el hecho. Y esa la costumbre de nuestros campos, hasta que... ¡Dios dirá hasta cuándo lo tiene así

permitido!

Tampoco él solo vive así. Está seguro de que la mayoría de sus antepasados y los de otras familias poderosas han hecho lo mismo. Y si no, allí están los mestizos de América entera. Chile tiene todavía colonizadores. Basta examinar, en toda casa grande, las caras de las chinas en servicio doméstico: descubren los rasgos de la familia, son huachas. La Totón ha nacido entre Lazúrteguis y sus facciones acusan.

¡En fin, adelante!

Le preocupaba, sí, la historia con Marisabel.

—¿En qué parará?

Ella lo ha querido siempre. Durante aquella primera comida en San Nicolás, don Eliecer observó con agudeza: «Usted les gusta a las dos», dijo aquella vez el huaso. Pero eso, sí, ¿en qué parará? ¡La contrariedad eterna! Antes, la oposición del cura; hoy, el odio de misia Jesús, y aun el del mayordomo. Siempre los demás interviniendo para desbaratarle planes y someterlo.

Pues no; él ahora es libre: hará lo que le dé la gana. Y si la necesidad lo impone, aunque sea con actos audaces, de viril soberanía, y hasta por el terror si las circunstancias lo aconsejan. Como frente a los bandidos suele ser preciso proceder con muchas gentes. «Entremos pegando para que no nos peguen», fue máxima de viejos Valverde.

Adelante, sí; agravar, extremar, para que la energía sea el recurso ineludible.

A Melipilla irá por esos días, tan pronto regrese don Joaco de la cordillera, donde inspecciona el pastoreo de sus yeguas desde que han finalizado las trillas del contorno.

La inacción y la soledad en la tarde dominical sirven para muchas revisiones, aclaran y afirman los propósitos.

El lunes a las siete, puntual, llega José Pedro a la cita.

Se presenta montado en su potrón más querido, un barroso que recuérdale aquel de las hazañas del cura en el Maule. También lo ha ensillado por estar educándolo y, hoy, sobre todo porque le ha rememorado la época en que don José Vicente lo inició a él en el manejo de las armas de fuego.

Bajo los olmos lo esperan los tres gañanes.

—Buenos días, niños.

—Buenos, patrón —responden Pascual y Bruno, el uno alzando la chupalla para dejársela caer de nuevo con la última sílaba, el otro con su eterno tirón giratorio.

Cachafaz, como de costumbre, sólo vuelve a un lado la cara, que se le abre de risa.

Se descuelga entonces José Pedro del hombro la carabina; se la reciben y él echa pie a tierra.

Mientras le manejan la bestia, coloca el arma sobre la pirca, luego manda empotrar una bosta oscura en la vieja parva que hay a medio potrerillo y va moviendo la *pívor* —han terminado por llamarla todos así— sobre su mampuesto. Apunta, corrige, hasta

que mira, punto de mira y centro del blanco se alinean en la visual. Por último, pide que los muchachos ratifiquen la puntería.

—Medio a medio —dicen los tres.

Ha querido probarlos y han revelado tener ojo certero.

Así comienzan las lecciones, que han de continuar con manejos de cargas y descargas y concluir con las balas.

El primer disparo pone toda la mañana en susto. No queda vuelo ni trino entre los árboles, ladran los perros hasta el horizonte y allá, en la lejanía donde la faena de aventar se desarrolla, se abstienen por mucho rato las nubecillas de volar al viento.

Pronto los ámbitos se habitúan a lo que se torna cotidiano, y así el pelotón bravo repite por semanas los ejercicios. Disparan a pie firme, y tendidos en el suelo, y a caballo, y ya trotando, o al galope, o a veloz carrera. Cachafaz introduce una prueba de su especialidad: enlazar las carabinas, a todo correr del animal, y arrancarlas de manos del tirador.

En fin, las mañanas transcurren iguales, pero sumando progresos y enardecimiento combativo.

A las nueve cesa el tiro y se dirigen todos a las avientas. Va José Pedro de parva en parva. Hay allí gloria de color. Las palas de madera lanzan al aire los conchos de paja y trigo; caen los granos en lluvia grávida y las ráfagas se llevan el capotillo en nubes que fulgen al sol contra el azul y van lloviendo más allá y pintando sobre la era una mancha de oro bruñido. Si amaina el viento, se traspala y se harnea solamente. El trigo llena sacos y sacos, que las carretas reciben para conducirlos al molino de madrugada o para vaciarlos en las trojes de las casas.

—Este año las brisas se portan bien.

—No nos dejarán parva sin aventar.

Cuando en veranos anteriores el soplo ha sido intermitente y flojo, ha sorprendido el invierno la faena inconclusa, y alguna parva se ha necesitado levantar en ruca puntiaguda, y apretarse, a fin de que aguardara sin que los aguaceros la penetrasen y el trigo se recolectara por primavera y tiempo seco.

Cumplida su inspección, José Pedro entrega la vigilancia en manos de Sebastián y él márchase al adiestramiento de sus caballos. Los turna en la semana. Durante los ejercicios de carabina, les acostumbra los nervios a las detonaciones; luego, de regreso en la pista bien arada que hace picadero al centro del potrerillo, les enseña rienda y otras maestrías: desnalgada, media vuelta rápida y quietud instantánea después de una carrera, retroceso en la recta, impasibilidad absoluta durante la desmontada, y la troya, y el ocho, y cuanto debe saber el caballo chileno bien amaestrado.

Para ello posee todos los recursos del apero: bajadores, rienderos y hasta bozalillos para evitar que los animales adquieran el defecto de abrir el hocico en las frenadas, falta de urbanidad equina que, como el remolinear la cola, no perdona huaso alguno.

Tiene muchos lujos además. Le apasionan ponchos y chamantos. Vive a caza de buenas tejedoras y colabora en los telares con ideas para colores y tramas. Guarda para hilar los mejores vellones y encarga las más puras anilinas para matizar sus lanas. Ha extremado su celo hasta deshacer telas finas del extranjero para utilizar las hebras extraordinarias. E idéntico amor destina siempre a los metales: con plata le damasquinan espuelas y frenos ciertos artistas de Peñaflores y para las rodajas cuenta con otro especialista que las corta de los rieles de acero; retemplado, el metal canta entonces como campana y repica en los pasos. Él en persona se trenza riendas, cabezadas, lazos y jaquimones pues de su padre obtuvo don y sabiduría. No hay, en suma, huaso que le aventaje.

Tirando está cierta vez a su potrón para enseñarle a volver por ambas manos, cuando le sorprende una polvareda que se levanta tras la loma, en el camino invisible. Piensa en alguno de los huasos compadres. ¿Quién más puede traer arreo por esas fechas?

Y en efecto, a poco escucha el «¡Jojó, patrón!» de don Joaquín.

En compañía de don Eliecer se ha detenido junto a la cerca.

—¿Dónde se había perdido, don Joaco?

—Cuidándole al rico el ganado, como ha de hacer el pobre. Me adelanto ahora con las hembras nuevas, patrón, porque noté que los cordilleranos les tomaban afición...

—No hay mucho pasto aquí en estos meses.

—Rastrojitos que coman basta.

—¿Y usted, don Eliecer? He preguntado por usted mucho.

—Buen amigo, don Pepito.

—¿Sale de ley el manco?

José Pedro palmea el pescuezo de su potrón y responde con engreimiento:

—Así parece. Pero los acompaño —agrega—. Almorzarán conmigo.

Se marchan los tres callejón adentro. Los peones encerrarán las potrancas.

—¿Y?...

—Que veníamos en una disputa.

—Es que a mi compadre le da y le carga.

—Mire, don Pepito. Sea juez. Yo le propongo comprarle seis potrancas.

—¿Seis potrancas? Hable claro: tres parejas de igual pelo y del mismo porte.

—¡Ah, tres parejas corraleras para vuelta de año! La cosa cambia —sentencia José Pedro.

—¿Oyó, compadre?

El uno insiste, niega el otro, discuten hasta enardecerse.

—¡Buen dar! Tanto que se quieren y no se entienden.

—Él es el camorrista, señor.

—Oigamé, don Pepe. Nos queremos, como usted dice, cierto: juntos nos criamos, desde la escuela; pero... ahí está el pero: como los dos trabajamos en cabalgares,

resulta que pasamos como dos culos en el mismo asiento. Rempuja, que yo te rempujo.

José Pedro, en medio de sus carcajadas, falla con buen humor:

—Yo creo que usted tiene el deber de venderle a don Eliecer esas potranquitas.

—El deber que yo tengo es el de cuidarle al rico sus intereses.

—Afloje, compadrito. No le ha de pesar.

—Ha visto que soy toro y se empeña en ordeñarme.

Hablan ya en serio cuando se desmontan y se descalzan las espuelas frente a la casa.

—Quisimos hallarnos aquí, señor, para el día de San José.

—Gracias. Pero no me celebro desde los lutos —responde José Pedro—. Lo que sí deseo es mandar decir unas misas, por mi Chepita, mi Josefina muerta, y por mis demás Josés.

—Patrono de toda la familia, el santo.

—Y es el lunes. Si ustedes me hacen la diligencia, yo estaré a las ocho en Melipilla...

Corta las voces el portazo del comedor, que las encierra.

Durante la misa por sus difuntos intrigó mucho a José Pedro un sujeto que la oyó casi entera de rodillas y a ratos con los brazos en cruz, desde las gradas del altar mayor. Su levita negra, el sombrero de pelo, puesto sobre la blancura del mármol, y la unción con que asistía prestaban pulcritud y hasta un poco de solemnidad a su continente.

Pero lo que más inquietó a José Pedro fueron las facciones: le recordaban a cierto discípulo.

—¿Lo conocen? —preguntó a los compadres al salir de la iglesia.

—De vista. Es el nuevo secretario de la gobernación.

—Don Felipe Toledo.

—¡Felipe Toledo! Bien me parecía. Si estudiamos juntos en el Seminario. ¡Felipe! ¡Cuánto me alegro! ¿Y qué tal persona resulta por acá?

—¡Pse! Muy elegante lo vemos...

Don Eliecer quiso zaherir a don Joaquín:

—Quiera Dios que no salga como cigarro de ño Joaco, mucho envoltorio y poco tabaco.

—¿Ya empezamos con las pullas?

—No se alarme, mi señor, que entre bueyes de la misma yunta no hay cornada.

José Pedro evocó tiempos estudiantiles: Felipe Toledo era excelente chiquillo.

—Sin duda, don Pepe. Sólo hablaba yo por devolverle alguna vez la mano a mi compadre.

No habían tratado ellos a Toledo. Apenas sí lo sabían altamente relacionado en Melipilla. José Pedro esperó a que saliera y se dirigió a su encuentro.

Se reconocieron entre abrazos. El palmoteo sobre las espaldas resonó en el atrio

largamente.

—¡Pero qué alegría, hombre!

—Dieciséis años sin vernos.

—Y sin la menor noticia tuya.

—Pues yo tenía de ti ya muchos datos. Cuando me vine acá volaba de boca en boca el nombre de Pepe Valverde.

—Sí; sólo así me nombran en este pueblo.

—Conozco, pues, tus aventuras. Ya lo creo.

Atravesaron en pintoresco grupo las calles pueblerinas. Junto a Toledo, ciudadano y finísimo, iba Pepe, huaso y bizarro. Su faja carmesí, su chamanto multicolor al hombro y el sombrero de anchas alas bordado en la orla, iluminaban el ambiente. Tras de las ventanas presentíanse caras femeninas en atisbo. Los ojos le seguían hasta perderlo de vista. Como el chamanto y los flecos de la faja, le adornaban el romanticismo de un rapto, las penas de un drama y, ahora, desconcertantes rumores acerca de Marisabel.

A Felipe Toledo le pareció caminar con Don Juan al lado. Sintió el hechizo de Pepe Valverde, que a través de cada reja iba cayendo como un granito de mirra dulce y ardiente sobre la brasa de cada corazón. Alguna broma le hizo.

Pero José Pedro le arrastró a entretener la mañana frente a unas copas de la suave chicha de marzo. Se relataron ausencias. Y cuando los compadres les condujeron hacia el preparado almuerzo, convite de onomástico, José Pedro había descubierto en su condiscípulo rutas promisoras: mantenía cordialísimas relaciones con misia Jesús y sospechaba dónde había escondido a su hija, la señora.

—Hagamos beber al futre —dijo al oído de don Joaquín por el trayecto—. Necesito que me suelte varias cosas.

En casa de don Eliecer, bajo el parrón, estaba la mesa dispuesta.

—Comadrita, ¿no le queda ningún botellón de la cruda del otro año?

—Eliecer anda en eso, desenterrando. —Volviéndose a Toledo explicó—: Aunque las botellas son de greda, revientan si no se entierran.

—¡Don Eliecer!

—Ya viene, compadre. De uva rosada es la chicha, señor; no se prueba en Santiago.

Ni joven ni vieja, era misia Catalina mujer gorda, sujeta por un corsé muy estricto y con muchas curvas de pecho, vientre y caderas. La falda se le precipitaba en innumerables vuelos de percal menudamente floreado. Dejándose, para coquetería de su rostro vulgar, algunos ricillos ante las orejas y sobre la frente, se prendía tirantes después el pelo hacia el moño de negrísimo lustre, y en lo alto, una peineta en forma de diadema coronaba sus afabilidades de criolla.

Fue un almuerzo de aldea, opíparo y alegre.

—¿Y usted no se ha casado, señor Toledo?

—No soy rico, señora. Para casarme, tendría que pedir plata prestada y...

—Hace bien, entonces. Yo he pensado siempre así. Aguántate, Joaquín, me he dicho, que al que se casa endeudándose le paren los hijos con réditos.

—Y después, cuando ya tienen... ¡solterones empedernidos! ¡Ave María!

—Es que se pasa uno también, comadrita.

A Felipe Toledo empezaban a rodarle las lágrimas de reír. A cada ocurrencia celebrada, le colmaban la copa. Tres vinos hubo, por ser todos de la casa; y de sobremesa repitiose la chicha, la rosada, la fragante, que surgía en cataratas de espuma por los golletes de los botellones.

—Hombre —dijo de pronto, atacando su tema, José Pedro a su amigo—, tú que puedes ver a misia Jesús, debes advertirle cómo le roban.

—¿Quién?

—Su propio mayordomo.

Toledo miró a todos, interrogante.

—Hable usted, compadre —intervino don Joaco.

—Sin exagerar; lo que ha visto no más.

Don Eliecer vaciló; al fin, con su cautela y su voz de flauta, hizo su prólogo:

—¡Exagerar! Dios me libre de levantar falsos testimonios, mi señor. Pero... lo que es se ha de decir...

Y luego refirió cuanto estaba en su conocimiento. Se quedarían sin animales, las Lazúrteguis, a ese paso. Antes se los llevaban de noche y a pocos; ahora, desde que la señora se había vuelto a la capital en definitiva, los malos tráfico hacíanse a la luz del día. Escuchó detalles Felipe Toledo, como amigo y como secretario del gobernador. Intervendría con los gendarmes. Le retrataron entonces a la policía y lo dejaron oscilando entre la contrariedad y el desaliento.

Al cabo José Pedro se lo llevó al fondo del patrón para conversar a solas.

Largo discurrieron.

Los compadres, entretanto, cabeceaban junto a la mesa y misia Catalina, pensativa, se hacía brisa con el abanico. Destellos de vajilla blanca encandilaban las pupilas y sombras verdes caían desde los pámpanos a jugar sobre los rostros.

Hasta que Felipe Toledo se dio cuenta de la hora y se despidió a prisa. Debía darse una vuelta por la gobernación; acaso durmiera una siesta en seguida; pero se convino en que, invitado por él, se reunirían a la oración. Lo habían enardecido las copas y se consumía en deseos de divertirse más.

—En la plaza nos encontraremos.

—De acuerdo, por la parroquia, enfrente.

—Curadito va el futre.

—Pero buena cabeza. Con lo que te menudeamos...

No había conseguido averiguarlo todo José Pedro, aunque sí lo suficiente para enterarse de que Marisabel estaba encerrada en un convento, el de las Claras o el del Carmen Alto, sin comunicación alguna con el exterior, ni por cartas, ni por recados de mandaderos officiosos; pues juzgaba pocas todas las precauciones misia Jesús

frente a «este segundo asedio del loco Valverde».

Bien; aquello no duraría. Cuestión de meses. No podía él dudarle; él, menos que nadie. Bien, muy bien. Pasará el invierno y... ya veremos, se dijo.

Y entre malhumorado y resuelto a la paciencia, fue a tumbarse donde halló más tupida la sombra, a ver si también echaba él su sueño.

Hacía mucho calor, el calor del verano maduro que se despide. Suspensa, la atmósfera tenía sensaciones de miel, y aun se gustaba la dulzura en los ojos al mirar los duraznos calientes al sol en sus ramas. Zumbidos como hervores bajaban de la parra: prendidas a los racimos, las abejas succionaban también sus azúcares.

Un peso de modorra bajó los párpados a José Pedro, que se durmió al fin.

El alcohol solía tornar pendenciero a Pepe Valverde. Las malas noticias, más. Ambos factores, en concurso esta vez, le agitaban dentro un entrevero de ímpetus y sentimientos de través cuando llegó a la cita de Felipe Toledo. Aunque algo le sosegara la siesta, costábale vencer el mal humor. De buena gana ensillaría su caballo y regresaría de galope al fundo.

Era menester, sin embargo, cultivar a Felipe Toledo.

Se allanó, pues, a todas las invitaciones.

—¿Conocen a las hermanas Del Canto?

—Del Canto y del baile. Melipillanos somos, señor.

—¿Y allí convida su merced?

—Sí; tengo unas ganas locas de bailar.

—Andando, entonces. Veremos cuecas de levita.

José Pedro seguía desgano y rabioso.

Pero ya dentro de la chingana se dejó llevar.

No se divirtió por cierto. Ni bailó. Le hostigaron aquellas mujeres; por momentos, volvíanse insufribles. Eran tres hermanas y una vieja. Las muchachas vestían la mayor de blanco, la otra de celeste agudo y de rosa ordinario la menor. Rollizas, de ojos anchos y cálidamente negros, con mucho albayalde y mucho bermellón sobre los carrillos y con las cabelleras sueltas encima de la espalda y sujetas por vinchas o cintillos que se ataban en lacitos arriba de la frente, mezclaban el gusto criollo y el artificio sensual de las odaliscas a las taras de Arauco.

Felipe y los compadres las calificaron magníficas.

Pues que gozaran ellos.

Pusiéronse a cantar, la madre y la primogénita, un repertorio majadero. Tal cual tonada no lo sería tanto; pero sobre la murria de José Pedro todas pegábanse como pringues, empalagosas y ridículas. Particularmente una cuyo estribillo insistía:

¿Quieres que te ponga la mantilla blanca?

¿Quieres que te ponga la mantilla azul?

¿Quieres que te ponga la descolorida?

¿Quieres que te ponga la que quieras tú?

¿Habría nada más tonto?

Luego, aquellas criaturas poseían esos falsetes que siempre suenan en i.

Decididamente, no estaba su ánimo para tales juergas.

Empero, tolerante y disimulado, entre copas bebidas por afán de aturdirse, fue soportando las horas sobre su diván de paja. Desde allí observó a sus agasajantes.

Don Joaquín adornaba con cierta gracia su baile, que adecuábase a las desgranaduras del arpa y a los rasgueos de la vihuela; no desacertaba por completo con su compostura cursiblebeya don Eliecer; Toledo estilizaba la cueca de ciudad, prostituida y falsa para José Pedro: él tenía su teoría propia de la zamacueca, interpretación campesina pura, de neto sentido huaso. Ya la expondría cuando, bailando en fiesta de campo, se presentara la ocasión.

En suma, si se distrajo a ratos, fue a lo crítico. Y también, sí, porque por momentos le movían a regocijo los escobilleos de punta y taco en don Joaquín, los saltitos desabridos del beato y el donaire presuntuoso con que Toledo se recogía un faldón de la levita para posarse la mano sobre los riñones.

Aunque así, en ánimo adverso... ¡qué tedio! Simuló cansancio y malestar. Les acompañaría, bebería cuanto le sirvieran, mostraríase agradecido de todo corazón por tanto festejo en su honor. Pero nada más.

—Lo de Marisabel te ha entristecido —le sentenció Toledo.

—Muy probable. Hazte cargo.

—¡Ah, comprendo!

Hubo de sufrir con paciencia el correr lento de las horas. Porque, a fin de cuentas, si bien ya nada nuevo sonsacaría, Felipe, desairado de su convite, acaso no le sirviera más adelante.

Apenas si aprovechó aún para comprometerle a intervenir con la fuerza pública en los saqueos de San Nicolás.

A medianoche remecieron la puerta de calle grandes golpes. Como no cesaran, acudió la vieja.

—No se puede —oíasele argumentar—. Estamos todas ocupadas.

Un vozarrón le repuso:

—¿Vos también? ¡Quién te va a ocupar a vos, churra!

Hubo entonces alboroto, empujones en la oscuridad, y de repente se plantó en medio de la sala un hombre bigotudo.

—¡Hem! El Gallo.

—Un matón que, porque tiene sus reales...

—¿Qué busca, el amigo Gallo? —le preguntó irónico y apaciguador don Joaquín.

—Trago, baile, fandango, camorra.

—¿Trago? Bueno, sírvase.

Don Eliecer le pasaba una copa.

—Yo también convidó. Fíeme hasta mañana, ña Celinda.

—No fío a nadie, so roto... con permiso aquí de los caballeros... imprudente.

El hombrón le respondió con una morisqueta obscena, que hubiese hecho reír si José Pedro no se levantara del diván.

—A ver, ¿qué pretende?

Midiendo la talla fornida de Valverde, dijo el hombre, medio fanfarrón, medio despectivo:

—¡Bah, don Pepito Valverde! Con estos gallitos me gusta a mí encontrarme.

—Ya nos encontramos.

—No, pues, si yo no soy... de San Nicolás.

—¿Qué quieres decir, mierda?

El matón empuñó las manos. Pero antes de que las alzara, José Pedro le martilló con dos golpes de puños los antebrazos, y le dejó ambos miembros adormecidos. En seguida, cogiéndolo por un hombro, le urgió:

—Ahora, con la boca bien cerrada, lárguese, amigo.

—Eso. Me gusta. Quiero ser su amigo —confirmó el borracho.

—Sí; creo que le conviene más. Conque... váyase ya.

No se mostraba el Gallo dispuesto a marcharse, sin embargo. Se miraron todos las caras.

—¿Qué hacemos con él?

—Llamar la policía —resolvió Felipe Toledo.

—¿Y quién la saca de la cama, señor? No sea inocente.

En eso sonó una bofetada. El matón caía largo a largo.

José Pedro, que le había espiado los movimientos y que calculó cuándo estuvo repuesto del adormecimiento a los brazos, hábale visto echar mano a la faja. Del suelo, a su lado, levantó en efecto un cuchillo corvo don Joaquín.

—Levántate.

Con un chichón en la frente, grueso como un membrillo, el Gallo se tambaleaba.

Lo cogió entonces José Pedro por la espalda, de ambos hombros, le apoyó con fuerza la rodilla sobre la cintura, hasta que le arrancó una queja, y como un monigote lo empujó a la calle.

Oyéronle gritar afuera:

—Si yo quiero ser su amigo, don Pepe. Si quiero ser su amigo. Es que no conoce mis modos.

Hubo risas; pero don Joaquín opinó:

—Y nada raro que tendría. Estos ogros se entregan como perros fieles al que reconocen más hombre. No lo pierda de vista, don Pepe.

—¡En fin, qué alivio! —suspiró para sí José Pedro.

Se había desahogado.

La menor de las muchachas le dio un beso y se le colgó del brazo.

No hubo cuecas, de ahí en adelante. Mientras preparaban una cazuela, Pepe quiso dormir un sueño. La chiquilla lo condujo a su cuarto.

Cenaron ya con las primeras luces del alba, en el patio.

Y momentos después José Pedro ensillaba en el corral de don Eliecer, calzábale las botas y las espuelas y partía rumbo a La Huerta.

Aunque le hubiesen agasajado con cariño, aunque aquel matón le hubiese ofrecido una válvula para desahogar su mal humor, iba colérico. Sí; colérico por cuanto supo de Marisabel, por la emoción de un día fracasado y porque se llevaba una vez más el convencimiento de que, en medio de tanto malhechor y de la evidente inutilidad de policías y gobernantes, no había medio de vivir en los campos de Chile sin el arma al brazo.

Dormía José Pedro noches después, cuando lo despertó un resplandor que llenaba el dormitorio. Saltó de la cama y a medio vestir se lanzó al patio. Allí hacía sofocante calor. Todo el cielo estaba encendido, hasta borrar las estrellas.

Sebastián apareció a su vez por el portón. Descalzo y apenas con un largo poncho encima, volvía de inquirir.

—Incendio, patrón —dijo con aquella su voz dura y recta como un estoque.

—¿En el fundo?

—Al lado. Se le quema el monte a La Mielería.

—A medianoche... ¡Qué raro!

—Raro es.

Fueron caminando hacia el huerto juntos. Allá, lejos afortunadamente, ardía una loma. Borbollones de humo negro constelado de chispas subían de la extensa hoguera, se rizaban en bolas y caracoles enormes, se despeinaban en lo alto y se iban, como si el viento hubiese resuelto escarmenar aquellas melenas trágicas para echarlas en dirección opuesta.

—No veo peligro para nosotros.

—Tampoco yo. Quedamos distantes. ¿Qué hora será?

—No dan las tres todavía.

Pensativos; decidieron recogerse de nuevo.

Pero José Pedro no tuvo ya tranquilo dormir. Su imaginación había volado al merodeo de bandidos y esta intuición de la vigilia se le convirtió en pesadilla después. Terminó por desvelarse. Cuán estafalarios, en verdad, los sueños que había tenido. Eran, sin embargo, lógicos, dentro de un mundo fantasmagórico y absurdo. Concordaban con su propio ayer, un ayer, delirado pero firme para prestarles base. ¿Por qué, mientras un sueño se desarrolla, nos vienen a la memoria recuerdos de antecedentes que nunca sucedieron, pero que todo lo justifican entonces por claros y ciertos? Se sueña un presente con su correspondiente pasado. Resulta inquietante que tengan su pasado los sueños también. Hace pensar que vivir y soñar pueden ser fenómenos idénticos.

Se chapuzaba, divagando así, cara y cabeza, para salir a faenas, cuando los mozos del «pelotón bravo» golpearon a la puerta.

—Anoche asaltaron a la patrona de La Mielería.

—La dejaron en un río de sangre, a la pobre.

—Cargaron con las alhajas y la plata.

Tras de atender a mil pormenores, José Pedro resolvió:

—Hay que ir allá, ensillen.

—Ya ensillamos, para su merced también.

—Agarre cada cual su *pívori*.

Repletaron de tiros las cananas, pusiéronse las carabinas a portafusil y partieron, seguidos por los perros.

La peonada, las mujeres y los niños, en alboroto, los miraron alejarse. Iban los cuatro empinados sobre los estribos, a trote largo y veloz. Se les vio achicarse por la perspectiva del camino, hasta ser sólo cuatro puntos pardos entre cuatro polvaredas.

A medida que se internaban por el fundo vecino, el aire sentíase más y más candente, sobre las mejillas, aun dentro de los ojos. A la luz de la mañana, las humaredas habíanse vuelto grises y el fuego de ocre fúlgido. Ya más próximos, oyeron el crepitar de los árboles en llamas, semejante al tiroteo de un combate, y el olor de los leños verdes ardiendo escociales en las narices y les dejaba en las gargantas regusto de alquitrán.

Se desmontaron frente al caserón de La Mielería. Largo de cien varas, con el corredor encalado entre las tejas y los ladrillos de pastelón, se tendía del molino a la capilla. El incendio lo enjovaba de oriflamas.

A José Pedro lo impresionó.

«Gran mansión», se dijo.

Pero no se descubría ser ninguno. Se hallarían todos, los hombres por lo menos, en el infierno de la loma; porque se divisaban allá cuadrillas haciendo febrilmente cortafuegos a fin de aislar la hoguera.

Hubo de aguardar, mientras sus muchachos buscaban quien lo recibiese.

Fulgía el cielo, todo él un esmalte amarillo por el naciente; una larga nube gris, franja de humo flotante e inmóvil, limitaba este color, y del cenit al horizonte opuesto la bóveda era un immaculado cristal verde cuyo reflejo teñía los seres y las cosas en la tierra.

Una sirvienta joven acudió al cabo, cubierta entera por su delantal azul. Blandía una gran llave, llave de iglesia o de palacio, que introdujo en la cerradura de la puerta central. Invitó a pasar a José Pedro y se agachó para descalzarle las espuelas.

La contuvo él. Venía sólo a pedir la venia de la señora con el objeto de perseguir en sus campos a los bandidos, sin demora.

—Está en cama todavía, la pobre.

—¿Grave?

—Otra estaría muriéndose. Pero ella... Señora más alentada no se ha visto.

Verbosa, enardecida, relató cuanto sucediera. Obtuvo él en limpio que a la dama le habían partido la frente de un culatazo, que luego le pusieron mordaza, que vaciaron de joyas y dinero el bargueño y que, notándose atacados al huir, a tres sirvientes habían tumbado heridos.

El Valverde sintió arrebatársele la sangre.

—¿Cuántos eran?

—Dos entraron al dormitorio de la patrona. Dos más parece que aguaitaban afuera.

—Vaya, hija, y pídale autorización para que su vecino Valverde, que ha venido con tres mozos bien armados, tenga paso franco por el fundo y pueda perseguir libremente a los malhechores.

Regresó la criada con el permiso y el encargo de manifestarle que, a su vuelta, «le hiciera el honor de visitarla para recibir la expresión de gracias.»

No tuvo éxito José Pedro en su empresa. Aunque la lógica indicara que tras el asalto los bandoleros huyeran a través de bosques y lomajes y que prendieran el monte para cubrirse la retirada y detener a la gente con el trabajo de apaga, no se halló el menor rastro de cascos o plantas extrañas.

Retornaron despechados a media tarde.

José Pedro fue introducido al salón, estancia con olor a medio siglo, pero de lujo extraordinario. Alfombra, muebles dorados, espejos en óvalo que cubrían cada cual media pared, cortinas de raso recogidas por cordones de seda terminados en gruesas borlas, cornucopias, candelabros con gordas velas de cera, techo decorado, nada faltaba para certificar fortuna cuantiosa y vieja.

Inducía todo ello a bajar la voz con respeto.

Los cortinajes del testero se apartaron al fin para dar paso a misia Carmela Burgos. Alta, gris, adolorida, los hombros separados y angulosos como los dos alones de un cóndor, a la vez lujosa y raída, se fundían en su talante la mujer colonial y el fantasma de una reina loca.

—Qué gusto y qué consuelo —dijo avanzando— recibir a un joven buenmozo y valiente después de haber sufrido la cobarde fealdad de esos energúmenos.

Y tendió la mano.

José Pedro se la tomó con reverencia.

—Siéntese. Muy fea me viene a conocer, Valverde.

Un pañuelo blanco le vendaba la frente a manera de bonete y una mancha cárdena le descendía sobre la sien.

—Mayor dignidad, señora, tiene usted así.

—Nada. Un horror, hijo.

Hablaba cual si ni dolores ni pérdidas valiesen la pena fuera del estropeo de su físico. Tenía la voz cascada y algo varonil; pero en las pupilas, que le hacían indescifrable la edad, creyó José Pedro descubrir, lleno de asombro, la chispa de la hembra que aun quisiera gustar y encender al hombre.

—Su tío, el capellán, no me quería. Me juzgó siempre loca y no sé si también mala pecadora.

—Jamás le oí tal cosa.

—Pues yo sí. Como que me confesé con él en cierta cuaresma.

—Enmendaré yo a mi tío, entonces. Quiero vengarla.

—¿De don José María?

—De los bandoleros.

—Si da con ellos. Y no dará. Lo comprendí esta mañana, después de haberse lanzado usted al campo como fiera despistada. No era ésa la dirección.

—¡Cómo!

—Se valieron del incendio como estratagema. Huyeron con rumbo inverso, hacia Leyda.

—Muy probable.

—Mientras los creían cubriéndose la retirada, se iban con su frescura y su botín por camino real.

—Piensa usted como un general.

—De general soy viuda, hijo.

—Pues tarde o temprano daré con ellos.

—¡Ojalá! ¡Oh, si el revólver me obedece anoche! Yo habría dado, no con ellos: en ellos.

—¿No hizo fuego, el revólver?

—Arma mucho tiempo guardada, falló. Y me lo arrebataron. Fue una pifia. Porque... había que verlos: dos tipejos enclenques. Pero me descargaron aquel golpe en la cabeza y no supe de mí hasta despertar en un charco de sangre. Le habrán contado ya lo demás.

Discurría con entereza y coquetería, mixtura que a José Pedro lo desconcertaba. Jamás había tratado él dama semejante. No aceptó que le trajesen médico: ella se curaría sola, como siempre. ¿Enviar parte a las autoridades? Años hacía que perdiera la candidez. ¿Sus alhajas? ¡Psh! Aplaudía, sí, la idea de «este buenmozo»: la justicia por sí mismo. ¡Qué temple! Sólo que repelía en ella esa verde vejez, como de sensualidad o romanticismo insatisfechos. José Pedro sentíase por momentos incómodo al recibir sus frases intercaladas: algunas, verdaderos piropos, y aun de vehemente insinuación. Por algo el cura la tendría por loca y pecadora. Lástima. Dolía ese degradar de lo noble a lo ridículo.

Se retiró perplejo, aunque sí en esfuerzo por entenderla y dispuesto a cultivar su amistad.

Antes sólo había divisado al pasar por el camino, generalmente rodando en su coche, y en cierta ocasión a pie: apeada de la diligencia en la carretera, fuere porque su carruaje no la hubiese aguardado en el cruce, fuere por capricho u ostentación de fuerzas, había emprendido por sus propias piernas el viaje hasta La Mielería.

—Vayan a ofrecerle coche a esa vieja loca —dijo aquella vez el cura.

Pero ella no aceptó la gentileza. Y la vieron alejarse, firme, a trancos iguales, con el vigor de un hombre. Legua y media debió marchar así.

Tanta singularidad, tanto carácter y tanta perspicacia de la dama para esclarecer el error en que incurriera él en su persecución, enconaron el empeño de José Pedro para

perseguir a los ladrones. Al día siguiente fue a verse con Felipe Toledo. Conferenciaron ambos en seguida con el gobernador. No tuvo ello, naturalmente, otra consecuencia que algunas visitas de polizontes en patrulla, en cúmulo de conjeturas y malas pesquisas. Nada efectivo, inteligente o sagaz.

Una tarde, concluidas las avientas de las últimas parvas, se le acercó Sebastián.

—Me parece —anunció, rascándose la cerviz y con su gesto habitual de subir y bajar alternativamente las cejas— que hay pista ya de los salteadores. Me mandan un buen soplo: son tipos de Culiprán y compinches de ese mentao Trompo.

—¿El de San Nicolás?

—Ese mismo que su mercé y yo queremos tantísimo.

En el plexo de José Pedro se anudó algo como una gustosa promesa. Le asaltaron deseos de abrazar a Sebastián. Lo conmovía su máscara de bronce, tan ennoblecida por la nariz aguileña y tan viva de malicia.

—¡Magnífico, viejo! —exclamó—. Cítame a mis niños del pelotón bravo y ven tú con ellos esta noche.

El portazo rebotó en las tinieblas del corral y los hombres paralizaron todo movimiento.

Se vio avanzar desde la casa una lámpara encendida, sola, como fuego fatuo: su reflector lanzaba los rayos adelante y tras él velábase por completo quien venía con ella.

A cada cambio de la luz, el ojo de algún caballo fosforecía en alarma. Un bufido puso en el aire temblor de sobresalto animal.

La voz de don Eliecer se alzó sigilosa entonces:

—Vuelva ese reverbero, hija, que nos espanta las bestias.

Luego, hacia los compañeros, advirtió:

—Es la Catalina.

Ya en la sombra de las trancas, la señora decía con misterio:

—El Gallo. Se me presentó de repente. Porfía que ha de hablar y ha de hablar no más con don Pepe. Alega que le trae un soplo importante.

Entre los hombres hubo murmullos en conciliábulo. En seguida, silencio. Quedó murmurando sola el agua del canal escondido.

Y al cabo, mudos, precedidos por la señora con su lamparín, José Pedro y los dos compadres dirigiéronse a la casa.

De pie al centro del comedor, aguardaba el Gallo. Entre las cejas y el bigotazo, la nariz le rojeaba como un chorizo.

—Buenas noches.

—Buenas.

—Asiento, Gallo.

—He venido a probarle que quiero ser su amigo, don Pepito Valverde.

José Pedro hizo girar el reflector, de modo que proyectara todo su haz sobre el visitante, y él permaneció en la zona sombría.

—Usted dirá qué prueba es ésa.

Comenzó el Gallo algo a trompicones; mas poco a poco fue dominando sus acentos. No debía extrañarle a don Pepe que adivinara intenciones, porque...

—En pueblo chico, los datos ruedan y...

—A veces ruedan disparates.

—¡Hum! Oiga, señor, mire... ya...

—Hable claro de una vez, hombre.

Don Joaquín reforzó la exigencia:

—Desembuche, amigo, que la mujer preñada no se mejora botando flatos.

—Bueno. El caso es que me recogía yo casualmente a la madrugada, todavía con noche, cuando veo llegar a don Pepe con sus niños, todos muy emponchados. Se notaban, sin embargo, las carabinas. Después, el resto del día, lo topé a cada rato por el pueblo, y ya de punta en blanco: pantalón a cuadritos, patitas de gallineta, sin esas botas de ahora y de por la mañana, chaquetilla negra, faja, chamanto de seda... Pero de los mozos, ni rastro. Yo me divierto siempre en la cantina y las posadas, tomo mis tragos, observo... El día lo pasó don Pepe de paseo con el secretario de la gobernación, como patrón elegante que ha venido en coche de su fundo. Con lo que yo sabía y con lo que sospechaba, me convencí de que había disimulo en todo eso.

—¡Qué sabe usted, hombre! ¿Y qué significan esas sospechas?

—Pero, don Pepe, ¡buena cosa! No me haga darle la lata con detalles. Mire: cuando descubría a los tres mozos armados que salían, ya cerrada la noche, de la casa de don Joaco y se venían acá, al corralón de don Eliecer, ya no tuve duda.

—¿Duda de qué?

—¡Beh! Hay que ser muy corto de vista para no ver a través de un cedazo, por mucho que lo quieran tupir.

—En fin, al grano, al grano, amigo.

—Ahora estoy seguro de que aguaitan al huaso ese que ustedes llaman el Trompo. No se asombre, señor. Si todo el mundo espera ya que reciba ese tipo alguna vez una sorpresa.

—No se pierda de listo, Gallo.

—¿Y cuál es el soplo de amigo que me trae?

—Allá voy. Yo que cavilaba; como le digo, ata y ata cabos, cuando... ¿no me toca meterme donde Buenas Peras para que le cambie las herraduras a mi yegua y escucho ahí lo que hacía falta? Que los pacos habían cortado con rumbo a Culiprán, a la siga de los salteadores de La Mielería, y que al cruzar por San Nicolás le habían hecho mil preguntas al mayordomo.

—¡Qué brutos!

—O qué bribones.

—Continúe. ¿Quién le contó eso a Buenas Peras?

—El Trompo en persona. ¿Qué le va pareciendo? ¿Ah? Y le dijo después: «Yo me alegro, porque justamente voy a llevar un arreíto por esos lados, y si hay salteadores,

habiendo policía voy seguro». Dice Buenas Peras que repitió mucho esto, el Trompo. Mucho, pero mucho.

—Que iría por Culiprán.

—Eso. Como que deseaba dejar constancia. ¿Comprende? Está claro. Él arrea para Pomaire, lo sé yo; tengo noticias de que unos carniceros lo esperan allá entre hoy y mañana para comprarle novillos y vacas gordas. ¿Comprendió ya, don Pepe?

—El hombre despistaba.

—¡Claro!

—¿Y quién me garantiza que todo esto es verdad?

Hubo una pausa. José Pedro y los compadres cambiaron miradas.

—Yo —repitió el Gallo— y me ofrezco para guía. Dentro de media hora podríamos estar en la vuelta del Membrillo. Por ahí tiene que atravesar.

Don Eliecer intervino socarrón:

—Pero es tan peligroso usted, pues, Gallito.

—¡Cómo!

—Peligrosón.

—Me ofrezco para darle a don Pepe la prueba de amistad. Además, yo iría sin armas. Ni cuchillo. Me registran. No le tendrán miedo a un hombre desarmado cuatro con carabinas y cuanto hay.

—O se queda con nosotros aquí hasta que vuelvan ellos —le propuso don Joaquín—. Escoja.

—A mí me gustaría ir. También le tengo ganas al Trompo.

—Venga conmigo —resolvió José Pedro, clavándole la mirada—. Y oiga: no es usted tan buen adivino. Pensaba yo perseguir a los salteadores y obligar a la policía. Lo que me dice ahora me hace cambiar el propósito. Le daremos al atajo a ese otro ladrón. Pero si resulta que me ha engañado, Gallo, me la pagará. Usted me conoce. Y como guapo que se ha encontrado en muchas, sabe que cuando llega el serrucho al nudo, se mella. Conque... a ensillar.

Se internaron por el patio hacia el corral oscuro.

Rato hace ya que marcha el pelotón bravo en medio de la noche. Noche de otoño, con pocas estrellas. Limpio y semiazul, da el cielo sensación de pupila despierta sobre la llanura.

—Habrás más luz a medida que avancemos —dice José Pedro.

Y todos los ojos se vuelven hacia donde se adivina la luna bajo su oriente aún.

Caminan los cinco jinetes por el valle abierto. Se ve todo a manchas pero reconocible: aquí un grupo de pinos, muy nocturno; allá dos ranchos que humean cerrados y en silencio, y moteando el llano entero, los espinos, a cuyas copas inflexibles han impreso los vientos idéntico sesgo con el correr de los años.

Contra el parecer del Gallo, ha resuelto José Pedro tomar esa trocha vecinal que atraviesa los campos del Marco y empalma con el camino de Pomaire al Membrillo.

—Andaremos de más —ha opinado el matón.

Pero el jefe sabe lo que dispone.

Sólo de vez en cuando cambian alguna frase. Y caminan, callados. Por delante, Bruno y Cachafaz llevan al Gallo entre ambos. A retaguardia va José Pedro con su inseparable Pascualote.

—¿Aquél es el cerro del Membrillo?

—Aquél.

La hijuela del Membrillo inicia el valle a los pies de un cerro alto cuya falda baja vertical a hender la bruma que flota encima del Maipo escondido.

Cuando alcanzan el cruce, ordena José Pedro a los huasos delanteros apearse y observar el suelo.

—¿Hay rastros?

—Uno de caballar.

—Otro de peón con ojotas.

—De vacuno, sólo éste; pero va en dirección contraria.

Hay que proseguir, entonces. De trecho en trecho se buscan huellas de nuevo. Y así arriban a la curva indicada por el Gallo y hacen alto. Allí otean, escuchan. Pero fuera del cascabel de los sapos y otros rumores que acunan el sueño campesino, nada se registra.

Echan pie a tierra y, en cuclillas junto al matorral, metidas por el antebrazo las tiendas, fuman, comentan, inquietan.

—¡Malaya el cambio, patrón!

—¿Por...?

—Porque sin tirarnos encima de los salteadores no hay baleo.

—Y tú te mueres de ganas.

Sí; Bruno, que ha sonado peleas, confiesa su desengaño.

José Pedro explica una vez más:

—Esto era imprevisto; pero la oportunidad no podíamos perderla. Tengan paciencia, ya correrán los tiros más adelante. Por hoy colgamos las *pívoris* por su argolla, en la montura.

—Yo me la tercio a la espalda.

—Como quieras. Lo esencial es que dejes los brazos bien libres.

Cada cual se acomoda, revisa sus cinchas y su lazo entre festivas ocurrencias. Sólo el Gallo no está locuaz. Le impacientan algunas miradas de Pepe Valverde, que ahora le pregunta:

—¿No habrá engaño en esto, Gallo?

—Que lo engañe yo a usted...

—Digo, después de engañarse usted a sí mismo.

—Tendría que haberme puesto muy bruto.

Pascualote dice al fin:

—Yo seguiría caminando. No sea que salga la luna y nos estorbe.

Convence.

—A caballo, niños —manda José Pedro.

Y se reanuda la marcha.

Minutos después, al término de unos trozos de alameda, al torcer otro recodo, los de vanguardia se detienen. Ha trepado uno la pirca y ha mirado mucho. Luego ha vuelto a montar de prisa, y ahora regresan los tres.

—Viene allá el piño, patrón.

—¡Chist! Hablar bajo.

Todos inmóviles, parecen escuchar con los cinco sentidos.

Un silbido, silbido de arreo, que se sostiene, tremola, ondula y se alarga como un látigo en el aire, acusa primero. Luego la nube de polvo sobresale creciente por encima de las cercas de zarzamoras.

Ya se oyen mugidos cuando José Pedro dispone:

—A la orilla del camino todos, en hilera, mudos, sin moverse. Hay que dejar pasar los animales primero, y en seguida, siguiéndome, cortar de los arreadores el piño.

—¡Aura sí, por la pucha!

—¡Chitón, Bruno!

Asoman al fin las vacas, lentas, ronroneantes, montándose las unas sobre las otras. A la par va la luna saliendo por el otro lado. Ya se ve cómo, en los atropellos, enrédanse los cuernos.

Al paso del último vacuno, salta José Pedro escoltado por sus muchachos.

—¿Quién va?

El Trompo se ha detenido.

—Alto. ¿Qué arreo es éste?

—Mío.

—¡Tuyo! Al cabo caíste, ladrón.

—Yo no soy ladrón; trabajo pa...

—Silencio. Entrégate. Reconoce a tu amo.

—Al asesino de misia Chepita reconozco —grita ya furioso el Trompo, y echa mano al cuchillo.

Antes que José Pedro se le vaya encima, un lazo ahorca el cuerpo del mayordomo. Rápido empero lo ha cortado él con su puñal, y otra vez libre, se le ve blandir el acero, que destella en la luz lunar. Mas junto con ello el lazo de Cachafa le apresa certero la muñeca, tira violento y el arma vuela por los aires.

—¡Caballo Pájaro! —se oye aplaudir a José Pedro.

Segundos de perplejidad diríase que paralizan el tiempo, y de repente, comprendiendo que José Pedro embestirá, vuelve grupas el Trompo y arranca el caballo a todo correr.

—Vivo, Pascualote. Yo a él, tú al caballo. Lazo al pescuezo. Yo lo bajo con el mío a él por las ancas.

En polvareda, frenéticos, parten detrás. Y pronto los lazos atrapan, precisos. Presa

está la bestia, el Trompo rueda por el polvo.

—Amárrenlo.

Bruno y Cachafaz saltan de sus monturas.

Mientras José Pedro recuerda:

—Cincuenta en el culo le tenía jurados —el Trompo clama:

—¡Favorézcanme, niños!

Pero los dos arreadores que le acompañan no se inmutan; apenas si el Gallo, que los custodia, les percibe murmurar:

—A cada chanco le llega su San Martín.

—Bájenle los pantalones ahora —concluye José Pedro, en tanto desabotona calmadamente la penca de sus riendas.

Todo ha sucedido en minutos. Y ya está el gordo mayordomo atado a una vieja compuerta. La luna riela sobre las posaderas obesas y las tiñe de celeste immaculado.

Dentro del canal seco, José Pedro emprende la descarga de azotes, uno a uno. Dos, tres, cuatro... hasta cincuenta bien cabales, y hasta que las nalgas varían del blanco azul al cárdeno y estríanse de hilos rojos.

Por último, suben al maniatado nuevamente a su cabalgadura.

Entonces, José Pedro, satisfecho, tiende al Gallo la mano:

—Desde hoy, verdaderos amigos —pacta con él.

Y se reagrupan, arreo y pelotón, para volver a Melipilla en un solo cuerpo, bajo la impavidez de la luna.

Gracias al secretario, que se levantó al primer aviso de José Pedro, en Melipilla todo trajín se hizo expedito; y al rayar la mañana rechinaba por última vez, cerrándose ya, el portón trasero del cuartel de policía.

Hubo estrépito de trancas y cerrojos por algunos momentos aún; mas en seguida ondeaba únicamente sobre las casas dormidas el cansado mugir de las vacas presas al otro lado de los paredones.

—El Trompo y los suyos...

—Quedan detenidos, a disposición del juez.

—A ver qué me corresponde ahora.

Resolverá el gobernador que, buen soldado, ya está en pie seguramente.

José Pedro pensó entonces en sus mocetones. Tras de reajustar monturas, permanecían junto a sus caballos. Debían desayunar, desde luego.

Pero el Gallo lo había previsto.

—Nada de ir a posadas y alborotar el pueblo, don Pepe. Un caldillo con ají, con cebollas, con huevos y charqui gordo lo mando yo preparar en un santiamén. Me los llevo a casa.

Poseía el Gallo, a comienzos de la población, con frente al camino real, una chacarilla donde no sólo comerían los bravos muchachos, sino que triscarían algo las bestias. Era, por lo demás, el punto ideal para que aguardasen a su patrón hasta la hora de regreso a La Huerta.

El gobernador se conquistó las simpatías de José Pedro apenas hubo emitido las primeras frases. Era hombre claro, de soluciones simples, directas y viriles. Tenía unos ojos acerados, de niñas en dilatación y oscuras que cuando se fijaban parecían los caños de dos pistolas apuntando. Las miradas partían de allí como disparos.

Celebró la proeza de José Pedro y más aún el sueño de combatir a los bandoleros. Después de oír hecho y propósito, se puso a pasearse por el despacho, y de repente se volvió y dijo:

—Con otro juez, mi señor secretario, dictaba yo a la policía órdenes a mi gusto. Pero con este código en dos patas que tenemos, vaya usted a realizar algo.

—Con otro juez y otros policías.

Soltó la risa y aprobó:

—Así es. Esos fundilludos de chafalote colgado a las pretinas mariconas deberían cambiarse por soldados.

Observábalo José Pedro en su vestir y en sus modales, comparándolo con Felipe Toledo. Mientras el ex seminarista, joven, atildado y buenmozo tenía un rostro sin acentuación, definitivo de trivialidad, aquel militar en retiro era todo acento. Alto y duro, lucía esbelteces quince o veinte años menores que sus setenta bien cumplidos. Vestía una levita que le enguantaba el cuerpo hasta el cuello, muy marcial. El último botón escondíale la corbata; en reemplazo, la pera crecida y cana montaba encima, y entre bigote y cabellera en cresta de cepillo, las pupilas de acero descargaban su mirar en proyectiles.

Se convino en que José Pedro se fuese a su fundo, tranquilo. Toledo escribiría circunstanciada e inteligentemente a misia Jesús. Y ya citaría el juez para el proceso.

En efecto, días después, cuando José Pedro calzaba en la fragua los arados para la próxima siembra del trigo, se le presentó un polizone con citación judicial y carta privada de Felipe Toledo.

«Considero indispensable que vengas —escribía el amigo—. El juez, cumplida la detención de tres días, ha puesto al Trompo en libertad, conforme a la ley. Por lo demás, ¡asómbrate! misia Jesús lo afianza. Se me ha nombrado depositario de los vacunos presos, pero no sé dónde colocarlos a talaje».

Como Pascualote, formado ya herrero maestro, y Sebastián, ahora diestro mayordomo, podían afrontar las urgencias de la sementera, él corrió sin escrúpulos al llamado. La citación judicial significaba mero cumplimiento de trámites. Pero la carta de la viuda de Lazúrtegui producía desaliento y cólera: ni palabra sobre Marisabel; en cambio, envolvía declaración de confianza para el empleado; y aun ponía: «Si él no decide retirarse después de tamaño vejamen, muy propio de Valverde, no seré yo por cierto quien lo despida».

—Y lo peor es —acotó Felipe— que a la maña con que yo le insinúo la conveniencia de irse, él me responde que no piensa dejar el fundo ni el servicio de su señora.

—Malo, muy malo... —murmuró don Eliecer allí presente.

—Está ciega.

Don Joaquín sentenció:

—Ciega. Porque ¿a qué se queda el gato, si no es a lamber el plato?

—En fin, se proveerán escritos, yo insistiré...

José Pedro perdió la paciencia:

—No, Felipe. Yo, en tu lugar, voy a Santiago, hablo con ella, la convenzo del peligro y la salvo de la ruina.

—Según eso, más valdría que fuésemos los dos.

Los compadres apoyaron la idea. Y José Pedro, por todo ello y acaso por un ansia secreta de buscar contacto con Marisabel, resolvió viaje.

A los pocos días, instruido ya Sebastián acerca de cuanta labranza se proseguía en ausencia del patrón, José Pedro se despidió de sus mocetones:

—No sé si tarde una o más semanas; pero salgo seguro de ustedes. En el día calzarán rejas y afilarán herramientas, los tres en la fragua, juntos y con sus *pívores* a mano. ¿Entienden? Y para seguridad del fundo por la noche, van a dormir en mi cuarto, siempre armados y alertas.

—Vaya seguro, patrón.

Esa vez lo condujo a Melipilla el coche. Así lo exigía su indumentaria de ciudad, incómoda y hasta opresora: habíasela prestado Felipe Toledo, menos fornido, pues jamás preocupárale a él adquirir para sí tales vestimentas.

Aun al subir con el secretario a la diligencia, rumbo a la capital, movíale a risa el ver su cuerpo de huaso empaquetado en una levita y coronado por un sombrero de copa.

Mucho lo distrajo, sí, el trayecto a Santiago. Dos diligencias en viaje simultáneo requería el movimiento de pasajeros y ambas competían en un correr delirante. Solían excusar los aurigas ese vértigo con las ventajas de la prisa en cuanto a economía de tiempo y con las de librar al pasaje del polvo que levantaba el carromato delantero; mas aquello constituía en realidad toda una justa entre rivales enconados, definición de superioridad entre cocheros y caballos. De posta en posta se mudaba el tiro, ayudaba nuevo postillón y la consigna de ganarse uno a otro proseguía más y más ardorosa.

Aquel desenfreno, aquella locura de grito, tumbos y polvareda fue para el pulquísimo Toledo martirio de asfixia, náuseas e iras de caballere refinado; pero José Pedro rió sin cesar, a ratos por los ascos y aspavientos de su compañero, algunas veces por el cómico frenesí que iba poseyendo a los conductores y, también, y sobre todo acaso, porque su corazón de luchador se comprometía de amor hacia su propio carro.

En Santiago bajaron blancos de polvo. Con qué alegría, sin embargo, para José Pedro: su coche había triunfado.

—Eres un niño, Pepe.

—Y tú, un exquisito joven viejo.

Treparon al tranvía en la estación de los ferrocarriles y rodaron hacia el centro.

—Totón, no me des té, vieja. Vengo ansioso de unos cuantos mates. Quiero el brasero y todo aquí, en el comedor —gritó José Pedro hacia la cocina.

En seguida se tumbó en el sillón frailuno. Allí siguió fumando. Exhaló una bocanada más y el humo se fue veloz por la ventana. Con la voluta en fuga se le fueron también los ojos a la campiña, a sus lomas y sus llanos, tan queridos. ¡Cómo le reconfortaba esta primera visión al volver de la ciudad y sentirse de nuevo en su casona: la lejanía de rastros amarillos, los follajes que se van encobrando, las mil tostaduras con que matiza los campos el otoño!

Algo cansado, pero fuerte a la vez, había en todo ello. Como en él en ese momento.

Bostezó, sonriendo al verse todavía vestido de caballerece ciudadano. Pero... acababa de llegar en la diligencia. Otra cosa sería mañana. Menos mal que muy pronto pudo en la capital adquirir ese vestón y ese flexible para la cabeza y devolver aquella levita y aquel horrible sombrero de copa, tan absurdo sobre su cuerpo.

Dio al cigarrillo la última chupada, y al notarlo consumido ya, se lo puso entre el pulgar y el mayor, como una píldora, y lo disparó afuera.

La colilla chocó en uno de los barrotes, rebotó hacia adentro, y él tuvo que levantarse para echarla con cuidado. ¡Lo de siempre!

Hizo entonces una mueca de ironía y fastidio. Al acto fallido había se asociado por semejanza el baldío viaje; porque si al emprenderlo todo pareciera fácil y sencillo, en el hecho la tal facilidad y la tal sencillez habían resultado idénticas a las de tirar un pucho por entre unas rejas. Ni más ni menos.

En fin, se dijo, cuestión de paciencia, porfiar y proceder cuidadosamente.

Porque venía, despechado pero no en derrota. Y como el despecho multiplicaba siempre sus energías, los planes maduraron rápidos, prometedores de triunfo y desquite. Desde luego, la ofensiva contra los bandoleros a la sombra estimulante del gobernador, enredaría fatalmente al Trompo y los pasos de misia Jesús o de su abogado tomarían al cabo mejor rumbo. Además, ¿no debía contribuir al éxito ahora cierto apoyo político? De algo le valdría el haber firmado en Santiago los registros del partido conservador y regresar con su nombramiento de agente regional en el bolsillo.

A plazo breve o largo, pues, vencería.

Mas por de pronto se obstinaba misia Jesús. Al principio recibió atenta y aun con gratitud las denuncias y las opiniones de Felipe Toledo. Sin embargo, de buenas a primera mostrose cambiada. Cuando el secretario, tras de algunos consejos, le propuso contacto personal con su yerno, la señora montó en cólera:

—¡Qué! ¿Pretende que yo lo reciba? ¡No faltaba más! Dígale de mi parte, así, como suena, que si yo fuera capellán lo recibiría... en confesión. A ver si me recitaba él ahora de rodillas el *Yo pecador*. Como Valverde, comprenderá el recado.

A José Pedro le arrancó una carcajada la respuesta. Luego tuvo impulsos de

ponerle cuatro letras y anunciarle que, a pesar de los pesares, pronto sería ella quien solicitaría la entrevista. Sólo que... más valía esperar.

El hecho es que de allí en adelante la viuda de Lazúrtegui reveló más y más frialdad para con Toledo.

—He resuelto —le advirtió por último— que me atienda estos asuntos mi sobrino Cipriano Correa. Es abogado, prudente y rico. Sí, muy rico; de modo que me servirá por mero interés de familia. Hablé ya con él. Me promete ir allá y tornar las medidas que más convengan.

Había surgido, pues, un percance insospechado. La colilla rebotando en el barrote.

Pero tanto José Pedro como Toledo conocían a Cipriano Correa. También este personaje había estudiado en el Seminario y dentro del mismo curso con ellos. Lo buscaron. Era un joven corpulento, fofo de carnes, sonrosado y pelinegro, con ojazos de pestañas largas y en arco que le daban expresión de dama hermosa y bobalicona.

Lo convidaron al Teatro Variedades, luego a cenar en un café que se abriera en la calle de la Nevería con los artistitas del incendiado casino del Puente de Palo. Y ya en esta velada les corroboró el juicio que de él se formara Toledo desde antiguo.

—Es una mezcla de tonto y listo, avaro, prestamista y acomodadizo a cuanto le conviene.

—De los que cuando se hallan entre tuertos cierran un ojo.

—Exacto. Y siempre atisban presa.

Bien. Quedaba tiempo. Ya se lo irían ganando, con maña y perspicacia.

Frecuentaron su trato. Hacia las once de la mañana, porque se había puesto ello de moda, iban con él a cierta panadería cercana del Tajamar, a la que llamaban los elegantes el Pan de la Gente. Allí comían roscas recién salidas del horno. Luego despedían al mezquino goloso bien regalado, pues le ponían en brazos un paquete de bollos, que se llevaba él a su solar de la esquina del Chirimoyo con el Colegio Agustino.

—¿Por allá vive? ¡Pero si eso está vecino al Galán de la Burra!

—Dos cuadras de ese basural le pertenecen ya. Tiene ojo de millonario.

Jamás pagaba Cipriano, por cierto, el menor consumo. Retribuía las atenciones de José Pedro sólo conduciéndolo a conocer los adelantos de Santiago: el palacio de Urmeneta, el de Díaz Gana, la Alhambra, la quinta Meiggs. Gracias a sus buenas relaciones, lo introdujo al nuevo edificio del Congreso, y también al Teatro Municipal, aquí de día, eso sí, no a horas de función.

José Pedro, por momentos, no sabía si reírse o propinarle cuatro frescas. Se vengó una noche, única en que Cipriano abrió la cartera para festejar a cierta cantadora del Variedades. Durante la cena, bastáronles unos guiños a esta mujer para convenir cita con ella. Y lo burló.

Pronto empezaron a correr los días de José Pedro entre meras satisfacciones de su curiosidad y lánguidos aburrimientos. Por las mañanas visitaba cuanto de nuevo le

ofreciera después de tantos años la capital. Ingresó a la Sociedad Nacional de Agricultura y tuvo allá la emoción de conocer a Vicuña Mackenna, para quien las modernizaciones urbanas le habían acumulado entusiasmo. Mucho le celebró el dinamismo, y más aún la ocurrencia de transformar el Santa Lucía valiéndose del trabajo de los malhechores presos en la cárcel; y cuando le advirtió él que aquellos individuos habían «prestado sus servicios por acto absolutamente voluntario», su admiración creció hasta las risas del regocijo. ¡Era todo un hombre, todo un ejemplo, don Benjamín!

Concluido el almuerzo, recogíase José Pedro al Hotel Inglés, para dormir la siesta. Se ponía otra vez en pie al atardecer. Desde un barandal interior contemplaba entonces largo rato la urbe crecida. Rompiendo la extensa monotonía de los tejados, las cúpulas de los templos, cada cual entre sus dos torres, sobresalían como cabezas echadas atrás entre los brazos alzados en clamor. El sol poniente les traspasaba los cristales, encendiéndolas. Después oscurecía, en la Catedral doblaba el sombrío toque de ánimas, y él salía entonces, ya para no volver sino a medianoche, cuando desde la calle de la Bandera otra campana, ésta muy femenina, muy monjil, llamaba para maitines a las Capuchinas.

No fue, pues, del todo vacía su permanencia en la ciudad, aunque frutos positivos para su principal empeño no lograra. Marisabel seguiría en su convento. ¡Qué hacer! Cuantas veces ascendió al Santa Lucía y oteó desde allí los claustros y los huertos de las Claras y del Carmen Alto, bajó sin la menor imagen de monja o reclusa.

Por fin, cansado, embarcó en la diligencia con Felipe Toledo, una mañana gris.

La Totón entró al comedor envuelta en aromas de yerba y azúcar quemada. Posó a los pies de su patrón el brasero colmado de trebejos y, los morenos antebrazos en equis sobre el vientre, aguardó reverente y curiosa. La deslumbraban aquel chaquetón castaño con ribetes de cinta, el cuello almidonado y abierto, la corbata de lazo verde bronce, todo ello en gama con el oscuro rubio de la barba tenoriesca y con las pupilas de mar.

Conmovida por este conjunto de virilidad señorial y seductora, suspiró:

—¡Lástima que así no lo viera nunca mi hijita, mi Chepita, que Dios tenga en su gloria! ¡Y cómo lo habrán mirado las santiaguinas de polisón! ¡Jesús!

—Te vas poniendo chocha, vieja.

Ella continuó hablando. Hervía en preguntas. ¿Y Marisabel? ¿Encerrada siempre? ¡Ave María! Si no tenía genio de monja. Ella, tan vivaracha, tan fogosa... ¿Verdad que habían demolido la capilla de la Soledad? ¡Los herejes!

—Pero hay mucho progreso, Totón. ¿Te acuerdas del Huelén? Ya no es el promontorio de rocas donde vivía un gringo estafalario que observaba las estrellas. Ahora, un parque, un ramo de flores, lleno de fortines, castillejos, plazoletas... ¡Qué sé yo! Hasta café, restaurante y teatro.

—¡Bendito sea el cielo! ¿Otro matecito? ¿Se lo cebo yo?

—No. Llevo seis en el buche, vieja. Tengo hambre ahora. Tengo sueño. Oye: y

tengo ganas de beber. Con el puchero, traeme un jarro de vino. Anda. Y prende la lámpara, que ha oscurecido.

Las chancletas de la vieja se alejaron con bisbiseo de rezos en la penumbra.

Durante una espera que medía ya casi dos semanas, dedicose José Pedro a ensillar, hacia el crepúsculo, su yegua Siempreviva. Lo hacía por impaciencia y por gusto: impaciente lo tenía la falta de noticias sobre los asuntos de San Nicolás y la distracción mejor para sosegar los nervios le resultaba el ejercicio de sus aficiones ecuestres. Aquella potranca, por lo demás, tras ligero adiestramiento, haría par con la Malvaloca, otra mora tapada, casi azul. Idénticas en genio, pelo y hechuras, formarían ideal pareja.

Lograba, pues, que coincidieran en este paseo cotidiano y vespertino su placer y sus ansias.

Y así una tarde, al enfrentar el camino real, divisó detenida la diligencia. Una dama y un caballero descendían del carromato, subían al coche de La Mielería, cerca de allí apostado, y se ponían en marcha.

Pronto se cruzó con los viajeros en el callejón. Se reconocieron. Pararon a saludarse.

Eran misia Carmela Burgos y Felipe Toledo. Venían ambos de Melipilla. Se habían conocido en la gobernación, adonde fuera ella por trámites relativos a su salteo, y como cabalmente las últimas veinticuatro horas habían sido agitadas por acontecimientos sensacionales, Toledo, resuelto a correr hacia José Pedro, habíase unido a la señora para llegar, en el carruaje galantemente ofrecido por ella, hasta las mismas casas de La Huerta.

—Te traigo novedades.

¿Buenas?

—¡Oh! Sucesos que pasman.

—Boquiabierto se quedará usted, Valverde.

—Pero hablaremos en tu casa. No atrasemos a la señora Carmela.

De nuevo arrancó el coche, y detrás, al galope, José Pedro.

Minutos después, bajo el alero del corredor, los dos amigos fumaban, arrellanado el uno, tenso el otro de curiosidad.

—Habla.

—Espera. Me muero de sed.

José Pedro llamó a la Totón. Que les trajera queso, aceitunas y una botella del blanco ajerezado. Rápida.

—¡Ah! —gritó aún a la vieja—. Este caballero come y aloja hoy aquí. Así es que tuércele a un pollo el pescuezo, sácale caldo para una buena sopa y, entero y frío, nos lo sirves para empezar.

—¿Con ensaladita?

—Eso. De cebollas, tomates y ají verde.

—Ya, patrón.

Luego José Pedro urgió a Toledo:

—Bien. Habla tú ahora, hombre de Dios.

—Ante todo, te prevengo que se ha enamorado de ti esa doña Carmela.

—¡Oh!

—¡Qué hablarme de tu apostura, y tus ojos fosforescentes y tu barba de joven conde, y tu coraje, qué sé yo!

—Basta de majaderías, Felipe. ¿Qué pasa?

—¡Uy! ¡Qué no pasa! Verás. Sin preámbulos: Cipriano Correa se me apareció para la engorda, hará ocho días. Recogió de mí los datos que le interesaban, del proceso tuyo, de los antecedentes del Trompo, hasta de María Santísima. Traía poderes amplios. Antes que continuar exponiéndose a robos o manejos dudosos, tanto él como misia Jesús optaban por vender todos los animales en estado negociable, se hallasen gordos o sólo preparados para la engorda. Se había tratado en Santiago previamente con abasteros y hacendados vecinos, de los cuales obtuvieron anticipos depositados en banco. Y enterado de cuanto le dije acerca de los bribones que allí merodean, subió al rico landó de misia Jesús y se fue a San Nicolás. Bien. Ahora viene lo bueno. Poco transcurre, cuando ayer se me presenta en la secretaría, hecho un costal de dolores, entre ayes y lamentos. Toda su finísima gordura, machucada; entristecidos los ojazos de dama boba, y la voz, entre exhalaciones de fuelle roto y música de quejidos.

La risa de José Pedro impuso una larga pausa, que ambos aprovecharon para beber.

—¡Caballo Pájaro! Adelante.

—Sucedía que, finiquitadas las ventas, repleto de dinero el maletín y dispuesto el regreso a la capital, ¡cataplum! ¿Qué te figuras?

—Salteo.

—Exacto. Nuestro gran Cipriano, según cuenta, viene del retrete a su cuarto, entre ocho y nueve de la noche, con la vela encendida en una mano y en la otra la correa con que se amarra los pantalones, cuando de repente, al entrar en el dormitorio, alguien que lo espera tras de la puerta sopla, le apaga la luz, le tira un poncho a la cabeza y de una zancadilla lo tiende como buey desjarretado en el suelo. Ni gritar pudo: entre pánico, sofoco y asfixia, se sintió cadáver. Lo amarraron. Con su propia correa remataron el lío. Como lo sintieron gruñir, le descargaron dos patadas en plena cara y algunas docenas por el resto del cuerpo.

—¿Y a todo esto, el famoso Trompo?

—Aguarda. Ya con el sol fuera, entra la sirvienta, lo descubre, chilla, pide auxilio. Cipriano se ve desatado al fin. Lo que no ve es el maletín. Van, vienen, corren. El Trompo, en su camastro, se halla en la misma situación: amordazado, preso de manos y pies.

—¿También golpeado?

—Según él, sí; pero no presenta señales de golpes.

—¡Bellaco!

—Eso. Pensamos lo mismo.

—¿Dónde está Cipriano ahora?

—En Santiago, por su Galán de la Burra. Se largó despavorido. Ha delegado su poder en mí. Soy yo desde ayer el abogado.

—¿Y qué piensas de todo esto?

—Lo que tú. Que no hay tal salteo. Un grosero simulacro.

—¿Y qué harás con el Trompo?

—Pregúntame qué hice. Anoche durmió ya en el calabozo.

—¡Caballo Pájaro!

—Bien decía ese huaso don Joaquín. ¿A qué se queda el gato, si no es a lamber el plato?

—Ni conjeturar se necesita. Esto es evidente. ¿Que se llevan el ganado? ¿Que se me brocea la veta? Vengan mis compinches. Salteo y... ya nos repartiremos.

—En fin, ha caído.

José Pedro se paseaba exultante. ¡Zángano, bellaco! ¡Lo que había intrigado, además, ante misia Jesús! Él fue quien denunció las rondas a medianoche, quien produjo la serie de riñas entre madre e hija, quien lo hizo culminar todo en el retiro definitivo a Santiago y el encierro en el convento. ¡Espía, delator y forajido! Por él sufría esa niña lo que sufría.

—Te odia.

—Déjalo. Le pasará lo que al zángano que se pensó afilar el agujijón en una lima y al cabo de tanto fregar se quedó rabón. Ya verá si es duro mi acero.

Entre copas y comentarios, risas y planes, consumieron la noche, hasta recogerse.

Y muy de mañana llegó el propio de La Mielería con carta de misia Carmela Burgos. Rogábales almorzar con ella. No les valdrían excusas, pues no sólo tratábase de que le hicieran «el honor» de sentarse a su mesa; «me acaban de ofrecer derroteros de sumo valor que les urge conocer a ustedes», añadía la señora, y terminaba con un «los espero, pues», que no permitía réplica.

—¿Vamos?

—Ya lo creo. Yo te mando a la tarde a Melipilla en mi coche.

—Bien. Te ayudaré a incluir una viuda entre tus víctimas.

—No jo... robes. Iremos porque sabe siempre mucho de bandoleros esa mujer. Hasta se murmura que con ellos anda cierto protegido suyo.

A mediodía se dirigieron adonde la suntuosa y extraña doña Carmela.

La encontró José Pedro bastante cambiada, con algo muy próximo a la transfiguración. Desde luego, sin aquella tonalidad gris de cuando la visitara por primera vez; un viso granate, fluyendo de ciertos adornos, le bañaba cálidamente la negra tenida. El rostro, en la pasada ocasión marchito y doliente, aun trágico, ahora irradiaba con no se sabía qué arreboles. Sí, eso: casi había, en esta nueva figura, belleza de tarde arrebolada. Tampoco los hombros se le abrían ya como alones de

cóndor enfermo; vibraban con prestancia, y una manteleta que dejaba ella resbalar por su espalda, para recogerla con señorío sobre los antebrazos, suavizábale aún lo que ayer pareciera flacura y se lo hacía gracilidad. La reina loca, en fin, aunque siempre dura, sin morbideces y un tanto varonil, esponjábase de plenitud femenina.

Y bien, llegó a preguntarse José Pedro, ¿cuál es, así, la edad de esta mujer? Con razón Felipe Toledo había podido gastarle aquella broma de añadir una viuda en la lista de aventuras.

Ni durante la charla inicial en el salón ni después almorzando, quiso doña Carmela rozar el punto de su confidencia. Debía transcurrir todo amable, señoril, placentero. La mesa tuvo caracteres de festín palaciego y de comilona criolla: tras algunos bocadillos, un jerez en cristal cortado, la estacional cazuela de pava, luego una gran fuente de plata colmada de pollos, chorizos y otras carnes que asomaban entre frutos de la tierra en conjunto de cornucopia desbordante, y por último derroche de postres.

Sólo se habló del tema confidencial cuando, libres de oídos indiscretos, al sol del corredor interno, bebieron el café y las mistelas.

—Bueno, jóvenes —dijo ella entonces—, comenzaré por una confesión: yo tengo un amigo bandolero. ¡Oh, no pongan ese gesto! No se trata propiamente de amistad. Hay apenas protección, amparo al hijo de mi vieja lavandera ya en el seno del Señor.

—El Pelluco —apuntó José Pedro.

—Exacto. No es un misterio por estos campos. El Pelluco, famoso pero no tan malo. Tiene todavía enmienda. Verán.

La escucharon absortos. El muchacho andaba entre malhechores varios años ya. La policía lo buscaba, y él, entre matorrales hoy, mañana huyendo hacia lugares distantes, veíase precisado a mal vivir. Pero habíasele presentado aquella madrugada, como lo hacía de tiempo en tiempo, cuando le apuraban el hambre o el frío. Quería regenerarse. No había matado, «no le había tocado aún», como tampoco el recibir bala o herida. Sabía que los hechores del salteo a La Mielería eran el Cachocabra y su banda, que al simulacro de San Nicolás habían concurrido los mismos individuos y que ahora escondíanse dispersos. Continuarían así mientras fuera prudente. Luego se reunirían, probablemente cuando el Trompo saliese por insuficiencia de pruebas en su contra. Pues bien, estaba Pelluco dispuesto a servir, si se le aseguraba no prenderlo. Quería que doña Carmela recuperase sus joyas y soñaba con la regeneración para él. Su ensueño final era ingresar a la policía, como tantos lo hicieron.

—Así anda por eso la policía.

—Verdad. Pero el chiquillo está resuelto a volver a la vida honrada.

—¿Dónde podríamos verlo?

—Me prometió regresar. Lo hará de repente, cuando calcule que no corre peligro. Me parece que debemos aprovecharlo y servir a Dios devolviéndole una oveja descarriada.

—¿Lo conoce usted bien, señora?

—Desde que nació. No es malo. Creo en sus propósitos. A mí no me engañaría. Me quiere, me debe ayuda, recurre a mí como a su madrina.

Meditaron, dama y amigos, y al cabo convinieron el plan posible. Garantizaría la gobernación el no perseguir al Pelluco; él, a cambio, fingiéndose fugitivo en riesgo, deambularía siempre, allegado a pícaros y cómplices, tiraría lenguas y acaso, topándose con alguien de la banda del Cachoecabra, lograse lo deseado. Sí, aquello combinaba una buena pesquisa. Al Trompo, valía más no mantenerlo mucho tiempo encerrado, y consentirle visitas, que serían espías. Hasta la libertad condicional, en oportuno instante, resultaría fructuosa. Los polizontes, en tanto, simularían búsqueda, ostentando inepticia y pereza.

—Lo que no les costará gran esfuerzo.

Cuando los dos jóvenes se hubieron metido en el coche para regresar a La Huerta, doña Carmela despidió así a José Pedro, asomándose a la portezuela:

—Pasaré a pagarle la visita, Valverde, tan pronto haya novedad.

—No es preciso que se moleste...

—Ir hacia usted, para una mujer, no será molestia jamás.

Rodando el carruaje, Toledo exclamó:

—¡Qué te parece!

Y José Pedro, entre rubor y risa, repuso:

—Dicen que para una mujer es peor un año de viudez que ciento de soltería. ¡Qué quieres!

Dos tejedoras traman hebras en el telar. Las ha instalado el patrón en una de las habitaciones nuevas de la casa, vasta sala sin destino aún. Van y vienen las lanzaderas en las manos de arcilla roja, un madero baja y aprieta de vez en cuando lo tejido. José Pedro está contento del gris y el verde combinados en franjas, con gradación de matices. Saldrá un poncho tibio para este invierno que tan frío empieza.

Pero no encuentra él mucho que departir con esas mujeres. Tampoco se halla para chácharas. Lluve a torrentes. De mañana recorrió el campo con Sebastián. Allá todo marcha. El viento norte se levantó soplando, arreó nubes y más nubes, como vaquero que rodea y junta piño, y después de las doce las descargó en cataratas.

—¿Qué hacer ahora?

Camina por la estancia oscurecida y resonante. Se detiene ante la gran ventana de poyo bajo, donde la vieja Circuncisión hila su copo, reza y suspira. Para mirar afuera, él tiene que pasar la mano sobre los vidrios empañados por el vaho interior. Aquello comenzó por aguacero estrepitoso. Diríase que amaina ya; pero ese llover tonto, en lenta mansedumbre, lo deprime. Permanece largo rato inmóvil, mirando. Atraviesa el patio, hacia el cobertizo de la leña, una sirvienta. Se cubre la cabeza con el ruedo trasero de la falda y sus zancas de medias caídas sortean los charcos.

Ah, qué depresión sufre José Pedro siempre cuando se ve solo en el caserón y nada puede hacer su natural activo.

Don Joaquín tarda. Está de visita; pero se fue al cerro a vigilar sus caballos y no

volverá tan temprano.

José Pedro se dirige a su cuarto. Leerá. Sus clásicos latinos del «caballo pájaro» en la portada, único libro en que bebe pensamiento y belleza. En el trayecto le cruzan entreveradas por la mente las tejedoras, la criada bajo la lluvia, evocaciones de Chepita en el diluviar de la costa y, también, hoy, esa muchacha, Paulina, la del amasijo, la del moño color de canela y las pupilas amarillosas de perro bueno, tan dulces, tan mansas y tan conmovedoras. Conserva por ella mucho cariño, como por su criaturita, que ya entró a uso de razón y se parece tanto a él. Paulina, blanca pura casi, de mestizaje fino, le causa preocupación. Es sentimental, contradice su teoría de que las huasas quieren a través de la sangre, del celo alzado por el mirar del macho. Esta lo quiere calladita y romántica; y ha pretendido que, así como él tiene varias sirvientas en la casa, la lleve a ella también a su lado. Se lo ha dicho ayer a don Joaquín. El viejo, que para todo guarda una filosofía, le hizo comprender lo inconveniente que sería semejante paso.

Y al verla llorar le dijo:

—Confórmese, hija. Como él la quiere más que a toda otra, el irse usted allá significaría la vida marital. Y no puede ser. No debe ser.

—Cuántos patronos lo hacen.

—Pero hacen mal. Y él, por su rango de familia, por los miramientos...

—Yo sería tan buena.

—Como es ahora, hija.

—Lo serviría como nadie. Su china humilde.

—Pararía en coyunda y... cuando en la yunta un buey es mucho más grande que el otro, el surco se tuerce y sale un adefesio.

Pobre Paulina. Esto lo ha entristecido. Otros años, la primera lluvia lo alegra, lo alborota, lo estimula. Hoy el disturbio gris le ablanda el corazón.

Ya en su pieza, vaga de acá para allá y concluye por tumbarse sobre la cama. Coge su libro, hojea, lee al azar. ¿Por qué no encuentra sino cosas alusivas? Un verso de Ovidio le punza: *Video meliora proboque, deteriora sequor*. El traductor ha puesto: *Veo el bien, lo apruebo, pero hago el mal...* Sufre su conciencia religiosa. Otro, de Virgilio, le fija en Paulina la mente: *Agnosco veteris vestigia flammae...* Sí, él también «reconoce la huella de sus primeros fuegos». Cierra el volumen. El saber de los poetas suele resultar espejo y avergonzar.

Al cabo de intensos minutos ha vuelto a tomar el libro, esta vez deliberadamente, para buscar a Horacio, que como él es fuerte y optimista. Aunque de modo instintivo, él actuó siempre igual. *Carpe diem*, la oda que se ha traducido allí: *Coge la flor que hoy nace alegre, ufana. ¿Quién sabe si otra nacerá mañana?* Se halla por último con la que canta los vinos de Chipre y de Falerno. Muy bien. Beber.

Pide a la Totón una botella del viejo vino de misa y empina sorbo tras sorbo, contra el hielo de la tarde, contra el frío de su ánimo, contra lo que roba su calor a la vida.

Porque algunos sentimientos incomodan y hasta suelen mandar a penas de purgatorio. En fin, don Joaquín supo contestar y evitarle a él una dureza para con la pobre Paulina.

—No; él debe casarse, con su igual y ante Dios.

Algo lo acusa de miserable, sin embargo. Poco a poco el vino va encendiendo su doctrina católica, enfermándosela con fuegos de delirio acaso. Pero es que su existencia ¿no viene a ser bastante triste, pensándolo bien? Desalientan, su bestialidad en el sexo y el fracaso de su camino sentimental. A otro, le habría descorazonado además el mezquino alcance de tanto esfuerzo. Chepita muere, quién sabe si por culpa de él; por su culpa tal vez también el cura muere; por ineptias del ambiente, perece su padre asesinado; la intervención de voluntades pequeñas, pero tenaces, le niegan a Marisabel ahora; los ladrones roban, los interesados en defenderse, como misia Jesús, no se defienden, y pasioncillas miserables, hijas de menguados odios y apetitos, debilitan y anulan las divisas, fuertes. A él, ciertos hechos le condenan, sí. Otros empero señalan... ¿qué? ¿La fatalidad? ¿La insondable voluntad de Dios? ¿Los poderes del Mal? ¡Bah! Desvaría. *Nunc est bibendum*; tiene razón Horacio: hay momentos de beber. Luego, seguirá la vida. Y él se casará, con Marisabel, tarde o temprano, como Dios dispone y como lo aconseja su alcuña. En la exaltación del vino, el Valverde resurge de pronto. ¿Qué se habrá hecho el ex jesuita con su árbol genealógico? Le parece significativo el fenómeno que se cumple en él: mientras vivió el cura, él se desentendió de la estirpe. ¿Sucede siempre que cuando en una familia existe un portablasón, los demás miembros posponen tales orgullos del linaje y, tan pronto el abanderado fallece, otro hay siempre que coge la bandera y la levanta? Él siente imperativo el deber de sostener los emblemas en adelante. Evoca los seis galgos atigrados en campo de sinople. Hasta la palabra heráldica, sinople, obra en su sangre. Se levantarían sus muertos si él formara yunta desigual. Y todos esos ímpetus contra los salteadores ¿merecían tanto ahínco? Defensa y venganza, bien. Luego, que ha jurado ante misia Carmela Burgos dar con los forajidos. Precisa cumplir y no quedar como fanfarrón. Sólo que ya, con el invierno encima... Lo cierto es que se siente desalentado. Pero el Pelluco inició ya tratos con la gobernación, doña Carmela entró en actividad. ¡Qué fastidio! Porque ésa es otra: ha venido la viuda y... él ha pecado con ella. Por vanidad de macho que no desaira, sepa el diablo por qué. ¡Oh, qué fastidio! Al margen de lo triste, le causa insoportable desagrado esta historia. El considerarlo colma su estado de disgusto.

Apura otra copa, y otra. Los pensamientos y la tarde giran y se tienden fatigados, como él sobre su lecho solitario.

Hasta que oye al fin a su puerta el esperado «¿Jojó, patrón?»

—Adelante.

Don Joaco llega lustroso de agua, cuelga el poncho afuera y, al ver a José Pedro recostado, pregunta:

—¿Durmiendo?

—No Flojera... ¡qué sé yo!

—La cama es buena cosa: quien no duerme, al menos reposa. ¡Bueno, bueno, bueno el aguacero! A tiempo llegué con el ganado. Que si me pilla el temporal por el camino...

—Pida unos mates, don Joaco.

Traen el brasero. La tarde agoniza. Pero con el vino, los mates y la charla refranera y jocosa del huaso, José Pedro siente que se obliteran sus retorcimientos emocionales.

—De modo que usted cree, don Joaquín, que todo anda bien así.

—¿Y de qué otra laya puede andar? La vida es enroscada, patrón, como la cola de algunos perros. ¿Y qué? Nos vamos a ponernos como aquella vieja que tenía un quiltro con la cola en rosquete y porfiaba por estirársela. ¡No, pues, señor!

—Impagable, don Joaquín. A su lado, el más confundido se recupera.

El invierno va deslizándose todo él así. Alguna vez, un acontecimiento, es verdad, pero sin exigencia de acción inmediata; mera noticia que llega para espolear la inquietud nerviosa de José Pedro, cuya vehemencia se acumula en espera de la hora de obrar y resolver lo pendiente. Ruedan nubes y ruedan días y semanas. Cuando escampa o «llueve al tranco», según frase de Sebastián, sale a caballo el patrón para ver los hornos carboneros, las leñas, los trigos. Da por ahí el encuentro al mayordomo. Los perros de amo y criado se juntan jubilosos.

—¡Busca, busca! —dice uno al Valiente.

El can, sin saber a qué lo mandan, parte al sesgo, en galopito ridículo y alerta. Vuelve la cabeza de trecho en trecho, interrogantes las orejas, preguntando aún con ladridos juguetones. Al fin retorna. Sebastián azuza a los suyos entonces, y ahora corren los tres, abiertos en abanico, veloces. Brincan entre pastos y manojos, ladran, levantan alguna perdiz.

Los dos huasos ríen y siguen marchando bajo sus ponchos húmedos.

Hay aguaceros alegres, que tratan al campesino como amigos colaboradores y embellecen el paisaje. Silencian todos los ruidos, musicalizan en sordina los mugidos distantes, llenan los grandes ámbitos del campo con una luz gris y muy suave y un olor a greda y verdor. No rayan violentos el aire; lo perlan de gotitas mansas, barnizan los plumeros de las palmas y la hoja perenne de molles y boldos, dibujan a tinta china los troncos y ramajes desnudos y, sobre todo, alimentan con ritmo y medida los trigales y se introducen discretos y sin desperdicio en la esponja de la tierra. Sobre las crestas empinadas flotan entonces brumas azulosas, orlas o tentáculos de las nubes, y viajan, como eligiendo los puntos en que deben licuarse. El invierno es en tales momentos música y color, gloria y bondad, parece labrador que bajara del cielo y aun artista que anunciase la estética en las almas rústicas que la desconocen.

Si hace buen tiempo, suele aparecer doña Carmela en su coche. Alguna fuente sabrosa trae, y alguna bandeja de dulces. Dama y buenmozo comen y beben, juegan a

la brisca junto al brasero, y la llama pecadora del alcohol... hace caer a José Pedro en la hoguera. ¡En fin! Cosas de la soledad y de la tentación.

Cuando el temporal ruge, siempre hay para el patrón jinete unas riendas que trenzar o unos pellones que requieren escarmenada. Sin embargo, en cuanto amaina el diluvio, él se cala botas y poncho, monta y se dirige a estudiar las avenidas del agua que llueve, las hoyas, las pequeñas cuencas convertibles en represas.

Desde años atrás esta observación hidrológica lo seduce. Construir un tranque al cual vayan a guardarse todas las corrientes invernales, para él es viejo ensueño. Obra cara, cierto. Más hacedero, ya que sólo impondría pequeños y paulatinos gastos, se le ocurre un sistema de represas menores, destinada cada cual a coleccionar el agua para su próximo valle. Mas el *desiderátum* está sin duda en aquel estero del confín. Aunque le obsesiona, va raras veces por allá: en él se ahogó, acaso por culpa suya, el pobre niño Rosamel, y eso le empaña el alma. Pues ahí se halla, no obstante, la solución definitiva, lo que haría campo de regadío todas las tierras planas de La Huerta. Sólo que corre a la espalda de la última loma, el arroyo maldito, y sin paso alguno hacia la hacienda propiamente agrícola. Para utilizarlo, para regar con su corriente inagotable y de toda estación, sería menester un túnel. Cierta día prolonga su andar hasta él, y mide, y calcula: no habría que perforar más de ciento cincuenta varas. Con veinte hombres, en un verano el socavón traspasaría de un lado a otro la loma. Los tiene, suman la treintena los peones del fundo; pero no es cosa de paralizar las faenas de labranza. ¡Ah, si él fuera Vicuña Mackenna, sacaría los presos de la cárcel melipillana y «voluntariamente, del todo voluntariamente», los malvados, redimiéndose, cumplirían obra de progreso y patriotismo! La Huerta duplicaría su valor. Chile aumentaría su riqueza, y él, último Valverde, eslabonaría lo suyo a la cadena civilizadora que la familia realiza desde los tiempos de Pizarro en el Perú hasta los de don José Vicente y don José María por el Maule y el Maipo.

Así, el más criollo de su linaje, candente de fe, afiebra sus horas de creación.

Un día entre los plomizos días de aquellos meses, al término de sus andanzas en trance de concebir, encuentra en las casas a Felipe Toledo. Aporta novedades que dictan movimiento: el Pelluco ha cogido la hebra. Cierta español, dueño de un despacho en el camino a Codigua, compró dos diamantes y una pella de oro majado que, a lógico suponer, pertenecen a las joyas robadas en el salteo de La Mielería. Tan pronto como ello se ha sabido, Felipe ha ido a prender al comerciante; a medianoche y cuidando no ser visto y que nadie tome contacto con el preso.

Cuando el gobernador hace comparecer al español ante su estrado, ya tiene combinado su plan de investigaciones con el secretario y José Pedro.

Entra el detenido. Es un aragonés flaco y vejancón, pequeño, rubio y de cejas como viseras. Camina cual si callos muy dolorosos en las plantas le obligasen a una reverencia por cada paso que avanza, y pronuncia como eres las eses cuando preceden a la d.

—Buenor días —dice al presentarse.

El policía que lo ha introducido se retira y el interrogatorio se desarrolla severo, atemorizante, militar como el gobernador. José Pedro y el secretario actúan como testigos. Pero se ha enredado a poco el diálogo de tal manera, que juzga el gobernador necesario resumir.

—Veamos. Si no habla usted claro y preciso por la razón, otro recurso lo hará cantar. ¿Dice que a quién compró eso? Explíquese bien.

—Repito que a dos caminantes, señor gobernador, dos infelices.

—¿Que se llaman...?

—Pues vaya uno a saberlo. Llegaron los dos una noche a mi almacén. El uno pequeñín, pero joven y fornido; el otro mar débil y entrado en años. Pidió el chico los dados, jugaron litro y medio y, bebido que lo hubieron, se marchaban ya, muy callaus, cuando el más menudo vuelve desde la puerta y me dice: «A ver, don, ¿cuánto me pasaría por esto?» Yo, señor gobernador, que allí en mi tierra he visto sortijas y pendientes así de gordos, pues reconozco los diamantes como buenos y le digo: «¡Rediez! ¿De dónde han sacado esto?» Y ellos me cuentan haberlo encontrado en el suelo, en el paradero de las diligencias, envuelto en un pañolito.

—Como quien se encuentra la Virgen en un trapito.

—Ea, ¿qué quiere usted, señor gobernador?

—¿Y?

—Nada. Que les creo y hago el negocio.

—Buena pieza es usted.

—Señor gobernador, honra a carta cabal desde que me parió mi madre.

—Un bribón.

—En los días de mi vida me habían tratado así.

—¿No comprendió que tenía que ser esto el fruto de un salteo?

—Dios me castigue por obtuso; pero pensé que cualquiera puede tener un hallazgo en la calle, que hasta milagros se han visto.

—Basta ya.

Conversan en voz baja el gobernador, Toledo y Valverde. Al cabo conminan al aragonés: o sirve a la pesquisa o lo meten a la cárcel por encubridor y cómplice. Si jura fidelidad en la connivencia, podrá continuar en su taberna. Debe allí guardar secreto de lo sucedido y tratar de que los pícaros le vendan las joyas restantes. El dinero le será reintegrado. A la vez, indagará cuanto sea posible. Ya recibirá visitas de quien ha de transmitir las comunicaciones. El éxito le significaría protección de las autoridades, la traición le costará la vida, y la ineficacia, el presidio.

—Conque a ingeniarse. ¿Conviene?

—Convenido, señor. Y juro que me tiraré a matar.

El resto del invierno transcurre sin más que algunas noticias muy bien guardadas. Misa Carmela reconoció los brillantes: eran sus solitarios. Por lo demás, el Trompo ha sido puesto en libertad y vagabundea, ya despedido de San Nicolás, por los contornos, haciendo negocios con los reales de sus economías. En el proceso de los

vacunos, el juez ha sobreseído y aun ha impuesto a José Pedro multa de cinco pesos. Puede que todo ello dé fruto: la confianza desplegará las alas del buitre.

Y el tiempo marcha.

La viuda está radiante, rejuvenecida. Una mañana de sol, en que giran grandes cúmulos amarillos sobre los cielos azules y un volantín anticipa, desde un potrero, visiones primaverales, se la encuentra José Pedro, amazona en yegua tordilla, muy de largo ropón y fusta europea, conversando con los Lauros enfrente de la capilla.

—Vengo a comprarle, Valverde, un tronco de tiro para mi coche. Los pobres jamelgos que tengo ya me fallan en viajes largos.

Dos alazanes desmalrados, poderosos y de talle, le llegan esa misma tarde, y de regalo, por cierto.

Pero los Lauros cuentan a su patrón, cuanto charló la señora: de repente, tras de mirarlo y considerarlo todo en redor, ha exclamado:

—Aquí hace falta una mujer, ¿no les parece? Esto no es casa; cuando más, el albergue de un señor en medio de una tribu. Esas monturas metidas en el dormitorio, esos salones vacíos, ese comedor desmantelado, sin un ramo de flores jamás y con chuicos arrinconados como en los chincheles... No, no, no. Si de ninguna pared cuelga el menor cuadro; no hay un espejo, ni una pobre cortina para defenderse de los aires que se cuelan por las rendijas. Mucho, mucho falta la señora, la patrona. Valverde se debería casar.

—¿Así dijo?

—Con las mismas palabras.

A José Pedro no le ha hecho gracia la opinión, por intencionada. Esa mujer sueña para sí. La ilusión y el refresco de sus funciones sexuales le han remozado corazón y organismo. Asoma el amor de los cincuenta años en salud fogosa. En efecto, se ha rejuvenecido en todas las formas. Hasta la mirada de reina loca lleva hoy encendida cierta luz que transfigura la persona y los seres y las cosas que la enmarcan.

El buenmozo, entonces, vuélvese de medio lado y sonrío; pero bajo la barba rubia, su mandíbula toma el perfil de la del cura orgulloso, diríase que masca molestia con la sonrisa.

—Mía es la culpa —balbucea.

Y se va.

Los Lauros cambian nuevas miradas de malicia y entran en la llavería cuchicheando. Sí, ellos también echan de menos una patrona gran señora. La casa llena de chinas... ¡qué pecado! Y desde la muerte del señor cura, ¿cuándo se dice misa? Ya Mauro no es sacristán; llaverero a secas. Don Pepito está muy olvidado de Dios. Una patrona conseguiría traer un sacerdote, siquiera los domingos, y se reanudaría el culto.

Ella, cada día más culiparada y más patiabierta, balanceándose de un talón a otro siempre, ha ido subiendo insensiblemente la voz. El marido la contiene:

—¡Chit! Vamos a la cuenta de la galleta, que si él nos oyera... ¡María Santísima!

El domingo es llamado José Pedro a Melipilla para imponerse de nuevas importantes. Ya el español está comprando las joyas intactas. Ha convencido a los bandoleros de que él será el mejor agente de la banda, porque tiene paisanos en Santiago que comprarán las alhajas, las transformarán y las negociarán en el comercio. La cuadrilla se compone del Cachoecabra, el Culón y los dos Toribios. El Pelluco se ha incorporado como «loro». Fraguan, para cuando le hayan vendido todos los aderezos, un salteo al español para recuperarlo; aunque dudan entre hacerlo y conservar al «godo flacuchento», como lo apodan, a fin de que siga sirviéndoles. Pero el Pelluco les aconseja el asalto al aragonés, a sangre y fuego. «¿Se figuran —les argumenta— que todos los días van a pillar joyas en los golpes que den?» Parecen inclinados al fin al salteo. En cuanto lo decidan, el Pelluco acudirá con el aviso a misia Carmela; pues él quiere la gloria, no para la policía, sino para don Pepito Valverde y su pelotón bravo. El gobernador y el secretario también lo prefieren así «todo entre hombres, ajeno a los polizontes maricas y al código en dos patas».

Desde aquel viaje, pues, José Pedro mantiene alertos a sus muchachos, listas las *pívoris*, repletas de tiros las cananas y en potrero cercano las mejores bestias.

Esta vez naide nos vido llegar al pueblo, don Gallo.

—Porque os guíé yo. ¡Miren qué gracia!

—Y así —añade Buenas Peras— viniéndote de a uno acá, tampoco han llamao la atención. Como siempre los que me traen sus caballos a herrar entran y los dejan acorrالاos hasta el día siguiente...

Hablan en la oscuridad, bajo el galpón del herrador. La noche ha cerrado negra y fría, como está la fragua también a esas horas. Tan sólo fulgen, cuando chupan los fumadores, los fuegos de los cigarros. Pero se reconocen los seis hombres por la voz: el Gallo, el herrero, don Eliecer y los tres muchachos guapos de La Huerta.

—¿Quién falta?

—El patrón no más.

—Por ehi ha de venir con don Joaco.

—Bien que haigan treído las dos *pívoris* que tenían allá de sobra.

—Al Trompo ¿icen que lo tomaron?

—Buena precaución.

—¿Quién te contó eso, Buenas Peras?

—Vos mesmo, pues, Gallo. Que mandó el gobernador a seguirlo desde por la mañana y que a la oración le armó no sé quién camorra en una chingana y el paco se lo llevó preso, ¿ah?, ¿no me dijiste?

—¡Ahi'ta! Buen modo de componerla. A *buenas peras* no hay quien te la gane.

En el barro endurecido del camino se siente pisar de cabalgaduras que paran la marcha. Se suspende la risa dentro.

—Yo abriré —decide Buenas Peras para cortar las burlas.

Bate sin ruido el portón, y dos jinetes penetran montados. El uno es José Pedro. Lo sigue don Joaquín. Se apean.

—Buenas Peras.

—¿Don Pepe?

—Oígame. Oigan todos. Los bribones ya están en el despacho del español. El Pelluco hace de «loro» por este lado; pero han puesto ellos al Toribio Chico por el de Codigua, en pleno camino. Hay que anularlo.

—Que vaya un hombre.

—Tú, Cachafaz.

Instruyen al mozo: se deslizará por dentro, por el potrero, apegándose a los álamos de la orilla. Si ve que puede, con el lazo lo agarra en silencio; si no, lo espía y en el instante oportuno usa la carabina.

—Y a voltearlo al tiro.

Cachafaz sube a caballo.

—Espera. Otra cosa. Acérquense todos. En cuanto se den cuenta del peligro, saldrán a escape. Tienen sus bestias listas en la vara, delante del almacén. Si alguien que no les despierte sospecha hallara el recurso de inutilizar esos animales...

—Su amigo, don Pepe. Yo voy —se adelanta el Gallo—. Y ya sé cómo lo haré. Pero Cachafaz, entonces, que me dé tiempo, sin alarmar.

—Te quedas aquí hasta que vuelva él.

Cabalga el matón y parte. Se aleja por la carretera, lerdo el tranco, fingiéndose viajero rezagado y borrachón. No dista una cuadra, por lo demás, el tugurio del aragonés. En el trayecto no hay un solo rancho; únicamente las dos alamedas quietas al sereno helado. Y una inmovilidad de ansia diríase que se ha infundido en todas las cosas.

José Pedro reúne a su gente. Quiere informarles aún:

—El plan de los pícaros está completo en mi poder. Ahora juegan a los dados y empinan el codo, aguardando a que les prevenga el español que ha sonado la hora de cerrar. Entonces se tirarán el salto. El Pelluco, tan luego empiece la danza, balará como cabra tres veces. A esa voz, nosotros nos les dejamos caer encima, como rayos, con todo empuje, sin piedad.

—¡Aura sí, miéchica! —exclama Bruno—. ¡Con chivateo, niños!

Un calofrío crispera los cuerpos de los hombres todos, que se dirigen a sus monturas, aprietan cinchas y montan. Buen rato aún, José Pedro escucha tras el portón, y atisba, dominando la impaciencia. Los minutos se alargan. La noche parece detenida, negra y brillante. Comenzó a helar temprano y en el cielo cristalizan estrellas de hielo.

Hay un momento en que dice la voz meliflua de don Eliecer en la sombra:

—No quisiera verme yo en el pellejo del «godo flacuchento» ¡Cómo estará!

—Como quien se halla con un pie en el aire y el otro pisando en una concha de jabón.

No ha concluido el regocijo por la ocurrencia de don Joaquín, cuando regresa el Gallo. Ha cumplido su misión.

—¿Qué hubo?

—Listo. Amarré mi yegua en la vara, inocente como un bendito, entré de un trastabillón, haciéndome el cufifo, y pedí aguardiente. «¡Chitas que hace frío! ¡Y a esto llaman primavera! Deme del fuerte», le dije al godó. «Pues mi anisado es de lo mejor», me contesta y me sirve la cachá. Yo, de reajo, ¡claro!, miro. Son tres. Desde la mesa del rincón, no me pierden gesto ni palabra. Debajo de las mantas esconden los chocos. Casi pisándome los talones había entrado el Pelluco, y algo les sopla que los tranquiliza, porque siguen jugando. Total, señor, que me quejo por tener que muchucarme el traste con una noche tan perra, me repito el trago de aguachucho y me largo muy campante. Y aura lo bueno: de paso a desatar mi yegua, desenvaino el cuchillo y a tajos de buen pulso voy cortando las tres cinchas de los malditos. ¡Habrá que verlos cuando metan pata en el estribo y se les venga el apero abajo!

—¡Puchas el Gallo regalo!

—¡Eso es de hombre!

—Tú ahora, Cachafaz. Ya. Mucha vista y... duro.

—Mira que de vos depende que mientras carguemos nosotros no nos afusile por la espalda el Toribio.

Sale Cachafaz y empiezan a pesar los minutos.

Pero todo se precipita inopinadamente. Suena un disparo por el lado hacia el cual se fue Cachafaz. La bala pasa maullando arriba, más bien con la estridencia de una uña gigante que rasgase la tela del aire; con ello, la cabra cómplice triplica su balido, urgiendo: la luz del despacho se apaga, y el tropel de José Pedro se lanza entre loco vocerío contra la casa oscurecida.

No han hecho medio trayecto cuando reciben la primera descarga de los forajidos. Rueda muerto el caballo de Pascualote; pero cede don Joaquín el suyo y el muchachón salta sobre su lomo nuevo. Los disparos del pelotón bravo empiezan casi en el terreno mismo del enemigo. Cesan por breve instante los fogonazos de los bandoleros, se presiente que los tres hombres cuelan pies en sus estribos, pero cuerpos y monturas se derrumban entre maldiciones.

—¡Trillarlos, trillarlos! —grita rápido José Pedro.

Y allí, donde los bultos se tumban y luchan por levantarse, veinte cascos herrados pisotean, se revuelven, pasan y repasan. Gemidos, insultos y blasfemias se confunden con los golpes en blando que pegan las culatas y las cachas de los puñales. Algún acero destella en la sombra confusa. Olor a sangre y sudores enardecen más y más a los bravos... Hasta que se va reduciendo el tumulto al acezar de unos que aguantan en el suelo y otros que amarran sus presas vencidas.

Sólo allá, por el rumbo de Codigua, las detonaciones continúan. Dialogan. Revelan persecución y defensa en fuga. De pronto un lejano alarido se alza, como proyectil cruza la noche y huye, semejante a un dolor corporizado que se alejara y extinguiese. Y cesan los tiros.

—¡Caballo Pájaro! —vitorrea José Pedro entonces.

Y consumada su victoria, golpea en la puerta.

El aragonés asoma por fin con una lámpara encendida y el semblante amarillo de interrogación y susto.

—Ayude, hombre.

—¿Viene algún herido?

No. Hay algunos tajos que cortaron botas y ropas y apenas alcanzaron carnes. A José Pedro le sangran los puños: tanto golpearon que, tropezando en filos tal vez... Sangre propia, sí; aunque ha de haberla más ajena. Sin embargo, nada grave; puesto que las manos pueden ir poniendo encima del mostrador las carabinas recortadas y los puñales conquistados.

Cuando acaban de arrastrar a la luz los cuerpos cautivos y los acuclillan vueltos contra la pared, en el umbral negro aparece Cachafaz con su Toribio sujeto codo con codo. Todos los ojos registran la vencida figura: cabizbajo, el Toribio Chico esconde la vista bajo la pelambreira desmelenada sobre el rostro. Por una boca del pantalón le fluye un hilo de sangre oscura, que luego estría el tobillo y encharca la ojota.

—Lo pillaste.

—¿Se te arrancaba?

—¿Cómo fue?

Cachafaz, fiel a su carácter, por única respuesta rehuye hacia un lado la cara y abre la muda risa de su boca toda blanca de dientes. Luego, tras de atender muy erguido a José Pedro que le ha puesto la mano en el hombro y lo aprueba, agrega un choco y una daga más al acopio del mesón.

Y el Gallo está distribuyendo tragos con el cacho de aguardiente, cuando un tropel hace alto en la carretera.

—El gobernador —anuncia Pascualote.

Los demás, agolpados a la puerta, van añadiendo:

—Con el secretario.

—Y a buena hora, ¡los polizontes!

—El compadre Eliecer, que fue a buscarlos.

—¡Qué! ¿Traen también el carretón basurero?

—Pa llevarse las piltrafas, pus Gallo.

Pero de repente han callado todos y han despejado la puerta. Alto hasta casi rozar el dintel, entero de negro, de chambergo, manta y bastón de mando, se presenta el gobernador. Sobre la bufanda que lo emboza, monta el pico de su nariz militar.

Avanza en seguida para estrechar y sacudir, la mano de José Pedro.

—Bien —ordena después—, manos a la obra entonces.

Polizontes y muchachos entréganse a subir bandoleros al carro.

En marcha ya la caravana policial, proceden los demás a revisar sus bestias. Quedaron algunas con patas o brazuelos abiertos a cuchilladas; pero como don Joaco reservó remonta en el corral del herrador, allá todos mudan montura, y aun hay para el aragonés.

No tardan así en emprender camino al pueblo.

Va orgullosa y en bullicio la cabalgata, desenvolviendo comentarios y contando trances de la refriega.

—Y a todo esto —recuerda el herrero de improviso—, ¿quién recogió las joyas?

—¿Cuáles?

—Las que se querían robar.

—Cuantúa que las depositó el goda en la gobernación. ¿O creís a don Pepe buenas peras como tú?

Tras el coro de risotadas, el flautín de don Eliecer suena:

—El Pelluco ha de aguardarnos allá custodiándolas.

Vuelven a reír y el español espera la pausa y suspira desde su caballo:

—Pues yo vengo pensando en lar docenas de pesos que llevo aflojadas al Cachoecabra. ¡Dios me lar deje ver antes de llevarme!

Son de carcajadas las descargas que atruenan ahora la noche indiferente.

No nacen los hombres de acción para disfrutar sus triunfos en paz. Riñe con el pulso de sus venas un placentero reposo tras la obra cumplida. Aun cuando mucho hayan realizado y se hallen solitarios y en lugar desierto, descubrirán siempre alguna montaña que remover, porque sólo variando de actividad descansan. José Pedro, pues, no pudo estarse inactivo después de su hazaña. Era mucha y muy imperativa su inquietud. Ella era su esencia y su razón de vivir. Atar, durante los días que siguieron, todos los cabos sueltos, rematar lo inconcluso y aun atender a consecuencias, no le bastó; entretúvole apenas, como al general enterrar los cadáveres a raíz de una batalla. Luego debía latir en él renovado y robustecido, el ritmo del hombre de acción.

Adivino empero la nueva empresa por tan lógica concatenación de lo hecho con las fuerzas ciegas del espíritu emprendedor, que aquello, más que un acontecer, fue un fluir y continuar. La primavera tuvo primero para él fronda de victoriosos trajines y fiestas jubilosas: todas las joyas se recuperaron; hubo rescate casi total del dinero que diera el español a los salteadores, y la maniabierta doña Carmela Burgos, de muy noble gana, saldó el déficit de la cuenta. Más aún: al concluirse la cosecha de las «papas nuevas de octubre», la dama celebró a sus héroes en La Mielería. Lo hizo con un mingaco. Asistieron a esta comilona campestre, bajo verde ramada y en medio de la tierra recién despanzurrada y olorosa, todos los personajes de la proeza, de gobernador y secretario a compadres, Gallo y aragonés, y desde Valverde y sus bravos hasta el ya tácitamente sobreseído Pelluco. Cuando de las dos vaquillas «asadas al estandarte» no quedaron sino huesos para roer de carnes; cuando las papas tiernas, consumidas con todo su hollejo sabroso, fueron solo un dejo de las cutículas fragantes en los paladares y el ají un estímulo en las gargantas para vaciar las últimas damajuanas; cuando en fin el arpa, el guitarrón y la vihuela entraron en tanda y prolongaron con cuecas, tonadas, payas y cogollos los arreboles del atardecer, hubo todavía entrega de recompensas: cada muchacho del pelotón bravo recibió un caballo

ensillado como regalo de la viuda.

Por llegar tamaña esplendidez a los mocetones en abundamiento de la vaca parida con que José Pedro había ya premiado a cada cual, don Joaquín sintiose obligado a componer un cogollo:

Y él en persona, con tamboreo y coro de las cantoras en seguida, lo lanzó al viento:

*¡Qué viva misia Carmela,
cogollo y flor de matico!
No dirá aquí el más borrico
que el pobre paga las velas
y el milagro es para el rico.*

No tenía fondo el tonel de sus refranes e ingeniosidades.

Hubo, pues, criolla celebración y frenético jolgorio.

Mas todo eso pasó. En los días que sobrevinieron, Felipe Toledo advirtió en José Pedro repentinos silencios, momentos absortos, algo en suma que le fruncía el ceño a intermitencias y lo mostraba preocupado.

Terminó por preguntarle, medio en serio, medio en broma:

—¿Ausencias del corazón, Pepe?

—No puedo negarlo —confesó él—. Me inquieta demasiado ya esto de no haber conseguido la menor noticia de Marisabel.

—¡Qué manera de ocultar a una criatura!

—Así es. Yo confiaba en que nos traería el invierno un suceso que lo cambiaría todo en mi favor. Sin embargo, va corriendo la primavera y... ¡nada! Tendré que ir a Santiago y provocar... violentar una crisis.

—¿Cuándo piensas ir?

—No sé. Porque hay otro asunto que me afiebra y que necesito llevar a la capital en busca de solución también. Tú puedes ayudarme.

—A ver, habla.

—Es mi proyecto de captar las aguas del estero. Ya tengo el problema bien estudiado. Se trata de abrir un socavón en la loma que se interpone, como tú sabes. Como ribereño, tengo derecho a esas aguas. Pero hay más: todos los valles que continúan del mío hacia la costa, incluso el de La Mielería, están pidiendo que se les dé riego. Ese caudal hoy se pierde: corre a desembocar en el Maipo y de ahí se derrama en el mar, sin beneficio para nadie.

—Obra difícil.

—No lo creas. Misia Carmela contribuirá con algunos gastos y algunos peones. Me lo ha dicho. Yo pondría mi parte. Sin embargo, como los trabajos deberán hacerse durante la estación de cosechas y trillas, no dispondríamos de muchos brazos, no perforaríamos en todo el verano las ciento cincuenta varas necesarias, si el gobierno

se negase a prestarnos ayuda.

—¡Hem! Gastos...

—No. Al contrario.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Ante todo, patrocinio del gobernador. Que visite los lugares, que se forme juicio de la obra de progreso y que informe favorablemente la petición que yo eleve al gobierno.

—¿La cual sería...?

—Que así como a Vicuña Mackenna le permitieron disponer de los presos de la cárcel para transformar el Santa Lucía, se me faciliten a mí esos malhechores encarcelados en Melipilla, algunos de los cuales he apresado yo, con riesgo de mi vida. ¿Te parece mucho pedir? En tres o cuatro meses me comprometo a convertir en campos de regadío, en fuente de riqueza nacional muchas tierras sedientas. Y sin costo alguno para el Fisco; al revés, con economía, porque durante esas faenas entre misia Carmela y yo mantendremos a los reos.

Felipe Toledo permaneció mudo. Le desconcertaba tanto empuje. Comprendía cuán admirable resultaban, en teoría, tales sueños. Sólo que a la vez le parecía algo delirante. Llegó a imaginarse que allá, en los graves estrados del gobierno, tomarían a Pepe Valverde por uno de tantos chiflados, audaces fuera de órbita, que frecuentan pasillos y antesalas con una ilusión en veinte pliegos bajo el brazo.

—Te veo con cara de duda.

—No. Pienso únicamente que allá se atienden por lo general a un estricto concepto del uso legítimo de la autoridad.

—¡Pamplinas! Así no se hacen países.

—El trabajo forzado...

—Si la harán «voluntariamente», como le trabajaron a Vicuña Mackenna. Me apoyaré yo en don Benjamín. Y hasta le hablaré. Tú, aquí, prepárame al gobernador.

—Eso, desde luego.

Recibió Toledo del viejo militar la primera sorpresa; porque celebró la idea, concurrió a los suelos secos, conversó con doña Carmela y otros vecinos menores y regresó contagiado, encendido de patriotismo y afán creador.

—Pues me parece un rajadiablos estupendo, este mocito Valverde —dijo por último al perplejo secretario.

—En efecto, un tipazo de ñeque, ¿no?

—Son éstos los tipos que nos hacen falta, los que nos dejaron felizmente, sembrados por aquí y por allá, los conquistadores, y que luchan a vencer o morir, incansables, a veces crueles, pero crueles consigo mismo también, y van creando, de espaldas a la política, entre delirios, barrabasadas y porfías, un futuro fuerte y rico para Chile.

—Entonces ¿irá usted a Santiago con él?

—Ya lo creo. Usted, letrado, estúdieme bases legales, precedentes,

argumentaciones.

Semanas después, en dos coches, el de la gobernación y el de la viuda de Burgos, entraban a la capital un denuedo militar, el señorío de una reina loca enamorada y la fiebre de un criollo de acción, y movían relaciones y eran recibidos en audiencias y escuchados. Misia Carmela, emparentada con el Presidente; José Pedro, en gracia de don Benjamín, y el gobernador con su testimonio y su informe optimista, consiguieron el decreto apetecido: «Considerando: que ha de ser atención preferente del Estado el propender a que las tierras baldías se incorporen a los campos de labranza y producción...»

Y volvieron a Melipilla para reducir a fórmula práctica el ensueño.

Las noticias que obtuvo José Pedro en Santiago acerca de Marisabel fueron en cambio descorazonadoras. Buscó a Cipriano Correa y oyó de sus labios cuanto había sucedido. Misia Jesús, de la noche a la mañana, desapareció de la ciudad con su hija. Si nadie supo antes en qué convento estuvo la niña recluida, igualmente se ignoró al principio adónde habíanse dirigido. Una hipoteca más gravaba su hacienda de San Nicolás. El prestamista, «por compromiso, no por agio», resultó ser Cipriano. Luego, sigilosamente, madre e hija se marcharon. Aquello se realizó a mediados del invierno.

—¿En julio?

—En julio. ¿Por qué lo preguntas?

José Pedro clavó los ojos en el gordiflón y, sin responderle, lo volvió a interrogar:

—¿Se fueron... a pesar de todo?

Como un eco sin significación, repitió el hipócrita:

—A pesar de todo.

Y estás tú en el secreto, por cierto, de dónde se encuentran.

Sí, había datos fidedignos. Se hallaban por La Serena, en el fundo de una tía vieja y muy rica, de donde no pensaban salir sino más adelante, cuando se les enderezaran las finanzas y para cumplir el antiguo anhelo de un viaje a París.

No quiso José Pedro averiguar más. Su cólera poníale al borde del desengaño. Nunca dudó de que Marisabel le amase. Aun comprendía que necesaria, forzosamente tal debía ser el estado de sus sentimientos. Pero el hecho era que ahora, ya libre de la clausura conventual, no se concebía el no echar al correo una carta y explicar la conducta. ¿Por qué aquel silencio? ¿Le representaría misia Jesús conmovedoras comedias de madre anciana e infeliz? ¿Le arrancaría juramentos? ¿Mediaría persuasión del confesor? Quizás de todo ello hubiese una malla.

Retornó a La Huerta en ese ánimo vecino al de la cancelación, que se suele producir en los fuertes, aunque sea con carácter transitorio, y como quien entorna una puerta sobre el corazón, miró sólo hacia su túnel.

Comió en silencio la noche de su llegada.

Cuando la Totón entró al final, tras de permanecer un rato con los antebrazos en equis encima de la barriguilla, le preguntó:

—¿Ha sabido, patrón, algo de la niña?

Él repuso:

—Algo, sí.

E iba tal vez a contar ese algo; pero el germen de un sollozo le apretó la garganta.

Esperó la vieja un minuto, llena de anhelo. Su silueta gris, gris de ropas, de pelo y de pupilas, tembló al reflejo de aquella emoción contenida, y al cabo halló cómo variar el tema:

—¿Ha pasado su mercé al salón? ¿Ha visto?

—¿Qué?

—Mientras andaba de viaje su mercé, vinieron tres carretas de La Mielería, descargaron unos muebles y la llavera de allá con los Lauros llenaron de lujos el salón. Sofá, poltronas, sillas, espejos, mesa y consolas con mármol, de cuanto hay. Y se pusieron a darles arreglo, y lo han dejado tan lindo... ¿Pero no sabía nada su mercé? Es regalo de Misia Carmela, que dicen que está muy agradecida...

José Pedro se quedó con la vista en el vacío.

Al fin encogiose de hombros y, entre suspiros y protestas, masculló:

—¡Eh! Vieja de mierda. Yo tengo la culpa.

La Totón se santiguó, reprimiendo la risa, y deslizándose desapareció del comedor.

La llamó él poco después.

—Totón —le previno—, yo no he dicho nada, tú no me has oído nada, ¿entiendes? Misia Carmela es una noble dama.

—Sí, patrón.

—Bien. Tráeme otro poco de vino.

Al llenarle la copa, le ofreció la vieja de nuevo:

—¿Le llevo una lámpara? ¿De veras no quiere su mercé ver esas linduras?

—No.

—Los Lauros se quedaron boquiabiertos. ¡Y un celebrar a la señora, Virgen Santa! Hasta se les antojó que si el patrón se casara con ella, los dos fondos harían uno, inmenso, el mejor de estos lados... Y... ¡quién sabe, también!

—¿Estás loca, Totón, o me tiras la lengua?

—¡Líbreme Dios! Una ocurrencia no más.

—Pues cállate. Nunca, entiéndelo bien, eso ¡nunca! Yo, José Pedro Valverde, soy yo y nadie más que yo. Y me gusta que brame cada toro en su encierra, él solo, soberano. Y lárgate a dormir.

Fue necesario que le visitara doña Carmela Burgos una tarde para que conociera él aquellas pompas. Entró al salón cual si nada nuevo hubiese allí. No dio las gracias a la dama. Tampoco tuvo más expresión reprobatoria su orgullo que aquel mutismo soberbio.

Ella lo comprendió y, acaso por primera vez en su vida, la sedujo el sentirse sumisa a un amo.

Se lanzó José Pedro en seguida con ahínco sobre su loma. Niveló, estacó, midió,

acumuló pólvora e hizo construir una barraca para hospedar reos y recoger herramientas. Se abriría el socavón del modo que resultase más corto. Remontando el estero hasta cierta distancia, el agua se captaría en alturas y bajaría suavemente por un canal que abocaría el túnel a media falda. Allí el cerro era más angosto.

—¡Magnífico! —le dijo al ver aquello el gobernador—. Usted tiene instinto de ingeniero, Valverde.

—¡Sí, mucho! Nada, señor. Mire, los huasos aprendemos estas cosas de las mulas. Cuando quiera usted trazar un camino, y lo mismo en un canal, eche a trajinar por el terreno sus mulares cargados. Verá que pisan y marcan el sendero más corto, el de mejor nivel, con la más liviana gradiente. Son grandes ingenieros, las mulas. No me vaya a llamar usted ahora el macho Valverde.

—Muy macho, amigo, pero en otro sentido.

Reían así en cada visita de inspección que practicaba el celoso militar.

Y se trabajó todo el verano con veinte forzados «absolutamente voluntarios» y algunos braceros de La Huerta y de La Mielería. La vigilancia de tanta gente peligrosa, aunque mandara el alcaide cuatro polizontes del presidio, estuvo a cargo del pelotón con sus pívoris. Hasta que, mediando marzo, un día de oro y ardiente de chicharras, alzáronse las compuertas y se coló el agua del valle húmedo al sediento.

Deliraron las horas entre meriendas, música y cohetes voladores. Al crepúsculo, autoridades y vecinos habíanse despedido. Desde sus cadenas emblemáticas del frente de la casa, José Pedro los vio irse callejón afuera, entre polvareda de jinetes y carruajes.

Estúvose largo rato sentado sobre la guirnalda de gruesos eslabones.

Fumaba, en silencio, grave, algo triste y algo coléricos los ojos, cuando sonaron a su espalda las voces de los dos compadres:

—Qué, ¿no está contento, patrón?

—Sólo falta que se nos enfurruñe ahora.

Volvían de soltar sus cabalgaduras; pues quedaríanse a dormir en el fundo.

—No estoy enfurruñado. Pero es que me decía: si esa vieja fuera menos estúpida...

—¿Cuál?

—Mi suegra. Vengativa, cruel con su hija, torpe conmigo, idiota, completamente idiota.

—No, pues, patrón. Si le gustan las brevas, no hable mal de la higuera.

—En fin, don Joaco, vamos a reírnos.

—Tengo seca la garganta, don Pepito.

—Lo que siento es que para los dos no alcanzo a tener buenas camas.

La voz beatífica de don Eliecer también moduló entonces su refrán:

—A mala cama, señor, colchón de vino.

—Eso. Vamos, vamos. Tengo reservado un pajarete que hace la noche aurora.

Sólo fue menester que un año diera su vuelta cabal para que se cumplieran, y con

creces, las previsiones agrícolas de José Pedro. El triunfo coloreó la obra, en cada estación con su matiz: tendidos de agua platearon potreros nuevos; la chacarería multiplicose, abigarró las tierras pardas, y extensos alfalfaes tupieron su verde jugoso florecido de azul.

Pero completo el sistema irrigatorio, hechas todas las compuertas y las tomas, cuando ya el riego esponjaba los campos de La Huerta y los pólenes ponían fragancia en la brisa, el ánimo del patrón empezó a seguir inverso camino, hacia la sequedad y el desaliento. No era esta vez que las alas mayores que el nido languidecieran por sentirse plegadas; era que las tentativas de comunicarse con Marisabel, todas, una tras otra, se había frustrado. Pertinaz, él emprendió frecuentes viajes a Santiago, mas para volver indefectiblemente con las esperanzas fallidas. Al regreso estuvo siempre rabioso y mudo; y luego, poco a poco, la esterilidad de tanto paso fue abriéndole un vano triste en torno al corazón. Terminó por colársele allí una debilidad melancólica. Llegó José Pedro a sufrir perenne la sensación, en él inconcebible, de quien se ve solo y abandonado. Marisabel no mostraba el menor signo de recuerdo.

El Valverde fuerte y vencedor solía, pues, deambular ahora por lomas, prados y senderos, lacio encima de sus caballos briosos, y desplomarse cabizbajo y sin apetito en el comedor, y recogerse a su cuarto como un perseguido de la tristeza. Más que nada, el enfrentarse con el vacío imposibilitador de toda lucha le perturbaba la vida. Porque, ¿cómo batallar contra un adversario que se fuga? Sus rumbos, así, apenas iniciados, se torcían y retorcían en desigualdades de carácter. En sus relaciones con los demás, sorprendía de repente con maneras de ser insólitas, incomprensibles para quienes le habían admirado antes por claro, animoso y ejecutivo. Tan pronto mandaba despóticamente a peones y capataces, como encogiéndose de hombros ante una dificultad la zanjaba con algún mixto de chirigota y abandono, de arbitrariedad y escepticismo.

—¡Eh! —solía responder frente a la torpeza de algún trabajador, para la cual se le solicitara consejo y remedio—. Dejen eso. Déjenlo. El tonto echa una piedra en el pozo y ni cien inteligentes la pueden sacar.

Y se iba.

La gente hacía cruces, pasmada. Sebastián se rascaba el testuz, invertía la postura de las cejas y se ingeniaba entonces para enmendar por sí mismo el yerro.

Pero él había vuelto grupas, indiferente y murmurando: «El tonto echa una piedra en el pozo...»

Correspondiera o no al caso, aplicaba esta sentencia, que tomó a estribillo. Pero los compadres, ellos sí, entendían el proceso interior: aquel «tono» calzábalo a misia Jesús, a su capricho torpe, la «piedra», y veíalo todo a través de su obsesión.

—Muy amargado anda.

—Así es, compadre.

A solas, bebía como un aburrido, como desesperado entregábase a la barraganería de sus chinas, la viuda de Burgos sacábale de quicio con su ardor de sol que se pone

y, más aún, con la inteligente prudencia que supo imprimir a su trato.

Sólo don Joaquín y don Eliecer, que lo visitaban sin darse por entendidos del cambio, mantenían su ecuanimidad. Eran el cariño en espera.

—Paciencia. Todo lo rodea Dios sin ser vaquero —decía el uno.

—Sí, compadre. Cuestión de tiempo —corroboraba el otro.

Y bien, el rodeo de Dios había empezado sin que se le viera.

Porque una tarde, al abrir «El Ferrocarril», diario que ahora traía cotidianamente la diligencia, sopló violenta sobre depresiones y languideces del esplín, dispersándolas, una remecedora noticia: Chile se hallaba en inminencia de guerra con Bolivia.

La voz de la prensa, que jamás le convenciera mucho, penetró, esta vez sí, dura y certera como un dardo en su corazón. En años anteriores, cuando rumor echárase a volar acerca de conflictos con Argentina, volando había seguido, sin rozarle, hasta desaparecer. Nunca dejó él de confiar en Sarmiento, en la lógica de su doctrina, en la brasa de su amistad para caldearla y en la tradición de ambos pueblos. Acaso, desde el punto de vista político, todas aquellas razones de fe no pasaran de paparruchas; mas lo cierto era que él, en la sensibilidad, no le alarmaron ni sesiones parlamentarias a puertas cerradas ni vocinglerías de suspicaces exaltados. Hoy, al revés, la guerra parecíale virtualmente declarada. Bolivia conducía su política hostil, con hechos, a extremos intolerables. Imponer primero contribuciones asfixiantes a los industriales chilenos, a quienes habíanle descubierto minas y salitre, a quienes formaron el único elemento para las explotaciones, por sus capitales y por sus hombres de mente y empuje; luego decretar el embargo porque los afectados alegaron en derecho, y ordenar por último el remate de los medios chilenos de trabajo, todo ello implicaba el *casus belli*.

Estaba José Pedro solo aquel día en el fundo. No tuvo con quien comentar la nueva. Paseó hasta muy tarde a lo largo del corredor. Se desveló en la noche.

A la mañana siguiente se le apareció en su carruaje, presa de igual agitación, doña Carmela Burgos.

—Por Dios, Valverde, ¿qué le parece?

—Que tenemos la guerra encima. Una escuadra nuestra zarpa hoy rumbo a Antofagasta.

—El «Blanco», el «Cochrane» y la «Chacabuco».

—Exacto. Impedirán la subasta ésa, y...

—Y la guerra.

—¡La guerra!

—Los buques deben llegar allá el 14, día fijado para el remate. ¿Cómo responderá Bolivia?

—Pues nosotros no contamos con otro camino digno.

—Y tenemos además la experiencia. Soportamos a los peruanos expropiar las salitreras chilenas de Tarapacá y pagarlas con bonos que ya nadie cotiza.

—¿Vamos a permitir que ahora, no sólo nos repitan el juego, sino que nos quiten de en medio con alguaciles, como quien dice a culatazos?

—Imposible.

—Por lo tanto, a las armas.

El espíritu de José Pedro plantábase de nuevo en pie. Las relaciones con la viuda, única persona de clase y criterio a su alcance, rehabilitaron la simpatía y la vida cordial entre ambos. Pronto fueron juntos a Melipilla. Después, a Santiago, cuando los barcos chilenos hubieron detenido el remate y, corrido el resto de febrero en un anhelo que suspendía los alientos, amaneció el 1.º de marzo y como una tea encendió todo el país la declaración de guerra con que los bolivianos resolvieron contestar. A las tres semanas, las chispas de la hoguera prendían el orgullo en las almas: habían bastado pocas horas de lucha para desalojar a los agresores del puerto. El entusiasmo lanzaba hombres y hombres a los cuarteles. Capital y provincias organizaban los «batallones cívicos». En medio del vértigo se oyó la voz del Perú: ofrecíase como mediador; enviaría la misión Lavalle. Pero los ánimos, aunque dispuestos a la conciliación, vacilaban, suspicaces. ¿No se respiraba en la atmósfera cierto pacto secreto entre aquellos dos pueblos incásicos?

Con el clarín bajo el brazo, Chile supo, sin embargo, esperar. Lavalle vino. Pero los indicios del pacto por seis años escondido, malograron el juego diplomático. Y el 5 de abril sonó la clarinada, el reto de guerra chileno también contra el Perú.

José Pedro había cumplido los treinta. Superaba la edad del contingente. Por de pronto a lo menos. Acción patriótica sí cabría, vasta y eficaz. Y arrebatado por nuevo fervor, sintió levantársele ánimo y vida toda.

Desde luego, permanecía en el fundo apenas el tiempo indispensable para ordenar faenas; en seguida íbase a la capital. Allá, contra lo que al principio supuso, el ambiente, lejos de pesar en densidades de cavilación o cuita, vibraba entre frenesíes. En los cuarteles, en el Parque Cousiño, aun en algunas plazas instruíanse reclutas. El clarín, con su voz bruñida como sus bronce, lanzaba destellos al sol y destellos de grito a las almas. Parecía Chile un pueblo de guerreros que se hubiera aburrido hasta entonces y que al fin restituyéranse a su normal vivir de combatientes. Y había vehemencia. Las evoluciones de las escuadras impacientaban el coraje. ¿Qué hacían los buques de ambos bandos, sin atinar a encontrarse?

Forastero en la ciudad, José Pedro saciábase leyendo noticias y editoriales.

O parábase a escuchar corrillos en las esquinas.

—Avisan de Talca que tienen cien cívicos listos, pero que les falta ropa.

—Que se vengan como estén.

—Así han contestado ellos. Que vendrán con las tiras de lo puesto.

—Eso. ¿No supimos hacer la guerra siempre a pata pelada? Así haremos ésta.

Y así continuaban acuartelándose los muchachos de un confín a otro.

El combate de Iquique arrebató. Nadie quiso juzgar pérdida el hundimiento de la desvalida fragata. Sólo quedó la figura de Prat apuntando como un índice perentorio.

A combatir, vengarse y vencer.

—¡Por fin! —exclamaban hombres y mujeres—. Ya vemos al «Huáscar» enfrente, que no ha sabido sino asustar caletas indefensas.

Una mañana, Cipriano Correa te propuso a José Pedro:

—Vamos a la Quinta Normal.

—¿Qué hay en la Quinta?

—Ejercicio de ambulancias. Algo muy pintoresco.

A él se le antojó ridículo eso de presenciar un espectáculo de víctimas imaginarias. Pero vio desfilar a los alumnos mayores del Instituto y del Seminario, que allá se dirigían para instruirse, y se dejó conducir.

Si hasta entonces no se le ocurriera qué concurso prestar, lo concibió en aquel simulacro. A la vista saltaba la carencia de buenas mulas en el servicio sanitario. Pues él dedicaría a reunir las. Y antes de un mes, los compadres, doña Carmela Burgos, él y otros hacendados de su región, completaron sesenta mulares jóvenes y mansos.

Cuando se presentó con su regalo en la intendencia general, tuvo una emoción que le nubló de lágrimas los ojos.

—Considere usted, como hombre de campo —le dijo el coronel—. Desde no sé qué aldea distante, un huaso ha telegrafiado al gobierno: «Estoy viejo para pelear esta vez, pero va mi caballo».

La oleada de ternura, el amor de huaso a huaso, floreció en nueva idea para José Pedro: volver a su fundo, juntar en esta ocasión caballada chúcara, ponerse a domarla con todos sus jinetes y presentar algunas docenas de redomones a la comandancia de caballería.

Atareado en su empresa, bebía entretanto en las páginas de «El Nuevo Ferrocarril» las novedades de la contienda. Empezaron a sucederse fechas gloriosas. En octubre caía el «Huáscar». Destrozado Grau en su torre, la tripulación se rendía; los puertos del norte, que habían sufrido las correrías del monitor, pedían verlo a su paso hacia Valparaíso; aceptábase la solicitud y el «Huáscar chileno» anclaría en cada bahía...

Localmente festivas, estas lecturas eran el descanso vespertino del patrón en corro con sus domadores.

Hasta que, mansa ya la recua de potrones, volvió a Santiago. Cada éxito de la campaña se había celebrado allí de modo estrepitoso. Bajo cielos trémulos de repiques, las multitudes iban y venían cantando. En este ambiente de fiesta casi continua, José Pedro estrenó su primer frac. Asistió al baile que la Filarmónica ofreció a los marinos de la «Covadonga» y el Teatro Municipal le atrajo noche a noche a desternillarse con *La soireé de Cachupín* o con *La gallina ciega*. Paralelamente, como en Europa el cobre subía en precio y como el dominio sobre Tarapacá y su salitre mejoraba la moneda y rehacía las finanzas nacionales, él, que siempre supo hallar saldos a su favor en los manejos de la vida, y puesto que había regalado ya bastante, inició algunos negocios con el gobierno. Vicuña Mackenna le

obtuvo encargos de charquis, grasas y cueros. En la próxima temporada, pues, realizaría muy en grande rodeo y matanza, que para suministros al ejército podía ya correr el dinero sin tasa.

—Pero éste tu famoso don Benjamín está chiflado —le dijo cierto día Felipe Toledo.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—¿No has visto los diarios? Pide ahora el palo mayor de la «Covadonga» y la torre del «Huáscar», nada menos que para encajarlos en el Santa Lucía.

—Bueno. ¡Qué diablos! Tiene si cariño puesto en ese centro.

—¡Qué cariño ni qué ocho cuartos! Eso es una solemne majadería.

Él sonrió en silencio.

Toledo concluyó:

—En fin, no quiero herir tus sentimientos. Vamos a tomar las once a casa.

Vivían en la calle Angosta varias familias muy rancias, agrupadas en vecindario íntimo. Cuarenta años atrás, habían comprado a los franciscanos los terrenos limítrofes de su huerto conventual y allí habían ido edificando sus solares. Como el de los de Toledo, el de los Aldana hallábase también allí; en él creciera y aun casara misia Jesús, en él vieran la luz Chepita y Marisabel. A un paso de la Alameda, a dos de Ahumada y Estado, la situación concordaba con el rango de los apellidos. José Pedro pisaba con emoción aquella callecita estrecha. Al embocarla ya, parecíale que penetraba en la casa de sus dos amadas. Cierta blanda nostalgia levantábasele dentro entonces y en su pecho las hermanas Lazúrteguis confundían sus fantasmas románticamente. Pasaba frente al caserón, hermético ahora por la fuga de su suegra, con la cara fosca y blasfemando en su interior; pero aquella sensación de suspiro amoroso, de suave mecerse en recuerdos e ilusiones, tenía el poder de atraerle como tema vicioso.

Además, en casa de Felipe lo recibían como en familia. Juntaba este hogar a la madre viuda, señora enlutada y semicana pero muy ágil y alegre, con cierto levísimo estrabismo que inducíale a guiñar un ojo —rezago de coquetería de antaño— y que le daba un pícaro mirar, y dos hijas ya en sobrepasada soltería, muy beatitas y dulces, seductoras por su finura silenciosa. Reuníanse allí las damas del barrio a la sazón; pues habían organizado un taller de vendas e hilas para los heridos de guerra. Los lunes alguna hermana de caridad o algún capellán acudían a recoger lo hecho. Ellas, incansables, seguían descubriendo retazos de lienzos y batistas de hilo y deshilachándolos en copos limpísimos y frescos.

—Esto es para los heridos graves. No hay como las hilas.

—El algodón es muy cálido. ¿No lo sabía usted, Valverde?

—Sí, claro; lo sabía.

La señora encontró a José Pedro algo desmejorado, aquella tarde.

Calló él, entre sonriente y abatido. Luego se aproximó a la dama y la interrogó aparte:

—No me juzgue imprudente, señora; pero... ¿tiene usted alguna noticia de Marisabel?

Ella parpadeó y repuso:

—Yo, ninguna.

Pero después, metidas ya las labores en los cestos y mientras atravesaban el patio, hacia el comedor, lo llamó a la sombra de un naranjo y le dijo:

—Algo le voy a revelar, aunque no deba. Marisabel, al partir, me declaró en secreto: «soy suya, a él perteneceré mientras viva y esté donde esté».

—¿Qué más?

—¿Qué más quiere? No sé más. Hay tanto misterio en todo esto, que no lo entiendo. Mucho de lo que debe haber sucedido lo ha ocultado la Jesús con un arte que me abisma. En fin, conformose con lo que le cuento.

—Sí, pero... ¿hasta cuándo?

Ella dio eco festivo a la pregunta, con el estribillo de un cuándo:

*«Cuándo, mi vida, cuándo,
cuándo será ese día...»*

Y entre guiños y risas lo invitó:

—¿Pasemos a la mesa?

La siguió José Pedro y sus dedos nerviosos martirizaban la punta de su barbilla rubia.

—Han de haber parao el rodeo ya. Cuando yo me vine, bajaban de todos laos los piños a la quebrá.

—¿Quieres que galopemos? —preguntó el gobernador.

Pascualote lo miró a los ojos, atento.

—Como prefiera su mercé.

Toledo decidió:

—Vamos bien así.

Continuaron, pues, al tranco. En realidad, tiempo había.

—¿Y tú viniste sólo por nosotros?

—A guiarlos me mandó el patrón. Y si no... ¡cómo pu'!

—Habríamos llegado solos.

—De todas layas, dos caballeros invitados, sin un sirviente...

Cabalgaban por el camino interior, fundo adentro, torciendo puntillas de lomas a la derecha, orillando a la izquierda los valles. Como todo el personal había concurrido a la faena, el campo dormía en un silencio de domingo y se poblaba de pájaros en disfrute de la soledad. Al pasar ante un potrero alfalfado, seis caballos que allí pastaban corrieron hacia ellos, crines al viento, hasta la cerca. Erectas las orejas, los ojazos comunicativos, abriendo las narices y con los belfos trémulos, relincháronles, cual si pretendieran hablarles.

—Deseosos de que los llevemos —explicó Pascual—. Son corraleros de don Pepe y adivinan lo que allá está sucediendo. ¡Les gusta más retozar...! Tienen afición, los brutos, lo mismo que los cristianos.

—Lindos animales.

—Aguarden, aguarden a que mande remudar el patrón —agregó el huaso a la tropilla inquieta, como quien pide a niños paciencia.

—La mañana calentábase al sol. No había ya rocíos y vibraba el aire, interpuesto como un vidrio entre la vista y el paisaje. Veíanse pardear ya los trigos, las palmeras echaban cogollos verdes en medio de sus penachos descoloridos y las codornices reían invisibles con su grito de burlona carcajada.

El gobernador, vaciando el pecho henchido de campiña y frescura, necesitó hablar:

—De modo que Valverde madrugó.

Con noche se fue al encuentro del ganao. Le gusta ver que no quede vaca enmotá por ehi.

Prosiguieron alegres la marcha. De rato en rato alcanzaban hileras de chiquillos que concurrían, ellos también, a la faena. Cada granuja portaba un cordel en la mano, dispuesto como un lazo a punto de maniobra. Más allá, tres sobre un mismo jamelgo, en pelo, iban al galope.

—¿Cómo se sujetan esos mocosos?, me pregunto yo.

—A puro equilibrio. Las piernecitas no abarcan lomo, no les dan pa que se agarren.

—Y miren cómo espolean con los talones desnudos.

—¿Nunca se caen?

—¡Qué se van a quer, esas arañas!

Al enfrentar los corrales, Toledo se sorprendió:

—¿No es aquí el rodeo?

—Los rodeos corrientes son aquí, pa correr vacas en la medialuna. Pero éste, de matanza y tan en grande, pide más cancha. Obligao hacerlo a campo cercao a monte.

—Eso sí.

Los dos visitantes engolfáronse pronto en sus comentarios de la guerra. Por fin, tras un recodo, divisaron una polvareda flotante. Junto con verla, oyeron además la orquesta de mugidos, que como un manto entoldaba el lugar. Tornaron entonces, las caras interrogadoras, hacia Pascualote.

—¿No decía yo? Pararon —repuso el mozo a la tácita pregunta.

—No he visto yo matanza —dijo el secretario—. ¿Y usted, señor?

—Como militar, hijo, no hay laya de matanza desconocida para mí.

Pocos minutos más tuvieron que andar, para meterse al cabo en un llano entre serranías. Tal era el ambiente allí, que les pareció entrar en un salón inmenso y concurrido. Casi llenábalo el piño enorme y en giro constante sobre sí mismo.

Los divisó José Pedro y vino a recibirlos a carrera. Paró en seco su caballo, con

las cuatro patas a la vez, en desnalgada perfecta que rayó cuatro huellas en el suelo.

—¿Me perdonan? —dijo enderezándose y tendiéndoles la mano—. Yo tenía que hallarme temprano aquí.

—Por supuesto.

—No faltaba más, hombre.

Fueron al tranco hacia las ramadas, donde se desmontaron. Cantaba bien templado el acero de las grandes rodajas de José Pedro a cada paso de las piernas tiesas dentro de las botas hasta medio muslo.

—Circuncisión, cébales mate a estos caballeros.

La vieja, que vestía manda del Carmen por la suerte de las armas de Chile, abanicó en cuclillas el fuego con el ruedo de su pollera. Luego cogió una brasa con una cuchara, le sopló la ceniza, quemó azúcar en ella y cebó el mate. El aire se aromó de mieles y yerba. Tras de probar con la misma bombilla con que serviría tendió el calabacito, al gobernador en primer turno:

—Sírvase usía.

El veterano chupó, sin asco, el cañuto en que pusiera su boca la vieja.

Para Felipe Toledo era nuevo el espectáculo. ¡Qué agitación, en aquel claro, seno, plaza o explanada, que bullía entre tantas soledades! Agitación de fiesta, llena de sonos, ladridos, cómicos percances, risas y gritos. El mugir, sonoridad de fondo, coreaba su nota continua, única. Pero marcábanle compases las voces de arrear que los huasos montados emitían sin descanso.

—¡Juera, juera! ¡Juera, huacha, jueeera!

Vino a galopito corto y bailón un inquilino.

—Patrón —expuso—, yo también quiero echar a la matanza un güey que tengo de más.

—¿Está gordo?

—Enronchao de gordo, patrón.

—Bien, échalo.

—¡Eh, ño jecho, ayúdeme! —llamó el peón desabrochando el lazo de su montura, y fue al encuentro de su compañero.

El bramar no cesaba, monótono, al ritmo de aquel incansable «¡Juera, juera! ¡Huacho lobo, jueeera!» Algunos cogían bestias que adrede habían arreado con la masa bovina, las rasqueteaban y, tras medio aliño de tuso y cola, reponían montura. En seguida se cambiaban el poncho por la manta corta y vistosa. Siempre un rodeo impone las mejores prendas y el mejor apero.

Toledo atendía con los cinco sentidos.

—Y de la guerra ¿qué me cuentan? —preguntó José Pedro en el último gorgoriteo de su mate—. Esas gestiones de paz...

—Fracasaron. Dos días de tira y afloja, más bien de tira y no afloja, y por último, ayer, el fracaso.

—Ahora marcharemos sobre Lima.

—Ya era tiempo. Año y medio de guerra llevamos.

—De abril del año pasado a hoy 28 de octubre, año y medio de largo.

—Menos mal que de triunfo en triunfo.

—Pues yo aquí todo el último tiempo, con la esquila primero, con esto ahora, apenas sé algo de lo que se opina en Santiago.

—De lo que se opina veníamos cabalmente hablando —dijo Felipe—. Porque tu ídolo, don Benjamín, pretende dirigir al estado mayor desde su editorial.

—Hombre, tú le tienes mala ley a don Benjamín.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eso me pregunto. ¿Por qué? Quizá por pasión política.

—Pero si sale ahora con que la campaña de Tacna estuvo de más, que con seis mil hombres en la quebrada de Camarones habría bastado para custodiar Tarapacá.

—¡Y quién sabe!

—No, Valverde; no nos equivoquemos —intervino el gobernador—. En primer lugar, ¿dónde se halla Camarones? Entre Tacna y Arica. Pues sin tomar este puerto siquiera, ¿cómo nos metíamos en Camarones? Tacna en nuestro poder facilitaba la toma del Morro. Debía ir Baquedano por Ilo y Moquegua, dominar en Tacna y convertir en victoria decisiva la proeza de Pedro Lagos en el Morro de Arica.

José Pedro se inclinó ante la crítica militar.

—Y dice Vicuña Mackenna —insistió Felipe— que sólo ahora comienza la campaña contra el Perú, porque hasta hoy no hemos tomado sino su extremo austral.

—A mi juicio, hemos ganado la mitad de la guerra.

—Y la mitad más importante.

—A ver, a ver...

José Pedro quería razonado apoyo para su optimismo.

Los sirvientes de la ramada, hombres y mujeres, hacían ávida rueda en torno a los caballeros.

—Tarapacá —explicó el militar— nos da mucho dinero con sus salitreras, a tiempo que al Perú se lo quita. Seis meses hace que vendemos nosotros el salitre. Crece nuestro crédito y el peruano se abate. El cambio chileno, que había bajado a treinta y dos peniques, se recupera con velocidad. Sin Tarapacá nuestro, ¿no estaría nuestra moneda hoy a menos de real y cuartillo, como está la peruana en su derrumbe? Pues ¿y Tacna? Si no la hubiéramos ocupado, no habría sobrevenido la desmoralización en Lima: tan convulsionada y caótica está la política interna a causa de nuestras ocupaciones, que ha dejado el mando el Presidente y se ha ido a Norteamérica; mientras nosotros discutimos normalmente aquí la elección presidencial próxima. Sí, amigo Valverde, media guerra llevamos ganada. Y más, puesto que la escuadra bloquea ya los puertos del enemigo y llevará nuestras tropas a desembarcar donde mejor convenga.

—¿Oyes, bendito? Bien está que don Benjamín te regale sus libros y te aconseje buenas lecturas; pero en esto... en esto no le creas.

—No deseo yo más que no creerle ahora. Lo que no impide que lo admire.

—Justo —aprobó el gobernador.

En esto, por tercera o cuarta vez, gritaron desde la faena:

—¡Patrón! ¿Y aura qué hacemos?

José Pedro subió presto a su alazán tostado. Montaron por su parte las visitas y lo siguieron.

—¿Quién es el apurón? —inquirió Valverde al frenar.

Don Eliecer zahirió con su falsete...

—¡Quién había de ser! Póngame a mí mejor en este puesto, señor.

—¡Ehi'ta! —saltó el zaherido compadre—. Cuando estaban herrando los potros del rey, vino la cucaracha y estiró su pata...

Interrumpieron las carcajadas en coro.

—A ver si usted, compadrito —desafió aún—, sabe desjarretar como yo aprendí de mocososo.

Empinado sobre los estribos, ordenó en seguida:

—Lárgueme un animal bien lobo a la cancha.

Y fue a traer su medialuna. Era una vara larga como una lanza. Tenía, en vez de punta, una cuchilla en semicírculo, cuyo filo cóncavo e interno fulgía de reflejos. Semejaba el asta de una bandera musulmana.

—Así me gusta, señor, a la antigua. Así me gusta —celebraba Sebastián.

José Pedro eligió el novillo; a su ojo experto, el más montaraz y rápido. Metió su caballo en la masa. El alazán, maestro, tan pronto se halló frente al elegido y sintió las espuelas del jinete, comprendió su deber: fue a pegar el pecho contra el costillar del vacuno. Y no cejó ya. Entreverándose quería el novillo escurrirse y huir; el tostado no se le desprendía de las costillas, cual si lo hubieran soldado a su presa. Y empujando, seguro, la sacó del entrevero, piño afuera.

Al verse suelto en cancha libre, arrancó el bovino en salvaje huida. Mas don Joaquín íbale a la zaga ya. Corría el perseguido y corría el perseguidor con su instrumento en ristre y acortando distancia. Lo alcanzó al fin y, con destreza de milagro, se le vio apoyar la filuda medialuna contra un corvejón primero y en el acto contra el otro. Al mero choque, los tendones de ambas patas traseras se cortaban y derrumbábase desjarretado el bravío.

Un prolongado ¡ohohoh! en algazara saludó la suerte.

—¡Caballo Pájaro! —vitoreó José Pedro.

Don Eliecer avanzó a estrechar la mano de su compadre, que devolvía la lanza como paladín victorioso.

Felipe Toledo estaba maravillado.

—¿Esto es a la antigua? —inquiría.

—Sí; hoy no desjarretamos así.

—A no ser por diversión.

Por aquellos años, en efecto, apenas practicábase de cuando en cuando, como

deporte. Más breve resultaba desjarretar a toril. Pronto lo vería Toledo.

Pero se habían alborotado los ánimos.

—A trabajar, niños —hubo de imponer el patrón—. A trabajar en orden.

La tarea tomó ritmo de labor, aunque los huasos aprovechaban cada coyuntura para ejercitar sus dones.

—Despajemos la mañana —dispuso José Pedro—. Aparten primero lo de marca y señal; lo de inquilinos, lo flaco y lo caballar, con la crianza ya marcada, que se vaya volviendo al cerro. Y cuéntenlo todo muy bien.

Suavemente, sin alborotar el piño, los hombres iban a poco sacando a un extremo de la cercada pampilla los animales que debían recibir los signos de la hacienda. Allí Sebastián tajaba orejas a los terneros lechones: zarcillo «al lado de montar». Pascual y sus ayudantes imprimían letras de hierro candente sobre las ancas «al lado del lazo».

—¿Cómo dicen? —averiguó Felipe.

—Ya oíste: lado de montar y lado de lazo. En el campo no entiende nadie de izquierda y derecha. Hasta los ríos tienen su orilla del lado del lazo y su orilla del lado de montar.

Ávido, el ciudadano pulcro seguía observándolo todo. Cómo caían los animales, cómo rubricaban el aire los lazos y cómo tendían sortijas por el suelo, entre perros ladrones y niños aplicados al uso de sus soguillas, los peales que decidían el tumbo de la res. Al tajo en la oreja, balaban los lechoncillos; a la quemadura en el cuero, los mayores mugían con angustia y los dolores volaban por el aire denso al tufo de la chamusquina.

Dos horas después, en la puerta del fondo, una calle de vaqueros daba salida, contando a la manada que había de soltarse nuevamente a las serranías.

—¿Cuántas cabezas calcula usted haber visto aquí, señor gobernador?

—Quizá un par de miles.

—Está Valverde muy rico, entonces.

—El fruto de dos generaciones: él, su padre y su tío el cura, tres hombrazos.

—Aquel cura sobre todo. Me han contado cosas...

De pronto irrumpieron voces:

—¡Atajen! ¡Ataja, hijo e... tu mamita!

Se había escapado un toro de matanza tras los ganados a los cuales se les devolvía al campo.

Partieron veloces varios jinetes en pos, José Pedro adelante, borneando el lazo. Observábale Toledo el juego que a la muñeca imprimía para mantener la armada abierta. Debía ser una inalterable la que se disparase sobre la cabeza del animal y se apretara en seguida con la presilla corrediza.

—Ese toro corta cualquier látigo —adivinó uno.

—Dos lazos necesita ese toro.

Ya lo había previsto Chafaraz y corría en ayuda de su amo. Y fue así como, al

calzar la armada de José Pedro en los cuernos del fugitivo, ceñíalos también la del muchacho. Seguía disparado el toro y seguían ambos huasos detrás, dando a sus lazos suelta para evitar el tirón violento. Al cabo quedó aquella fiera sujeta, una cuerda tirante a cada flanco. Habían medido, patrón y sirviente, precisos, el momento justo de hacer alto, volver sus bestias en ángulo recto con los látigos y aguantar a una la tirada.

Se vio entonces a Valverde saltar rápido a tierra y sacar de la faja su cuchillo. Pero en particular asombró a Toledo ver a la vez cómo el caballo, solo, resistía los tirones del vacuno: clavaba los cuatro cascos arando con ellos el suelo, tendía oblicuo su cuerpo todo, en arte sabio de la resistencia. El lazo, apegualado a la cincha, tenso al máximo, vibraba como la cuerda de un arpa. Y mientras a la derecha sujetaba Cachafaz y a la izquierda el alazán maestro como un hombre, Pepe descargaba su cuchillo sobre los jarretes del toro y lo hacía rodar.

—¡Eso se llama caballo y eso se llama huaso! —gritó don Joaquín.

—¡Caballo Pájaro! —le completó alguien.

Cuando media docena de peones arrastraban el toro al recinto de matanza, Felipe Toledo había trepado todos los peldaños de la admiración.

Por mucho rato aún oyéronse las órdenes de trabajo:

—¡Puerta! Ya, den el campo a estas bestias que andan estorbando.

—Luego, luego, que hay que almorzar.

—¿No queda ganao del inquilinaje?

—Allá va una vaca.

—Allá va, allá va.

Entre las dos filas de jinetes, todo animal que no se carnearía salió.

El almuerzo encendió el buen humor. Se formaron dos ruedas en el suelo; una de peones, grande, otra pequeña de patrón, invitados y compadres.

—¡Qué inteligente, qué noble su alazán, Valverde!

—¡Sí, gobernador; no sale malo!

—Animal para un concurso.

—Aprenden los caballos, señor, lo que les quieran enseñar.

—Pues usted revela ser maestro eximio.

Las alabanzas desazonaban a José Pedro. De modo que se apresuró a desviar el comentario:

—Lo verdaderamente grande ha sido esta mañana esa enlazada de Cachafaz. ¿Se dieron cuenta?

—No se me escapó a mí, don Pepito.

Desde las ramada de las cocineras, don Joaquín secundó a su compadre.

—Ni a mí. Vale mucho ese muchacho.

José Pedro quiso explicar a los profanos el prodigio:

—Extraordinario, ese tiro de lazo; por la distancia, por la puntería y por lo estrecha que tuvo que ser la armada. Cachafaz había partido en mi ayuda tarde y me

tenía que alcanzar a tiempo. Si no, mi lazo se cortaría en el tirón, que prometía ser formidable, y yo quedaría en ridículo. Por eso yo, nervioso, con el rabo del ojo lo cateaba venir. Corría el muchacho con las tiendas abandonadas y gobernando su yegua con las solas piernas, porque ocupaba una mano en sostener el rollo de látigo y en bornear la otra. Once brazadas tiene su lazo, recordé. Pues me alcanzó a once escasas del toro. Al notar la velocidad con que remolineaba la muñeca, comprendí que para que el lazo le alcanzase había reducido al mínimo su armada. Les aseguro que no pudo abrirla ni tres cuartas, apenas el ancho de la cornamenta del animal. Temí que perdiera el tiro. ¡Era tan difícil! Lo que hizo Cachafaz, créanme, pide cálculo bien exacto de la distancia, puntería muy segura y mucha fuerza para tirar lejos. Pero ese demonio cumplió a tal punto los requisitos, que no bien caía mi lazada en los cuernos, caía la suya encima, calzadita como anillo a la medida del dedo. ¡Qué gloria! Dos segundos más tarde, una pulgada más acá o más allá, una pizca menos de abertura en la armada, y el tiro falla, y mi lazo revienta como un cohete, y el toro se nos manda mudar.

—Es un laceador único.

—Por lo menos, muy pocos había como él.

Concluyeron todos llamándolo:

—¡Cachafaz! A tomarse un trago con nosotros.

Apareció así el primer cacho de vino. El mocetón bebió. Escuchaba los plácemes y, fiel a su carácter, únicamente sabía responder volviendo a un lado la cara llena de risa.

Cuando sirvieron los lebrillos de cazuela, echose de menos al compadre Joaquín.

—¿Dónde se ha metido?

—Aquí, patrón —lo denunciaron a voces las cocineras—. Llameló, por vida suya, que le ha dado por cargosear a las chiquillas.

—Me gusta comer con damas —contestaba él entre las chinas jóvenes.

—Sosiéguese, don Joaco, moledera, que lo está viendo el patrón.

—¡Miren qué lacho!

—¡Ya, pa juera!

Se armó algarabía. Todos rompieron a una:

—¡Juera! ¡Juera el huacho viejo, jueeera!

Hasta reducirlo a redil.

Vino él a la rueda y:

—Ábrase, compadre —dijo a don Eliecer—, que aquí me acomodo entonces, entre usted y las autoridades del departamento.

—Ya viene a fregar aquí, el hostigoso.

—¡Válgame Dios, se picó por lo de la cucaracha, compadrito! Vénguese pue'. Pero hágame lugar. Usted sabe que soy niño bueno.

—Conozco esta laya de niño bueno, que es pedorro y que ha de andar siempre metido en medio de la gente.

—¡Hasta que se vengó, el compadre! A manos quedamos.

El gobernador y Toledo lloraban de tanto reír. Entre las bromas y las cachadas de tinto y blanco, la risa rompía todas las barreras.

Por su lado, el corro de capataces y vaqueros atronaba con sus carcajadas, como a descargas de fusilería.

—Seguro que se han desatado a mentir, a contar las maravillas que cada cual presume de haber hecho en el cerro.

Aguzaron el oído.

—No seáis fantoche, Miguelito —decíanle a uno—. Tanta farsa con tu lazo y lo estáis colchando.

—Por güeno se cortó —replicaba el tal Miguelito, y al advertir que los caballeros atendían, se puso a detallar su caso—: se me larga la vaca, hijito 'e mi alma, como los rediablós. La persigo cuesta arriba y cuesta abajo, salta peñascos y hoyos puaquí, sácale puallá el cuerpo a los quiscos y los cardones, hasta que la enlazo y la tengo mía.

—Ehi no más quedó el lazo entonces.

—En los cachos firme, quedó. La huacha, doblando la nuca pal cogote y con el hocico pa arriba y abierto, brama y brama. En esto se me corre pa una cañadita, yo me paso por detrás de un quillay, el látigo dobla con el tronco, y entonces, claro, se tuvo que cortar el pobre con la aserruchá. Pero... ¡pucha! ¿que no era de ley?... porque yo que me agacho pa que no me zumbe el chicotazo en la cara y él... ¿no cimbra el otro pedazo y va y se enrolla en el tronco del quillay? Solito, pue, amarró él la vaca. ¡El muy noble!

Las carcajadas de ambas ruedas uniéronse por esta vez.

Al extinguirse la risa, don Eliecer dijo sentencioso:

—La mentira es infinita en el huaso. Dios se la dio como una burla cuando los hombres diz que pretendieron también a ellos les diese algo sin fin.

La risa en esta ocasión fue interna y pía.

De cuento en chiste, de cazuela en charquicán picante, de asado en tragos, de regocijo en regocijo, en fin, se llegó al mate postrero, al cigarro en reposo. Y remudados los caballos, se dispuso que la faena de matanza empezara.

Habíase reducido mucho la masa de vacunos. Aquel cercado que por la mañana se le figuró a Felipe un gran salón repleto de concurrencia, parecíale ahora poco menos que desierto. Allá, en un confín, apenas arrinconábase un niño, quieto y como desairado. Las gentes se dirigían casi todas al extremos contrario, donde se hallaban el chiquero, el toril, el cuadro, los bretes, algunos cobertizos...

Entretanto, José Pedro dialogaba con el capataz y sus vaqueros:

—¿Cuántos toros, Sebastián?

—Diecisiete, patrón. Los más viejos.

—¿No será demasiado?

Con la masa fueron muchísimos. Y como hasta dentro de un par de años no

tendremos otra matanza...

—Al menos tan grande como ésta. Vamos a beneficiar mucho, es verdad; pero... el ejército lo pide.

—Y se hace el negocio de varios años en uno.

—Así es, también.

Continuaron cuentas. Cifras de crianza, de novillos, de bueyes... Y en suma, se matarían más de doscientos, entre toros, machos, capados y vacas inútiles por edad o defectos; los dos centenares, del fundo; el pico, de inquilinos y empleados.

—Hay para más de ocho días de trabajo sólo aquí. Las carretas, ¿llegaron?

—En camino vienen tres. Pa mandarle la carne al llavero, suficiente.

—¿Cuánta gente le has puesto a Lauro para su charqueo en el galpón de las casas?

—Nueve hombres cortadores y seis mujeres pa la salazón. Entre los de allá y los de acá, pa la otra semana se concluye.

—Bien. Comencemos, entonces. Pero con los toros, que luego se pelean y dan mucho que hacer.

Pusiéronse a separar toros.

—Sin agitar, sin agitar... —prevenía José Pedro. Y explicó a sus visitantes—: La carne agitada es mala; da un charqui rojizo, por bien que desangre el animal.

En cuanto se les hubo apartado, se arrearon los toros al chiquero.

Aquí debía presenciar Toledo tareas que cambiarían el espectáculo alegre de la mañana por otro dramáticamente violento y cruel.

Era, el chiquero, un corral dispuesto en el ángulo final de aquella encierra. Partía de su interior cierto pasadizo toril, que, al término de algunos pasos, desembocaba en el cuadro, verdadero recinto de matar, desollar y carnear las reses. Concluía esta placilla en un pequeño estero disimulado entre matorrales, y la defendían por un flanco los bretes en que trabajaban los despostadores y los cobertizos de oreo para las carnes ya saladas. Enfrente se abría el espacio donde se airearían estacadas las pieles y se apilarían cachos y osamentas.

De pronto los huasos, por parejas, diéronse a empujar los toros, hasta meterlos uno a uno dentro del toril. Se introducía cada bruto y, no bien pisaba el extremo del pasadizo, lo veía Felipe desplomarse repentina y sorpresivamente. Dos hombres ocultos, allá en la boca de la salida, lo habían desjarretado a certeros golpes de cuchillo en los corvejones. Y el infeliz caía sobre un cuero tendido en bandeja. Cierta pareja de postillones bien montados lo arrastraban presto al cuadro, y otro cuero suplía al ido, y otro animal sucumbía en seguida. Pasmosa, la destreza de aquellos hombres. Los diecisiete toros no exigieron largo tiempo de labor allí. Dijérase que aquel pasillo siniestro escondía rayos fulminantes.

Dentro del cuadro era más cruenta la faena. Varios matarifes con sus dagas, asestaban a la despatarrada víctima, en el testuz, la puñalada que debía ultimarla; otros, si el toro presumíase furioso y temible, descargábanle un hachazo en la frente;

y en todo caso el degüello desangraba en el acto al moribundo.

A Toledo se le contagi6 poco a poco el terror que se observaba en las pupilas de los ejecutados. En un tris estuvo de que a 6l tambi6n se le saltaran los ojos de sus 6rbitas, de que le temblara la cabeza y le tiritasen todos los m6sculos del cuerpo. Difer6a por complet6 su 6nimo, horas antes tan regocijado.

—No tienes costumbre, Felipe.

—Hombre, la verdad, como es primera vez...

—Esto es para machos.

Toledo se amosc6.

—¿Te imaginas que soy pusil6nime?

—No. Yo s6 que eres valiente; que te batir6as en duelo, por ejemplo, sin temblar; que dar6as la vida sereno. Pero... con una fina pistola de desaf6o en la mano y vestido de levita y sombrero de copa.

El gobernador sonri6 y dijo:

—Exacto. Todo un retrato.

Y rieron los tres.

Pero el viejo militar condujo a su secretario por un rato afuera. Vieron all6 retozar a los granujas, que con sus correoncillos enlazaban y tend6an peales a los perros y aun a los lerdos borricos en que hab6an tra6do sus cacharros y trebejos las cocineras. Se solazaron durante algunos minutos.

El amor propio, sin embargo, y la curiosidad, indujeron al «futre capitalino» a regresar. Ahora los huasos cortaban una punta de la masa y la conduc6an al chiquero. Mas el gobernador lo llev6 a desmontarse junto a bretes y ramadas. All6 departieron ambos acerca de c6mo, en aquellas empalizadas de toscos maderos en cruz, los peones colgaban los cuerpos desollados, y c6mo los despostadores, con precisi6n de cirujanos, separaban cada m6sculo, le desprend6an las gorduras y lo pasaban a los cortadores en seguida para que los convirtieran en lonjas cubiertas de sal.

En el riachuelo, a la sombra de maquis y ñipas olorosas, algunos ancianos lavaban las panzas que recibir6an el cebo derretido, las vejigas o copuchas en las cuales habr6a de conservarse la grasa comestible. Los fondos herv6an ya sobre su hoguera, con los chicharrones dentro.

Gobernador y secretario se toparon con el patr6n en el espacio de asolear cueros. Valverde regalaba el material para que se trenzara un nuevo lazo el mentiroso Miguelito y varios talabarteros doctos cortaban lonjas en prueba de la resistencia.

Cuando Jos6 Pedro vio al gobernador consultar su reloj, le dijo adivinando su prisa:

—Ya pronto nos iremos, se6or. Van a servirnos otros asadito, el vino y el mate del estribo. Luego... ¡a casa!

Mientras les preparaban esta merienda, quiso Valverde revisar los cierros, cerciorarse de que no se hab6a producido portillo alguno en la cerca de ramas apoyadas de pie contra el monte vivo.

—¿Y resulta segura esta cerca? Ni amarrada está, hombre.

—No hace falta. Cuidando que la ramazón sea tupida y alta, no hay temor. El secreto es que no divisen los vacunos el exterior. Lo que no ven no existe para ellos, ni lo sospechan.

—Pues no revelan mucha inteligencia, que digamos.

—A excepción de la gallina, tal vez, no hay animal más torpe.

En cambio, sentimental sí era, el torpe vacuno.

Porque descubrió Felipe de improviso algo elocuente y conmovedor: los animales aún vivos del piño habíanse agrupado en el punto preciso donde don Joaquín desjarretara su novillo y el peón lo rematara a golpe de daga en la nuca. Escarbando el suelo, husmeando con las narices trémulas la tierra, mugían, larga, lenta, sorda, dolorosamente. ¿Flotaban ahí acaso los efluvios de la muerte? Las voces, casi humanas, dolientes y fúnebres, ondulaban en el aire; y aquellos hocicos, luego de olfatear el sitio vacío, elevábanse hacia el cielo para volver a extender sobre la tarde sus ondas de duelo, su desolación, sus ecos de interior tiniebla. Algo había en aquel bramar de hondo, grave, de funerario, de plegaria y llanto.

—¿Y eso? —interrogó muy extrañado Toledo—. ¡Qué impresionante!

—Lloran, mi señor —repuso Eliecer—. Les huele al cadáver y lloran.

—¡Es posible!

—El vacuno es así. Bruto, pero sentimental.

José Pedro dispuso que un vaquero dispersara el piño y removiese la tierra de aquel lugar.

—Y el causeo nosotros, para irnos antes que se ponga el sol.

Alrededor de la cocina rondaba la gente, satisfecha y alegre. Y dentro, en la penumbra de la ramada, punteaban ya las cuerdas afinando una vihuela.

Tras la merienda, en la que ya pesó el cansancio, José Pedro, sus sirvientes y los compadres cabalgaron y se pusieron en camino. Cuando salían del corral rompió allá dentro la primera tonada. Percibían ellos clara su letra:

Han visto a mi negra.

L'han visto llorar.

Si mi negra llora,

le han pagado mal.

Déjenla venir llorando,

que yo la hei de consolar...

El rasgueo y el estribillo a compás de cueca, tamboreados por nudillos varoniles sobre la guitarra, borrraban lo demás.

—¡En fin, allá se divertirán ahora!

La cabalgata iba en silencio. La escoltaban los tres mocetones del pelotón bravo.

Don Joaquín halló con qué sacar de su mutismo a José Pedro, a quien observaba

más raramente silencioso.

—¿Qué tiene Bruno, patrón?

—¿Por qué?

—Cabizbajo se le ha visto el día entero.

—Parece que taimado anda —intervino don Eliecer.

—¿Algún motivo hay?

—Dicen que quiere ir a la guerra.

Lo llamó Valverde:

—Bruno.

—Patrón.

—¿Qué te pasa?

—Nada, patrón.

—¿Verdad que quieres ir a la guerra?

—Sí, patrón.

—¿Qué edad tienes?

—¡Quizá, p'!

—¡Cómo!

—Mi mamita cuenta que salió con bien de mí poco antes de que fuera su mercé pal Maule con el finao don José Vicente.

—Por los veinticinco andas, entonces. Todavía no te toca engancharte, puede que después te llamen. Se me ocurre que iremos juntos.

—Pero ¿su mercé piensa ir?

—Cuando me toque, por cierto, y te llevaré de ordenanza. ¿Te gustaría?

—¡Ve, que no!

—Espera tranquilo, entonces.

—¿Y yo?

—¿Tú también, Cachafaz?

—Este quiere ir con su lazo.

—Y si no, no voy.

—¿Qué harás con tu lazo, bendito?

—¡Bah! El agüelo, que anduvo en la guerra contra Benavides, cuenta que unos marinos iban a desembarcar de unos botes y que él con otros huasos los aguardaron en la playa y, antes que tocaran tierra, los lacearon y los arrastraron a todos prisioneros.

—Pues con tu lazo te llevo. No hay más que hablar.

De gobernador a paje, la cabalgata reía, reanimada.

Sólo a José Pedro no le subía del todo el humor. ¿Fatiga? ¿Reminiscencias? Aquella tonada giraba dentro de sus oídos. Y en las pausas del charloteo repetíase a media voz:

Déjenla venir llorando,

que yo la he de consolar...

Marisabel no era negra. Pero...

Evocación cuarta

Amo y señor

El patio interior de La Huerta se hunde poco a poco en el nublado atardecer. Tonos de ceniza disfuman los granados, la enredadera y el brocal del pozo. Ya empieza el parrón también a desdibujarse; bajo su sombra se distingue, sin embargo, blanca la pared fronteriza, con zócalo azul, y en medio abre su boquerón tenebroso la bodega mayor: dentro, con ambular de ánima en pena, va y viene una vela encendida.

La señora cose, amparada por el corredor. Es, desde más de dos lustros, misia Marisabel Lazúrtegui de Valverde, ama y dueña feliz... aunque sin remedio torturada. Cose, como muchas tardes, que tanto exigen a una madre las criaturas. Sus tijeras caen tal cual vez, tañen su cascabel al chocar los ladrillos, y luego todo vuelve al silencio. Un silencio en el cual ella sigue uniendo a hilvanes su labor con sus emociones, sus sueños con recuerdos, dichas con inquietudes. Acaso hay en ello más de sufrir y remendar que de costura.

En fin, así lo dispuso Dios, piensa. Y suspira conforme. Porque está contenta. Siempre ha estado, en el fondo, satisfecha de su suerte.

Se arrebujá con el chal. Hace un poquito de frío. Marzo anticipa el otoño. La dama prende por un rato su aguja en los lienzos, para mirar en torno, pues le recrea percibir las sensaciones de aquel patio en soledad.

Arriba, entre los maderos de la tejavana, las palomas se recogen. Las hembras, puras, de un albor lamido de miel, trajinan domésticas, a semejanza de las mujeres antes de acostarse. Pero ese palomo, el buchón, es un pequeño formidable. Y todo un gentilhombre. Cubierto por su capa recamada de tornasoles y reflejos, echado atrás, con el pecho abultado —golilla sobre jubón— y con su birrete de plumas en la cabeza, camina con donaire. La cola le alza por detrás la capa, como una espada. Y anda encima de la viga con pasitos cruzados, con garbo y galantería, rondando a su dama, entre venias y arrullos que se dirían piropos. Tiene las patitas rojas y rizadas de plumillas como cintas. A la señora recuérdale a su José Pedro; si no por el lujo, al menos por lo fuerte y galante, por lo cortés y violento, por lo amoroso y terrible. La paloma de su pareja, rendida, le obedece. Sólo que alguna vez, si otra se aproxima, de la cándida sumisión surgen picotazos.

Entonces misia Marisabel sonrío. ¡Y cómo ha de ser, pues! ¿No siente lo mismo ella?

Luego de reír, intenta reanudar su trabajo.

Pero ya las puntadas no se ven. Se va la luz. Baja el sol detrás de la bruma sin lograr encenderla. Tras un cristal muy pavonado, mira en perlada agonía, en desfallecer dulcemente ambarino; pone sobre los edificios y las cosas apenas una pátina de oro leve, y apresura su descenso. Pronto lo ha cubierto el tejado de la capilla, se han opacado las techumbres de la casa y resulta imposible divisar lo menudo en el patio. Decide por esto la señora ir a meterse por las penumbras de las habitaciones. Allá deja sus costuras y sale por el otro lado, al corredor externo, al del jardín, lugar en que todos los crepúsculos aguarda la vuelta de su esposo.

Tarda porque lo absorbe la vendimia, reflexiona. Adora su viña nueva. Y es

incansable para crearse más y más labores e impulsar progresos. Ya tiene viñedo y molino. Y lo que aún hará.

Ella espera pacíficamente.

Por el camino pasan gentes hablando, con los ecos extraños que tienen las voces dentro de la niebla. Se alejan y no se sabe qué gris errabundo queda palpitando entre los demás grises. Los minutos andan lentos. Hasta que el sol, por muy fugaz instante, dora los filos de muros y cornisas, deslíe un poco de púrpura indecisa en el frontis de la capillita. Súbito, se apaga, cual si hubiera plegado el párpado, y enfría todos los matices del cuadro.

Estos crepúsculos estimulan en el alma de la señora cierta intimidad de corazón y cierto goce de soledad que la predisponen a sufrir. Pero el sufrir suyo, todo él de amor, exclusivo de pasión, es un romántico placer de sangrar y restañar heridas, y un concluir adorando su cuita siempre. Vivaz, imaginativa, aun risueña y pintoresca por temperamento cuando está en sociedad, suele permanecer empero así, dirimiendo sus conflictos interiores, horas muy dilatadas; bien es verdad que para llegar ineludiblemente a la conclusión de que su viejo Don Juan no pudo ni puede comportarse de otro modo y de que lo ama como al héroe la heroína del más hondo, atormentado y poemático de los idilios. En medio de celos, temores y dudas, ella mantiene la fe de su amor. Y al cabo, ¿no se ha cumplido su felicidad y no la disfruta prolongada en criaturas de sus entrañas? Algo estropeada vino a ella esta dicha, cierto, largamente oprimida en la paciencia de años que la deformaron; mas como aquel esperar, desesperar y esperanzarse de nuevo las imágenes del ensueño sometieron a disciplina y se ajustaron a términos prudentes, cuando, muerta misia Jesús, llegó el cumplimiento, le pareció a ella que acaso mayor que la promesa resultó el triunfo. Esposa de su José Pedro, y madre, y señora de La Huerta... ¿no era lo fundamental del ensueño? Que de tiempo en tiempo haya ido descubriendo después los frutos espurios del amante ¿qué debe significar? Dolor en su corazón, sí, lastimadura en su candidez; pero ¿a quién cargar esta cuenta? Ella guardó el juramento de silencio e incomunicación hecho a su madre, misia Jesús condenó al mozo pujante, seductor, irresistible, a soledad forzada. ¿Pues entonces? ¿Cómo, puesto que había él de caer como los demás hombres caen, y con mayor frecuencia, por más viril, cómo pensar en que lo encontraría poco menos que cartujo y penitente?

Bien. Todo ello explícale y aun le justifica el pasado. Pero son las sospechas de infidelidades posteriores lo que la martirizan. Esos chicos huachos... hasta el cariño le inspiran. Ellas, antes, viéndolo tan hermoso, tan bizarro, tan ardiente y abandonado por su Marisabel, ¿por qué no habían de aspirar a ganárselo? Cuando ella volvió, todas quedaron frustradas. No obstante, hoy, alguna ¿no estará postergada tan sólo? ¿Será ella la esposa, hoy dueña absoluta? Algo, algún compromiso, algún enredo pendiente cabe siempre en lo posible. Y para extremo y colmo, para que ni la gota grotesca falte, la tal doña Carmela, vieja, resignada, inteligente y digna, permanece como con una ensoñación emboscada y en ronda. ¡Ah, en ellas, en ellas acecha el

pecado!

Misia Marisabel es celosa. No lo puede remediar. Bastantes años han pasado. Él frisa en los cuarenta y cinco, ella no niega sus cuarenta. De las niñas, once cumplió Chepita, Rosa nueve. Pero misia Marisabel será celosa la vida entera.

En fin, esa tarde, como todas, apenas escucha el rumor de las espuelas y vislumbra la mancha del poncho de vicuña junto a la vara de la llavería, se sobrepone y acude al encuentro de su marido.

Él entra bajo el corredor penumbroso, la besa, con el brazo fuerte le rodea los hombros y le pregunta:

—¿Las niñas?

—Lavándose las sentí, para la mesa.

Ha pasado la noche. A la madrugada el viento norte ha soplado gritando, han caído chubascos estruendosos al amanecer, y despierta un domingo azul.

Cuando entra en el dormitorio la sirvienta con los desayunos, que los patrones toman ese día festivo juntos en la gran cama de dos plazas, ambos reciben aquella gloria de luz por la ventana.

Después, mientras él fuma entre las sábanas su primer cigarro matinal, con el último sorbo, alegre, se cuele dentro de la franela de su bata y corre a levantar a sus hijas.

Pero de regreso ya, se queda unos instantes a la orilla del corredor. La embarga tanto añil del paisaje. Están azules los cielos y los espejos de los charcos, los pinos y los cristales de la casa, y aun allá, sobre las praderas mojadas, hasta nítidas lejanías, el azul barniza todo verde y penetra los humos tenues que suben de los ranchos. Azul canta la flauta de los pájaros, azules llegan los grititos de las niñas desde el interior. Si hablase ahora ella, también azul sería su voz. Azules se vuelven sus pensamientos. Su alma toda se tiñe de azul. Y cuando la campana llamando a misa la despierta, le parece que se desparraman los sones por el aire cual si se desgranase un rosario de cuentas azules.

Es la seña de prevención, este campaneó. Avisa que ha llegado el capellán. Porque desde la instalación del matrimonio en La Huerta, hace ya doce años, no falta oficio sagrado los domingos.

La señora torna entonces a su cuarto. Ambos esposos se lavan, se acicalan, conversan.

Ha dado ella uno toques de tijera en la barba a de su marido; y él, peinándose la guedeja rubia, que ya palidece, insiste sobre lo que venía diciendo:

—Malo, muy malo, pensé yo en cuanto supe de aquellas hipotecas.

—Sigues desconfiando, por Dios.

—Pero si ese Cipriano Correa, hija, ese usurero, es como los suelos bajos, que se chupan su agua y la del vecino. ¡Por ley física, caramba! No comprendo cómo tu madre llegó a entregarse así en semejantes garras.

—Cipriano... ¡qué quieres!... era el poseedor de nuestro secreto. Tuvo que serlo,

por el encadenamiento de las circunstancias, porque ya él manejaba los bienes, porque tampoco íbamos a meter otro confidente más. Y abogado, en fin: necesario, según ella.

—Peor que peor. Siempre al anca del que se arruina se concluye por descubrir un leguleyo encaramado. Claro: él, a trueque del silencio, se supo ir imponiendo, hasta dominar.

—El hecho es que, a pesar de nuestras deudas y de las trampas que nos agobian, vivimos. Y mejor que él, desde luego.

—¡Qué gracia! ¿No habías observado que en tu buena sociedad siempre vive mejor un rico arruinado que un roto enriquecido?

Misia Marisabel sonríe; mas:

—Por último —dice—, a qué hacerse mala sangre.

Y es que vislumbra en la chispa violenta encendida en las pupilas de su tonante señor ganas de llamar a cuentas a Cipriano, de zamarrearlo quizá. ¡Qué geniazos!

Con todo, ese carácter le resulta adorable, como todo lo suyo.

—Recuerda que aún lo necesitas —le advierte, sin embargo—. En su casa vive tu hijo.

—Ya me lo traeré al campo y entonces veremos.

—Calma, polvorilla. Ese niño ha de acabar su educación.

Pero al solo recuerdo del muchachito, el semblante de misia Marisabel se vela de sombras. Con la peineta suspensa, queda frente al espejo. Mira en la luna cómo las manos de don José Pedro, que se han poblado de vello dorado, envuelven la faja carmesí en torno a la cintura poderosa, y a cada vuelta se le aprieta más el corazón.

—¿Por cuánto pretende conseguir Cipriano ese finiquito?

Por cinco mil pesos.

—¡Bribón!

—Pues yo nunca supuse que me quedara tanto. Me ha entregado el landó, los mejores muebles de San Nicolás...

Otra seña del campanario, anunciándoles que ya el sacerdote se halla vestido y a punto de officiar, les apresura.

—Vamos, vamos.

Por el jardín se les unen las dos niñas y en grupo señoril avanzan los cuatro hacia el oratorio. Componen la recta familia, la legítima conforme a decoro y religión, a tradición y estirpe, la familia que soñó el Valverde siempre y logró formar para vivir en sus dominios, señor en su caserón cercado con cadenas.

Después, cuando tras el oficio han conducido a desayunar al mercedario y luego lo han despedido en el estribo del birlocho que lo trae y lleva entre las haciendas donde sirve capellanía y su convento de Melipilla, deriva sobre su tema don José Pedro:

—Pienso que si las complicaciones por el niño nos obligan a cerrar los ojos y transar, convendría invertir esas platas en el potrero de doña Carmela. ¿Por qué pones

esa cara?

—Sabes que nada de la vieja ésa me gusta.

—¡Vaya!

El caballero guarda entonces silencio. No el de quien cede y desiste, sino el silencio con que hace pausa voluntariosa quien sólo aplaza. Se le oyen casi los pensamientos. Tal es la fuerza de ellos. Porque, ese potrero, él lo quiere. Tendrá que volver tarde o temprano a su familia, por razones de justicia y de orgullo. Allá en épocas de las encomiendas, entre litigio y litigio, alternativamente perteneció a su abuelo y al padre de doña Carmela. Llamáronlo por eso El Infiel. Mas el amor propio díctale a él hoy retornarlo a fidelidad.

Y aunque ha dejado el asunto para ocasión propicia y ha pasado con su mujer al salón para departir en paz hogareña, he aquí que lo imprevisto pone de nuevo el tema de la señora: entran las dos niñitas a carrera gozosa; viene Chepita con unos dulces sobre un papel, abre la hoja, tirante entre las manos, a modo de bandeja, y ofrece:

—Mamá... y usted, papá: sírvanse.

¿De dónde sacaron las golosinas? Pues pasó la viuda de Burgos en su coche, las llamó a la portezuela y, con muchos recados para papá y mamá, entregó el paquete a las criaturas.

Desfallece misia Marisabel entonces, desgana. Solo él prueba un alfajor.

Mientras las chicas devoran golosas, ellos leen en sus mentes escondidas.

—Bien. A jugar al jardín —pide a sus hijas él de pronto.

En seguida va y se sienta junto a su mujer en el sofá. Le coge tierno y risueño ambas manos, se las besa con finura y le dice:

—Vives, vieja mía, espantándote a ti misma. Ten fe. No te atormentes con los episodios y las circunstancias del pasado de un hombre.

—No se trata de celos, no te creas.

—¡Oh! ¿Cómo podrías estar celosa de semejante anciana?

—Claro que no. Y eso que ella, anciana y todo... Yo sé que se imaginó un matrimonio de conveniencia contigo.

—Me conoces, Marisabel.

—Te conozca. Eso es lo malo.

—¡Bah! Escucha. No estás celosa; más aún, no eres celosa. Concedido. Pero mira: tienes un alma timorata y... ¿sabes?... cuando tiembla el alma, tiembla cuanto la rodea. Todo alrededor se agita, se llena de fantasmas y peligros. Es como cuando tiembla la luz y con ella las cosas que se hallan a su alcance.

—Sin embargo, las mujeres vemos en los ojos de las mujeres. Doña Carmela sigue soñando.

—Si pasa ya de los sesenta y cinco.

—¿No estuvo enamorada de ti?

—Tal vez tuvo entonces sus últimos fuegos.

—Y ahora, el rescoldo.

—Quizá. Algo bajo la ceniza, el engrimiento en su recuerdo, en fin, la simpatía por una vieja ilusión. ¿Y qué?

—¿Llegaste a tener algo con ella? Dilo.

Como carece de mayor paciencia, don José Pedro se levanta entonces, domándose.

—Basta. Recapacite, hija, en lo que me ha dicho —concluye, con la severidad que a las palabras da el trato de usted.

Y sale.

Ella queda sola en su sofá de medallones. Reabsorbe una lágrima. Las pestañas le abanicán las mejillas, en las que ha secado el otoño un matiz de oro, como en la piel de una uva clara. Luego esparce la vista por el suelo. Se siente un tanto desolada, cual si el incidente la hubiese, desprendido un poco del mundo. Además, sufre algún desconcierto. ¿Habrá procedido mal? ¡Qué bien suele razonar él! ¡Qué profundidades penetra! ¡Qué sutilezas alcanza! Pero, también, cuán duro se porta llegado cierto momento. Lo reconoce superior. A menudo, en presencia de algunas almas, nos parece que somos muy poca cosa, que nos hallamos como delante de un abismo en el cual podemos caer. Hay almas cuya sima presentida causa vértigo.

Piensa, y suspira:

—¡El hombre... es el hombre!

Busca el medio de contener la emoción. A su lado ve la hoja de los dulces y, como una colegiala, se pone a recoger con la punta del índice humedecida las migas de turrón y azúcar.

Fue por entonces cuando bajo la encina centenaria, desdibujado dentro de la húmeda sombra, inmóvil como el zorro en acecho, estuvo don José Pedro atisbando el paso de aquel bandolero preso entre dos polizontes.

Allí detúvose, sí, quieto y fantasmal, emboscado bajo el árbol añoso. El poncho de vicuña caía sobre sus hombros fuertes, a todo lo largo de su talla empinada sobre los tacones huasos. Destellaban sus ojos claros y ponían reflejos en la barba rubia, recortada en punta. La barba de don Juan Tenorio, decía doña Marisabel. Y por su parte habíasela de llamar misia Carmela «barba de joven conde». Una barba entonces clareante ya, joya de plata sobredorada que va perdiendo el sahumero.

Allí estaba, largo rato. Se había echado encima de las cejas el sombrero alón y las pupilas brillábanle muy despiertas, no se habría podido asegurar si coléricas o maliciosas. Sonreían por momentos, pero asomando y recogiendo la sonrisa entre las pestañas, porque algo violento ardía más adentro. Sin moverse, duro y estatuario, permaneció allí todo lo que tardaron en buscar los policías al llavero, en recibir al fin de él un par de galletas para el camino, en beber unos sorbos de agua y, sobre todo, en parlotear como bravucones comediantes.

En cuanto los soldados volvieron a montar y se marcharon, con el preso a pie y siempre delante, maltratándolo deliberada y teatralmente para que mucho celo les atribuyesen, él avanzó fuera de la penumbra. Con la mano velluda en alto, hizo unas

señas al llavero y lo mandó a buscar al capataz:

—¡Hijunas! Corre, vuela, Mauro.

Giró hacia la casa. En el corredor blanco, asomándose por la boca de un pasadizo, figaban las chinas de la servidumbre. Bocas y ojos redondos por la curiosidad, hundidas de emoción las mejillas, se unían a ese latido entre medroso y solazado que cuando se juntan a espiar prende las almas esclavas. Pero tan pronto viéronse descubiertas por el patrón, emprendieron ratonil fuga pasillo adentro.

Misia Marisabel y sus hijas, también con los párpados dilatados de temor, lo esperaban al fondo del jardín. Habían temblado al paso del forajido, de aquel ser para ellas todo misterio y peligro, especie de granada explosiva, de aquella su figura sucia como pintada toda ella con los pardos de la tierra.

El capataz acudió pronto, al trote rápido de su bayo, y el patrón le dispuso:

—Siga, compadre, a esos policías. Con sigilo. Que no lo descubran. Entérese de cuanto hagan por el camino. Salga por encima de la loma y déjese caer por el otro lado, por entre los montes incendiados cuando el salteo a La Mielería. Tiene que aguaitar bien, compadre Bruno, qué hacen los pacos con el pililo. Si no ve al principio nada raro, sígalos, hasta que vea, y hasta que ojalá oiga. Después viene a contarme. Ya, al tiro, corra.

A Mauro, allí presente, le previno:

—Y tú, cierra la boca. ¿Oíste algo a los pacos?

—No mucho. Hablaban cosas de adrede.

—Por ejemplo...

—Los vide llegar arreando al preso como a un animal. En la vara echaron pie a tierra. Uno sacó la manea de su montura y se la puso al roto en los tobillos... Pura comedia.

—Todo eso lo vi yo también. Dime qué hablaron.

—Más petipieza, pues, patrón. Que buscaban a ese bandido desde cuantúa, que lo habían pillado al fin monte adentro, que se chismeaba por ehi que misia Carmela lo favorecía en sus escondites... Todo adrede, patrón. Sabe Dios si lo que hacen es acompañarlo en un cambio de guarida. Tendría el hombre que pasar por aquí y no se atrevería solo...

Don José Pedro escuchó meditabundo. Luego se fue al encuentro de su mujer. La encontró azorada.

—No te metas tú en esos manejos —le rogó temblorosa—. Deja su misión a la policía, que para eso está.

—Es que no la cumple, hija.

—¡Válgame Dios!

—Y si yo no actuó, créeme, los salteadores acaban con nosotros el día menos pensado. Han muerto a mi padre, a ustedes les han saqueado San Nicolás cuantas veces han querido... Por mí, aquello se detuvo algún tiempo; pero ahora la región se infesta nuevamente de criminales. El cuatreroismo recrudece y los asaltos a sangre y

fuego vuelven a ser el pan de cada día. Si esto sigue así, yo voy a pedir al gobierno, por intermedio de mi partido, alguna comisión personal como la que me dio en la otra ocasión Balmaceda.

—Eres terrible, José Pedro.

A Chepita, la mayor de las niñas, que había heredado, con la vivacidad de su madre, los ímpetus combativos de su progenitor, la enardeció el diálogo.

—Sí, papá —intervino—. Hay que matarlos antes que nos maten.

—¡Miren qué mocosa ésta! Y tú ¿qué dices?

Nada. Rosa, la segunda, nada decía. Estática, muy rubia y muy bonita, cumplía con el mote de Muñeca, que cariñosamente se le aplicaba.

El padre acarició las dos cabezuelas y rió placentero, recreándose como un dios en sus criaturas. La verdad es que nos equivocamos siempre al bautizar a los niños, reflexionó. Nunca el nombre coincide con el carácter: antes bien, lo contradice. Haber llamado Chepita, en memoria de su mansa, dulcísima primera mujer, a esa chica, para que resultara ese diablillo...

Solían las gentes comentarlo por su parte. Aunque las gentes además interpretaban sus observaciones. Atribuían, desde luego, al desconsuelo de no haber logrado un varón entre su legítima prole, el estímulo que prestaba el caballero a las aficiones ecuestres de la hija mayor, y a su intrepidez, hasta el punto de fomentarle carreras cual si fuera un jinete o hubiera de serlo después, y al retozar por los campos mezclándose a las faenas, y a su afán de hacerse docta como un juez en las corridas de vacas. A la inversa, viéndolo envanecerse con la fina belleza de la otra, suponían que de ésta se había propuesto él hacer una dama, la señorita por antonomasia, digna de ser exhibida entre aristocracias capitalinas, flor lujosa de sus linajes.

Y mucho había de cierto en todo eso.

De sobremesa departieron los esposos aquella noche sobre las niñas. Era ya tiempo de pensar en un colegio para ellas. En el fundo habíanles enseñado entre ambos a leer, y caligrafía, y catecismo, y tablas; mas el próximo año debían estudiar con método en la capital fuere internas en el plantel de las monjas, fuere pupilas en casa de las Toledos y alumnas de alguna escuela, o en hogar propio, al cual se trasladaría misia Marisabel si conseguíase recuperar el solar de la antigua calle Angosta —de Serrano desde la guerra— que Cipriano Correa, por las hipotecas, detentaba en su poder.

Avanzaba la noche, cuando acostados ya disponíanse a dormir, llegó Bruno. Lo llamaron al dormitorio.

Ya en los labios burlones de su capataz leyó don José Pedro la confirmación de sus sospechas.

—Cuenta y razón le traigo a su mercé.

—A ver...

—En cuanto no más se sintieron lejos detrás del cordón de lomas, le desataron al pajarraco las manos y lo subieron al anca. En el paso de la Tenca, golpearon la puerta

del almacén. El despachero sale, ellos piden... me parece que chicha, sin apearse, y les traen un potrillo lleno. Se lo tomaron todo entre los tres. Más allá se desmontaron, muy amigos, a fumarse un pitillo al pie de un boldo. Y ehi se apartaron. El pillo cortó pal norte, pal lao del Rosario; ellos rumbearon para San Juan. Como pertenecen a la comisaría de San Antonio... Ah, pero se me olvidaba lo mejor, patrón: cerca de los caseríos, los pacos dispararon al aire sus pívoris. Tira y tira estuvieron, como veinte balazos, ¡señor de mi alma!

—Completo —dijo don José Pedro—. Pues ya veremos cómo corriendo los días, se cuenta en los contornos que se les voló el pájaro, que lo persiguieron ellos a tiros, hasta que de fijo lo han muerto y estará enmontonado y pudriéndose.

—Así mesmo se dirá. Y que se han visto muchos jotes por ehi. Ni andará lejos que carguen con misia Carmela.

—Asegurando que lo esconde.

—Como le dieron fama cuando lo del Pelluco...

—¡Ah, hijunas! ¡Policía grandísima perra!

—Serenidad, señor del trueno, serenidad —le pidió festiva misia Marisabel.

—Bien, compadre. Recójase a dormir, entonces.

Se retiró Bruno; pero él necesitaba desahogarse:

—¿Has oído, mujer? ¿Ves cómo hay que tratar a esos polizontes lo mismo que a los facinerosos? Como que muchos lo fueron antes de que los engancharan comisarías comunales. Eh, al fin y al cabo, resultan más listos y más tiesos que los huainas reclutados en el montón.

—Triste cosa, sí. Pero mi tonante señor tiene que dormirse ahora.

Apagaron la vela.

Sin embargo, junto al sueño de la esposa, él se desveló pensando.

Hasta después de medianoche piensa el desvelado. Y es la suya una vigilia de repaso y juicio. Revisa lo que anduvo entre juventud y madurez y obtiene conclusiones. Desde luego, que fatalmente todo creador ha de acabar en esclavo de criaturas. Lo comprueba en sí.

Pues bien, si tantas cosas ha hecho, si casi ha creado un mundo, ¿cómo no sentir ahora la responsabilidad de su creación y cómo no velar por ella? Velar y aun desvelar; he aquí su deber. Y sobretodo, su voluntad terca, irreductible.

No cejará. Recuerda que cierta vez oyó por ahí que alguien decía: «Mucho ha cambiado, este caballero». Falso; él continúa el mismo. Si cambios hay, o son aparentes o de mera modalidad. No distinguen las gentes que las mudanzas exteriores no alteran la esencia. Con la edad, acaso se hayan exagerado los rasgos de su carácter: lo acepta, porque los años al par que acentúan facciones de rostros, imprimen a cualidades y defectos anímicos acentos más rotundos. Lo cual está bien: las personalidades que no se afirman exagerándose, que es decir creciendo, perecen. Reconoce haber excedido sus antiguos orgullos de abolengo y aun sus violencias de jefe y patrón, hasta lindar en términos que permiten llamarlo «señor tonante»; mas

halla esto explicable y natural, lógico y necesario. Se traen fuerzas desde el origen, se asimilan influencias, como las recibidas por él de aquel cura tremendo y admirable, y todo ello vive, se desarrolla y sirve. Aquellas cadenas con que tiempo atrás cercó la casa han llegado poco a poco a incorporarse a su persona con el poder de los símbolos. En los descansos del crepúsculo, posar la mano sobre los recios eslabones le causó siempre —y aún se la causa— una escalofriante satisfacción de poder y señorío; fluye de su gesto entonces cierto magnetismo que él advierte, algo que impone un respeto mezcla de admiración y temblor en las almas de los campesinos que pasan. ¿Pero es ello condenable? No; eso está bien, es necesario: vive tiempos en los cuales se hace menester ser amo; y el cariño al amo, si bien con afectos y bondades se gana, ha de llevar escondido algo de ese latido terrible que pulsa en la sumisa obediencia. Sólo almas pigmeas vituperan y desconocen esta virtud. En tal o cual trance —lo confiesa él— asume actitudes atrabiliarias y aun de injusta soberbia, semejante a las de cuando niño. ¡Qué hacer! Hacia la vejez, así como vuelven al hombre agudezas y frescuras de la infancia, le suelen reaparecer también pueriles torpezas. Todo ello, sin embargo, todo en conjunto, hace al señor.

He aquí, pues, sus conclusiones, y no cínicas, tan sólo de realista conciencia.

Y puesto que ha creado su mundo, lo sostendrá, lo conducirá, de progresos a plenitudes y, fatalmente, a él se ha de entregar en altiva servidumbre.

Porque ha sido creador. No poco ha nacido de su esfuerzo y su tesón. Ha multiplicado crianzas; abriendo campos, ha convertido montes en sementeras; perforando cerros, ha regado secanos; ha plantado viñas; se han alzado, a su inspiración y su porfía, molinos, edificios de labor y viviendas para servidores. Él ha hecho, sin ceder a las tentaciones de un regalado vivir, su pedazo de Chile, ¡caramba! La patria débele producción, que es riqueza para todos, y también servicio personal: en la guerra le dio su aporte, primero como proveedor, y luego, hacia fines de la contienda, partiendo al Perú a cargo de remontas. Allí, no en líneas de fuego y bayonetas, pero sí en la retaguardia bajo la metralla, tuvo su eficacia en San Juan, en Chorrillos y en Miraflores. Aquello no lo ha envanecido; úsalo apenas ahora como anecdotario de amenidad para sus conversaciones. De haber sido Bruno entonces cronista en lugar de simple asistente, qué de audacias, arrojos y, también, galantes aventuras habría podido narrar.

En este punto, el desvelo de aquella noche se puebla de recreos. ¡Ah! suspira por fin, risueño, para que a su creación nada falte, «ha padreado bastante», como dice don Joaquín. Ríe, ríe a solas en la noche, mientras su Marisabel duerme y duermen con ella sus celos.

Pero se ha casado al cabo, fiel y decente, de acuerdo con su prosapia, su palabra de honor y su religión. Tan pronto murió misia Jesús, él dejó a Lima y vino a devolver honra y amor a su Marisabel.

Por último, entre sus ufanías, y no la menor por cierto, cuenta la de haber limpiado de bandoleros la zona. Las hazañas de su pelotón bravo lo aguerrieron para

la obra que habría de realizar después, cuando el Presidente Balmaceda lo nombrara prefecto accidental de Melipilla. Con la veintena de soldados veteranos y la carta blanca para combatir que se le facilitaran, puso en práctica métodos propios. Evocó al viejo gobernador de antaño, entrabado por un juez leguleyo hasta la manía... Él sí, él llamó a su teniente, sus sargentos y sus cabos Pascualote, Bruno y Cachafaz, y les dijo:

—A mí no me traen ustedes bandoleros vivos. Fosa tengo abierta, no cárcel. Conque ya lo saben.

Y en meses quedó saneada la región. Facinerosos que no perecieron, fugáronse a campos lejanos.

No lo, contará hoy, ni poco ni mucho, porque ni le pluguieron las jactancias jamás, ni lisonjeras consecuencias derivan de tan ociosos comentarios. En aquella ocasión, la prensa metropolitana lo vituperó desde la oposición al gobierno. Señor feudal, de horca y cuchillo, le motejaron, y hasta del derecho de pernada dedujeron solfas. Además, con ello como fundamento, su propio partido coreó a sus antagonistas; aunque, en el fondo, sólo porque se negara él a participar en la revolución contra la gran figura, porque osara incluso defenderla contrariando una constitución aprovechada como político trampolín y porque le agradeciera, tanto o más que el haber apoyado el sanear de malhechores a Melipilla, el haber unido por un ferrocarril a Santiago con el abandonado departamento.

Pues ahora, lejos aquello, reconciliado el partido con él, nuevamente su delegado en la comarca, afrontará la empresa como antes. Hará ver cómo, porque tras el peligro se va siempre la cautela, se dejó la misión policial y el mal recrudece. Defenderá su obra, y su destino en memoria de su padre asesinado, y los bienes regionales, y su hogar.

Porque ya tiene, además, una familia; a su lado, una noble mujer y dos niñas; allá en Santiago, ese hijo, si no legítimo, sí de pecado nacido, sí disimulado y oculto por el bien parecer social, de tanto linaje como las chicas habidas durante el matrimonio y sagrado por cariño y deuda de honor.

Se duerme aquella noche con toda su firmeza erguida.

Aquel día de San José debió transcurrir también ese año en silenciosa intimidad. Desde la muerte de Chepita —Josefina— y luego definitivamente al fenecer el cura José María, otro José, en La Huerta quedaron abolidas las fiestas para el santo del patrón. Como además rememorábase a José Vicente asesinado, la lista onomástica de los difuntos había terminado por enlutar la fecha. Por la mañana, los esposos y sus dos hijas, todos de negro, partían hacia Melipilla en el landó, rezaban las misas que los mercedarios decían por las almas veneradas y, luego de volcar muchas flores sobre las tumbas, regresaban al fundo muy recogidos de alma.

El almuerzo, como de aniversario, sí solía ser en tal ocasión más generoso y delicado, y esmerábase la señora en comportarse más fina con su José Pedro. Sólo que suspiraba entonces misia Marisabel cada vez que ponía en la boca del amado

señor el primer bocado de su plato. Cogiendo él a su turno del propio también la primicia de cada guiso que se le sirviera, dábala en los labios a su consorte. Y ese día correspondía con exquisita y consoladora ternura.

Costumbre conservada desde la luna de miel era ésa, que jamás abandonaran, pero que aquel año, según observó don José Pedro, repitió ella con inusitado matiz. Tuvo el ceño de la señora tan particular depresión de tristeza, tanto dolor de tiempo presente, que sintió él algo semejante a la vibración de un callado tumulto que traspasa un muro. Algo nuevo se agitaba tras el semblante inmóvil.

Intuitivamente, dejó él de nombrar a Chepita.

Luego, cuando se levantaron de la mesa y dirigiéndose a reposar en el patio, la vio de pronto llorar.

—Bueno, hija. Basta de sufrir —le dijo con dulzura y cual si atribuyese a duelo y nostalgia de los muertos aquel sufrimiento—. Miremos hacia los vivos. Nos tenemos el uno al otro. Me tienes tuyo, tan tuyo... ¿No lo ves?

—Sí, te creo —repuso ella.

Las lágrimas, empero, siguieron rodando sobre sus mejillas, como la lluvia sobre el rostro de una estatua.

Agudo, sabedor de que nada hay más eficaz para distraer un dolor como otro dolor, habló entonces del niño.

Y en el acto el ánimo de la señora ensombreció de otra manera.

—No puede con las matemáticas, el pobre Antuco. Me lo confiesa en una carta —prosiguió don José Pedro.

—Pobre chiquillo. Tampoco pude yo con ellas nunca.

—Pues ¿y yo? Ni el álgebra, ni la trigonometría... En fin, en fin —concluyó—, no hemos de amargarnos. Pongamos las caras alegres ya. Y tú, la vivaracha, la fogosa de la familia, con esa expresión de lástima... Vamos, ven a desembalar esos retratos de Aldanas y Lazúrteguis, que se apolillan en su tubo. ¿No lo había resuelto para hoy?

Ella se puso decididamente risueña y lo miró enamorada cuando la tomó del brazo y la condujo al salón.

Allí estaba, en efecto, parado al pie de la mesilla de mármol, el enorme cañutó de hojalata en que habían venido de Santiago los óleos desmontados de aquellos antecesores.

Mientras ella iba extrayendo los trozos de tela, mirábala su marido, considerando aquel carácter. Tan festiva, de natural tan inclinado al gracejo y, no obstante, los tormentos de amor la enturbiaban, la entristecían y martirizaban siempre. Y el tiempo, lejos de curarla, veníale creando una especie de vicio de sufrir. Que aun el recuerdo de Chepita, no por hermana infeliz, sino por ex amada rival, envenenara su amor... Aquello era ya enfermar. Y era ella quien a menudo le prevenía: «Te complicas la vida, sin objeto». Ella, que a sí misma y a él se la enredaba en sutiles complejidades.

En esto llegaron visitas, las únicas que contaban con venia tradicional para presentarse al amigo en San José: los dos compadres, don Eliecer y don Joaquín.

—¡Jojó, patrón!

Seguían idénticos. Apenas un poco más estañadas las pelambreras; pero con igual vigor; el uno sin variar su atiplada socarronería, siempre animado de dicharachos el otro.

—¡Qué bien se conserva, don Eliecer! Y su vida, don Joaquín, ¿cómo lo trata?

—¡Pse!

—Cada vez con más suerte —apuntó don Eliecer.

—¡Qué señora! Perro flaco no sirve sino pa criar pulgas.

—Viera la pulguita que trae.

—Como la suya, no más, compadre.

Ambos traían regalo, cada cual una potranquilla. Llamaron a las niñas y salieron todos a ver los animales. Elegirían a su gusto los dos del santo, el patrón y Chepita.

—Lindas son.

—Yo las encuentro preciosas.

—Como el vinagre regalado es dulce...

—¿Indirecta, don Joaco? Que sirvan vino, hijita.

Aunque sin estridencias, el humor se renovó en la casa. Las chicas palmoteaban de gusto. Por último, bautizaron «las pulguitas» a las potrancas.

—Crías del potro premiado de Puangue —advirtió don Eliecer, exhibiéndolas.

—Han sacado el mismo pelo mulato.

—Y el anca nevada igual.

—La madre de ésta es la yegua del Gallo.

—A propósito, ¿qué se ha hecho el Gallo?

—Anda en las mismas de siempre, señor; sólo que muy envejecido. No se orea, ese diablo. Bebiéndose poco a poco toda su platita.

—¿Perdió la chacarilla?

—Para allá va.

—Ya lo veremos reducido a un cuarto y escogiendo en cuál pared se partirá la cabeza.

Aun para malos pronósticos hallaba don Joaco resortes de risa.

—Creo que lo vamos a necesitar otra vez —predijo don José Pedro.

Y entre charla y sorbos de pajarete, ya en el salón, habló de sus proyectos contra los bandidos que volvían a invadir los campos.

Visitaron después el lagar, en pleno trabajo por aquellas semanas de vendimia, y siguieron a la bodega, donde hasta doce grandes fudres, dentro de los cuales unos niños hacían la postrera limpieza, esperaban los caldos nuevos. Más allá, en grandes pailas de cobre, cocíase la chicha. Todo lo vieron, y cataron vinos, y cumplieron al patrón por haber hecho de La Huerta un fundo floreciente y completo. Pascualote, ahora herrero y carpintero, y Cachafaz, caballero, discurrían entre los peones.

—¿Y el otro muchacho del pelotón bravo?

—¿Bruno? En el campo, de capataz.

Los tres tenían ya situación pacífica, se habían cargado de hijos, y como el patrón les apadrinara los primogénitos, con el parentesco de compadres habíanse ganado las ceremonias del usted.

Rememorando, riendo y charlando pasáronse los viejos amigos la tarde.

Al despedirse, don José Pedro les recomendó:

—Ya saben: al Gallo, que vaya loreando mientras tanto.

Misia Marisabel suspiró meneando la cabeza:

—¡Jesús! Genio y figura...

—¡Ave María! Pero... ¡cómo! ¿Quieres pasarme, José Pedro, esa carta?

—Toma, hija. Repasa y piensa, para que luego reflexionemos juntos.

Misia Marisabel hace ademán de llamar. Ya en el salón ha oscurecido mucho.

—No, deja. Yo encenderé.

A pesar de haber oído la lectura en alta voz hecha por su marido, ella desea enterarse por ojos propios de cuanto les pone Cipriano Correa en esos inquietantes renglones. Pero ha de aguardar a que su marido trepe sobre una silla y dé luz a la lámpara.

Por fin abre la escuela, se acoda en la mesa de centro y, ávida, lee.

Caviloso, él espera.

El silencio se prolonga.

Los pololos anuncian primavera temprana. No empieza septiembre aún y ya esos granos de café, alados bajo el caparazón, caen de afuera proyectados contra los vidrios apenas se alumbran las habitaciones en la noche. Se cuelan por la menor abertura. Exasperan prendiéndose al pelo, a la nuca y a las manos, con sus patatas pegajosas de pequeños monstruos.

El caballero lucha con los intrusos y sigue mirando las muecas, a veces de asombro, a veces risueñas, a veces coléricas, de su mujer. También él por momentos ríe, o se irrita, aunque sin mayor sorpresa.

Cuando la señora concluye, ambos se interrogaron con la mirada. No atinan a empezar el comentario.

Hasta que misia Marisabel exclama:

—¡Buena cosa de niño! Promete.

Lo que a don José Pedro le hace gracia:

—El gallo cantor —dice— se entona desde que le apuntan las plumas.

—Como que tiene a quien salir, la criatura.

—¡Caballo Pájaro!

Pasadas las bromas, recapacitan.

Advierte Cipriano, entre muchos considerandos y protestas de que «seguirá guardando el secreto, tanto el profesional como el de leal amigo», todo ello escrito en notarial estilo, que no puede continuar Pepe Antuco pupilo en su casa. Está ya muy

crecido. Lo sorprendió en días pasados, detrás de la madre selva, besando a la mayor de sus hijas. «Gracias a que la enredadera no ha rebrotado aún —dice— alcancé a divisarlos».

—Claro. Ve un peligro en él.

—Y el peligro para el niño, hija, ¿dónde lo dejas? Ya me veo emparentado con Cipriano. ¡Serían las diez de última!

—¿Qué piensas hacer?

—Por de pronto, ir a Santiago; allá, entrevistarme con Cipriano y ajustar con él esta cuenta... y las otras.

—Serenito, José Pedro. Sobre todo con Antuco, nada de violencias, por favor.

—Al contrario. ¿No te digo que me hace mucha gracia? Pero habrá que traerlo. Ese ya es otro cuento.

—¿Antes de los exámenes?

—¡Qué exámenes ni qué pamplinas! Ya no cabe duda de que las matemáticas le revientan. Si ha de fracasar a fin de curso, más vale que corte aquí los estudios. Entra ya en la adolescencia. Que se inicie desde luego en la agricultura. Pero vámonos de aquí, que los pololos no dejan conversar.

—Y hace frío. En el comedor está encendida la chimenea. Es hora de comer, además.

Por el trayecto, el caballero agrega:

—Lo dicho. Partiré mañana. En mi ausencia, ve tú que le arreglen su pieza en la casa de Sebastián.

Allí habitó el niño de ordinario; primero de muy chico, mientras la Totón lo criaba, luego en las vacaciones anuales. Con doble fin se construyó esa casa: con el de albergarlo a él y con el de procurar vivienda cómoda e independiente a los buenos viejos. Allí misia Marisabel ha cuidado siempre maternalmente a la criatura.

Un crepitante fuego de piñas de pino calienta el comedor. Las dos niñas, al amor del fogón, repasan lecciones, con ojitos de sueño y mejillas de hambre. La ancianidad de los muebles algo tiene de eterno. Su colocación parece inmutable. Aunque vinieron no ha muchos años de San Nicolás, diríase que fueron hechos para esas paredes, o que la estancia se ha edificado para ellos. Los aparadores de renegrido jacarandá, con sus tallas lustrosas de frutos arracimados y sus cornisas de cornucopia, las sillas de travesaños incompletos, algunas molduras caídas definitivamente, todo ello convence de haber estado desde siempre y para siempre así, destacado sobre la cal de las paredes y vigilado por el retrato del cura Valverde, que a la muerte del venerado se mandó pintar. Es el prestigio, aquél óleo. Aunque misia Marisabel nunca lo mira, él vela desde los oros cansados de su marco.

Los esposos, del brazo, se pasean de testero a testero de la sala. Y hablan:

—También podrían hospedarlo los Toledos en su hogar.

—¡Hem! ¿Para que despierte a las solteronas?

La señora no puede contener la risa.

Luego lamenta:

—Lástima de Seminario...

—¡Qué hacer! No admiten educandos allá sin establecer su procedencia. Por vaga y mañosa que hubiera sido mi manifestación para la matrícula, los clérigos, que todo lo averiguan, tú los conoces, habrían descubierto lo demás y...

—No, por Dios.

—En el Instituto Nacional se portan más liberales...

Hablan, hablan durante la comida, y después, en el dormitorio, hasta dormirse.

Por la mañana se levanta don José Pedro de un salto. Ha dormido de un tirón. Al cerrar los ojos, estuvo largo rato pensando; luego se durmió, y durante el sueño se hizo esa digestión de los pensamientos oscuros que al siguiente despertar brotan en soluciones claras. Una tras otra, mientras se lava, acuden las ideas.

Y cuando el beso de misia Marisabel lo despide junto al estribo del coche que lo ha de llevar a tomar en Melipilla el tren, sabe ya lo que hará y cómo habrá de proceder.

Asomó por fin el coche al fondo del callejón achocolatado y endurecido por el invierno y salieron a recibirlo fuera de la verja. Misia Marisabel de pie y las niñas columpiándose sobre las cadenas, lo vieron rodar hasta ellas.

A poco saltaban los viajeros a tierra y se abrazaban a la señora.

—Mi vieja...

—Mamita, mi mamita...

Cogido a ella, el niño atinaba sólo a repetir esta palabra. Así, mamita, le había dicho siempre, desde tierno, desde que se criara en casa de la Totón y viniera doña Marisabel a su lado varias veces en el día para rodearlo de mimos maternos. Se querían sí, ciega, irremediablemente. Ahora estaban conmovidos. Hubo que aguardar, antes que se hiciera el diálogo posible.

Al cabo, serenada, dijo ella:

—Los esperamos desde ayer.

—No pudimos venirnos ayer, hija. Este nuevo huaso necesitaba ropa de campo.

—Y hoy, a esta hora, las cinco...

—Almorzamos en Melipilla. Teníamos que ver al espuelero, pasar a la talabartería para escogerle a éste unas botas. Con lo que ha crecido...

Así era. El muchacho había dado un estirón. Ya los pantalones quedábanle algo cortos. La señora y las chicas lo examinaron. Halláronle más buenmozo. En aquella tarde tan soleada lucían bien sus ojazos verdes, su tez de durazno y su porte robusto.

—Cada día más parecido a ti —opinó misia Marisabel.

—Pues no te creas, de ti tiene mucho —adujo él— por lo Aldana.

Volviéndose a los tres niños, explicaron:

—Porque nosotros somos Aldanas por el lado materno.

—Aldana era mi madre.

—Y Aldana la mía. Primas, ellas dos.

Luego diéronse todos al afán de los equipajes.

A don José Pedro le sirvieron después en el corredor su mate, y allí, ausentes las criaturas, vino la cuenta del viaje.

—Creo haber triunfado —comenzó el caballero—. Lo de Antuco resultó sencillo, y hasta jocoso. Verás. Desde luego porque ¿sabes cómo me recibió Cipriano, cómo lo encontré vestido, a ese avaro? De frac.

—¿De frac?

—Para economizar ropa, a fin de no gastar los ternos de calle, está usando entre casa un frac viejo, pasado de moda y ya brillante, que no puede ponerse para los actos de etiqueta. Lo encontré así. Aquella noche daba su mujer una fiesta, y él, en semejante facha, estaba sentado al piano, tocándoles a las hijas una polka para que practicasen. ¡Lo hubieras visto! Los faldones raídos le caían sobre el banquillo giratorio y se bamboleaban al compás de la música; y los dos botones de la cintura, ya pelados, me hacían guiños de burla.

—¡Habrase visto! Y está millonario.

—Pero más tacaño que nunca. Sale muy poco. En las tardes, una que otra vez, al club; pero cuida de no llevar más de un peso en el bolsillo: así no hay compromiso alguno que te permita pagar las copas.

—En cambio ella, la Filomena, de nada se priva. Y hasta derrocha.

—Bien que hace. Se nota, en su ansia de gastar, una especie de venganza contra la mezquindad del marido.

—Yo sé que cada fiesta en la casa le cuesta una tenaz lucha privada. Pero eso constituye un deporte para ella, un prurito que la sordidez de Cipriano le ha creado.

—Casi una manía.

¿Daba esa noche una tertulia? Sigue.

—Sí. Pero vamos por partes. Pues entro yo y él me recibe, fingiendo feliz sorpresa y con una expresión de almíbar en los pestañudos ojazos de señora gorda y bobalicona. Se retiran las hijas y nosotros hablamos del asunto de Antuco. Fue todo breve y sencillo. Iba yo a llevarme al muchacho y así no quedaba complicación. Eso sí, cuando él, con mucha cara de honor mancillado, me insistió en lo de los besos, yo lo paré con un contragolpe: «Mira, no te escandalices tanto por él, que muy bien que se dejaba ella». «¡Cómo!», se asombra. Y yo: «Porque no la metería él por la fuerza bajo la enredadera, me figuro».

Misia Marisabel chispeó de regocijo.

—¿Y qué te contestó?

—Se le secó la garganta. Le vino tal carraspera... «En fin, no te aflijas, concluí, que no vale la pena. Vengo a llevármelo a vivir conmigo, que nada protege la rama como su propia corteza».

—Con ella ¿no hablaste?

—¿Con la Filomena? Ya lo creo. También. Entró en ese minuto, cabalmente. Venía lista para salir, elegantísima, muy feliz dentro de sus enormes mangas de

jamón.

—¿Y?

—Se reía. «El chiquillo tiene gancho», dijo. «Resulta peligroso, como su padre», agregó contorsionándose de risa. Tú sabes cómo es: liviana, coqueta. Hasta me dio a entender que bien habría podido yo alguna vez haberla arrastrado detrás de alguna madreSelva. «Por eso, concluyó, Cipriano se acuerda del refrán: “Entre santa y santo, pared de cal y canto”». Por último, me invitó a su fiesta. Se portó, en suma, como dama frívola pero de buen gusto.

A misia Marisabel ardíanle ya dos chapitas en los pómulos.

—Irías, por supuesto, a bailar con ella —inquirió.

—No. Me excusé. Que tenía compromiso anterior, que ya Felipe Toledo había comprado un palco para la zarzuela, adonde iríamos con su familia... Como que así fue. Y llevamos a José Antonio a oír La Gran Vía.

—¿Graciosa?

—Muy graciosa. Es el furor de Santiago. No se silba ni tararea por todas partes otra cosa que *Los tres ratas*, *La pobre chica* y *El Caballero de Gracia*.

—Pero, después, volverías a visitar a la Filomena, supongo.

—No, suspicaz, no. No la vi más. Al día siguiente, cuando llegué por la mañana en busca de Cipriano, ella dormía su trasnochada. En cambio, él, ¡a que no adivinas lo que hacía! Entre comedor, patio y repostero, trajinaba juntando los restos de vino y licores. Reunía todas las sobras y rehacía botellas completas, que iban a la despensa para otra ocasión.

—Y de frac, el tacaño.

—Ya no. Habíamos quedado de tratar en el estudio de Felipe tu asunto, la liquidación de tu herencia, ese finiquito que te propuso. Estaba, pues, vestido de calle, con un lindo chaleco blanco que abajo, sobre los zapatos, se le prolongaba en dos albísimas polainas. Salió correctísimo. Pulcro, a cada rato se frotaba con las bocamangas las solapas del chaqué.

—¡Ay, José Pedro, no me hagas reír más! Tienes una lengua perversa.

—Bueno. Pues al grano. Felipe comenzó por manifestarle que él, como abogado, no podía reconocer cuentas sin haberlas examinado. Cipriano repuso que tenía todos los comprobantes necesarios en su poder. Pero calculamos de inmediato sobre las grandes cifras, yo subiendo los valores de predios y cosas, él retrollevándolos a los precios de la época en que se había operado con los bienes. En resumen, Toledo y yo estimamos que no cabría, en caso alguno, finiquito por menos de quince mil pesos. Por la tarde se nos apareció con legajos de documentos. Felipe manifestó que los estudiaría. Ya me había dicho a mí que, conforme a códigos, un juicio no podría favorecernos. Sólo fallos de conciencia era posible aguardar con optimismo. Yo propuse ir al pleito. Pero como vi a Cipriano tranquilo frente a la idea, exclamé: «Sería una iniquidad de jueces sin conciencia un fallo adverso a nosotros». Algo más, fingí montar en cólera con tal propósito: me levanté del asiento y, en voz lo bastante

fuerte para que Cipriano me oyera, le dije aparte a Felipe: «Y en tal caso, a éste no le despinta nadie una pateadura de Padre y Señor mío. En meses no se levantará de la cama». Abreviando, hija, te diré que al día siguiente me mandó una oferta por diez mil pesos. Respondí con una condición: que nos devolviera la casa de los Aldanas, en la que habita él ahora sin derecho claro. Se tasaría, se considerarían de abono los diez mil ofrecidos y se gravaría con hipoteca por el saldo insoluto, a largo plazo. Cuenta Felipe que lo creyó a punto de caer con un síncope. Sin embargo, cuarenta y ocho horas después, tras de mil regateos y lamentaciones, se llegó al acuerdo final: darte, a cambio del finiquito, la otra casa que fue también de tu madre, la chica, en la misma calle de Serrano, un poco más abajo, avaluada en veinte mil, aunque previo pago en dinero, por nuestra parte, de siete mil pesos. He aceptado en tu nombre, como esposo. Firmamos la escritura y aquí te la traigo.

—Guárdala, no más. ¡Qué entiendo yo de papeles!

—El potrero ése continuará llamándose El Infiel; pero tú tendrás casa en la capital. Se amueblará con tiempo y el año venidero pondrás a las niñas en colegio a tu gusto, sin abandonarlas a cuidado extraño. ¿Satisfecha?

—Por cierto. Ampliamente.

Le pasó el brazo él sobre los hombros, ella el suyo a él por la cintura y fueron a ver cómo esos tres chiquillos allá, en la casa de Sebastián, acomodaban el dormitorio del recién llegado.

Desde todos los ranchos de La Huerta y aun desde fundos vecinos acudían las gentes a la misa de la Inmaculada. Porque a cambio de suprimido festejo al patrón por San José, a misia Marisabel celebrábasele su onomástico el 8 de diciembre, y porque también, creando los años la costumbre, tal fecha terminó por señalar el día de la hacienda en el calendario.

Aquella empezaba en la mañana. El huaserío frente al atrio y los coches patronales del contorno en fila junto al pinar, pintarrajeaban la plazoleta con mantas policromas, velos blancos y reflejos de charol. Desde la víspera recibía confesiones el capellán mercedario, en la misa tomaba primera comunión la infancia ya crecida y el Mes de María tenía fin solemne. Sobre las ráfagas matutinas volaban entonces los cantos, y se iban, trepando lomas y recuestos...; luego, a la tarde, se llenaba el aire de tontones de guitarras en diálogos entre rancho y rancho, los caballos enredaban por los caminos sus caracoleos borrachos, y en las casas efervescentes de visitas no paraba el trajín de las chinas con tortas, bandejas y garrafas.

Alma del conjunto, la primavera, ya en finales de su madurez, insuflaba su vehemencia por entregarse al verano, que venía galopando ya muy cerca.

Para misia Marisabel resultaba ése un día de tantas emociones como recuerdos. Por mucho que la rodearan sus agasajantes, ella sabía hurtarse momentos solitarios, exclusivos para sí. También madura ella, primavera en postrimería, se le reanimaban nupcias. Y no sólo aquellas de su matrimonio; otras, en especial, que como ensueño lejano y rojo habían de temblar prendidas para siempre a la memoria de su corazón:

las de sus amores idílicos y prohibidos con su José Pedro. Tiempo distante y próximo. Todos los sonidos cantaron entonces en un tono distinto, y eran jóvenes como su galán, y fuertes como perfumes. La atmósfera solía tener acústicas de colores claros. Hasta las voces adquirían la fuerza elástica de los músculos mozos. Las cosas todas, aun las que carecían de movimiento, se presentaban ágiles. Dentro de sus carnes de muchacha estaba también el esplendor que había en las flores, y sus miembros henchíanse frescamente ardientes cuando soplaban aquellas brisas castas y sensuales como el aliento de una virgen a quien se anunciara el celo en formas de arcángel. Entonces... él llegaba. Fue un santo y delicioso mal amor. Después, ausencia, contravención, drama, sufrir. Por fin, igualmente romántica y enamorada, se casó. Y enamorada y romántica vivía. Sólo que todo resuena diverso en los diversos años. La primavera, poco a poco, pierde lo extático que tuvo; las experiencias, si la enriquecen y amplían, la ofrecen más como un clima que como un cuadro esplendoroso. Acaso por esto ahora, en días como ése, el humor de Marisabel es también clima de primavera: inestable, caprichoso, agitado por celos y recelos, movido por sorpresas de violencias y dulzura. Y así, en esa fecha de la Inmaculada, tan pronto está risueña y alegre como resignada y aun sufriente.

—Habrás que felicitarse hoy de todo —solía, por ejemplo, decir a su marido, con mueca de quien se conforma, cuando había llegado misia Carmela Burgos a cumplimentarla y poner en sus manos el más espléndido de los presentes.

—¿Y por qué no, hija?

—Bien lo sabes. No le tengo devoción, a la infeliz. En fin, espero que alguna vez hará Dios algo para distanciarla.

—Entretanto, por ti, por quien eres, te pido apelar a tu buena educación.

Como tras el regalo, venía la visita larga de todo el día, como las demás, había tiempo de ir soltando las actitudes forzadas. Además, la viuda era inteligente, sabía promover con sus dones la cordialidad.

Quienes de veras incomodaban a misia Marisabel eran los nuevos vecinos, don Sofanor Iturriaga y la Lucrecia, su mujer. Habíanse avecindado en la región de un tiempo a esa parte, como arrendatarios de Los Nísperos. No tardaron en ligar amistad con los Valverdes. Comenzaron por asistir a la misa dominical. Saludaban, gratos por habérseles acogido en la capilla, y partían de regreso en su birlocho. Pero en cierta oportunidad viajaron juntos en el tren, cuando ambos matrimonios volvían de la capital, y entonces ofreciéronse visita; la cumplieron y, a poco, todos los domingos, tras del oficio divino, permanecían los Iturriagas en La Huerta durante un par de horas. De repente, se convirtieron en gente de confianza. La comicidad de don Sofanor y cierta sencillez ingenua de la Lucrecia habían hecho su obra.

A don José Pedro le divertían mucho. Con Sofanor, sobre todo, después de revisar caballos en las pesebreras y comentarlos, se reía largamente. Ella, también aficionada y diestra en equinos, los acompañaba con frecuencia.

Hasta que una vez pensó misia Marisabel: A esta mujer le gusta José Pedro. Y se

lo dijo a él.

—No seas loca, hijita.

—Sí, sí. Estoy segura de que ella misma no se da cuenta. Pero yo tengo un ojo...

Don José Pedro, escondiendo la sonrisa entre barba y bigote, se encogió de hombros.

Habló poco después, como consigo mismo:

—Pues ni al cabo de medio siglo alcanzaríamos a tener, esa mujer y yo, algo de común. No por mi orgullo de casta y su medio pelo, aunque la clasificación de pelo fino, pelo indio y mediopelo refleja la índole; no por eso, que tal vez ella tenga tres cuartos de buena calidad, sino por sus hábitos, por sus maneras.

—Su natural es inferior.

—Eso. Me rechaza su inferioridad, como toda inferioridad que se me planta enfrente de igual a igual. Más que nada me choca su religión. Yo, a Dios gracias, soy buen creyente; pero ella tiene un catolicismo idolátrico, pegajoso, entrometido en cuanto la rodea. Lo pringa todo con su beatería.

Misia Marisabel pareció tranquilizada.

Brotó en cambio su vena de observadora y caricaturista.

—Desde luego —anotó—, la Lucrecia es una de esas criaturas que cuando tocan a la puerta de nuestro dormitorio preguntan: «¿Se puede?»; pero que junto con preguntar abren, y meten la cabeza, y con unos ojos ávidos que lo registran todo al instante. Amén de que, como el diablo quiere que ocurran estos pasos cabalmente cuando la ocasión es menos oportuna...

A don José Pedro se le sacudía de risa el abdomen.

—Don Sofanor, por su parte, como ha querido pulirse, ya figura entre los que se imaginan que pueden darnos el más feroz empujón con tal de decirnos a la vez: «Con permiso».

—Se ha querido pulir tanto —adujo don José Pedro— que hasta se permite soltar su latinajo de cuando en cuando. Una mañana pasé a buscarlo a su fundo. Estaba herrando él mismo su caballo. «¡Eso es de hombre, señor!», le aplaudo. ¿Y sabes lo que me contesta? «Errare humanum est, errar es de hombre».

—¡Hase visto bruto igual!

—Pues no, no te creas; no tiene un pelo de tonto.

En efecto, don Sofanor Iturriaga sólo encarnaba un tipo de huaso muy frecuente, de quien jamás puede afirmarse si es ignorante y torpe o si suelta sus atrocidades por haber descubierto en ello un estilo para ser gracioso. Como que resultaba imposible distinguir cuándo era topo y cuándo zorro. Divertía burda y socarronamente, a la manera del bufón, y como el bufón dejaba pensativo. Desde su privilegiada postura, decía pesadeces; pero todos habíanse acostumbrado a recibirlas en coro de carcajadas. Y el hecho era que caía como bendición en donde la gente se divertía.

—Por lo demás, hija, sirve para muchas cosas. En materia agrícolas, de todo entiende su poco y su mucho.

—Ya, ya. Hay tontos llenos de habilidades.

La tarde prosiguió en aquel aniversario como las de años anteriores. Los dones de la dueña de casa y las larguezas del patrón dejaron a todos satisfechos.

Pero hubo notas de interés, algunas pintorescas, otras de filo y aguijón emponzoñado. Misia Marisabel, cuyas dotes para la caricatura también servíanle para reír de sí misma, encontró en el salón, después del almuerzo, motivo de lucir su gracejo.

Al interrogar doña Carmela sobre la rareza de ciertos retratos al óleo, recortados y en agrupación extraña de varias cabezas dentro del mismo marco, que adornaban como novedad la sala, dijo ella:

—¡Ay, mi señora Carmela! Ese conjunto estrafalario de cabezas resume nada menos que la historia de mi familia.

Brincaron de su garganta borbotoncillos de risa, entre festivos y amargos. Calló un instante. Luego, tras de mirar al trasluz, con guiño pícaro, el topacio de su mistela, prosiguió:

—Sí, en eso hemos venido a parar. Así viene a menos una rica y linajuda familia. Porque materializado en las vicisitudes que han corrido los retratos éstos veo yo el decaer de Aldanas y Lazúrteguis. Si les contara...

En todos los rostros encendióse la curiosidad.

—Cuenta, misia Marisabel.

—Bueno, pues; vamos a entretenernos un rato. Estas pinturas fueron enormes, y ocho, diez, no recuerdo cuántas. Algunas representaban antepasados que yo por cierto ni conocí. En la gran casa de mis abuelos ocuparon una galería, viejo corredor voladizo hacia el patio, que para los retratos se hizo cerrar con mamparón de cristales. Cuando nos mudamos, por venta de aquel solar, a nuestra casa menos amplia de la calle Angosta, cupieron en el salón únicamente las figuras más próximas y queridas. El resto, de unos señores con polucas, calzones cortos y encajes en las mangas, se colgaron sin gracia ni concierto en la pieza de los baúles, donde se arrimaban a las paredes aquellas largas cajas que todavía me parece ver y en las que se guardaban, estirados sobre bandejones, los lujosos vestidos antiguos, de mis abuelas, de mis tías y de mi madre, blanquísimos rasos de novia, gruesos como tisúes, y terciopelos cortados, y bastas de paño de León. ¡Oh, los veo, los veo!

Las pupilas de la señora suspendieron el relato. Se le habían ido adentro, y lejos; y algo semejante a un calofrío partió de ellas y recorrió la piel de doña Carmela y de la Lucrecia.

Pero misia Marisabel apuró su copita y pudo recuperar su tono risueño:

—Dios —dijo— sabe poner gracia sobre la mala ventura. No me habían alargado aún las polleras cuando, por dilapidaciones y trampas, nueva mudanza sobrevino. A una vivienda menor, claro está. Luego, al fundo. Y otra vez a Santiago, pero a casa más reducida. Pues, señor, en uno de estos cambios ya no cupieron los antepasados. Parecía que la prosapia empezaba a sentirse de más o que escondía la cara de

vergüenza. Sin embargo, cierta noche a mi madre se le rebeló el orgullo y discurrió acomodado entre rango y pobreza: recortó los retratos. De cuerpo entero, bajaron al simple busto. Se achicaron los personajes a la medida de la fortuna y se pudieron colgar de nuevo. Volvimos, pues, a tener antepasados, aun cuando fuesen por mitad. Pero de mudanza en mudanza se producen deterioros, ustedes comprenden; así es que día llegó en el cual, rasgados algunos lienzos, desvencijados los marcos, mi madre resolvió, en heroica resignación, desprender de sus bastidores las telas. Mandó en cambio hacer un tubo de hojalata y guardó en él, enrollados, los nobles retratos. Aquel hórrido cañuto, estorbando aquí, precipitándose allá desde arriba de un ropero y quién sabe si moreteando los sagrados semblantes, no había de conformar a mi madre. Nuevo, altivo recurso brotó de su ingenio: recortó las cabezas, las pegó en un solo fondo, un humilde hule ahora, y las dispuso todas en cuadro único. Muy genealógico por lo demás. ¿Cuánto rodó, como nosotras, a tumbos, este linaje en racimo? No les diré. Básteles con saber que, lo mismo que en las sepulturas se reúnen al fin los huesos de muchos en una sola caja, volvieron las cabezas, otra vez sueltas, a su tubo. Y hace pocos días yo, para no acabar del todo en cuanto Lazúrtegui y Aldana, por muy orgullosa que me sienta de haber pasado a ser Valverde, yo, última vanidad de aquella genealogía, rehíce, ya lo ven, el descabalado árbol de nobles testas. ¡Se hace lo que se puede!

Terminó en medio de risas que todos tuvieron el tino de convertir en homenaje a la vena chistosa de la señora. Su marido la premió con un beso.

Pero desde el corredor, desde la tertulia de hombres que bebían al fresco, lo llamaron a voces:

—Venga, venga pa acá —gritaba Sofanor.

«Ya están éstos a punto con los tragos», pensó, y acudió como gentil señor de sus huéspedes.

—Venga y siéntese, paire putativo.

El aguardiente arrebató la llama en carcajadas por la ocurrencia del huaso. Tuvo tiempo el aludido para cabalgar pausadamente sobre una silla y esperar silencio.

Al fin, risueño a su turno, interrogó:

—¿Alguna picardía murmuraba este mala lengua?

Como repetir las alusiones prometiera remover el escándalo, Felipe Toledo, a fuer de abogado, intervino:

—Basta, que no viene a cuento la chacota. Padre putativo, según la ley, es el que se reputa padre de alguien, y nada más.

Pero el huaso Iturriaga completó rápido la definición:

—Y maire putativa, la que se reputa maire.

Ya entonces el propio satirizado tuvo que sumarse al coro en algazara.

—¡Oj, qué bruto!

—¡Es muy rebruto, este Sofanor!

El huaso aceptaba esa brutalidad como el honor rendido a su vis cómica. Se reía

en triunfo, mientras se llenaba de nuevo la copa.

«Bien, bien», repetíase don José Pedro. ¿No tocaba ese día holgar y divertirse? ¿No era la diversión predilecta del chileno la burla? Ahora, si la llegada del niño a La Huerta despertaba el recuerdo de sus numerosas paternidades... ¡qué hacer! «Pero no me dé ocasión el diablo, reaccionó para sus adentros, de hacerte paire putativo a vos ladino».

Porque desde la celosa idea de misia Marisabel habíale provocado a él observar a la Lucrecia. De un color de trigo muy claro, alta, hermosa, fresca por no haber sufrido aún la maternidad, no acusaba treinta, ni mucho menos. Tenía la piel delgada y tirante, lo que le afinaba las facciones hasta darle el aspecto de haberse suavizado por desgaste. Apenas si las pestañas le ponían cierta mácula plebeya. «Unas pestañas gachas de vacuno», decía misia Marisabel. Pero satinadas turgencias y el trigüeño luminoso la encendían en sensuales promesas. Debía tener suavísimas las carnes; y los pechos, como los viejos marfiles pulidos... Sí, sí; que no le brindara el destino a él coyuntura para devolver al huaso el epíteto.

De muy buen humor animó en adelante la tertulia.

Estaban allí, en achispado círculo, Felipe Toledo, que viniera de Santiago por el gusto de poner en manos de la festejada, justo en su onomástico, el título ya inscrito de su nueva casa; luego, los compadres Eliecer y Joaquín, muy comedidos dentro de su conciencia de hallarse visitando a una dama, y en medio, hecho un gordo chascarro dentro de su montón de barriga y nalgas, Iturriaga, que bebía y parloteaba sin tregua. Era pintoresco. Hablaba y la colilla del cigarro se le movía pegada en el labio inferior. Sus orejas parecían dos crespos de carne roja, levantadas por el tocino del cuello; bajo las cejas de negrísima cerda, los ojillos de tonto pícaro simulaban inocencia, y a cada mueca se le descubrían unos dientes gruesos, con estrías de color de caoba, como ajos a medio pelar.

Por inferior que se le juzgase, poseía el poder del aguardiente para suscitar alegrías sin mayores motivos.

A Felipe Toledo, inadaptado santiaguino, se le ofrecía como un absurdo espectáculo. Le intrigaba sobre todo, hasta el pasmo, hasta el enojo, aquel su instinto certero para elegir la pronunciación viciosa de las palabras. ¡Qué bárbaro! Si jamás conseguía decir haya, entrar, podrá, tendría... Había de salir con su *haiga*, su *dentrar*, su *porrá*, su *tenría*. Luego, el tino para repetir «me tomé sus buenos tragos» o «volví en sí»... ¡Fabuloso! ¡Gran fenómeno representativo del vulgo acomodado!

En cierto momento, refiriendo los sufrimientos que le causara la intervención del cirujano cuando hubo que sajarle una postema, dijo:

—Me cloroformearon. ¡Claro! Quedé atontao toda la noche. De madrugada me vino la inteligencia.

—¡Epa! —saltó entonces don Joaquín—. Milagros no hará el cloroformo, me figuro yo.

La chanza vengó a don José Pedro, que se habría quedado en el corrillo si no

hubiesen venido las niñas en su busca:

—Papá, se va la señora Carmela.

Tuvo que acudir, pues, al salón.

Despidieron a doña Carmela Burgos en el corredor los hombres del grupo bullicioso. Se reunió con ellos la Lucrecia. Los dueños de casa y Felipe acompañaron hasta su coche a la viuda.

Pero a don José Pedro habíale inquietado cierto dejo de resentimiento que notara en las últimas frases de su vieja amiga.

—¿Algo le has hecho? —preguntó a su mujer.

—Sí y no.

—¿Cómo?

—En todo caso, sin querer. Juzga tú. Cuando me celebraba la casa por lo confortable que según ella la he puesto, me dijo suspirando, pero como quien suspira de satisfacción y a la vez de nostalgia: «Mucha falta hizo aquí una mujer durante años». Yo entonces, recordando aquellas sus verdes aspiraciones, probablemente me traicioné, porque...

—¿Porque?

—Le dije: «Si al menos tuviera consigo una madre, pensaba usted entonces». Ella tuvo un sobresalto imperceptible; luego sonrió, con una de esas sonrisas que alargan los dientes, y, en seguida, con toda su calma, con todo su dominio del buen tono, pero con todo su veneno también, me contestó: «Era tan tentado... Yo, por ejemplo, hubiera querido ser esa madre para él, y venir a gobernarle la casa. Pero... no estaba tan vieja, tentaba todavía... ¡Vaya si tentaba! Y él fue terrible». No hubo más.

Él cambió miradas con Felipe. ¡Conque no hubo más! ¿Qué más faltaba? Se habían tocado ambas en lo sensible. Aquellas indirectas debieron quedarles dentro y, cristales de una sal corrosiva, las quemaría por largo tiempo, acaso por siempre.

—¿No esperabas que Dios te la distanciara? Parece que te ha oído. Y que te recordó su «Ayúdame, que yo te ayudaré».

A las niñas, aparecidas de repente, les rogó la señora, como doblando la hoja:

—Vayan a ver si ha vuelto Antuco de su paseo, si le han servido torta, y tráiganlo acá.

El suspiro de piedad doliente con que puntuó su orden y la evocación de la reciente chuscada de Sofanor agitaron al caballero que:

—¿No podrías madurar pronto algún procedimiento decoroso que seguir con ese niño? —preguntó a Felipe.

—Sí, por Dios. La criatura no ha de vivir siempre así. Cuando menos lo pensemos se habrá hecho un hombre. Yo tengo el alma rendida.

—Adoptarlo; pueden adoptarlo ustedes dos... reconocerlo, esto lo harías tú solo...

Disertó el abogado sobre posibilidades, distinguiendo pros y contras, ya desde puntos de vista legales, ya en consideración de consecuencias en el gran mundo

criollo, tan rancio, tan estricto, tan cruel para velar por el honor de las personas y el lustre de los apellidos.

Y en ello diéronse a pasear en conciliábulo por el jardín.

Entretanto, allá en el círculo de bromistas, la Lucrecia insistía en el comentario acerca del niño recién llegado.

—Confieso —decía— que me muero de curiosidad por saber quién es la madre del huachito.

—De mujer es la curiosidad, misia Lucrecia —convenía don Eliecer—. Pero ¿cómo ha de estar bien que don Sofanor se ponga pesado? Porque ha estado pesadito, pesadito...

—¿Te convences, hombre, de que hay que sonsacar con finura?

—Es que hija, ¡qué caramba!, me pica el asunto. Que se *haiga* pasao el hombre la vida sembrando chiquillos al voleo y que recoja sólo a uno... Motivo muy grandazo *tenrá*, es lo que uno piensa. ¿De quién, de qué *maire* será ese cabro? Dama muy principal habrá mezclada en esto.

—Mayor razón para portarse prudente, señor.

—Yo me hago cruces —declaró ella—. ¿Qué es esto? Lo tiene a su lado y, sin embargo, en fiestas como la de hoy, ni lo presenta.

—Otra prueba de que no quiere averiguaciones.

—Dijeron en un tiempo que era hijo de la primera esposa, de aquella Chepita.

—¡Oh! Se habría sabido a su debido tiempo. Y sabiéndolo todo el mundo, no habría misterio.

—Claro. Además, ella murió, no de un parto, sino de un aborto a los pocos meses de casada.

—Sólo que tuviera este chico desde antes...

—Disparates se pensarán muchos.

—Pero, don Joaquín, hay un hecho: el niño cree que es hijo de aquel primer matrimonio, que misia Marisabel es su tía, que ella lo crió, con la Totón; y por esta circunstancia la trata de mamita, como a la Totón le dice mama.

—Por la cara, pertenece a la familia.

—Como que don José Pedro y misia Marisabel son primos.

Don Joaquín perdió la paciencia. Se puso de pie. Luego dijo:

—Por andar con este chisme recibió Lauro, el llavero, buenos chicotazos. En cuanto el patrón supo que había corrido no sé qué cuento, lo llamó a su presencia y con la penca le cruzó varias veces el hocico.

—Es tremendo, el caballero.

—Pues tómenlo en cuenta.

La Lucrecia se midió entonces. Astuta, refirió una nueva versión:

—También han dicho que trajo el niño del Perú, que fue a la guerra, con Bruno como asistente, que tuvo allá unos amores muy historiados. Se trataba de una limeña de alto copete, viuda, que no podía conservar el niño a su lado por el qué dirán de la

sociedad.

—Como loros podemos repetir mucho —concluyó don Joaquín—. Y se ha hecho tarde. Pensemos en retirarnos, compadre.

Acercándose a la Lucrecia, don Eliecer le aconsejó al oído:

—Está muy borracho don Sofanor. Conviene que se lo lleve. Nosotros los acompañamos, de a caballo, como edecanes.

—Ya. En marcha —urgió don Joaco.

Y fue a despedirse de los dueños de casa.

—¿No se quedan a comer? —le insinuó la señora.

—Gracias. Pero hay que llevarse a ese huaso, Se le ha pasado la mano, patrona. Bebido, suelta la lengua.

—Es torpe, el pobre.

—No entiende que si el torpe habla poco, no es tan torpe; y que cuando mucho habla, es torpe muchas veces.

Los dejaron marcharse.

Iba Sofanor tan ebrio, que su mujer hubo de tomar las riendas en el birlocho.

Aquel día de la Inmaculada Concepción terminó en familia, patriarcalmente, sin más extraños que Felipe Toledo. Como siempre, los esposos cambiaron entre sí el primer bocado de cada plato. El niño comió con todos ellos, confiado y viril.

Acostadas ya las criaturas y recogido Felipe Toledo a su dormitorio, misia Marisabel y su José Pedro permanecieron aún por buen rato en el jardín. Desde su escaño, en silencio, gozaron la paz tibia de la noche. Del día quedaba en el ambiente un zumbar de colmenas y en jambres y en el aire ardía el aroma de los alhelíes. Arriba, la luna y las estrellas copiaban el vuelo nupcial de las abejas. Reina de plata, zánganos de plata, perpetuaban sosegadamente un rito de amor.

—Papá, cuéntame hoy cosas de la guerra.

—Espera. De regreso. No se puede hablar así, subiendo cerros.

No había, en realidad, medio de narrar trepando la sementera por faldeo tan empinado. Los caballos estiraban hacia la tierra los hocicos resollantes y sumían las ancas, cual si con los belfos quisieran prenderse a los terrones y con la trasera empujarse.

Iban, padre e hijo, por los angostos cortes que dividían en cuarteles el trigal. Ya las mieses habían madurado y estaban tan altas que rozaban las monturas. De trecho en trecho cogíase una espiga, se restregaba entre las manos y se le contaba los granos. Sesenta y dos. Setenta, justos y cabales. Y de trigo bien granado. Apenas si algunas «manchas de suelo secante» la cuenta disminuía y el cereal presentábase algo «chupado».

Sobre la cumbre se detuvieron a dar respiro a las bestias. Desde allí se veían todas las lomas sembradas. Era una gloria de oro la mañana. Oleante, fulgía el amarillo. No habríase atinado a precisar si la luz caía del sol o si aquel campo reverberante de áureos destellos encendía el ascua del cielo. Allá, con sus lazos desenvueltos y cuatro

peones, Bruno y Sebastián medían tareas para los segadores.

Algunas palabras, algunas órdenes, y los patrones bajaron por otra falda. Debían ir también al potoral, veintiséis cuabras planas que verdeaban abajo. Antuco sintió cierto calofrío de orgullo al otear. Agricultor era, de cepa. Recorrieron la siembra de porotos.

—Ya viene la segunda flor.

—Y de la primera las vainas han cuajado robustas.

Pero ya de vuelta por el camino llano, insistió el muchacho:

—Ahora, papá, cuéntame del Perú.

—¿Más de lo que te llevo contado?

El caballero parecía buscar imágenes en el horizonte.

—¿Era capitán, usted?

—Capitán asimilado, no de línea. Manejé, como sabes, las remontas para la caballería, ya en vísperas de las batallas últimas y decisivas.

—¿Con uniforme?

—Naturalmente. De San Juan no hallo qué contar. Ni me di cuenta de cómo habíamos derrotado a Piérola esa mañana. Sin descansar tuvimos que correr a Chorrillos, donde nos enfrentaría Iglesias, que no era un aficionado como Piérola, sino militar, y muy tieso. Baquedano ordenó repasar el herraje a medida que lo siguiera. Con Bruno y mis mariscales iba yo al galope por el camino, y también por mis propias manos, bajo las balas y en medio de aquel calor tropical y asfixiante, erré aquí, allá descansé, hasta llegar al pie de un morro que se llama El Salto del Fraile, frente al mar, sobre una pampa de altura. Y ahí fue la grande. Los cholitos resultaron bravos.

—Pero nosotros...

—A las ocho de la tarde fuimos dueños del campo. Habíamos vencido temprano en San Juan, hecho una marcha forzada y, contra enemigo fresco esta vez, vencimos de nuevo. ¡Qué empuje de rotos!

—¿Fue terrible?

—Lo terrible vino después, en el pueblo mismo. Todo el rico balneario estaba en llamas. «Ellos han prendido fuego en su retirada», nos decían los jefes; los peruanos juraron siempre que habían sido nuestros soldados, en el saqueo. ¡Averígüelo el diablo! Los rotos se convirtieron en fieras. Son... han sido siempre sanguinarios, por araucanos y por españoles. Se les concedió saqueo libre, se les dejó beber y... ¡qué quieres! Luego tuvimos que salir todos los oficiales a contenerlos. Pues así y todo, sabe Dios cuánto asesinato cometieron. Con decirte que yo, al torcer una esquina, encontré a dos en el colmo de la furia, enloquecidos. «¡Mátame, hermanito, por la maire, mátame!», gritaba el uno desabrochándose el dormán. Y el otro, delirante, le hundió la bayoneta en el pecho. En seguida se vació las tripas él, con su corvo.

—¡Qué salvajes!

—El roto, hijo, cuando pelea, y peor si está borracho, enloquece como

energúmeno. Afortunadamente, a Lima entró el ejército en orden perfecto.

—Pero se portaron valientes los peruanos también.

—Valientes. En Miraflores nos tuvieron afligidos.

—¿Y los negros?

—¡Ah, los negros! ¡Qué simpáticos! —el veterano trazó al muchacho vivos retratos de «los morenos», como ellos se nombran—. Alegres, músicos, las voces engoladas, cloqueante y contagiosa risa. Silban como flautas. Tamboreando en un cajón, cantan extraña y fantásticamente. A cualquier caja de madera le arrancan rítmicos acompañamientos que llegan a confundirse con la voz humana. Bailan tonderos, especie de cuecas africanas y muy rápidas, con un descoyuntarse de cintura que pasma. Nosotros trajimos varios para las bandas. Redoblan el tambor con aquellos dedazos sueltos, con sus grandes manos de carbón y, sin embargo, de palmas color de rosa, que maravilla oírlos. Yo tuve uno, Manongo, cocinero estupendo.

—¿No lo trajo?

—Aquí se mueren de frío, se ponen cenicientos, flacos y tristes.

—En Santiago anda uno todavía, sirviente del coronel Merino.

—Ese no es más que zambo, es decir, mulato, mestizo, negro a medias.

—¿Hay otros más negros?

—Mucho más, y de dos clases, parece. Unos achocolatados, otros casi azules.

—Pero todos bien cholitos.

—No, hijo. El cholo es indio, sea de la costa o de la sierra.

También habló el caballero de los cholos, mansos y melancólicos. Había visto batallones, acuartelados y ya sin armas, que causaban lástima. Era costumbre que a estos soldados los siguieran sus mujeres, las «rabonas», y que las recibiesen ellos a diario en el cuartel, allá en un patio, donde se amaban al anochecer. Si desfilaban por las calles alguna vez, las rabonas iban detrás, con sus guaguas a la espalda, recua de perras fieles. ¡Entristecedor espectáculo!

Recayó la conversación en jinetes y caballerías. ¿Cómo habrían podido ellos, huasos de ley, evitarlo? Y tras de relatar varias hazañas del caballo chileno, calló por unos instantes don José Pedro, con gesto evocador y engreído.

—Dice Bruno que usted hizo de las suyas.

El silencio del caballero se prolongó. Diríase que medía conveniencias y dominaba indecisiones. Al cabo, poco a poco, dejó de fluir un recuerdo.

Había llevado a Lima, entre los de su montura, un barroso, al que sobreapodaron allá el Cachaco, maestro en rienda, fuerte y ágil, de raro equilibrio entre coraje y docilidad. Alojábanse los escuadrones de remonta en el cuartel de Santa Catalina, famoso y amplio, con extensos corrales. De allí debía salir a diario el capitán Valverde para cumplir ciertos deberes en el Palacio de Gobierno, Bajaba entonces hacia Santa Teresa, y entre las esquinas de Gallinacitos y el Padre Jerónimo, torcía por callejuelas que conducían a la calle de la Virreyna, para tomarse allí por Judíos, desembocar en la Plaza de Armas y en Palacio detenerse. Por aquellas fechas, según

expresión de misia Marisabel, era «joven y hermoso como un dios». Si además, por su audacia y su galantería, supo sacar partido a los prestigios de la victoria, nadie sentiría extrañeza de que al pasar él arrancando chispas de las piedras de las calzadas, desde los largos balcones a la andaluza y detrás de todas las celosías las limeñas lo espiasen y aun le sonrieran con los ojos por encima de los abanicos. Fue así como cierta vez una más resuelta le aguardó asomada y, cuando él pasó delante, dejó caer el pañolito. En el acto él, sin echar pie a tierra, revolvió el caballo y en proeza de jinete recogió el pañuelo. Un cumplido de la dama por tan ágil bestia picó su amor propio, y como ella señalara con la manito ensortijada la gran puerta cochera del caserón, y para demostrar que ni para un caballo ni para un jinete chilenos había imposibles, tras de besar la bolita de encajes entró montado en el ancho patio colonial y montado trepó las escaleras de mármol hasta el otro piso. Sólo ante la puerta del salón se desmontó, para entrar, el puño de la espada sujeto por el codo, el quepís encima del antebrazo izquierdo, en la derecha el pañolito y entre cejas y barba las pupilas en seducción, y presentarse a la dama.

No refirió al muchacho, porque las jactancias de amor repugnaban a su carácter, que aquello marcara el comienzo de un idilio. Pero luego, a solas, revivió todo ello en el recuerdo. Ella era una joven viuda y persona muy principal, y estos amores levantaron largas habladurías durante la ocupación. Sólo que allá como en Chile las aventuras de Pepe Valverde se disimularon siempre, cubiertas por el secreto de la simpatía.

Porque aquellos amores crecieron. Por las noches, con la queda para los civiles, capitán y ordenanza volvían a la calle de la Virreyna. Un postigo abríase sigiloso en el gran portón cochero. El galán entraba. Bruno permanecía con las cabalgaduras a la vuelta de la bocacalle; aunque pronto, maneadas, las ataba por las riendas a la perilla de un viejo cañón español que a modo de guardacantón era uso clavar en las esquinas limeñas. También al escudero del señor abríanle nido entonces: la mazamorrería de *la borrada Encarnación*, cierta chinachola clara cuyas marcas de viruelas motivaron aquel mote peruano de *borrada* y a quien prodigó a Bruno, con las dulzuras del champús, las más golosas de su *encarnación*.

Rompió el silencio una pregunta de Antuco:

—¿Y por qué al barroso, papá, le pusieron allá el Cachaco?

Don José Pedro hubo de cubrirse con unas risas.

—Ah, verás. Al policía que vela en las esquinas le llaman en Lima cachaco; y como en manos de Bruno a ese pobre animal, según entiendo, le tocó algunas noches el mismo servicio... Bien; pasemos ahora a la quesería.

Y el padre reanudó su quehacer y la cotidiana enseñanza del hijo.

Hacia mediados de otoño, un sábado poco antes de caer la tarde, volvía por la carretera de Melipilla don José Pedro, montado en su tordillo moro.

Al enfrentar la trocha vecinal de los Iturriagas, el caballo, por iniciativa propia, dobó hacia las casas de aquel fundo. Se le ocurrió al caballero, porque mucho se le

había repetido el fenómeno, que la bestia le adivinaba el pensamiento. ¿No veníasele antojando un descanso allí? Acaso le cebara unos mates a Lucrecia...

Soltó, pues, las riendas y dejó que lo condujera el animal.

Sofanor lo recibió con los brazos en alto, entre muchos aspavientos de bienvenida. Le colgaba de una muñeca la penca, sujeta por un tiento en pulsera, y pendíale pegado al labio el consabido pucho de «trigo regular».

—Se apea, mi señor. Se apea no más y *dentra*.

El huaso atendía visitas, dos amigos. Sus ponchos amarillos se levantaron en la penumbra de la sala. Cuando se le hubieron acomodado las pupilas, Valverde reconoció las caras, muy vistas ya por él en ferias y rodeos, y pudo también distinguir los vasos llenos de vino, abarcados por las manazas rústicas. Recordando a su mujer, sonrió. Para misia Marisabel, que atribuía suma significación a los pulgares, habrían sido éstos repulsivos: uno de los sujetos los tenía cabezudos, con yemas duras como nísperos; el otro, descarnados, en arco y con uñas de cuerno. Bien habría dicho ella: parecían «dedos gordos de pie».

A él, campesino de toda la vida, todo aquello más bien hacía gracia.

Recibió la copa. Traía sed y apuró el mosto.

Pronto, si embargo, empezó a desazonarse. Bebían allí seguro desde horas atrás. Ya estaban todos en el grado de borrachera que precede a la idiotez. Iturriaga, por lo demás, sabido era, poníase cargoso en sus «encerronas». Mala ocurrencia fuera la de aquel alto. Mala.

Vino a saludar la Lucrecia y el marido entonces desapareció por algunos momentos, para retornar luego con un barrilito en brazos. Lo paró sobre una silla, extrajo el tapón y por el agujero introdujo un objeto.

—¡Listo! —exclamó en seguida—. Cerrada quedó la puerta. Y la llave, al fondo del barril. No *porrá irse naides* hasta que nos *haigamos* tomo la última gota.

Había para entrar en desasosiego. ¿Se armaría de paciencia? No. Miró el caballero en torno. La Lucrecia trajinaba entre comedor y cocina, en faenas de dueña de casa. El huaso hablaba sin descanso, majadero. Debían seguir todos hartándose de vino. Fiel a su costumbre, a quien se resistía lo amenazaba con la chicotera:

—Tome, señor; no se me *refale*. Si no, a pencazos lo castigo.

Y cumplía sus amenazas. Entre bromas y exigencias de agasajo, decargaba la penca sobre las nalgas de la víctima de su cariño.

Valverde, asomándose al comedor, hizo a la Lucrecia una seña.

—Yo —le dijo— sólo apetezco un mate.

—Luego le cebo. Pero antes hay que servirse algo de comer.

Pasaron todos a la mesa. Se había carneado el primer chanco de la temporada fresca, y los arrollados, los causeos de cabeza y los perniles, todo ello bronceado de ají, cubría sobre azafates el mantel.

Comió don José Pedro, sí; mas no tardó en sentirse insoportablemente incómodo. No quería él emborracharse. Aquel bruto, empero, porfiaba. Si, conocedor de su

geniazo y sus iras, no atrevíase con él a recurrir a la penca, le rodeaba los hombros en cambio con el brazo y le subía el vaso a los labios.

—Bien. Basta, Sofanor. No me manosee —le advirtió.

A la vez, con ostensible violencia, le hizo bajarle la mano del hombro, Y no tuvo ya más idea que irse de allí.

Contó unos chistes picantes, a pesar de todo, solicitado por la Lucrecia. Pero en concluyendo le dijo aparte:

—Ahora me voy. Ábrame la puerta usted.

—¿Yo? No puedo.

—Sí. Sé que sí puede.

—Créame que...

—Lucrecia, usted, en su casa, ¿es una mujer o una china?

—Una mujer. Sabré abrirle.

—No —la detuvo él entonces—. No me abra. No tengo derecho a exponerla. Pero indíqueme qué ventana puedo forzar, a patadas si es preciso.

Momentos después, sin que nadie lo advirtiese, buscaba su caballo afuera. Relinchó el tordillo, como haciéndose presente.

Y emprendió el caballero su camino.

¡Al fin! El que jamás eludiera divertirse con gentes humildes, ni aun incurrir en locuras entre ellas, no podía tolerar ciertas formas de la ordinariez. Aquel modo, o mejor dicho, conjunto de modos torpes y confianzudos, érale insufrible. Lo encoraba sobre todo ese tratarlo de igual a igual, y con cierto escondido resentimiento de clase, de algunos plebeyos enriquecidos. Por algo se hallaba en la edad que no transige ya con nivelaciones acomodaticias, explicables durante la juventud. Ahora recordaba comprensivo al cura su tío. Un día mira el espíritu, quieras que no, a sus orígenes, y el pasado manda imperativo, viniendo desde las fuerzas oscuras de la sangre hasta la lucidez de la sensibilidad.

No, se dijo al cabo, no comprenderán esto los nuevos, los desnaturalizados o los advenedizos triunfantes, y sentarán doctrinas de aspecto realista pero sin realismo.

Lo encolerizó de repente la mera evocación de Sofanor Iturriaga, y descargando las espuelas sobre su caballo, hasta dejar cantando en el aire las rodajas bien templadas, hizo el resto del viaje de un galope hacia La Huerta.

Era de nuevo patrón solitario. Transcurría otra vez su vida entre hombres. Misia Marisabel estaba en Santiago desde fines del verano. Las chicas, ya en el colegio, la necesitaban allá. Se había montado bien la nueva casa, desde la cochera y las dependencias hasta el salón con piano, alfombras y cortinajes. Las cosechas, la esquila, las ventas de corderos y vacunos, quesos y mostos, si no dieron para todo ello, pues que había de servirse la vieja hipoteca y reservarse provisión de fondos para gastos del vivir y labores agrícolas, mucho sí permitieron. Las deudas ocasionadas por los dispendios nuevos, ya se irían cubriendo.

Contaría don José Pedro, para la temporada invernal, con Antuco por compañía

casi única. La señora debía venir apenas tal cual semana en el curso del año, cuando el cuidado de las hijas lo permitiese. Todos juntos pasarían, sí, las vacaciones en el fundo.

Pero cuando llegó el caballero aquel anochecer a La Huerta, se halló solo. El muchacho andaba todavía en la cordillera, adonde lo había llevado consigo don Joaquín, con el objeto de hacerlo baqueano en arreos y talajes de altura. Probablemente llegaría por aquellos días. Mas entretanto el patrón continuaba en soledad. Se acostó a poco llegar. Había rehabilitado su antigua pieza de soltero. Le guardaba cariñoso apego, con sus ladrillos, sus monturas y sus cosas añejas, tan elocuentes para el corazón que se acerca a la vejez. Allí reunía, además, mejores libros ahora, y el ambiente resultábale propicio para leer. El nuevo dormitorio, el de matrimonio, entablado y confortable, sin su mujer se ahuecaba de nostalgia en las noches y hacía triste e inquieto el pernoctar.

Aprovechaba los ocios en aislamiento para ir a Melipilla tras de algunos deberes. El gobierno te había nombrado consejero ejecutivo de policía, cargo un tanto raro en cuanto a su título, pero que comprendía lo perseguido por él para renovar con sus propios métodos su anterior campaña contra los bandoleros. Esta vez, la simple noticia de su investidura surtió inmediato efecto. El capitán Valverde —capitán por ascenso en la guerra— fue imagen fantasma para los bandidos. Emigraron a campos menos peligrosos. No sabían que con la policía existente poco riesgo correrían. Desde la nueva ley, dictada un par de años atrás, los polizontes comunales debían ir desapareciendo, para ser substituidos por la nueva y muy pomposa institución fiscal del orden público. A don José Pedro le causaba esto bastante risa; porque oficialmente, en teoría o papel, Melipilla figuraba en la reciente organización, aunque las cosas, con diversas nomenclaturas, se mantenían iguales. Menos mal que los forajidos emigraron, aun cuando bien pudieron haberse quedado por la costa, donde los «pacos» de comuna subsistían, tan ineptos, tan flojos y tan venales como antes.

Al día siguiente de su paso por Los Nísperos, don José Pedro no asistió a la misa. Mandó decir al capellán que lo excusara. Cierta trastorno intestinal obligaríalo a rezar ese domingo el oficio en su cama. ¿Quiso esquivar acaso a los Iturriagas? Pero la Lucrecia, tras no verlo en la capilla e indagar la causa, temió que aquellas comidas y bebidas en casa le hubiesen ocasionado daño. Había ido sola en el birlocho, pues el huaso dormía inerte aún su borrachera.

Con el *Ite, missa est*, corrió al dormitorio del patrón enfermo.

—¿Se puede? —pregunto en la puerta.

Y como con justeza observara misia Marisabel, junto con preguntar abrió y se coló adentro.

Nadie supo las consecuencias que su mala costumbre tuvo esta vez.

Tardó, sí, mucho en salir.

Se dirigió de allí a la capilla, donde oró desolada largo rato.

Sólo tiempo después, dicen que los Lauros, llaveros sacristanes, contaban en gran

secreto haberla visto, desde la sacristía, caer de rodillas ante la imagen de la Inmaculada, llorando.

—¡Virgen Santísima —se le habría oído implorar—, perdóname! Pero tú viste, Madre mía: no hubo forma. ¡Todo fue inútil! ¡No hubo forma!

Cuando en el curso del invierno va misia Marisabel hacia su marido, para llevarle de vez en vez alguna compañía sentimental y poner otro poco de tibieza hogareña en la casa, llega con el corazón apretado de cierta emoción ansiosa que se le ha ido acumulando en la ausencia.

Él y Antuco la esperan en la estación y el coche les conduce luego a La Huerta. Los divisa parados en el andén, idénticos. Cómo se parecen. Igual porte, los mismos ojos verdiazules, apenas leve diferencia el rubio de las cabezas. Después, al observar a su José Pedro de cerca, comprueba que si la edad vela ya un tanto su brío juvenil, le imprime mayor majestad en cambio. ¡Ah!, lucirá siempre como buenmozo y gran señor. Ella lo ama como el primer día, y al sentirse por él abrazada vuelven a temblar sus entrañas.

Para el niño trae, sin remedio, un amor entristecido, una inconformidad, un dolor; pero al estrecharlo en sus brazos ese dolor se esparce por la violencia de su ternura que estalla.

Pronto en su corazón los dos se confunden. ¿Quién le dijo, hace tiempo, que para ella ese niño sería un amor dentro de otro amor? Cada día la preocupa más la suerte del muchacho.

Conforme ruedan en el landó hacia el fundo, se refieren los tres mutuamente sus novedades.

A la mañana siguiente, para que la vida no parezca interrumpida, ella trata de hacerla en la casa una continuación.

Parten ellos a faenas, como de costumbre; aunque a fin de acompañarla más se ausentan sólo a lo menos distantes, o desarrollan próximos, de ser posible a su vista, ejercicios ecuestres que completan el aprendizaje del mocito.

Ella pasa de cuarto en cuarto primero. En cada lugar le gusta estarse un rato. Goza ese bienestar de la acogida que procuran las cosas cuando nos recobran tras una ausencia, bienestar que es caricia y envoltura. Allá, en Santiago, las piezas tienen todavía el olor de la vivienda que se habita por primera vez; éstas del fundo, el conocido y grato de la antigua casa a la cual se retorna. Sensitiva, misia Marisabel persigue aún el aroma de sus cosas ahí dejadas, el de las cosas viejas, algunas de las cuales viven con ella desde la niñez. Qué lejos han quedado aquellos tiempos y, sin embargo, cuando anduvo con ella inseparablemente, cuando adquirió poco a poco después, cuanta menudencia se fue incorporando a su vida material, todo se mantiene impregnado de su personal olor, que es perfume de familia, distinto de los demás olores del universo, el que a cada ser humano le hace reconocerse y hallarse siempre único e individual entre la vastedad del mundo.

Se cuela en seguida por ciertos recovecos. Hay una angostura, tenebrosa en

invierno, que permite salir al patio como de sorpresa. Entre alero y pared, se abre allí una lumbrera. El viento norte suele meter por ella la lluvia con cada racha, y en tiempo de sol entra por ahí una claridad amarilla que va muriendo poco a poco en la tejavana. Es también puerta para las palomas que anidan en la sombra arrullada.

Asoma después al patio: el chorrear de las tejas ha cavado canalillos en el suelo, a todo lo largo, y ha salpicado de manchas barrosas el muro blanco; un pajarito, con sus movimientos de medio segundo, descubre granitos invisibles en la tierra.

Siente además el deber de inspeccionar el jardín. Ahora tiene verja en su frente al camino, hacia el interior de las cadenas; y por fuera, unos rosales que afea el polvo de enero y que por junio los aguaceros lavan. De la entrada principal se interna un caminito interrumpido por la palmera, ya venerable, y a los lados hay cuadros que aglomeran hortensias en matorral. Libres de jardineros, las hierbas invaden la tierra y sólo sucumben por el centro del sendero, donde las pisadas las vencen. Más allá, las matas de alhelí se multiplican tenaces, apretujándose, y ponen su verde apagado y su olor encendido como dos matices de encanto en el descuido. Antes, allí se plantaba y se dejaba luego en abandono lo plantado. Araucarias, encinas, floripondios, paltos y maitines, todo se halla por esto así, como ha surgido el capricho. Cuando la instalación del matrimonio, la señora puso algún orden. Asimismo enredaderas al pie de la reja. Con los años, aquellos ladrillos en zócalo se han abierto en grietas que las trepadoras mal zurcen.

—¡Pero qué falta, Dios mío, hago yo aquí! —murmura en su recorrido—. Hasta ese ciprés, que se ha de podar en forma de bola, está erizado de rebrotes, como una cabezota salvaje.

Luego permanece instantes mirando afuera. ¿No vienen ellos? No. Todavía. Enfrente comienza el campo. Se interrumpe cerca por el pinar; pero vuelve a tenderse, ancho, alejándose, ondulante de lomas suaves, hasta... ¿hasta dónde? Lejos, muy lejos, se adivina el mar. Cuando de allí sopla el viento, los días limpios, los oídos finos suelen percibir el retumbo de las olas bravas. Como un presentimiento se le huele a veces en la brisa. Aun se le gusta en el paladar cuando azota el noroeste.

Al fin misia Marisabel se sienta en el corredor solitario. Medir las faltas de la casa le conduce a calcular lo que puede influir también su ausencia en las personas. ¡Ah, su corazón suspicaz, su corazón asustado, su corazón... diciéndolo francamente, celoso!

Este amante corazón la induce a indagar. Contra toda reflexión, está siempre inquiriendo, hasta en la atmósfera. No sonsaca. Es demasiado altiva. Pone, sí, temas por los cuales cabe orillar lo significativo, coger el indicio y devanarlo hasta la certeza. Nunca ignoró, por ejemplo, que su José Pedro engendrara en mujeres de su hacienda. Pero necesitó y sigue considerando indispensable descubrir todos esos hijos. Por fisonomía, por colores de pelo y pupilas, por aposturas, fácil resúltale la pesquisa. Ella quiere, no obstante, conocerlos a todos a ciencia cierta. Y padece por ello.

¿Que puede llegar así a la enfermedad? No importa.

Además, por Antuco, precisa un cabal conocimiento. Si hereda los dones de su padre, le rodearán los peligros.

A su marido le ha dicho ya en varias oportunidades:

—Bueno sería que Antuco supiera cuáles son sus hermanas dentro del inquilinaje. No sea que de repente caiga en incesto, el pobre.

Don José Pedro se ríe, la besa con ternura y se aleja, en tales ocasiones.

Pero aborda ella una vez decididamente al muchacho.

—Hay —le dice— mocetones en el fundo, y mocetonas, que se parecen al patrón. ¿Lo has observado?

El chico sonrío, al igual que su padre. La conoce. La quiere y ha penetrado en las reconditeces de sus celos.

—Huachos, mamita, se topan en todas partes.

—Y huachas, hijo, también. Ahí está para ti el peligro. Si alguna vez se te ocurre, como con la chiquilla de Cipriano, meterte con alguna detrás de la madreSelva, y resulta hermana tuya... El incesto es pecado muy, muy grave.

No prosigue. Mide que fue demasiado lejos. Los celos traicionan.

Pero el muchacho la previene:

—Yo las conozco ya.

Descansa el temor de la señora. Pero su odio a las antiguas concubinas arde más entonces.

—¡Qué lamentable, Señor, qué lamentable! —suspira—. Sobre todo esa hija de Paulina.

—¿La Paulina del amasijo?

La misma. La panadera. Como mujer blanca, guarda su pasado vivo. ¿No te fijaste, en la trilla del año pasado?

—¿Qué?

—La tonada con que salió. Cantaba:

*Mucho, mucho te llevaste;
mas por eso no te riño,
que algo grande me dejaste,
una pena y un cariño...*

Y volvía los ojos hacia José Pedro, y luego hacia la hija, la chinita rubia ésa, tan parecida ¡Jesús! a él. Yo no lo soporté, recordarás. Me fui de la trilla.

Por medio de tales artes logra por fin filiar a todas las mujeres de aquel pasado pecador. No las teme, cierto. Si consiguiera, eso sí, alejarlas a todas, tal como echó de las casas algunas y como distanció a doña Carmela Burgos...

Va y viene misia Marisabel entre la capital y La Huerta, los meses en que la educación de las niñas la obligan en Santiago. Y sufre allá y sufre acá el obsesionante

sinsabor. Se siente amada por su marido, por encima de cuanto pudo él tener antes y de cualquier aventura inopinada que se le presente aún. Sin embargo, este vivir en sobresalto, estos egoísmos de su corazón de tenerlo exclusivo para ella, todo este amargarse ¿no linda ya en obsesión enfermiza?

—Mi papá la quiere mucho, mamita. No hay mujer en el mundo que merezca descalzarla, según él.

Sí; ella lo cree. Se sabe la reina. Conoce también los orgullos de don José Pedro Valverde y Aldana y el respeto a quien lleva su apellido. Sólo que ¡ay! los reyes toman favoritas...

Se distrae sólo cuando regresa su marido, la mimaba y entre ambos tratan el asunto del niño; pues so esa criatura es para ella un amor dentro de otro amor, es también un dolor dentro de otro dolor.

—Mirando a su porvenir —dice don José Pedro—, lo más sencillo y práctico es que tú y yo lo adoptemos. Así opina Felipe Toledo.

—¿Y eso a ti te basta?

—¡Eh! ¡Qué quieres que te diga! Por lo menos a él, sí.

—Porque aquello de que, como nació antes de la ley de registro civil, se podría legitimar...

—Estás loca. Eso envolvería la declaración de que tú eres la madre. Un campanazo sin obligación mayor. Es decir, no: la sociedad y el buen nombre obligan. Hoy y por siempre las gentes te infamarían. Sufrirás repudio. Nuestro apellido no se mantendría sin mácula.

—Y si por cariño dejásemos que la sociedad pensara que habíamos tenido un hijo antes de casarnos, pero que habiéndonos casado después...

—Nos tacharía de cínicos.

—Así es.

—Sabe Dios cuántos años de progreso necesita nuestra sociedad todavía para llegar a conceptos amplios.

—Así es.

Diálogos semejantes suelen repetirse durante las visitas invernales de misia Marisabel, y son los únicos que la distraen de su preocupación celosa.

La soledad en que dejó a Valverde la permanencia de su mujer y sus hijas en Santiago, tuvo algunos efectos.

El mero hecho de haber vuelto a su dormitorio de soltero no tardó en traerle resurrecciones. Desde las esquinas penumbrosas de aquel cuarto, por entre monturas, lazos, chamantos y cabestros, empezaron a erguirse reminiscencias de celibato. Poco a poco estas reapariciones, apretándose, fueron creando una como atmósfera que lo envolvía y presionaba. En especial durante la primanoche, cuando, acostado ya, perdíasele la vista por entre las vigas del techo y oscilaba la luz amarilla de la vela, tras los aletazos de las sombras guiñaban endemoniadamente algunos mal dormidos apetitos. Solían rebrincar entonces pensamientos pecadores y permanecer allí,

porfiados, a manera de luciérnagas, ascuas verdes y fascinantes con las cuales había de toparse la imaginación.

La compañía diurna de Antuco también vino a ser estímulo de inquietudes. A la sola observación del hijo, cada día más semejante a él, cantaba en ecos la mocedad; y en muchos momentos el considerar los avances y destrezas del muchacho hacía que tales ecos gritasen como voces de alarma y citaran a cotejos. Más aún: cierto afán de proezas que descubría el mocito, y su arrojo de jinete, y sus arrogancias, y encima la llama que su paso mal velaban con las pestañas los ojos femeninos, concluyeron por encender emulaciones. El nuevo Valverde se desarrollaba y crecía en aptitudes y posibilidades; el padre iba en cambio hacia la cincuentena, y aunque pleno, presintiendo decadencias. Entonces el ufano progenitor se detenía, se plantaba en su orgullo individual. Era una lucha callada, en disimulo, pero activa y hasta irritada tal cual vez por celosas reacciones.

Una tarde, a punto de verse vencido por el hijo en cierta corrida de novillos en la medialuna, se volvió hacia Sebastián para exclamar:

—¡Mocoso del diablo! Pretende ganármela.

—Camino lleva, patrón —dijo el mayordomo.

—¡Tendría que nacer de nuevo!

—¿Quién? ¿Su mercé? —interrogó socarrón el huaso.

—¡Ah, viejo ladino! —repuso José Pedro con risilla de sobresalto.

Sebastián enredó en el sube y baja de sus cejas la picardía y habló de otra cosa.

Pero Valverde calló pensativo.

En adelante sumó bríos en los cotejos. Vibraba todo él de ímpetus. Por la malla de trances y desafíos, por el amor propio enardecido y por los envanecimientos que le produjera el ser padre de tan recio vástago, se vio metido como en un nuevo clima. Un contagio de juventud parecía enloquecer el pulso de sus venas.

Paralelamente, las farras a que le arrastraba Sofanor Iturriaga, no sólo vecino ahora, si no además personaje de trato forzoso por causa de aquel pecado con la Lucrecia, le retornaron a los antiguos pasos de tarambana.

¿Escrúpulos? Sí, los hubo. Mas carecieron siempre de poder. Si reprochábase tal cual vez, luego se resolvía todo en un suspiro de alivio. Aquello, al fin de cuentas, ¿no era recuperarse virilmente un poco? Durante años habíase divertido apenas. La noble tranquilidad hogareña, la compañía querendona y limpia de su Marisabel, con tanto anhelo esperada, y aun cierta enternecida piedad hacia los celos de la señora, le contuvieron largo tiempo. Gracias a ello supo de un placer nuevo para él: criado entre hombres solos, antes no hubiera sospechado siquiera las emociones que, pecho adentro, muy adentro, manan para bañar honduras escondidas. Aquello le descubrió también el orgulloso goce de las austeridades, que complementan el señorío. Sin embargo...

Sin embargo, de buenas a primeras, se halló la loca mocedad resurrecta y en alboroto.

—Entramos, patrón, a la segunda juventud —le dijeron.

—¡Pse!

La conquista inopinada de la Lucrecia no determinó en él estado emocional de influencia sobre tal cambio de vida. Obra subconsciente, mixto de amor propio, sensualidad y diabolismo, hizo su parte sólo como impulso de placer y cómplice para deslices. Luego que... él no había nacido para mecerse blandamente sobre el mundo. Si al menos los proyectos de reanudar batidas contra los salteadores hubiéranse cumplido. Pero aquellos miserables habían vuelto a emigrar.

Lo enervaba ya tanta paz.

Porque tampoco los viajes a Santiago, que a menudo repitiera por tedio y que le proporcionaban algunos esparcimientos y horas engreídas con misia Marisabel y las chicas, le satisficieron a poco andar. Concluían por aburrirle. Hacíase allá constante vida social. Asistía el matrimonio a tertulias, teatros y paseos urbanos. Algunas tardes iba él con Toledo al Congreso. Todo eso era diversión, realmente; pero a los pocos días del parloteo abundante e insustancial, de las mujeres, la mañosa dialéctica de sus correligionarios, que le asombraban —con un sí es no es de asco— demostrando por medio de su oratoria en las cámaras lo mismo A que B, según conviniese, y por último, el sufrir a toda hora las opresoras ropas de ciudad, todo en conjunto le abrumaba de repente. Y entonces, como a un grito imperativo de su espíritu, cogía el tren de regreso. Al primer amanecer en el campo sentíase recobrado.

No demoraban los vecinos en buscarle. Venían recadillos de la Lucrecia, siempre a nombre de Sofanor. De modo que al atardecer, luego de inspeccionar algún potrero limítrofe con Los Nísperos, se abandonaba para que lo condujese solo el caballo y paraba donde los Iturriagas.

Si él no había vuelto de sus faenas, sentábase don José Pedro con ella en el corredor. La tarde moría y todo se bañaba en suaves carmines. La Lucrecia, romántica, suspiraba sus remordimientos católicos, aunque recreándose mimosa en la contemplación de su amante.

La dejaba él hablar, casi siempre sin oírla.

Porque resultaron muy complejos los sentimientos de aquella mujer. Tenía un carácter erótico-religioso, de fuego, tribulación y escrúpulo.

—Deja en paz a la Virgen, criatura. Nada tiene que ver con esta flaqueza nuestra —concluía por protestar él.

—Le pido que me perdone. Le digo que yo estoy convencida de que nuestro Señor, que lo ha permitido, santificará nuestro amor.

—Pues entonces...

—Es que cualquier día una se muere y... en pecado mortal... ¿A ti la muerte no te asusta?

—Por lo mismo, no hay que anticiparla. Porque desde que empieza el miedo empieza la muerte.

—Habrás que rendir cuentas allá. ¡Jesús, María y José!

—Y habrá perdón. Mi tío, siendo cura, creía que si Dios es infinitamente misericordioso, no cabe admitir que nadie se condene por los siglos de los siglos.

—Y menos por amor.

—¡Calcula tú!

Tanto el embrollo como el desembrollo lindaban a ratos con lo cómico. A la postre, bendecía ella esos amores. Y los santificaba. Su José Pedro, padre del niño que ya tenía ella en las entrañas, lo era por designio del gran misterio divino. ¿Acaso cuando cayera en sus brazos, aquel domingo después de misa, no sintió secretamente, a pesar de la defensa desesperada, que nada injusto sucedía? Después, vencidos el implorar a la Virgen y el lamentarse, vueltos juicio y lucidez, ¿no tuvo la certeza de pertenecerle desde mucho tiempo atrás? Ahora, pues, aun cuando en cada caída sus gemidos de placer se mezclasen a los de contrición, reincidía sumisa.

Ocurrían los encuentros ya en estos atardeceres, ya los domingos por la mañana en La Huerta, como la vez primera, ya después de alguna fiesta en Los Nísperos, cuando Sofanor dormía la borrachera.

Valverde se cansaba en algunos momentos de la inferioridad de la Lucrecia. Pero decidía cerrar los ojos, porque la mujer le gustaba, le incendiaba los sentidos violentamente. Era de las hembras que expanden vértigo sensual. Tampoco se había equivocado él cuando la examinara con ojos de experto, el día en que misia Marisabel tuvo su imprudente ocurrencia de celosa: la Lucrecia, sobre provocativa, tenía delicias: suavísima la piel, como él lo supuso; las carnes, frescas en verano, en invierno tibias... ¡Y en fin! De ahí que le tolerase las canseras.

No obstante, en algunos días cargábale la misma, eterna, invariable majadería, la estúpida mezclanza de amor romántico y catolicismo pegajoso. Cedía entonces a las exigencias de Sofanor para correr alguna juerga en lo que llamaba el huaso «nuestras canchas melipillanas».

Llegaban a Melipilla, Sofanor y Valverde, montados en sus mejores caballos. Se les veía entrar al pueblo en talante de huasos enfiestados y retozones. Las botellas vaciadas por el trayecto, en cada despacho de la carretera, en cada «tropezón», habían ya prendido en ellos el alcohol de las travesuras y la trifulca.

Se les unían allí los compadres Eliecer y Joaquín, de cuando en cuando el Gallo y también algunos personajes de ocasión. Figuraba entre éstos un tonelero a quien apodaron *Ganas de mear*, porque andaba con las rodillas juntas y a pasitos de apuro. Era un cuarentón débil de carnes, con la barba siempre a medio crecer, con muchas arrugas paralelas y negruzcas en la frente y una expresión entre curiosa, festiva y asombrada en los ojos. Su mujer lo vigilaba sin tregua, como perro guardián; de donde arrancara el dicho festivo del tonelero: *Pegarle al perro*.

Este hombre sentía por Valverde admiración entusiasta.

—Me gusta el caballero —decía frenético— *porque le pega al perro*.

Pegarle al perro era para él mucho. Era desafiar el peligro, dominar a la mujer, hacer lo que viniera en gana siempre. Era lema de hombría y libertad.

Valverde lo conoció cierta mañana en que, al volver de una feria seguida de copioso vino en ayunas y al observar a un judío que armaba una pirámide con máquinas de coser a la entrada de su tienda, tuvo la diabólica tentación de meterse allí montado, revolver la bestia y derrumbar la prolija torre.

Cuando, tranquilo y rumboso, mientras su comparsa prorrumpía en carcajadas, hubo sacado un fajo de billetes e indemnizado al comerciante, había descubierto al tonelero junto a la acera.

El hombre aplaudía con delirio:

—¡Eso! ¡Bravo! ¡Así son los hombres que le *pegan al perro!*

Y como a todos cayera en gracia y simpatía, lo invitaron a beber y almorzar con ellos.

Ganas de mear se incorporó así al grupo de «acampados» tunantes en sus «canchas melipillanas».

A Sofanor también habíale tocado su mote: *Paire putativo*. Surgiera el apodo al evocar los compadres aquella lejana charla llena de bromas e imprudencias en el corredor de La Huerta. Verdad, sí, que ya él había iniciado el chiste cuando le diera por saludar siempre a su amigo don José Pedro:

—¿Qué hubo, *paire putativo*, cómo le va?

El caballero, que se las había jurado... y cobrado, con una risa enredada entre barba y bigote, le correspondía irónico:

—No precisamente lo mismo que a usted, *paire putativo*, que... no me va mal.

Pero don Joaco, cuya malicia todo lo alcanzaba, decidió al fin la exclusividad del sobrenombre a favor de Iturriaga. Desde que se supo a la Lucrecia encinta, puso sal y pimienta en las indiscreciones que malas lenguas no sabían medir. Por fin Sofanor, en cierta merienda bajo ramada y seguida de cuecas, participó solemnemente a sus compinches la noticia; y tras de mucho baile, mucha tonada y mucho cogollo, en el momento en que las coplas tienden al epigrama, don Joaquín reclamó turno y lanzó esta vieja cuarteta:

*Se dice que Juan Cerezo
tiene encinta a su mujer.
Pero eso no puede se
porque no puede ser... eso.*

La cantó en persona, bien subrayada la intención del no puede, ligando *ser... eso* con los suspensivos y añadiendo guiños. Tanto, que produjo alarma. Valverde frunció el ceño. Todos los ojos, hipócritamente distraídos, reptaban unos instantes quinchita arriba, escurriéndose después hacia el suelo, y rozando de paso a Sofanor: él, apoltronado y con la chicotera en la mano, ya ebrio hasta la sordera, por suerte canturreaba para sí mismo, sobre su vientre lleno de hipos.

El hecho es que *Paire putativo* fue su alias, por indiscutible derecho, en adelante.

Había reincidido, pues, Valverde. A pesar de su madurez, que imponía ya que siempre se le nombrase *don* José Pedro, y acaso por ella misma, que se despedía de la juventud... había reincidido en las diabluras y en los actos desconsiderados que dos lustros atrás le conquistaron el calificativo de rajadiablos. Bailaba y reía sin interrupción, mantenía un contento desesperado, su alegría solía rayar en la locura. Desmanes, ocurrencias diabólicas, juegos temerarios y aun peleas a bofetadas iban jalonando sus juergas. Arrebatábale ahora el vino más que antes; a menudo encendíale iras terribles. ¿Era que la edad le debilitaba? ¿Era que crecía su soberbia y las herencias del cura lo sulfuraban ahora como al viejo cada vez que «se le pasaba la mano contra el pelo»? Nunca perdía el propio dominio; pero su gobierno para moderarse tan sólo era eficaz cuando juzgaba que se divertía ya contra sus deseos. Íbase por un rato, entonces, a dormir un sueño. Y muchas veces, si el hastío le resultaba molesto, daba la espalda sin cortesía para nadie y solo y como taimado emprendía la recogida.

Empero, habían de repetirse pronto los mismos o similares pasos. «El demonio se me ha metido en el cuerpo», solía pensar.

Entre los motivos para el jolgorio estaban los rodeos. No influía que se realizaran lejos. Por semanas se vivía en La Huerta repasando arreos de lujo, ejercitando caballos, y la víspera salían patrón, hijo y peones jinetes, con seis, ocho, hasta doce parejas corraleras, rumbo al propio lugar del torneo, donde pernoctarían al pie de sus bestias.

Y era gloria ver el apresto de la caravana en los momentos de abandonar La Huerta. El huaserío del fundo, los jinetes al pie de sus cabalgaduras, los yegüerizos prendidos a las emborladas jáquimas de las piaras, el resto de la peonada en corro curioso, aguardaban a los patrones. Padre e hijo aparecían por fin. Cuando ellos montaran, cabalgarían segundones los sirvientes. Daba don José Pedro primero unas vueltas de inspección, otra luego en torno a su propia yegua, y de pronto se le veía caer suave y dominadoramente sobre la montura, terciarse al hombro, sobre la blanquísima chaquetilla, los colores del chamanto, fijar bajo su nariz el fiador del sombrero, por último sacudir al aire las rodajas, para comprobar su temple, y en un gesto con el cual diríase que se había subido al anca la gloria, rompía la marcha a la cabeza de su caravana.

En estos casos, ni él ni nadie habría de beber. Sólo después de finalizada la justa. Y ganada. Porque triunfaban siempre. Los mejores premios —frenos, juegos de riendas, monturas, pares de mantas y fajas— se iban con ellos.

Entonces sí, a divertirse con toda el alma. Don José Pedro tenía de nuevo el ánimo alborotado. Ante su hijo había lucido, en ejemplo de hombría, pujanza intacta, destreza magistral y, sobre todo, en gloria de señor de la región. El muchacho, legítimo heredero de los dones paternos, secundado por los compadres, maestros a su vez, contaban en la victoria su parte.

El corazón alborotado se festejaba entonces con plena justificación.

Iturriaga, por cierto, iba con todos ellos. Borracho, perdía. Como insistiera en su maña de llevar la penca desabrochada y obligar a los demás a beber bajo amenaza de zurrarlos, *Ganas de mear* dedicábase a moderarlo.

—Usted, don Sofa —le decía—, también le *pega al perro*, pero lo deja gruñón y traicionero, listo para el mordisco. Sosiéguese, don Sofa.

Severo, don José Pedro disponía que Antuco regresara cuanto antes a la hacienda, con la caballada y la servidumbre.

—Ya te seguiré —le advertía.

Al retorno de uno de estos rodeos, una tarde de noviembre azul, al entrar en Melipilla cargado de trofeos, pasaba con su cabalgata delante de un circo. La murga, que incitaba público en la calle, alborotó los caballos. Ordenó que se callaran. Mas como los saltimbanquis, gentes «afuerinas», ignorantes de la categoría del señor, no le obedecieron, mandó contra ellos una carga de caballería. Bombo, tambor, platillos y cornetas rodaron por el polvo.

La gresca se hubiera visto armada si don Eliecer, el prudente, no les hubiese visto advertido del peligro en que se metían. Cedieron, pues, los músicos al hacendado poderoso, consejero de policía, cacique político y hombre, si odiado por quienes habíanlo sufrido, también ídolo para cierta multitud de huasos arrojados y para «hombrazos, bien rotos chilenos», congéneres del Gallo.

De amanecida empero, con muchos tragos entre pecho y espalda ya, el terrible grupo hubo de pasar nuevamente por el circo. La farándula dormía bajo su carpa.

Llamearon los ojos de don José Pedro.

—Cachafaz. ¿Alcanza tu lazo hasta la punta de ese palo?

—¿El de la carpa? Sí, patrón.

—También el mío alcanza. Conque... Ya. ¿Comprendes? Los dos a un tiempo. Instantes después las dos lazadas cogían la cúspide.

—¡Caballo Pájaro! ¡Ahora! ¡Tira!

Una carrera, una polvareda y la carpa se desplomó entre risas y vítores.

Desayunaban en el Mesón del Loro cuando el eterno componedor, don Eliecer, llegó de trajines que por su iniciativa decidiera.

—¿A dónde se nos había mandao mudar, señor?

—¿De dónde viene?

—Es que yo, don Pepe, me di una vueltecita por mi casa y vide que los maromeros llamaban a la puerta de la gobernación. Comprendí. No es que le fuese a pasar a usted nada, ¡claro! Pero su nombre, señor, su autoridad, por una simple jugarreta de buen humor... Me les apersoné. Y, en fin, el director de la maroma está ahí al lado de afuera...

—Don José Pedro pasó el brazo por encima de los hombros a don Eliecer:

—Usted —le dijo— es un hombre justo y un buen amigo. ¿Quiere convidar a ese hombre a sentarse con nosotros?

—Sería lo mejor, pues, señor. No es mala persona. Con una reparación, que se le

debe, me imagino yo que... Usted sabe: la plata, pomada de misia Mariana, donde la ponen sana.

—¿Cuánto cree que...?

—Habla él de cien pesos, para levantar la carpa y salvar la pérdida de la función de hoy.

—Conforme. Caballero siempre, don Eliecer.

El maromero entró. Hablaron y don José Pedro le pagó sin regatear.

Y luego le dijo:

—Y sepa que fue un puro retozo, amigo. No piense que rencor por la bullanga de ayer con sus trompetas. Perdone y démonos la mano.

El hombre se guardó el dinero, y, estrechando la mano del caballero:

—Gracias, patrón —repuso—, y dispense usted también.

Y se marchó.

Estas correrías de rajadiablos mantuviéronse durante varios años. Los episodios, aunque diversos por lugares y circunstancias, eran en el fondo equivalentes. Una de las últimas diabluras consistió en pasar en coche abierto por encima de una merienda campestre.

Ocurrió en cierto remate de animales dentro de un fundo de la comarca. Seis u ocho individuos habíanse puesto a merendar sobre el pasto, a la puerta de un potrero. Valverde y sus amigos, al ver que aquello les detendría el carruaje, gritaron:

—¡Paso!

—¡A quién se le ocurre atajar la salida!

—¡Quítense miér... coles!

Mas como los comensales ningún caso les hicieran, lanzaron el coche por sobre platos, botellas, fuentes y guisos. A todo correr de los caballos atropellaron y salieron al camino.

Mucho se comentó después por los alrededores «la nueva barrabasada del rajadiablos ése de don Pepe Valverde», quien había manejado en persona las riendas.

Muchos fueron también los regocijos y las horas de risa que al grupo de traviosos causaron tales bromazos.

Pero al cabo de un tiempo todo aquello comenzó a fastidiar a don José Pedro. La edad obraba ya un tanto en él. Aparte de que otros motivos acumulábanse para enturbiar las diversiones de manera directa: la Lucrecia, desde luego, había dado a luz una niña; Sofanor chocheaba de felicidad y, por supuesto, henchía de vino su corazón ufano, reuniendo en su casa sin cesar a los amigos. Su absoluta falta de malicia conmovía y acusaba. Pero sobre todo aquella insistencia, chicotera en mano, para que se hartasen todos de licor, puso a Valverde impaciente. Fuera de sí, en varias oportunidades se vio a punto de darle algún sopapo.

Hastiándose, pues, resolvió frecuentar más la capital. Y si al volver bebía, obligado por las visitas que había de hacer a la Lucrecia, sus vinos empezaron a ser coléricos. Varias veces concluyó con algún empujón y hasta con alguna zurra sus

iracundos exabruptos.

Tras de una trifulca llegó a decir:

—No quiero beber más. Nunca más.

Don Eliecer, con su comedimiento, su justeza de observación y su vocecilla dulce, intervino:

—Lo celebro, señor, porque parece que le irrita el hígado.

—Como que me amanece dolorido algunas mañanas.

—Naturalmente. Es muy malo el alcohol para el hígado, ¿no es así, compadre?

La opinión de don Joaquín tenía que ser chistosa:

—Yo más bien creo que lo que pasa es que hay hígados malos para el alcohol.

Su chiste se volvió, sin embargo, contra él muy pronto. Regresaba don José Pedro de uno de sus viajes a Santiago, cuando de mano a boca se topó en la estación con el chascarrero, muy circunspecto, alicaído y de antiparras negras.

—¿Qué le sucede, don Joaco?

—Enfermazo, patrón. Viene a resultar que no sólo hígados, que también ojos hay muy malos para el trago.

—¿Algún mal a la vista?

—Muy fregado estuve. La meica esa que ve por las aguas asegura que de tanto vino me ha resultado esto. ¡Hem! La verdad, patrón, yo debo haber estado excedido como en veinticinco arrobas de lo que puede beber un cristiano.

—Déjese de chungas.

—No. Si no es chinga, no se ría. El oculista de Santiago me opinó lo mismo. Así es que...

—¿Vive muy formal ahora?

—Formalito. Continás, señor, que cada cosa tiene su edad y cada edad su paciencia.

Valverde formalizó sus meditaciones después de aquel encuentro.

Sin duda, ya él tenía otra paciencia. Lo peor era que ni las reuniones con la familia le procuraban descanso ahora. No se acomodaba bien en el hogar ciudadano. Las niñas, de repente crecidas, comportábanse ya como las señoritas, como las mujeres en general, excesivamente verbosas. Acostumbrado él a vivir entre hombres solos, desde la niñez, a largos días en silencio, o a lo sumo a conversar en diálogos, con turnos y orden, sufría vértigo —vértigo, mareo y hastío— al oír hablar sin tregua ni medida ni sustancia. No eran conversaciones, las de las mujeres, sino un parlotear todas al mismo tiempo, arrebatándose la palabra, o confundiendo todas las voces en una sola orquestación abrumadora y vacía. Parecía ser ésta, por lo demás, la constante femenina. ¡Oh!, se notaba en toda reunión de damas, fueran ellas jóvenes o viejas. ¡Pobrecitas sus criaturas! Mucho las quería. Sólo que, como no érale dable a él reformar la idiosincrasia de la mujer, no le quedaba otro recurso que rehuir.

El campo, la naturaleza desnuda, devolvíale a su yo auténtico.

Mas, por comparación, se introdujo entre los factores de su ambiente campesino

actual: hubo de analizar también esta vida. Las correrías demasiado locas, la chabacana borrachera de Sofanor, las matonadas del Gallo, la beatería boba de la Lucrecia —quien además empeoraba en lo confianzuda y a menudo insistía majaderamente para que él le revelase los orígenes de Antuco—, luego los celos incorregibles de misia Marisabel, y aun la política falsa, fanática y acomodaticia de sus correligionarios, y... en fin, también, algunos pensamientos propios, acaso fruto de insuficiencia y cansancio, que solían presentarle la vida como tema de meditación difícil, todo ello le pesaba de repente, hasta envolverlo en cierta emoción confusa, con mucho de triste, muy semejante a un principio de asfixia para el espíritu. Por momentos ocurríasele que su vida, desde el matrimonio, en lugar de haberse sosegado y clarificado como un buen licor, se había hecho algo turbia, con fermentos de confusión.

Salía entonces a caballo con su hijo. Hubiera querido discurrir con el muchacho sobre su experiencia y, transmitiéndosela, ponerla para sí mismo en claro. Pero José Antonio era muy joven aún, y él, frente a las serias cuestiones, aborrecía los actos desproporcionados. Se debía limitar, pues, a reunirse con el vástago sin premeditados fines. Máxime porque, con su simple trato, Antuco le alegraba. Fuerte, gritón, espontáneo y estallante de carcajadas ante cualquier suceso espectacular de los frecuentes en el campo, le despejaba el alma como una brisa fresca.

Otros días, meditando, no habría logrado precisar si vagamente triste, si pesimista y confuso, si con rabia, pesar o desengaño, o si con todo ello en mezcla trastornadora, se metía en su cuarto, en busca, tendido sobre la cama, del refugio de la lectura. Tenía libros nuevos, de pensadores que le recomendaran sus amigos de Santiago. Pues bien, se le caían de las manos. Eran mezquinos, empequeñecedores del hombre. Pretendía el siglo no admitir sino lo racional, «lo que no pugna con el cerebro».

Tornaba él entonces a sus poetas latinos, al viejo volumen del Pegaso en la portada. Lo cual era como retroceder a los tiempos frescos del *Caballo Pájaro*. Esta sola expresión de la infancia en pureza le sugirió la idea de que únicamente los niños o quienes como tales se comportan, tocan la verdad recóndita de la vida. A Horacio, eso sí, solía saltarlo. Dentro de su estado de ánimo, le importunaba por cínico, libertino y pulsador de la nota que cabalmente no quería él escuchar. Como que reaccionaba en su interior la fuerza religiosa. Era católico, en esa fe se había criado. Si antes no viera, si sólo sintiera esas verdades atolondradamente, hoy sí que se le presentaban en su esplendor. Por primera vez lo deslumbró como un hallazgo la fecundidad del sacrificio, esencia y potencia de la religión cristiana.

Exacto, pensó; es menester buscar en el sacrificio las más reacias soluciones.

Y teóricamente al menos, estuvo pronto dispuesto a enmendar rumbos así.

Lo estimó necesario, en primer lugar, frente a la mujer de Iturriaga, que apenas había significado placer para él. En seguida, porque lo cansaba esta mujer. Todos sus defectos, que ya él conociera con anterioridad a su aventura, estaban comprobados. La hijita, si bien engendrada por él, sin disputa, no le había conquistado el corazón,

después de todo. En cambio, a Sofanor... Distinguió también algo de mofa cruel en aquel vocativo intercambiado de *Paire putativo*. El infeliz, borrachón, torpe y antipático, no pasaba en resumidas cuentas de ser un pobre hombre y había encontrado su dicha en esa criatura. Se le presentó esto digno de respeto.

Convenía, por tanto, alejarse de tales relaciones.

¿Cómo? Ahí estaba la dificultad. Poco a poco, tal vez persuadiendo a la Lucrecia, tan llena de católicos remordimientos, sobre la necesidad del sacrificio fecundo... acaso debiera dejarse al tiempo el asunto. Al tiempo y a la oportunidad. Los celos de misia Marisabel de un momento a otro, ¿no crearían una situación aprovechable? Él, hombre sin vacilaciones, listo siempre a la oportunidad, tantas, tantas veces había recibido de ella el recurso que como chispa de luz surge desde los misterios de lo imprevisto...

A ciegas respecto del procedimiento definitivo, pero resuelto, se dispuso a esperar.

Don José Pedro está sentado en un taburete de madera desnuda y lustrosa. Lo ha cogido del corredor y lo ha puesto a la sombra fría de las araucarias.

Allí fuma, lento.

Las bocanadas se retuercen y ruedan sobre sí mismas, suben y cuelgan del ramaje su gris azulado, en tanto se pierde la vista del caballero en el campo abierto, que fulge allá, hecho ascua por aquel sol de domingo a las cuatro de la tarde.

Antuco juega con el perro entre los árboles; ambos se persiguen por turnos, y cuando se pillan, con sus pequeños gritos diríase que se ríen identificados.

En el sendero, allí delante de don José Pedro, se ve de rato en rato venir una golondrina azul. Traza su vuelo en comba del espacio a la tierra, cruza veloz, a escasos dedos del suelo, y de nuevo desaparece arriba; todo en silencio.

Goza don José Pedro con esta paz. Y goza por lo que va sucediendo: han surgido, providenciales, para justificar un alejamiento del grupo de los tunantes, deberes políticos de urgencia; pues el Presidente ha muerto y es necesario preparar con tiempo las elecciones próximas. Para ello han almorzado en La Huerta ese día dos diputados del partido y un periodista.

Este último, intelectual librepensador, con unos bigotazos que se deja crecer hasta una parte de los carrillos para que agrandados produzcan efecto más imponente, ha hecho arrebatarse a los dos conservadores durante la sobremesa.

¡Qué limitados, estos individuos que peroran sobre la libertad del pensamiento y ven al hombre sólo como un ser biológico y social!

Aunque... en todas las tiendas las gentes se limitan.

¡Y cómo discuten! Que si esto, que si lo otro, que si:

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Por falta de lógica, mi señor.

¡La lógica! Desconfía él de la lógica desde hace años. La lógica es como el

perfecto político: se acomoda maravillosamente a las necesidades de cada momento. Ha escuchado a los congresales en sus debates y ha leído tesis y discursos. ¡Cuánta lógica en sostenedores de las más contrarias premisas!

Así lo ha dicho en la discusión del almuerzo.

Con esto más:

—Si observamos, a lo largo de la historia humana, el camino seguido por la lógica, nos abisma el descubrir cómo ha servido ella sucesivamente para demostrar las verdades más opuestas.

Ahora recuerda que el periodista, irónico, deteniendo por unos segundos su taza de café ante los labios, murmuró entonces:

—Verdades... Algunas lo serían.

—Quién sabe si ninguna.

—¡Don José Pedro, por Dios! ¿Ninguna?

—Mi tío... cura, fíjense bien... Pero conste que lo afirmaba en provecho de la fe... Mi tío, digo, creía que la verdad no es sino aquello en que la mayoría se pone de acuerdo. Casi una cuestión de ambiente.

—Pero hay una verdad que perdura —sentenció solemnemente uno de los diputados.

—Cuestión de ambiente, repito.

—¡Señor!

—¿Cómo puede usted decir eso?

—¿Cómo? Diciéndolo.

¡Qué alboroto había causado! Sus correligionarios, ambos de barbas, se las alisaban con gesto de quien se amostaza y por educación se contiene. Sarcástico, el periodista fingió un bostezo.

Ahora don José Pedro se divierte recordando.

Habría tenido él mucha osadía, quizá. Pero él puede hablar sincero y sin cuidarse, puesto que no está obligado a cargar con la responsabilidad de una filosofía. No es un filósofo; apenas un hombre. Con todos los atributos, eso sí, y que frente a los tontos campanudos y sabihondos siente a menudo ganas de patear... ¡Ah, de veras se ha reído, entre pecho y espalda, junto a los tres politicastos!

Y vuelve a reír a solo ahora. Porque acude a su memoria el sapientísimo suspiro que, tras breve pausa, exhaló el otro correligionario.

¡En fin, en fin! De las ideas vive la humanidad.

La sentencia debía complementarse por el periodista:

—Y avanza guiada por los hombres de pensamiento fuerte y claro.

—Mentira. Esos cerebrales logran reflexionar a lo sumo sobre algunas caras de la existencia humana. He leído algunos libros de pensadores a la moda. ¡Caramba! Nunca se asoman siquiera esos señores a la entraña escondida y misteriosa donde sentimos el yo y que se me figura el hálito de la Divinidad dentro de nosotros. Muy orgullosos de su cerebro, escriben y escriben. No sé yo escribir, ni falta que me hace

para oírme y descubrirme en lo de adentro.

Han sonreído los tres, mudos y piadosos. ¡Qué huaso tan bruto!, deben de haber pensado. Porque con una cortesía muy elocuente, uno ha dicho:

—¡Vaya, vaya!

Y otro:

—¿De manera que sostiene usted, don José Pedro, que no vivimos usted, yo, el señor, el caballero aquí, de nuestras ideas?

—Vivimos de nuestras emociones, y desgraciadamente de las buenas como de las malas, que aunque nos empinamos a veces, mucho pecamos también. Se me ocurre que las ideas sólo como bastones sirven; y eso, a quienes sean capaces de producir las o concebirlas, a unos pocos. Yo miro a mi rededor y veo que la mayoría, ¡qué digo!, la totalidad de las gentes, las que piensan mucho como las que piensan poco o no piensan, sólo tienen y tendrán siempre una vida emotiva. Por esta emotividad se mueven, se excitan, ya unas contra otras, ya en impulso o ilusión de fraternidad. No sé si me doy a entender. Sus emociones permiten convivir a los hombres, o vivir solitarios, acompañándose a sí mismos por dentro.

—¡Acabáramos! Es un sentimental, don José Pedro Valverde.

—Según a qué llamemos sentimentalismo. Si es uno sentimental por estar convencido de que la idea, la verdadera idea, no brota en el cerebro como una callampa, sino que nace de nuestras emociones, entonces sí, acepto, soy un sentimental. La emoción es el principio. Y la idea, sólo sirviendo a la emoción, su madre, hace doctrina, vive. Nuestro Divino Jesús, con su prédica, su ejemplo y su gran sacrificio, ¿creó y sembró meras ideas acaso? Creó una gran emoción que a modo de llamarada nos ha envuelto, nos ha encendido, nos ha fecundado.

—Pero el cerebro...

—¡Qué cerebro ni qué niño muerto! ¿Se le ocurrió a nadie nunca pintar el Cerebro de Jesús? No, por cierto. ¡El corazón de Jesús! ¿De qué se ríe usted, señor?

—No. Sólo sonrío al considerar lo que todo sentimiento estorba y limita el pensamiento. Yo creo, con todas las fuerzas de mi conciencia, de mi yo más serio y profundo...

Al evocar aquel punto de la discusión, don José Pedro reprime una carcajada, pues cuando el periodista decía enfático «mi yo más serio y profundo», poniéndole la mano en el pecho, él avanzó un paso para inmovilizarla y preguntarle:

—¿Por qué se apoya usted la mano ahí? Sea consecuente. Colóquesela en el cráneo y diga: «con todas las fuerzas de mi conciencia, de mi yo más serio y profundo», etcétera.

Sin confundirse por la risotada que produjera la sugerida postura, el librepensador repuso en seguida:

—¿Sabe que me gusta? Pero, hágame el favor, todo eso que está usted diciendo ¿no lo está pensando, no lo ha pensado antes? ¿Cómo habla con desprecio del cerebro, entonces?

—Pensado lo tenía y pensándolo estoy. Sólo que hay cosas, las de trascendencia vital, que no se piensan únicamente con el intelecto. Los grandes pensamientos que leo yo en mis poetas latinos, por ejemplo, han sido presentidos primero. ¿Oye usted? *Presentidos*. Alentaron antes como emociones de ese algo recóndito que dentro de nosotros confiere sentido a la vida. El cerebro los ha ordenado después. Convengo. Como instrumento concretador, tiene su función. Trabaja en la mecánica de las ideas. ¡Me-cá-ni-ca! ¿Estamos? Es un aparato, a veces bueno, a veces deficiente. Muy a menudo empobrece los hallazgos. Con frecuencia termina en falsificador:

—¡Instrumento, aparato! Órgano.

—Digamos «instrumento orgánico». A qué pelear por palabras.

—Pues yo me atengo a él. Lo demás me parece divagar.

—Pobre de usted, entonces. En todo caso, no diga en adelante «yo» con la mano en el pecho.

—Acabó aquello en bromas. Cordialmente bebieron un rico aguardiente tras el café, trataron problemas electorales. Y al fin, con las manos en adioses por la ventanilla del coche, se alejaron por el camino.

Don José Pedro se representaba las escenas con regocijado recuerdo. Sin embargo, no está satisfecho. Quisiera él discutir sobre lo que habló. Quisiera verlo todo, no como nebulosa informe, sino en orden, preciso, iluminado. ¿Qué es el yo? ¿Dónde radica? Él lo sabe, sí; pero únicamente por presentimiento, sin lograr concretarlo. Su cerebro no ha tenido gimnasia, flaco se ha quedado...

A cada rato baja la golondrina azul, en comba del espacio a la tierra, cruza veloz a escasos dedos del suelo firme, pero de nuevo desaparece arriba, y deja su silencio...

¿Qué es el yo? ¿Dónde radica? Hay una zona —piensa sin palabras, en esa como tonalidad de las certezas—, una zona sensible pero no razonable, en la cual nos sentimos como flotantes, o como inmersos y transidos por la energía cósmica. Pero esta energía, o una porción de ella, no es todavía el yo. El yo se siente arraigado en esa substancia, pero es algo completamente individual, que al sentirse allí tan solo, tan solo, experimenta una desolación inquietante. Suele ser horrible sentir esta soledad. Suele sufrirse como un desamparado en medio del universo. ¿Qué nos queda entonces para defender nuestra vida, para serenarnos y adquirir aplomo y paz? ¡Ah, sólo la esperanza!

Aquí, católicamente, eleva don José Pedro a Dios su alma. La golondrina azul prosigue sus vuelos intermitentes; viene, cruza fugaz, se remonta y se borra. Ya nada le importan a él aquellos visitantes del almuerzo. Pueden irse de paseo con su política, su lógica y sus intereses.

Cuando la tarde cae, don José Pedro, en una como violenta crisis en que su madurez se concreta, discurre. Porque, vamos a ver, se dice: suponen los cerebrales que los sentimientos limitan el pensar. Con esto creen ordenar la función emotiva, cual si fuera un estorbo. ¿No será que teniendo la razón sus propios límites, más allá de los cuales no consigue ir, se topa con el sentimiento, que prosigue? Porque dentro

del círculo racional vemos que las ideas se combaten y se destruyen entre sí, que de siglo en siglo alguna toma turno y predomina, en boga. Anotamos que ninguna permanece. A la vez, observamos permanecer al sentimiento: se siente hoy exactamente como antes se sentía, y así se sentirá; es él quien nos presenta las trazas de lo eterno. La bondad, por ejemplo. En el campo religioso, el sentimiento es la base y el impulso. La idea, sólo un medio expresivo. Los racionalistas discuten y pulverizan las ideas religiosas; mas nada pueden contra el *sentimiento* religioso. Las iglesias han cometido el error de racionalizar sus religiones. Así las han hecho vulnerables. La teología puede discutirse y exhibirse como un conjunto de conceptos deficientes. Siempre serán deficientes las ideas. Las fuerzas espirituales, emotivas, que llevamos en la entraña del ser, ellas bastan para que los hombres marchen a través de las edades, y entre esas fuerzas hay algunas que jamás perecerán porque son indestructibles. Ellas, en cambio, son capaces de destruir todas las ideas. Nace una doctrina política y nace destructible por otra que cualquier día surge. ¿Y cómo surgen las doctrinas? Por un fuego sentimental que las inflama. Siempre las llamas sustentan. Se suceden las teorías en las rutas de la humanidad, como nidos que el alma teje para ir cobijando el corazón insatisfecho.

¡Ah, si él supiera escribir; si él, José Pedro Valverde, huaso tarambana e inquieto, hubiera estudiado más allá de unas pocas lecturas, qué paliza podría darles a esos señores racionalistas! «Pobre de mí —se compadece—; si tan pronto como intentara redactar todo esto que discurro bajo mis árboles, se me confundiría en el enredo de los enredos.»

Y no muy contento, más bien algo rabioso, henchido por su orgullo, se levanta. Va en busca de su hijo y se dirige a su vespertina inspección de pesebreras.

Se deslizaron varios años.

¿Fueron tres, cuatro, cinco?

Fueron de los que ni se cuentan, ni se miden, ni se marcan, porque de su curva no irrumpen muy notorios acontecimientos. Tiempo hay así, en el campo sobre todo, tan disimulado, que carece de visible curso. Los hechos no detonan, en tal tiempo; quedamente van gestándose. Hasta que, como advenidas en conjunto sorpresivo, se nos aparecen algunas soluciones, cumplidas bajo la venda que nos velaba o nos distraía los ojos.

Así pues, entre los Valverdes na se advertían grandes cambios. La vida familiar continuaba dividida y a la vez indivisa: misia Marisabel y sus niñas en Santiago; en el fundo su marido, con Antuco, y las visitas que ambos esposos hacíanse regularmente, llenando los lapsos entre vacación y vacación, mantenían intacta la familia.

Mas el caballero disolvió sí, en el ínterin, algunos compromisos de su mal vivir.

Sencillo le resultó apartarse de los tunantes: en la campaña electoral anduvo con ellos, pero dentro de afanes que justificaron un alto para las juergas. Los dejaba que actuaran ellos en la conquista de populacho cuando ésta exigía muchas copas por tabernas y «choclones». A semejanza de su tío allá en el Maule, organizaba él

cabalgatas de huasos y desfiles arrastradores de adeptos. Rehuía las borracheras y las bizarrías matonescas, en suma, escudado en la dignidad de su jefatura.

A la inversa, lo de la Lucrecia permanecía sin término definitivo. Tratábala cada día menos; pero sentía por ella, junto con el hastío, cierto piadoso estorbo que aplazaba toda solución.

Misia Marisabel, en cambio, siempre suspicaz, padecía crecientes, agudizados celos. Durante una de sus breves permanencias en La Huerta, tuvo la corazonada primera. Fue un domingo, después de misa. Ya creía notar ella en la Iturriaga, que al oficio acudiera siempre con su pequeñuela, ciertos modos sospechosos por lo familiares, cuando en inopinado momento la oyó tratar a don José Pedro de «veleidoso». Cual si no hubiese percibido el reproche, había continuado él su camino. Pero a la celosa de ley nada escapa sin alguna significación; de suerte que al sobresalto hubo de seguir ansioso alerta, y hasta un factor que antes la tranquilizaba, el de no presentar la hija de la Lucrecia parecido físico más que con su madre, perdió entonces toda su virtud.

Antes de interrogar a su marido, prefirió inquirir aquí o allá con maña. Semanas anduvo con su cuita entre averiguaciones indirectas. Y por síntomas hoy, rumor mañana y atisbos entretanto, supo desde luego que frecuentaba él con exceso Los Nísperos, a pesar de molestarle tanto la ordinariéz de los tales Iturriagas; enterose de paso de que no corregía esa gente su defecto de ser confianzuda; llegó a sus oídos también que la chusca broma de *paire putativo* unía en el intercambio de mote y malicia a su marido con Sofanor ahora, de lo cual intuyó la posible paternidad de don José Pedro; le contaron además cómo la Lucrecia, cuando a misa venía, permitíase aun acompañar al capellán a que desayunara en el comedor tras del oficio, igual que si fuera la dueña de casa. Poco a poco, por lo tanto, fue llenándose de zozobras el corazón. Aunque se obstinara en contradecirse frecuentemente con ideas optimistas, perdió al fin toda esperanza de yerro. Y una seca y asfixiante angustia como el ardor de un horno la poseyó por último.

En las vacaciones inmediatas, una mañana, dentro del dormitorio aún, se atrevió a formular a su marido algunas preguntas acerca de «todas esas cosas que a ella le parecían muy extrañas». Él se limitó a pararse sobre el poyo de la ventana, mirar hacia el patio, como intrigado por los trajines del llavero, y volverse con diverso tema de conversación. ¿Qué sentido atribuir a eso? ¿El de que otorgaba callando y prohibía el tópico? No tuvo ella fuerzas para insistir. ¡Con aquel geniazo! Ella, inteligente, había definido el genio de don José Pedro como una pistola siempre cargada. «Cualquier manejo incauto, solía decir, produce mortífera descarga». Debido a su prudencia, pues, no habían tenido hasta entonces ningún disgusto irreparable. Recordó en este punto de sus pensamientos, por su imaginación tan a menudo festiva, cierto refrán de don Joaquín. Al consultarlo acerca de algunas sospechas y al exponerle cuánto cuidado juzgaba ella necesario frente al carácter de Valverde, a fin de salvaguardar la paz conyugal, había sentenciado el huaso astuto:

—Muy bien. No empeore nunca las cosas. Queso partido nadie lo suelda. Y el amor, aunque resulte ruda la comparanza, como el queso es, misia Marisabel.

Cómico, el símil, para tan doloroso asunto, pero exacto. ¡Ah, para, qué le advertiría ella misma que la Lucrecia estaba enamorada de él! Tan lista como se suponía y... no calcular que habría él de fijarse más adelante, cualquier día, en lo sensual y provocativo de aquella mujer. ¡Qué torpeza, Dios del cielo! ¡Y creíase despierta y aguda! ¿Qué hacer, en esta situación? Si hubiera podido, si pudiese aún ella caer de improviso algún domingo, y sorprender, y... Pero —y menos desde que a las niñas les habían salidos esos «pololos»— jamás disponía para sus viajes a La Huerta de fecha al antojo. Solo quedábale llorar recriminándose, ya perdida por entre los pinos, ya cuando la soledad de la casa dejábale horas de aislamiento. ¿De modo que sería posible tal concubinato? ¿Y aquella muchachita, fruto de semejantes amoríos? El círculo magnético y maligno de los celos cogíale en su vórtice, la obsedía. Y retornaba la angustia de horno, a sofocarla infernalmente. ¡Señor, Señor, haber echado de las casas a todas aquellas chinas del pasado, haber conseguido el alejamiento de doña Carmela Burgos, al fin y al cabo valetudinaria ya, para empujar ella misma, por descabellada ocurrencia, al pecador hacia nuevo y de seguro sabroso pecado! No la querría mucho. Bien conocía ella el juicio que «la rota esa» le mereciera. Pero él, ante las aventuras eróticas, era también un arma cargada siempre.

Se martirizaba sin remedio, la pobre misia Marisabel.

Menos mal, solía pensar, que a ella la quería por encima de todas. Bastábale verlo comportarse. Fino, cortés, galante, con amor de galán, de caballero y de esposo, con pasión y respeto, y más: con veneración. Sí, sabíase amada por sobre amoríos y caprichos. Sin embargo...

Para distraerla de tales torturas, tenía misia Marisabel otra preocupación vehemente: el problema del niño; en buenas cuentas, del joven, pues Antuco ya lo era.

Como que se les acercara una noche Antuco. Traía en la mano un retrato de la familia Lazúrtegui. Allí estaban, con misia Jesús al centro, las dos hijas, todavía solteras. Las pupilas fijas en Chepita, dijo el muchacho:

—No me acuerdo nada, pero nada, de mi mamá.

Don José Pedro arguyó rápido y nervioso:

—Tampoco me acuerdo yo de la mía, en absoluto. También murió ella siendo yo muy niño.

—Pero lo raro es que nadie pueda contarme la menor anécdota de ella conmigo. Así es que ni figuraciones llevo a tener.

Misia Marisabel intervino:

—Hijo, por Dios, ¿cómo iban a contártelas? Te hablarán de nosotros dos, tú y yo, porque te crié desde tan chiquito...

Tembláronle palabras e ideas, y calló.

El muchacho permaneció en actitud de quien a su vez acalla ocurrencias. Entre

sus cejas parecían leerse mil preguntas informulables ante sus mayores.

Se apresuró don José Pedro a romper el silencio, como asiéndose a cualquier inspiración:

—Mandaremos a ampliar la cara de Chepita —propuso—, tomándola del grupo ese. ¿Quieres? Para tu cabecera.

—Y viva, hijito, en cuerpo y alma, me tienes a mí. ¿No he sido, soy y seré siempre tu madre?

—Sí, mamita. No se aflija. La tengo a usted, por supuesto.

Jamás fuera mozo de sensiblerías, Antuco. De suerte que aquello acabó en abrazos, en mucha y muy alegre ternura de su parte.

Al revés, a la señora la dejó muy conmovida la escena. Impulsos tuvo de afrontar ante su marido, cuanto antes y en serio, aquel problema social y sentimental que tan inquieto e inconforme le mantenía el corazón.

Sólo que don José Pedro, cuando estos momentos llegaban, respondía con la decisión que su instinto de la vida le había inspirado siempre: esperar.

—Pues yo creo —insistiera ella en una de tales oportunidades— que debemos pensar ya en la solución final.

—Claro; pensar, sí —había repuesto él—. Sabio es anticiparse a pensar. Pero anticiparse a disponer, ya es otra cosa. Es locura.

—¡Y tú hablas así!

—Ya ves: maduro.

—Es que si fuera...

—¿Vas a empezar con tus «si fuera»? Yo he sembrado, hija, muchos «si fueras» y no me ha brotado uno solo. Deja. Día llegará en el cual se nos ofrezca sencilla esa solución final, que por lo demás no urge. Los tiempos traen mudanzas. Veremos abolirse muchas estrecheces sociales y hacerse más naturales, más humanitarias, más cristianas las costumbres. Aparte de que ciertos derechos de alcurnia mantendrán su validez. ¿No los conservan los reyes para sus bastardos? Pues yo, hija, menos que rey no soy en mi casa. Y aunque te sonrías, vieja, espera. Espera en los tiempos y en Dios. Deja. El chiquillo está encantado con su creencia de ser hijo de Chepita y más feliz aún contigo, con tu corazón maternal. ¿Pues entonces? ¡Qué vicio, el tuyo, de agigantarte conflictos y sufrir!

—Es que no creo yo que no urja. Considera que pronto hará el niño su servicio militar y que luego ha de ingresar, como tú quieres, a un curso agrícola en la escuela del Arzobispado.

—¿Y qué?

—Que habrá de inscribirse como hijo de alguna madre.

—Pues te ponemos a ti, lo mismo que cuando lo matriculamos en el Instituto.

—Él estaba entonces muy chico. Ahora... ¿qué pensaría?

—Algo le diremos. Que se trata de una especie de adopción tuya, por cariño, por su bien para el porvenir, por la herencia cuando nos recoja Dios... Cualquier cosa.

—¿No exigirán documentos allá, en el Ejército y en esa escuela?

—Todo tiene arreglo, hija.

Extremosa, tuvo empero misia Marisabel con su confesor muy circunstanciada consulta. Oída la confesión, la tranquilizó el sacerdote. ¿Conque naciera el chico antes de la ley civil, cuando matrimonios, nacimientos, legitimidades y legitimaciones correspondían a la Iglesia? Pues veríase qué rezaba la partida de bautismo. ¿No recordaba estos detalles la señora? Como fuere, la normalización se haría, en gloria y justicia de Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Fe.

Por su lado, el caballero esclarecía su personal proceso anímico. Que lo tenía, e importante ahora, por una de las grandes viradas hacia adentro que dan los temperamentos religiosos en aproximándoseles la vejez.

Desde aquella discusión, entre psicología y metafísica, con el periodista librepensador, vivió don José Pedro preocupado, sin lograr evadirse ya de la inquietud. El buscar el alma fuera de afirmaciones dogmáticas y cómodas, y encontrarla dentro de la entraña misma de la personalidad, le produjo algo muy cercano al vértigo. Aquello era feliz algunas veces; otras, angustioso, pues la desolación que solía trastornarlo al sentir de súbito su yo —su yo fuerte y soberbio— suspenso y solitario en medio de la vida universal, le compungía, hubiérale abrumado sin la fe y la esperanza en Dios. Afortunadamente creía, siempre creyera. Mas como la fe gravita de muy diverso modo sobre un católico joven y tarambana y sobre otro que madura y envejece, comenzó para él otra, muy otra devoción. Algo que ignoró antes. Y rezaba más. Rezaba más hondo. Sus preces hicieron largas y complicadas. Tan pronto repetía las conocidas como elevaba otras originales al Poder Supremo. Esta últimas le satisfacían más, aunque a las tradicionales no renunciase, que se habían adherido a la costumbre y a mucho se acomodaban.

El hecho es que muy pronto vieron a don José Pedro, sin omitir día, soltar las riendas de sus caballos al atardecer, de vuelta de faenas, para coger el largo y grávido rosario frailuno, herencia del cura Valverde, de penetrar en la penumbra de su cuarto para orar sostenida y fervorosamente. Sus dedos velludos pasaban cuentas; entre sus barbas semicanas efervescían padrenuestros y avemarías, y entreverados estaban también algunos pensamientos iracundos por su inconformidad frente al sesgo moderno y arrasador de valores que llevaba la vida moral de Chile.

Mezclábase a estas iras el temor a Dios. Revisando su vida, sus recuerdos y sobre todo las víctimas que había hecho, acometíanle miedos, grandes miedos al Supremo Tribunal. Era un católico que traía el medievo en sí, y lo era por ancestro, cuna y crianza. Pero en todo ello actuaba también el caballero feudal, reforzado por los ejemplos del cura su tío y por sus propias exaltaciones del orgullo. Subconscientemente se había dirigido siempre a Dios sin recurrir a mediaciones de otros seres celestiales. Ya de niño se le había incorporado, como verdad de acuerdo con su carácter, el concepto popular de que «estando bien con Dios, los santos son inquilinos». Sí, él hablaba a Dios cara a cara. Y así, aunque hubiese llegado a la edad

de contriciones y recogimientos, al punto en que sus ojos interiores miraban hacia la Vida Eterna y se iluminaban con el Sacrificio de la Cruz, fecundador del mundo en la bondad, no cumplía el sacramento de la penitencia sino raras veces.

Y era que no vencía, este soberbio señor, su desprecio por los clérigos inferiores que le rodeaban, clérigos que ni aun comprendieran jamás al cura Valverde. Los descubría tan míseros en ciertos trances, que se le antojaba que más bien ellos deberían confesarse con él.

—Perdóname, Dios mío —llegaba entonces a balbucir—. Se llaman médicos de almas. ¡Médicos! A lo sumo veterinarios, Señor. Para beatas y plebes. Pero ¿para mí?

...

Sólo a muy arrastrados intervalos, pues, se confesaba don José Pedro. Y entonces, o elegía para ello el místico humilde cuyo espíritu descubriera leve toque al menos de la gracia, o por obedecer mandamientos de doctrina descargaba su conciencia en cualquiera, sin considerar en él sino la investidura consagrada.

Durante una de estas crisis de contrición esporádica, e impelido sin duda por fuerzas subconscientes, midió el pecado mortal en que incurría con los Iturriagas. Aprovecharía la primera coyuntura. Cancelaría pecado y... descansaría de los empalagos de las demasías, de la ordinariez, de las intrusidades irritantes. ¡Ah! ¡Cuánto alivio!

No tardó la oportunidad en presentarse, que la Lucrecia era pródiga en faltas de tino.

Un día tuvo esta mujer el poco tacto de referirse a la señora tratándola de «la Marisabel».

Oírla don José Pedro y dispararse su «arma cargada» fue algo aun más violento que un tiro.

—¡Cómo! ¿Cómo? ¿Así no más, la Marisabel? Misia Marisabel, habrás querido decir. O mejor, si te parece, la *señora* Marisabel.

Ella, perpleja, enmudeció. Se le arrebolaron las mejillas y se le pusieron blancos los contornos de la boca. Intentó a poco reaccionar, decir algo, herida. Pero vio el ceño del caballero: un surco vertical marcaba la indignación colérica entre las cejas; y tanta ira conteníase allí que sólo supo la Lucrecia temblar unos segundos y caer luego deshecha en llanto.

Cuando alzó después la cabeza, él había desaparecido.

Y así concluyeron aquellos amores.

Misia Marisabel, andando el tiempo, solía preguntarse si en efecto su José Pedro había faltado aquella vez. Acaso no pasara todo ello de celos y fantasías...

El libro ha quedado sobre las rodillas de misia Marisabel. Sus cubiertas, en moaré granate, encima de la falda negra y junto al copo del pañuelo, desmayan, porque ya la luz se hunde con la tarde serena.

La señora también permanece quieta y encerrando sus pensamientos, como el libro. Ha ido a sentarse allá, sola, en el confín del huerto, a orillas de la pequeña

laguna. Pasa el mugir de ganados distantes por el aire que mandan los caminos. Las aguas toman un tinte verdoso y opaco. Y un pececillo de estaño salta fuera del cristal, brilla un instante y vuelve a caer: deja primero un eco humilde y luego un silencio misterioso. Es la voz de los universos invisibles. ¿Hay algo más intenso que lo invisible?

El pecho de misia Marisabel se llena de un ancho suspiro, tal como se llena el aire con esos perfumes que se levantan para la noche. Los pensamientos de la señora y estos aromas se rasgan por momentos con las voces filudas que llegan desde la trilla lejana.

Ella se ha venido temprano de la trilla. Estuvo sólo dos o tres cuartos de hora. Después ha encontrado pretexto en la visita de los dos jóvenes, ya casi novios oficiales de sus hijas, y se ha vuelto a las casas. Sólo que no había tales afanes por alojamientos y comida, pues la buena servidumbre le sobra; sino que siempre ha recibido, en estas faenas-fiestas, roces para sus viejas heridas de celosa, que si bien ya cicatrizadas, conservan muy leve y sensible la piel. Y es que lleva su intenso universo invisible también ella. ¡Ah!, es romántica, misia Marisabel.

Pero esta vez no quiso negarse a ir. Se lo pidieron esos muchachos:

—Vamos. Acompáñenos, para explicarnos siquiera algunas cosas.

Y luego insistió don José Pedro:

—Aunque sea minutos. Mira que puede ser ésta nuestra última trilla a yeguas. Si el próximo año me llegan las máquinas...

Y Antuco:

—Mamita, sí.

Ha ido, pues.

No hubo, afortunadamente, tonadas alusivas al pasado del viejo galán. Debió él de prevenirlas con sus medidas. En cambio, la pobre Totón, ya tan ancianita, cantó una antigua tonada triste, a la cual había modificado ella el estribillo así, haciéndolo significativo:

¡Sí, ay dolor!

Tenía yo un par de rosas.

La otra me la llevaron

los ángeles de la costa...

La otra era Chepita. Conmovió a los esposos aquel cariño evocador. Totón había criado y querido a las dos hermanas Lazúrteguis y juntas seguía llevándolas en el corazón.

Don José Pedro ha estado magnífico esa tarde. Sobre todo al bailar con su Marisabel aquella cueca. Si se pararon en círculo las demás parejas a mirarlos.

Aún se figura la señora oírlo, además. Porque luego él, para los dos mozalbetes de Santiago, y para su Antuco también, que baila todavía sin estilo, ha expuesto su teoría

sobre la danza popular chilena.

No hay que confundirla con vecinas zamacuecas, o «zambas cluecas», ha dicho en suma. Hemos conseguido nosotros una genuina nuestra, ya libre de sus orígenes remotos. Ni jotas y zapateos españoles, ni africanerías tórridas del virreinato peruano se deben reconocer en ella. En Lima, los negros crearon algo jocundo, jaranero, erótico y ardiente, con mucha cadera zafada y mucha nalga humedecida por el sudor tropical. Allá el bailarín ejecuta la rueda del gallo en torno a su gallina. Hasta las voces cloquean en la música. La cueca chilena, no; la vino componiendo el huaso por estilizado reflejo de su propia realidad campesina. Se ha de bailar, pues, interpretando lo que realiza el jinete nuestro cuando asedia y coge a la potranca elegida dentro de la medialuna. Representa la gloria de sus pasiones: china y caballo. Virilidad de domador y de galán hay en su continente y en sus intenciones. Los primeros pasos remedan el cambio de terreno: él ha «echado el ojo» a su presa y ella se le pone alerta y lo enfrenta desde suelo inverso. El brazo viril bornea el pañuelo como si borneara el lazo. Van y vienen, ella y él; primero en círculos opuestos; se diría que desde las dos mitades de aquel redondo corral, salón de sus mejores fiestas, cerca el uno, la otra repite la curva en fuga o defensa. Él ataca siempre y ella, encarándose, esquiva. Los movimientos del cuerpo masculino traducen los del jinete: la mano bornea lenta y a compás, los pies avanzan o retroceden, cambian el paso, se agitan como los remos del caballo, las espuelas cantan; pero entre brazo y pierna el tronco se mantiene inmóvil y elegante con el equilibrio del equitador sobre su montura en la escuela criolla. Poco a poco, el amor ecuestre y el amor humano se confunden, transfiguran a los bailarines. El acecho se vuelve madrigal; la lucha, coloquio; el pañuelo quiere atar los pies de la elegida. Ya se comprenden, ya se aman. Si ella todavía rehuye, lo hace para seducir mejor. Si él acomete, brinda con la boca el beso. Al fin zapatean porque la conquista se ha consumado. Dominio, entrega, delirio. Una mujer, una ideal potranca, dos seres unidos, identificados en la pasión campesina.

Así, exactamente así no lo hablaría don José Pedro; pero así, exactamente así lo comprendió ella y lo comprendieron todos. Al punto que las cuecas redoblaron, en frenesí.

Del cuadro conserva en las retinas la señora un efecto de resplandor. Ascuá el cielo, ascua el promontorio de gavillas al centro y la paja que pican los cascos en la era redonda y cercada por quinchas que también fulge. Cincuenta yeguas giran dentro, desmelenando sus crines al viento. Las precede un caballo diestro, el puntero, por cuyas orejas horadadas pasa larga cinta tricolor para distinguirle rango de guía. Envuelve todo ese ardor amarillo una polvareda, también de oro, que se levanta del chancar las mieses, y que va perforándose al grito insistente de los yegüerizos trilladores. Son voces a compás, que un jinete lanza para estimular la carrera y que su compañero como en eco responde:

—¡Ah, yegua!

—¡Ah, yegua!

Y que poco a poco menguan, conforme a la fatiga de las gargantas.

—¡Ah, ye...!

—¡Ah, ye...!

O varían en otra forma breve:

—¡... yeguá!

—¡... yeguá!

El diálogo siempre. Hasta concluir en mero «¡...a! ¡...a!», «¡...a! ¡...a!», girando y girando, en su infinitud de vértigo.

Más, allá sobre las lomas, reverbera también el rastrojo, donde aguardan gavillas innumerables y desparramadas como corderos triscando. Y carretas repechan, a tres yuntas, para bajar luego cargadas a rellenar la era. Todo es fulgor. Sólo abajo, en la sombra de una quebrada, cerca del agua, las piaras de yeguas que descansan, vigiladas por su capataz, pacen.

Nunca negará misia Marisabel la belleza de aquel cuadro, por antipático que los celos lo hayan presentado alguna vez. Y menos aún cuando, entre horqueteros y otros peones que reposan sus turnos, se yergue rodeado y en charla el patrón.

¡En cuántas ocasiones lo ha contemplado así ella, envanecida! Lo ve al centro del corro. Algunos gañanes mantienen todavía entre las manazas su vahante lebrillo de charquicán y, suspenso el comer, escuchan igual que los otros al amo. Lo saben señor temible, pero también padre. Y cuando él posa la mano sobre un mocetón —que se inmoviliza enrojeciendo, con los brazos colgantes y una sonrisa emocionada que nace allí en el hombro donde la palma tibia del patrón se apoya— hasta el último se sienten acariciados. Reciben así, corazón adentro, el apretón de manos que la jerarquía veda.

Esa tarde misia Marisabel evoca por contraste, mientras deja el huerto y se dirige a ver su comedor, el continente de los dos novios de sus niñas. Allí han estado agradables y finos, pero con la cabeza echada siempre atrás, en el gesto algo forzado de quien se ajusta la corbata. Con harta razón a don José Pedro le mueven a risa.

Al comedor se presentan los donceles capitalinos de punta en blanco esa noche, sin prever que los demás continuarían con sus ropas del día.

Don Joaquín, que ha concurrido con sus yeguas a la trilla, reprime a duras penas una de sus chirigotas al verlos aparecer. Pero a tiempo se inclina delante de Chepita y Rosa, que han temblado ante la inminencia:

—Perdonenme, patroncitas, el susto. Pero háganse cargo: contener las bromas me cuesta a mí más que a un curao cortar los tragos.

A salvo entonces el buen humor, la comida fluye confiada. El huaso, en esmero de desagravio, dedícase a satisfacer solícito las curiosidades de los «futres».

—Sí, claro, el patrón está descontento con lo que la sementera va rindiendo.

—Siempre lo mismo: la cosecha borra las cuentas de la planta en verde.

—¿Y cuándo de lejos las arobas no han parecido quintales?

A poco hablan todos, hasta las niñas, instruyendo a los jovencitos.

—Se desgrana mucha espiga, porque como no es cosa de atollar las eras, hay que aguardar demasiado...

—Yo compraré máquinas sobre todo por lo que ahora se tarda en aventar. Años de poco viento, hasta cuatro meses. Con la trilladora, de la espiga pasa el trigo al saco. ¡Y al molino, señor, antes del mes!

—¿Resulta más barata la trilladora mecánica?

—Desde luego, no tala pastos. Apenas si el motor devora un poco de paja.

—En cambio, para trillar a yeguas, un fundo ha de mantener cien chúcaras y recurrir además a doscientas ajenas. Por algo en estos contornos, sólo entre Mallarauco y Culiprán, mi señor, se calcula que hay en estos días dos mil bestias de trilla.

Transcurre la comida en cálculos y reconocimientos de ventajas. Lo único adverso a la máquina resulta su tristeza en la faena. Si antes toda labor de campo fue mezcla de trabajo y fiesta, en lo venidero sólo habrá esfuerzo y monotonía, fatiga. Con las yeguas se irán esas carreras finales «de las cocineras», con los jinetes metidos en la era todos y cada cual con su mujer al anca. Se acabarán las meriendas con arpa y guitarra, y las cuecas a era barrida...

Se recogen, sin embargo, todos alegres a dormir.

Pero está de Dios que termine la jornada con una sorpresa de mayor gracia para misia Marisabel. Siente desde su cuarto trajinar a don José Pedro en el patio. Va y viene con el llavero. Cuando han apagado el farol y entra el caballero al dormitorio, se oye de pronto un graznar.

—¿Qué? —pregunta la señora—. ¿Los gansos en el patio?

—Así es. Los gansos en el patio —responde riendo entre sus bigotes él.

—No entiendo. Pueden graznar en la noche.

—Pues por lo mismo.

—Nos despertarán.

—Si se alarman, sí.

—Cada vez te comprendo menos.

Él cambia su reír por explicar resignado:

—Oigamé, hija. Esos dos muchachos se alojan en la pieza que sale al patio.

—¿Y?

—Que no quiero que salgan.

—¿Te imaginas que saldrían a malos pasos?

—Hombre precavido...

—Pero si son jóvenes decentes, decentísimos, de grandes familias, formados en la santa religión.

—Mejor que la mía, Marisabel, no reconozco familia en Chile; con más religión que yo no se ha formado nadie... Entre curas... ¡figúrate! Y, sin embargo... Si tu madre hubiera encerrado gansos todas las noches en su patio de San Nicolás, ni yo ni Chepita, ni tú...

Perpleja, no sabe misia Marisabel si protestar o reír.

—En todo caso —arguye— para eso están los perros.

—Los perros conocen a las visitas. Los gansos, a nadie. Le graznarían al mismísimo Santo Padre. ¡A mí mismo!

—No se le ocurre al diablo. No hay nada que hacer contigo —concluye la señora en carcajada franca.

Él la besa y se acuestan.

Luego tratan de dormirse pero intermitentes borbollones de risas los desvelan por mucho rato aún.

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Se repiten los llamados de Rosita por los corredores, y se alejan alterando la paz casera de la media tarde.

Los oye, sin embargo, misia Marisabel sin concederles importancia; pues ella, en la franja de sol que baja por la lumbreira y corta la penumbra verdosa de la despensa, está muy abstraída relejendo una carta que le ha escrito el capellán y que la tiene muy contenta. Concluye, guarda en su sobre la esquila cuidadosamente, la coloca encima del mesón, y, tarareando, mira una vez aún sus cuelgas de uva. Por lo menos cien racimos, atados al pentagrama de alambres que circunda el cuarto, quedarán allí para regalo de don José Pedro y Antuco en el invierno. Se siente satisfecha también de su hacendosidad.

Pero los llamados insisten. Vienen retumbando por el interior del caserón ahora:

—¡Mamá! ¿Dónde se ha metido?

La voz de una sirvienta contesta desde el patio:

—En la despensa, misia Rosita.

—Aquí, niña. ¿Qué pasa?

Violenta y demudada irrumpe Muñeca, Rosa, la hija menor. De primeras, apenas puede hablar; mas al fin suelta el chorro de su verba colérica y lacrimosa:

—Es una insolencia, una grosería sin nombre, un proceder rotuno.

—¿El de quién? ¿Cuál?

—Ya no es posible soportar la conducta de Antuco. Usted, mamá, debe ponerle atajo.

—Veamos. ¿Qué sucede ahora, hija?

—Que Demetrio y yo entramos denantes a la medialuna, y porque Antuco, el precioso, estaba corriendo una vaquilla y nosotros tal vez lo estorbamos en su carrera, le pegó un caballazo a Demetrio, o a su yegua, y le gritó: «¡Quítate, mierda!» Y sin que le respondiera el otro sino que había mejores maneras, se le acercó, casi cruzándole furioso el caballo, y le dijo: «¡Maneras! ¿Maneras de pije maricueca querís?» Delante de todo el huaserío, mamá, que soltó la carcajada.

—Violento, hijo de su padre. ¡Ave María!

—Y tuvimos que venimos, porque de aquí y de allá, como a hurtadillas, salían después unos grititos aflautados: «Maneras. Maneras y circunstancias, caballero».

Usted sabe, mamacita, lo pícaros, lo burlones que son los huasos...

—¡Pero quién hace cuestión por eso!

—Yo. Yo la hago, mamá. No aguanto groserías, y burlas encima, para mi novio.

—En fin, habla con tu padre.

—Ya lo hice. Pero el huacho ése tiene aquí todos los privilegios.

—¿Huacho? ¿Qué palabra es ésa? Basta. Y cálmate. ¿Qué dijo tu padre?

—Nos quedó mirando, a Demetrio y a mí, primero mudo, como cuando acumula rabia. Después, con los ojos como agazapados debajo de las cejas, que parecía que iban a saltarnos encima, se dirigió a Demetrio: «¿Y qué hizo usted?» «Yo, señor —explicó el pobre—, por prudencia, me retiré con Muñeca». «Pero volverá solo, supongo. Si no le pegó entonces, debe volver a buscarlo», fue la respuesta de mi papá. ¡Imagínese!

—¡Válgame el cielo! Claro que Demetrio evitará camorras.

—Así me parece.

—Pues la tienen ustedes perdidas con tu padre.

—¡Cómo!

Entra don José Pedro en ese instante, cual si hubiera estado escuchando la vociferación de Rosita, y al verla con las pupilas, extraviadas aún, le inquiere irónico:

—¿Y tu futre? ¿Habrá ido a su desafío?

—No se burle, papá. No diga eso, por María Santísima.

—¡Ah! No ha ido. Pues entonces, criatura, bien estuvo Antuco.

—Usted debía...

—Yo estoy siempre del lado de los hombres. Hay que saber pegar en el momento preciso —corta el caballero.

Y se marcha.

Sola con su madre, sigue Rosita porfiando:

—Intolerable ya. Este barrabás se maneja como le da la gana. A nadie respeta. Mi papá se lo encuentra todo bien, y hasta gracioso. ¡Adónde vamos a parar!

—Bueno, bueno. Cálmate.

—Por eso la gente murmura, por eso lo corren con más derechos que nosotras...

—Calla, niña, calla.

—No callo, mamá. ¡Hasta cuándo! Es un huacho alzado, que no aprende a situarse dentro de su condición, como se comportan otros. ¡Huacho, bastardo, chino!

—¡Cierra la boca, te digo! No te quiero volver a oír esas palabras para con tu hermano. Es de tu sangre.

—A medias, con sangre sucia, seguro.

—¡No!

—¡Miren que no!

—¡No! Hijo legítimo y, por vientre y lomo, lleva en las venas tu misma sangre. Óyelo bien. Y te muerdes la lengua o pierdo la paciencia y cometo la barbaridad que no quiero, no debo cometer.

Desconcertada, la niña guarda silencio entonces. Pero la disputa queda latiendo. Ha puesto a misia Marisabel fuera de sí.

—Sal —dice a Rosita.

Ella coge su carta y sale también. Echa llave a la despensa y se dirige a su dormitorio.

Muñeca deja que los pasos la lleven, sin rumbo. Por su mente, veloces, vertiginosos, desfilan recuerdos, escenas, comentarios. Tienen que ser fundadas las murmuraciones; tiene que ser huacho, Antuco. Ese cuento sobre la tía Chepita está plagado de mentiras, de datos que no calzan. Todo allí se contradice. ¡Pero qué amor hay para él! Y cómo lo imponen, al intruso. Aquella vez, hace años, cuando Chepita, la chica, que con la vivacidad de su madre ha heredado ese orgullo duro de Valverde, tuvo aquel incidente con Antuco y pronunció también la palabra huacho, el caballero le dio un revés en la boca. Y pudo terminar mal, aquel conflicto, si no toma después un sesgo cómico. Porque al preguntar en su alegato el viejo quién, si no Antuco, le sucedería como hacendado y jinete famoso, Chepita le había respondido con énfasis: «Yo». Con lo que rodó hacia la broma todo. Halagado ante rasgo de tanto carácter, más por convencer a la chiquilla que por castigarla probablemente, o quizá sólo por una de las diabólicas ocurrencias de su buen humor, la montó sobre un caballo muy brioso y la sometió a diversas pruebas. ¡Pobre Chepita! ¡En qué apuros se vio! Pero de todo salió airosa, incluso de aquella carrera desenfadada. El puntillo de familia se impuso entonces a los desagradados y todo fue plácemes y aplaudir. Pues bien, eso mismo, ¿qué significado encierra?, se pregunta Muñeca hoy. Y misia Marisabel, por su parte, ¿no parece derretirse de ternura y chochera contemplando a veces al muchacho? Explican algunos que se recrea en él como en la imagen rediviva de su José Pedro en la mocedad. No sería raro: tan enamorada todavía... Porque, la verdad, ese demonio de Antuco fluye la misma seductora simpatía del viejo. Cuando llega del campo, se desmonta, cuelga en la vara las riendas, se descalza en el corredor las espuelas y entra en el salón por fin; la señora debe de ver una reaparición de su galán de los años románticos. Sí, el muy tunante de Antuco es buenmozo. Imposible negarlo. Y como don José Pedro, intrépido además y lleno de fe ante cualquiera de sus lances. Posee, sin duda, ese algo de triunfo anticipado que se palpa en la atmósfera de los seres con buena estrella. Por último, cultiva los mismos gustos del caballero; para vestir, para cortarse el pelo... Son idénticas sus pupilas verdiazules, con algo de cruel y de acariciador, de infantil y de audaz. Emanan su persona un no sé qué sojuzgador. Desgraciadamente, rabioso y violento como su padre también es... ¡En fin, en fin! Pero en cuanto a nacimiento, hijo natural. ¿Quién lo dudaría?...

Aquella noche, al dar la hora de acostarse, don José Pedro llamó a sus dos hijas.

—Su madre quiere hablarles. En su pieza las espera —les dijo. Y fumando, bajó al parque. Las hijas lo vieron perderse por entre la sombra densa. Tan oscura estaba la noche, que todo tenía el color de las araucarias...

Las dos acudieron al cuarto de su madre.

—Siéntense. Quiero verlas muy serenas en este momento —empezó la señora—. ¿Se ha tranquilizado ya Demetrio? Por lo que observé durante la comida, todo malentendido pasó. Bien. Ahora; juntas, lean esta carta. Juntas y en silencio.

Les alargó el pliego recibido de su capellán y confesor, volvió a descansar las manos sobre la falda, y aguardó suspirante.

Allegadas las cabezas y llenas de ansia, Chepita y Rosa pusiéronse a leer.

Cuando la señora calculó que llegaban a determinado punto, las detuvo:

—Este párrafo, hijas, prefiero que lo lean en alta voz.

Decía:

«... y pecado hubo, con el santo sacramento del matrimonio quedó redimido. Por el mismo sacramento, legítimo resulta el niño José Antonio. Amén de que usted, mi señora doña Marisabel, aunque ya no lo recordase, había recibido del Cielo la providencial inspiración de pedir, cuando en la Parroquia de San Isidro se bautizó a la criatura, que se pusiera en la partida “hijo legítimo de José Pedro Valverde y de María Isabel Lazúrtegui”...»

Ahogó aquí el llanto la voz de las niñas. Largo rato lloraron en seguida unidas las tres mujeres.

No hubo comentario alguno. Sólo al separarse, misia Marisabel quiso advertir:

—Esto, hijas, constituye un secreto que no ha de salir de nosotros. Si Dios, en su clemencia infinita, nos redime por medio de sus santos sacramentos, la sociedad no perdona jamás. Esos jóvenes, por lo tanto, hasta que se hayan casado y hayamos muerto José Pedro y yo tal vez, deben ignorarlo también. Tampoco él, Antuco, lo sospecha todavía. Su padre se lo explicará en el momento debido. Entretanto, a quererse y respetarse, que de otro modo no se podrá sentir esta madre perdonada por ustedes, a quienes Dios preserve de igual caída.

Últimas evocaciones

Águila vieja

Iba solo en su potro, don José Pedro. Solo por el camino solitario. Pasaba horas de abatimiento. Transitorias, excepcionales para él; pero tenía corazón y las pasaba. Días antes había muerto don Joaquín, muy viejecito; él había quedado triste, irremediablemente. Y como para entibiar una tristeza nada vale tanto como encenderla de pensamientos ordenados, de los cuales fluyen las conclusiones que armonizan en paz el sentir con la experiencia, y puesto que a caballo era como él mejor quiso montar esa mañana y andar, andar, con su emoción, a solas por un solitario camino.

Buen Valverde, jamás fuera de los que al dolor se doblan. Pero algunas pérdidas, en la vejez, cargan el corazón de repente con peso mal llevadero. Y así —camina, medita y concluye— vino a reconocer don José Pedro en tales instantes, excedidos ya los setenta, que de los males que la vejez trae consigo el peor es la soledad. No la material y exterior; esa otra en que al envejecido deja la muerte de todos sus mayores. Descúbrese que la vida tuvo hasta entonces una mitad presente hacia el futuro y hacia el pasado la otra mitad, y que cuando los mayores mueren, y eran ellos los últimos con quienes se contaba, el hombre más duro suele sentirse de súbito como desamparado. Pueden seguir acompañando a ese hombre la esposa, muy amante, y muy amada, y los hijos y aun los nietos en quienes la sangre reflorece; pero no basta; hay un desolado llorar de raíces amputadas, y éste, aunque fuerte sea el espíritu, parece suspender en el vacío medio corazón.

Una sensación de soledad deprimía, pues, a don José Pedro por aquellos días. Muerto su padre, muerto el cura, resultaba don Joaco, aunque simple amigo ser el último de sus mayores. Venía el caballero a comprenderlo ahora, y cuando ya él a su vez reconocíase viejo. Vivía misia Marisabel más a su lado que antes, desde que se casaron las niñas y con sus maridos, meritísimos empleados de Relaciones Exteriores que se habían colocado en la diplomacia, residían en Europa. Tenía nietos, chicos que desde allá solían garrapatear cartitas al «querido tata»; pero se acompañaba él con su vieja Marisabel apenas. Antuco salió andariego. Enamorado de la cordillera, se ausentaba por largos meses y a menudo. Allá cifraba propias esperanzas, emprendía negocios. Descubría el muchacho cierto afán de crear fundos él también. Valverde al fin, y ya partía en pos de ganados argentinos, ya exploraba serranías y urdía compras de campos embrollados o sin dueño legal. En suma, ya de setenta y dos años, don José Pedro volvía a encontrar casi tan a solas como a los veinticinco. Se habían deslizado los últimos tiempos entre menesteres de los que no alzan hitos en la historia. Máquinas para el fundo, ferrocarril que prolonga el Fisco hasta el mar y que favorece a La Huerta con paradero propio, matrimonios desabridos de las hijas, nietecillos que nacen en el extranjero... ¿Qué más?... Envejecer. Eso sí. ¡Ah, el deslizarse de los años por la cuesta que baja la madurez a la ancianidad!

«¡Qué hacerle! ¡Qué hacerle, pues!» decía una tonada. Y el viejo repetíase aquel estribillo al ritmo de los trancos de su caballo esa mañana. «Porque, al fin y al cabo, todo en la vida sucede como debe suceder», concluyó.

La muerte de don Joaquín se produjo conforme con la existencia del buen huaso. Acaeció dentro de una tonalidad serena y hasta con sus puntillos risueños. Sin drama, sin fúnebres tribulaciones; sencilla, casi amena. En ello estuvo cabalmente lo conmovedor, y lo fértil. Quiso expirar don Joaco entre don Eliecer, ya como él anciano, y su «patrón don Pepe», y los llamó antes de su agonía. Porque había testado ante notario, dejando sus bienes por iguales partes, «a su compadre inseparable y al gran caballero que le supiera comprender, aceptar por amigo y encariñarlo».

—No es mucho lo que conmigo deja el rico —les dijo al entregarles copia del testamento—. Salvo algunos pesos para sepultura y misas y para dos o tres legados a mis yegüerizos, apenas esta casa y ciento y tantas yeguas. Todo para ustedes. Sí, sí, sé que no lo necesitan. No importa. Desde que el mundo es mundo se mea siempre la bestia donde no hace falta humedad.

De modo que así, con final de adagio y chascarrillo, supo despedirse aquel criollo refranero y chistoso.

Luego, si tuvo ratos de precomatoso trastorno, en otros habló entre delirante y lúcido.

A medida que andaba, en los tímpanos de don José Pedro repetíanse las frases pintorescas de aquellos monólogos:

—Claro que como trabajé para el rico, para él dejo lo ganado Siempre los que me han oído mentar al rico se han reído. «Es él mismo», se cuchicheaban. No. Yo era rico mientras tanto no más. Y usted, patrón, y usted, compadre, también mientras tanto. El rico no es una persona. No muere; sigue. Y así ha de ser. Hay que distinguir.

Y en otro momento excitado:

—Se piensan algunos que ha de guardar uno para dejarles a los pobres. ¡Buena cosa! Lo dispersaríamos todo, malbaratado a migajitas. ¡Y adiós riqueza que necesita el mundo! Los infelices pobres... ¡uy! Todo este mundo de los hombres viene a resultar, señor, como un animal completo que tuviera cabeza, y patas, y cola, y lo necesario. Hablan mucho esos que gritan por los choclones políticos, y también otros que remedan a los santos. ¡Pamplinas! Como si al animal le fuésemos a poner la cola por cabeza. Ya veo a la bestia con la cola pará por delante y la cabeza a la rastra.

Revuelto y confuso, aquel afiebrado divagar de moribundo descubría empero toda la línea de una vida y un irónico realismo.

Hasta mediodía no estuvo don José Pedro de regreso.

Al visitar las casas, divisó a su Marisabel aguardándolo en el jardín. La visión le apretó de ternura el pecho. Al sol, aquella cabeza era ya una concha de nácar. ¡Qué vieja estaba! Sin embargo, él seguía siendo su mayor. Ella, como una menor, tenía aún. Así es, se repitió precisando; a los mayores los tenemos, contamos con ellos. La mujer, los hijos, ellos nos tienen.

—Por eso —articuló al fin en alta voz— ¡a ser fuerte! ¡Siempre, rabiosamente fuerte, Caballo Pájaro!

Y ardió de nuevo la energía en sus entrañas. La depresión de la tristeza sólo

habíale durado algunas horas.

—¿De, dónde sales tú? No recuerdo haberte visto —gruñe don José Pedro con el vozarrón que algo le cascan ya los años.

Y es que, al detenerse para tomar un respiro en su marcha por el callejón, ha descubierto, seis pasos a su derecha, un ser desconocido e hirsuto que lo mira. Le ha venido a la zaga, sin que lo advirtiera, y ahora también ha hecho alto.

—Debes de haber sido valiente, hasta feroz, apostaría —agrega el caballero—. Ya sólo resultas cómico.

Escrutaba luego esas pupilas que se cobijan entre la pelambreira. Los perros que nos siguen tienen siempre los ojos dulces. El cariño de sus miradas es temeroso e implorante.

De manera que termina don José Pedro por soltar unos borbotones de risa, que le humedecen y le nublan un poco la vista, y por acoger, cariñoso a su vez, al improvisado compañero.

—Sí; no pareces mal sujeto. Bien. Vamos juntos. Conque... andando, a pie los dos... ¿Ah?

Conforme le hablan, va el perro soslayando unas cabezadas, soltando con ellas cierta especie de estornudos que significarían gracias o afabilidades. Mueve ya confiado el rabo y, a las voces o rezongos del señor, concluye por tomar la delantera.

El caballero camina y observa su animal. Es un perrazo viejo, estrafalario, de hombros flacos que se le juntan en la cruz, con lanas de varios colores entreverados, encanecidos más bien, y vago, seguramente allegado a cualquier ruca hoy, al primer caminante mañana. En fin, piensa don José Pedro, como los hombres de la comarca entera, por afecto, por temor o por hábito de acatamiento y reverencia, también los perros me reconocen patrón.

Y así, halagado su amor propio, continúa esa mañana entre las dos filas de gigantes eucaliptos. Sus plantas huellan la greda parda y apretada, donde las hojas caídas péganse como corvos cuchillos chilenos.

A tal hora, rayando el mediodía, pasa el tren de Santiago hacia el puerto, y en el paradero le deja los diarios y el correo. Ya envejecido y algo perezoso para las muchas faenas agrícolas de antaño, gústale ahora estos cotidianos paseos a pie, al encuentro de las noticias del mundo, de las cartas en que nietos le ponen posdatas, del incansable Antuco que tanto anuncia regresos de repente. Suelta con ello además las piernas y conversa de rancho en rancho. Conversa porque a medida que remonta la edad le nace mayor apego a sus rústicos. Le divierten y los admira: poseen esa gracia compuesta de ingenuidad y malicia que sólo por excepción milagrosa el arte criollo consigue reproducir.

Pero ese día, de improviso, el acompañante, hasta entonces tan lerdo y senecto, yergue la cola y parte veloz hacia la ruca de ño Ramitos. Bajo la higuera que sombrea la vivienda, cuelga la mancha roja de una res recién carneada.

Acude también a prisa el caballero. ¿Qué puede haber ocurrido? ¿Algún buey

quebrado acaso?...

Ramón Ramos, alias Ramito, es uno de los peones de La Huerta que más recrean a su señor.

Pequeño y peludo, montaraz, algo contrahecho, todo él renegrado y de indecisa edad, más que ser humano semeja alimaña. Tiene algo de gallinácea y más de caprino, de chivo salvaje y negro. Sus barbas, de cerdas ralas poco crecidas, entenebrecen más las gredas ahumadas de su máscara inmóvil. De los pantalones a media pierna le bajan a las ojotas unas extremidades de caprípedo, y las manos flacas y pellejudas recuerdan las patas de un pavo.

No da Ramitos ejemplo de la gracia campesina, de aquella mixtura de ingenuidad y malicia; pero sóbrale uno de sus elementos, el ingenuo, para regocijar a don José Pedro más que un ingenio agudo.

Desde luego, jamás óyesele ocurrencia o mero pensamiento propio. Limitase a repetir cuanto le dicen, variando a lo sumo el tono. Ya se le suponga expresar duda, ya el objeto de asentir, o para negar humildemente.

—¡Ajá! Sembraste cebada en tu cerco, Ramitos.

—Sembré cebada en mi cerco, patrón.

—Pero amarillona la veo.

—Así es, patrón. Amarillona.

—Le faltará riego.

Vacila unos segundos, se rasca la pelambreira de la cabeza, o la del pecho cabruno, y repite:

—¡Hem! Le faltará riego.

Pero don José Pedro, que ha escarbado entretanto con el pie la tierra y la descubre húmeda, se corrige:

—No, mira, no está seco el suelo. Puede que tenga demasiada agua. Por agua de más también amarillea la cebada.

—También amarillea, patrón, por agua de más la cebada.

Y si en otra oportunidad se ofrece pronosticar el tiempo, vuelve a reaccionar apenas como un eco el paupérrimo cerebro de Ramitos.

—Este invierno promete ser llovedor.

—Llovedor, patrón, promete ser este invierno.

—Se ve mucha chicharra en el monte. Y es la señal.

—La señal es. Hay porción de chicharra en el monte.

Exasperaría Ramitos a cualquiera. Pero a don José Pedro le hace tanta gracia, que más bien juega con sus preguntas al acertijo, y se despide triunfante cuando el eco funciona sin la menor falla.

Pues bien, alguna vez debía Ramitos decir algo por su cuenta, dar alguna respuesta propia.

Y el fenómeno se produce aquella mañana.

—¿Qué ha pasado, Ramos? —pregunta el caballero, tan pronto llega delante del

animal desollado bajo la higuera.

—El burro, patrón.

—¿Tu burro?

—El mismo, patrón.

—¿Y qué fue...?

—Me lo descoló el tren.

—¡Cómo!

—Se dentró a la línea, vino la máquina chica, la que anda trajinando de acá p' allá, le pegó un topón y lo descoló.

—¿Quedó vivo?

—Sí, patrón.

—Entonces... tendría remedio, quizá. Eso de precipitarse y matarlo...

—No, patrón. Yo tiré a hacerlo andar, pero el culo no lo acompañaba.

Nunca olvidará don José Pedro esta escena, única en que Ramón Ramos, Ramitos, se ha revelado al fin capaz de dialogar con recursos de criterio y palabra personales.

«Este niño quiere mucho a su padre, pero le tiembla», se dijo misia Marisabel en conclusión, después de haber conversado mucho y repetido con Antuco durante aquellos días.

El «niño» era ya todo un hombre, por cierto, un hombronazo, aunque para las ternuras maternas se revistiera siempre de infancia. Tres semanas había pasado en La Huerta, y acaba de partir a la cordillera otra vez.

—Ya estará helando por esas serranías, hijo. Quédate aquí ya para el invierno — le pidió la señora.

Pero él adujo que cabalmente, a causa de los ganados, que con las primeras escarchillas exigían traslado a posturas de internada, su presencia resultaba por allá más precisa en otoño. Y, si bien bajo promesa de volver por junio, se marchó.

Pronto hubo de suponer misia Marisabel muy simple aquella su conclusión sobre la psicología del joven y quiso meditar mejor el asunto. Porque varia y compleja veniale pareciendo la entraña de los diálogos sostenidos con Antuco a lo largo de su última visita.

De modo que, como siempre que deseaba esclarecer emociones y presentimientos, se dirigió al pequeño bosque de pinos fronterizo a la casa.

Amaba la dama ese pinar. Y además, sus rumores suavísimos, como seres de misterio que de la sombra viniesen a ella, estimulábanle la mente. Eran como pensamientos ellos mismos, que llamaran y reunieran a los de la señora. En el centro había un espacio umbrío, sin vegetación menor. Allí los rayos del sol jamás llegaban; apenas una luz difusa. Sobre un colchón de agujas desprendidas de los pinos apagábanse los pasos, y una olvidada tinaja se recostaba sobre su panza. Dentro metía ella las piñas que al andar tropezaba por el suelo, en acto maquinal de hacendosidad.

Misia Marisabel tomó, pues, asiento en su habitual escaño de tronquillos y dióse a

devanar y retejer sospechas.

¿Temía y nada más Antuco a don José Pedro? Más bien le asustaba la idea de reñir con él. Los caracteres de ambos, tan semejantes, prometían para cualquier choque demasiada violencia. De aquí que apareciera de cuando en cuando, henchido de cariño y efusión, a ver, admirar a su viejo y ufanarse de él, a estrechar a su madre con ternezas de infante, pero que también se fuera luego. No sólo por tener empresas que lo llamaran se iba. Verdad que se rumoreaban ciertos amores. ¡Ah, Valverde, Valverde! Algo más se presentía, más hondo y complicado. Y triste. Ciertos atisbos de la señora, fundados en diversos síntomas elocuentes, sugerían un resentimiento social que por razones de altivez lo alejaría del hogar paterno. Por sentimental mandato de arrepentida, y también por enfermiza inclinación a crearse motivos de dolor, había creído ella en la necesidad de revelarle su secreto, y el muchacho, de seguro, había sufrido tras las iniciales alegrías. Orgullosa como su padre, su soberbia no podía tolerar que por prejuicios de una sociedad pacata, injusta, despiadada, y cobarde, el hijo de padres ya casados tuviera que ocultar, como personificación de la vergüenza, o disimularse a lo menos. ¿De modo que su presencia constituía para su madre constante acusación de pecado bochornoso? Él quería mucho a sus progenitores, pero debía serle duro a cada rato vivir con ellos. Tenía que impedirselo su vanidad de Valverde. Sí, misia Marisabel lo había observado: toda vez que de parte de «personas de sociedad» se producían esas afabilidades, superfluas, afectadas, que involucran un «Yo sé, no obstante perdono; mira cuán amplio y bueno soy», el mozo ardía y seguramente sentía ímpetus de patear. Ella lo comprendía. «¡Y con cuánta razón rabia el muchacho, Dios mío!» suspiraba.

Suspirar a solas, por lo demás, se le había hecho con la vejez costumbre y dulce placer.

No la preocupaba sólo esto, sin embargo. Apenas lograda su cuenta cabal sobre la cruel situación de Antuco, le cogió el sufriente corazón una novedad surgida días antes: doña Carmela, que desde años atrás residiera en Santiago, demasiado vieja ya para moverse de su poltrona, había muerto. Don José Pedro asistió de luto riguroso al sepelio, y con visos de serio pesar. ¡Conformidad! Ella no había dejado traslucir la tortura de celos que aquello le produjera. Mas he aquí que horas atrás llegara carta del albacea de aquella octogenaria, misiva en la cual comunicábase que la viuda de Burgos había legado a don José Pedro, «cuya compañía fuérale inolvidable» —así rezaría la cláusula testamentaria—, el potrero de La Mielería denominado El Infiel, y con encargo expreso de que se le llamara El Fiel en adelante.

Esto tuvo que removerle antiguos dolores. Removérselos y exacerbárselos, pues su imaginación de celosa le dictaba intencionadas y hasta diabólicas interpretaciones sobre aquella «fidelidad» que simbolizaría en su nuevo nombre aquel terreno. Don José Pedro, él sí, por supuesto, estaba contentísimo. ¡Ah, Señor, Señor! Proyectaba él plantar allí una viña nueva, que ya envejecía la otra.

Pero cuando aún no trazaba sus planes bien, al caballero se le había presentado cierto inspector de impuestos, quien investido de la severidad de la ley, venía para sellar el alambique y la vasija del aguardiente.

Don José Pedro se negó, desde luego, a obedecer el precepto legal. Desconocía este nuevo disparate de los legisladores, de «los eternos inconscientes enemigos de la producción». Entre agresivo y sarcástico, dijo al funcionario que mandaba él y sólo él en su fundo. Era dueño y señor de sus tierras y de cuanto en ellas poseía. Por último, su heredad era inviolable. La ceguera de su cólera, bien lo vio la señora, lo tuvo lívido en ese momento, con la diestra sobre sus cadenas, cual si la posara encima del legendario derecho de asilo materializado allí en hierro. Sin la menor cortesía para con el inspector, volvió en seguida la espalda.

Aquel hombre se retiró molesto.

El caballero andaba de humor insoportable desde tal escena.

La pobre señora tenía, pues, motivos para inquietarse y sufrir. Sólo que la sabia clemencia que conduce por la vida las almas había tocado a esta mujer, con su dedo de virtud: hábíale otorgado el placer de lo dramático. Así, sus penas, si no tantas ni tan intolerables, eran por ella misma primero agigantadas, hasta formas dolorosas, próximas a la tragedia, y saboreadas luego. Contemplando su desgracia, componiéndola como un artista compone su obra, asistía por fin misia Marisabel a sus dolores transida de goce. La vida solía reunir algunas crueldades para ella, sí; pero, aderezadas para ese teatro, ella las amaba y se amaba en ellas como heroína. No se hubiese cambiado por nadie, a no dudarle. Adoraba siempre a su marido. ¿Lo adoraba por culto y sumisión de romántica enamorada, por virtud y obediencia cristianas, por el hechizo de Don Juan, inextinguible? Sí, apuesto y seductor veíalo aún: si los años habíanle velado el brío juvenil, le habían compensado con majestad. Prestancia por prestancia. Pero... acaso le amara más por haberle traído este interés del sufrimiento con grandeza...

De fijo que su capellán y confesor, el mercedario, descubría en este fenómeno de su feligresa la mano de Dios. Siendo tan buena y humilde ante la Divina Voluntad, ¿por qué no recibía del Altísimo liberación de penas y torturas? Mejor sabía Él premiar: más que quitarlas, valía convertirlas en placer.

Traía don José Pedro de la capital una esperanza fingida. Tal fue la convicción de la señora cuando salió a recibirlo en el coche al paradero del tren. Ella sabía leer en aquel semblante.

—¿Hablaste con Felipe Toledo?

—Hablé, hija.

—¿Se hizo cargo de la demanda y todo?

—Naturalmente. Le di poder. También le firmé un escrito para los tribunales. Y cambia ese ánimo, nada temas.

—¿Y de casa? ¿Cómo anda eso?

—Todo normal. Antuco aloja cuando baja de la cordillera y siguen cuidando los

sirvientes.

Ya en el comedor, misia Marisabel cebó por manos propias el mate que a su marido gustábale sorber en llegando. Dentro de su mente bullían los conflictos en agitada mezcla: la mansión santiaguina, al arbitrio de la servidumbre; aquel «niño», suelto y sin regresar ahora que su padre podía necesitarlo; la tal inspección de alcoholes, convertida en amenaza... ¡Qué tiempos, estos modernos!

Observaba entretanto al caballero, con tino y disimulo. Sí, aquella tranquilidad era sólo comedia. En cada silencio se ponía ceñudo, y aunque charlase como quien se distrae, no tardaba en recaer sobre su tema:

—¡Hem! Tengo afilado el cacho; así es que si se me tiran encima, se ensartan.

—¿Qué piensa, en suma, Felipe?

—Dilatar. Ganar tiempo. Me reuní también con mis amigos de la Sociedad Nacional de Agricultura. En fin, ya veremos.

Había hecho ese viaje a Santiago porque, tras la visita de aquel inspector, y sin que mediase un mes llegó al fundo un receptor judicial a notificarlo. Debía facilitar el sellado del alambique y de la vasija de alcoholes destilados. Habíalo despedido él, por cierto de mala manera, y como se repitiesen los exabruptos una vez aún, el juez de San Antonio había concluido por citarlo para comparecer a estrados, bajo apercibimiento de prisión. Iracundo, rompió él entonces la cédula, en las narices del rábula, y partió a la capital.

Ahora, en virtud del poder extendido, comparecería Felipe. Y él, plantado en su soberanía, encogíase de hombros.

Mas aquel gesto era fingimiento y nada más para la señora. En realidad, dentro de don José Pedro se conjugaban ideas contradictorias. Sus consocios de la Nacional indujéronle al optimismo; los jurisconsultos, al respeto de la ley. Según los unos, con influencias todo se dejaría dormir y fenecer en el sueño; a juicio de los otros, no cabía excepción. Los amigos, empero, acaso lo alentaran por adulones: eran criadores de caballos chilenos; y como él había fundado en la Sociedad el registro para los equinos criollos y presidía su jurado, tales señores con miras a ganarle la voluntad para inscribir sus potros y sus yeguas entre lo fino, lógico resultaba que lo animasen y hasta le ofrecieran sus empeños. En cambio Toledo... El buen Felipe, abogado ya de nota, sólo habíale hablado de conjurar consecuencias, pero sin prometer medios cómo eludir para lo venidero la inspección de alcoholes.

Así pues, misia Marisabel estaba en lo cierto al estimar fingida la esperanza que su marido traía de Santiago.

Como que al rodar los días el aplomo se fue trocando irascibilidad. Terminó el hombre su vendimia ese otoño y, aun cuando cabizbajo y sin fe, dispuso lo menester para que se destilasen no sólo caldos, también orujos, con fines industriales. Cabalmente haría, pues, a su albedrío, lo que la ley exigía vigilar.

Entretanto, deambulaba nervioso, cejijunto. «Antes arranco la viña», le oyó mascullar misia Marisabel a raíz de la lectura de una carta enviada por Toledo. A las

preguntas de la señora, en esta ocasión como en las otras en que le traicionaran burbujas de sus monólogos interiores, él respondió sonriente y tranquilizador. Ella, no obstante, aquilataba síntomas. Aquel genio, aquel «geniazo», parecía ir templando todas sus cuerdas con acumulada ira.

En adelante misia Marisabel observaba sin cesar.

La tarde de un domingo, mientras el fundo descansa de faenas, el patrón ha citado a su viejo «pelotón bravo». Pascualote, Bruno, Cachafaz, aunque ya envejecidos, fuertes todavía, se agrupan con él. Los tres tienen hijos ahora, grandes y robustos como ellos antes, y los padres los han traído consigo. Por lo que se colige, les van a enseñar el manejo de las *pívoris*. Además, revisan la barra que se construyera cuanto ha, cuando se temieron salteos a La Huerta y se previó el evento de aherrojar presos.

—¿A qué tan tantos preparativos, hijo? —inquire la dama.

—Merodean por ahí algunos cuatrerros, vieja. No se alarme.

Sospecha la señora que don José Pedro siente una espada suspendida por ese asunto de los aguardientes. Pero ha de callar con prudencia. A diario le interpreta pasos y actitudes. Vive iracundo, por dentro de su aparente serenidad. Y a veces también por fuera. Todo ahora le irrita.

Una mañana, no bien le han ensillado la más joven de sus yeguas, el animal cae repentinamente muerto a sus pies. El alboroto que la sorpresa levanta se complica en seguida por mil ingenuos comentarios de los huasos. Porque abierta la bestia, en autopsia, nada particular acusan sus entrañas, y ello sugiere a los rústicos un evidente mal de ojo.

—¿Brujería?

—¡Brujería, está claro!

—El machi, él, él lo ha hecho.

—¿Cuál? ¿Venancito?

—No; ése no es sino curandero, el pobre. El indio que se aloja donde Toro, el abocador de la trilladora.

Don José Pedro nunca prestó mucho crédito a estos maleficios; mas tan incomodado vive, tanta violencia se le ha venido acumulando que, subconscientemente, se coge a la oportunidad de un desahogo.

—Pascualote.

—¿Patrón?

—Tráeme aquí ese machi. Y a Toro con él.

Hacia mediodía, Pascual conduce, como a dos reses, al hechicero y su huésped.

¡El machi! Se trata de un viejecillo infeliz. Lo ve llegar el patrón, que apronta la chicotera, y su cólera se derrumba en desengaño. Viene descolorido. Camina rápido, con esos pasitos muy menudos que sólo se articulan de las rodillas a los pies. Sobre tal mañoso mecanismo de la senectud, su busto se giba; le cuelgan largos los brazos encima del talón; bajo la chupalla, tiene amarrada la cabeza con un pañuelo carmesí muy sucio, del que asoman y penden junto a las orejas dos tufos de pelo indio,

sustitutos de patillas para el araucano lampiño. Color de polvo entre sus ropas color de polvo, tiembla en cuanto se halla delante del anciano patrón. Toro se contagia de temblores y livideces.

—¿Cómo te llamas?

—Huenchu, su mercé.

—¿A qué has venido al fundo?

El machi mira, indeciso a Toro, que responde por él:

—Yo lo recogí, patrón. No tenía dónde parar.

—Le has hecho daño a la yegua.

—¿Yo? No, su mercé. ¡Cómo se le ocurre, su mercé! —gime más que niega, el asustado.

—Por si acaso —decide don José Pedro, más bien riendo, y con más repugnancia que dureza— póngalo en la barra.

—A ver si confiesa.

Caminan todos hacia la bodega en que se halla el cepo, largo barrote con argollas empotrado en la pared.

Aherrojado por ambos tobillos, medio colgante sobre la greda del suelo, el vejete llora.

—Esas patillas, patrón —dice alguien—. ¿Se fija? Ehi tienen el poder éstos.

—Y cuando se la rapan —agrega otro mirón—, lo pierden al tiro.

—Se las cortamos, entonces. Pascual, tú.

En la rueda de curiosos que han invadido el bodegón, circulan secretos, reprimidas risas y murmullos de superstición.

De pronto callan todos, suspensos. Pascual ha cercenado los cerdudos tufos y ha corrido un escalofrío entre las almas.

—Aura hay que untarle aceite con ceniza en la raíz del pelo —sentencia un experto.

—Claro. Así, aunque le crezcan de nuevo los colgajos, la virtud le muere pa siempre al machi.

Don José Pedro, a cada minuto más incómodo, no quisiera ya mirar aquello. El cuadro le repugna. Encoleriza de veras ahora, de vergüenza. No sabe qué ácido intolerable le roe las entrañas. Si ese indio fuera mozo, lo azotaría. Pero... tan inerme...

Vuelve la espalda y, al oído de Pascual, ordena:

—Tenlo así una media hora, para escarmiento de todos, y lárgalo después.

En esto percibe que Toro el abocador protesta solapadamente. Le ha entendido decir «ricos de la gran perra».

Y, entonces sí, su iracundia se desata. La chicotera se descarga en golpe seco y retumbante sobre la boca del atrevido.

Pero a la vez el caballero reconoce a misia Marisabel en la puerta iluminada de la bodega, y en lugar de seguir castigando se reprime y sale al encuentro de su viejecita.

Se lleva dentro cólera y bochorno, algo que quiso estallar y persiste opreso. Opreso y opresor. Hay un fracaso en esto, y algo más que no le ofrece solución.

Afuera ya, rodea con el brazo los hombros de la señora.

—Vamos, Marisabel.

—Vamos, hijo. Tranquilícese.

Camina el anciano señor. Sin que su rostro se altere, dos lágrimas le ruedan sobre la barba, ya tan escarchada.

—¡Qué lamentable, hija!

—Calma, polvorita, calma.

Días después le advierten que Toro el abocador habla de irse de La Huerta.

—¿Se irá? —pregunta el caballero a Sebastián.

—Y si se va, luego vuelve.

—Así es el peón.

El viejo mayordomo baja la cabeza, se ladea el sombrero sobre la ceja izquierda y se tasca según su costumbre.

—¿Lo dudas?

—Al contrario. ¡Y cómo ha de ser, pues, patrón, el pobre! Pasto blanco. Lo pisotean, pero él se levanta, y a la tarde ya está fresco, creciendo pa que se lo coman.

No habla con intención, no. Es el antiguo campesino, que ha identificado al amo con el sol, la vida con los cambios del tiempo. De nublado a despejo, de siembra a cosecha, de trabajo a reposo. Regresará el abocador, si es que se aleja. En el campo, una sabiduría humilde crea un ánimo natural que la ciudad desconoce. Un vivir claro, cristiano y manso. Con esa claridad se asiste a misa, con ella se viven largos años y se muere. En paz, siempre, en la paz de las bienaventuranzas.

Así, en aquella inquietud sumergida pero que a todos, a cuál más, a cuál menos, algo se contagiaba, el año dio su vuelta completa.

Don José Pedro hacía esfuerzos para mostrarse distraído y seguro; aunque a menudo su cara, repentinamente torva, escondiéndose bajo el ala del ancho sombrero; aunque uno que otro inopinado estallido delatase su irascibilidad, y aun cuando tal cual vez alguna frase de su monólogo interior, que alguien por azar percibía siempre, sugiriese que para el caballero había cierta puerta sobre un abismo, que temiera de pronto ver abrirse a conflictos de mala consecuencia.

Como que una vez Antuco y misia Marisabel oyéronle decir:

—Nunca puede uno echar del todo al ente asustadizo que los viejos forman a uno dentro mientras es muy niño.

Si bien había luego añadido:

—Mejor, quizá. Porque se pone uno alerta y se precave con planes meditados a tiempo.

Con lo cual, si al pronto inquietaba, infundía fe después.

Lo cierto es que aquel año destiló también sus aguardientes a gusto y gana, dejando los cuidados a la diligencia de Felipe Toledo en tribunales, y cumplió los

afanes agrícolas de las cuatro estaciones.

Las faenas habíanse abreviado mucho, por lo demás. La trilladora reducía la duración de las cosechas, pues trigos, cebadas y porotos eran por la máquina desgranados y metidos dentro de los sacos en rápidas semanas; con la vía férrea en el fundo mismo, se aligeraban los transportes, puesto que lanas y productos de todas las recolecciones no iban ya en las lentas caravanas de carretas y mulas a Melipilla o al puerto; por último, la vendimia, ya que la dotación carretera sobraba y los peones disponían de mayor tiempo, se hacía más expedita. Y como Antuco venía en ayuda para esquilas, rodeos, siembras y barbechos, don José Pedro vivía con bastante alivio.

Pero los viajes del mozo a La Huerta no sólo le daban liviandad en el trabajo y el humor; con él cabía consultarse sin desmedro del amor propio. «Mucho acompaña el hombre al hombre, decía, sobre todo cuando ni acompañado ni acompañante se asustan por los problemas y las complicaciones de una estúpida ley de alcoholes.»

Solía, sí, Antuco, pedir demasiado dinero y acaso con excesiva frecuencia. Lo solicitaba, verdad, para sus inversiones cordilleranas, de futura riqueza; pero a don José Pedro le producían sobresaltos aquellos iniciales gastos. No obstante, tras de inquirir y justipreciar el costo de toda empresa en tiempos modernos, giraba siempre. A lo sumo, repetíale al muchacho la sentencia que a él en la juventud le había sujetado a tino: «No es cosa de quemar toda la leña en el mero desayuno». Luego abría la bolsa.

Y abríala de buen grado, porque lo guiaba otra intención aún: mejorar al hijo en vida y compensarle así las desventajas de su «pecado original». Todavía otra razón había: las visitas de Antuco le robustecían el optimismo. Su actitud joven, confiada y valiente, su extraordinaria dinámica frente a cualquier situación, hasta sus ademanes y su manera de hablar, encendiéndose y poniéndose de pie o dando grandes zancadas, le parecían su propia mocedad resurrecta; y entonces las noticias que de Toledo recibía, cada día peores, perdían toda virtud, alarmante, se quemaban cual simple hojarasca en la llama de la confianza impetuosa. Y se ponía de tan buen humor el caballero, que aun en horas de zozobras era frecuente oírle tararear y verlo sentarse a escribir largas y chistosas cartas a los nietos, a cuyo pie firmaba ya *Tata José Pedro*, ya *Caballo Pájaro*, con divertido semblante.

Misia Marisabel, a pesar de no tenerlas todas consigo, pasó ese año en relativo sosiego. A no ser por su prurito de llevar al drama todo asunto, las cuitas no habrían significado mucho para ella. Por las noches, cuando hacía buen tiempo, se paseaba un rato sola por el parque. Don José Pedro fumaba enfrente, en el corredor oscuro. Ella, desde antaño, tenía este goce de la noche antes de acostarse, rezago de idos romanticismos. Apenas concluían de comer, bajaba ella las gradas de la casa y se perdía por entre los árboles. A veces soplaba un poco helado el noroeste; pero ella sabía que aquello era cuestión de minutos. Un rumor en las copas, sostenido y bravío; luego, bruscamente, cesaba el viento y el parque entero quedaba quieto y mudo. Parecíale a la señora que algo iba entonces a sobrevenir. El misterioso mutismo de las

arboladas en noche inmóvil había puesto en su espíritu, desde niña, propensión a los temores de lo sobrenatural. Temblaba por esto su alma un fugaz instante, y luego, sosegada ya, sentíala ella como crecer, salirse del cuerpo, lenta, y expandirse confundiendo con el aire. Era un alma que entraba entonces entre los troncos y los matorrales, vagabunda y flotante. Poco a poco, este vibrar en armonía perfecta le daba la sensación de un contacto con el infinito. Y soñaba. Si no ya sueños propiamente como antaño, la vejez al menos repetíale una lejana y deliciosa emoción de la adolescencia.

Cuando Antuco estaba en el fundo, dirigíase la señora después a conversar con él un rato en maternal intimidad. Primero, desde la umbría, lo divisaba con su padre, paseándose por el corredor. Y sus ojos los seguían. Ellos, sin lugar a dudas, sabían que la señora, los acompañaba con la vista. Los dos puntos de fuego de sus cigarrillos iban y venían en la oscuridad, y las bocanadas de humo salían de bajo el alero y azuleaban en la noche hasta desmenuzarse.

Misia Marisabel esperaba que los hombres se despidiesen, y no bien don José Pedro recogíase a su cuarto, ella tornaba rumbo hacia el de su hijo.

Se hospedaba el muchacho, ya desde tiempo atrás, en un dormitorio del ala nueva de la casa, junto al salón. Se le quiso probar deferencia con aquel cuarto amueblado ex profeso, para él. Las habitaciones del caserón eran altas del techo, con la viguería descubierta en negruzco entrevero. A las del ala nueva, empero, habíaseles puesto cielorraso de tablas. Mas el entretecho así formado, antes que en comodidad y decencia, redundó en grave molestia: se pobló de ratones. En tropeles que corrían como manadas de ovejas, asustaban de repente con sus carreras de espanto. Porque también, con el oscurecer, introducíanse lechuzas cazadoras a librar batalla contra las ratas, que se imaginaban enormes y cerdudas. Por ello ni misia Marisabel ni su marido: habían querido mudarse a tales piezas. Preferían la tradicional de tejavana, aunque solieran algunas palomas hacer nido entre muros y vigas. Lejos de molestar, más bien favorecían con sus arrullos el sueño de la siesta, meciéndoles acaso en el recuerdo de sus infancias con ama y cuna.

Buscaba la señora confidencias y no mero placer de charla en la pieza de Antuco a tales horas. El «niño» había pasado de largo, y bastante, los treinta y, sin embargo, no se casaba.

—Ten cuidado, hijo, con los amoríos. No sabe un hombre cuándo ni cómo lo pesca una mujerzuela de tres al cuarto.

Antuco sonreía, y su sonrisa despejaba recelos.

Lo que acaso temiera más misia Marisabel se agazapaba en esa vieja historia con la hija de Cipriano Correa. Multimillonaria ya, tenía los cortejantes por docenas, y no obstante a todos volvíales la espalda. No había logrado la pobre olvidar a su galán de la madreSelva. Así, maduraba en soltería.

—¡Ya es uva de cuelga, entrando a pasa! —exclamó una noche Antuco.

Y ello tranquilizó a la señora.

—¡Jesús! —limitose a decir, conteniendo la risa.

—¿Por qué pone, mamita, esa cara tan sugestiva?

Era que habíanle traído en cierta ocasión el chisme de que Cipriano rabiaba de ver mustiarse a la hija empecinada.

—Me la fatalizó el tal Antuquito —habría jurado el viejo, agregando—: ¡Ese jote costino!

—¡Hubieras visto a tu padre! —advirtió la señora.

—Y oído.

—Así es. Visto y oído. Soltó primero una de sus carcajadas. Después comentó: «¡jote! Si cargara con el muerto ahora, claro que resultaría jote. Cuando la metía bajo la madre selva era otra cosa la criatura. Contéstenle de mi parte a ese imbécil de Cipriano que jote que sólo come carne fresca no es jote aunque le parezca».

Conversaban así, madre e hijo, antes de acostarse.

Hasta que llegaban al mozo fechas de urgencia y partía.

Había, en efecto, una puerta cerrada sobre un abismo, y esta puerta se abrió al cabo, conforme a las sospechas del caballero.

Cierto atardecer de otoño, dispuesto ya por Antuco su regreso a la cordillera y en vísperas de que don José Pedro repitiese las destilaciones como el año anterior, se presentó de nuevo el funcionario de alcoholes. Padre e hijo, montados en dos bayos idénticos, volvían de la viña y entraban a las casas por la tranquera del huerto, cuando les vino al encuentro, muy alarmado, el viejo Pascualote:

—El inspector, patrón. Aura se aparece con tinterillo y pacos. Muy guapazos, los diantres.

—¿Pacos, dijiste?

—Dos, patrón. De San Antonio.

El caballero se desmontó lentamente.

—¿Dónde están? —preguntó mientras entregaba las tiendas a Pascual.

—En la puerta grande, al lado de afuera, con los niños del pelotón...

—¡Ah! Ellos...

—Sí, listos, cumpliendo como su mercé quería.

El sirviente descalzó en silencio a sus amos las espuelas, juntó las bridas de ambos caballos en un solo puño y, tirando, caminó también detrás.

Habían tomado rumbo al portón. Pero a medio trayecto el caballero detuvo al muchacho:

—No vengas conmigo. Anda y acompaña tú a tu madre, que ya la figuro sufriendo presentimientos de tragedia.

En la portada con que se abría el patio de carretas a la trocha vecinal, estaban el funcionario de impuestos, un receptor y dos guardianes policía. Bruno, el cabo Bruno, veterano de la guerra y sin más prestancias ahora que las de su carácter vencedor de la vejez, y tres mocetones fornidos, carabinas al brazo los cuatro, guardaban la entrada.

El inspector saludó solemne. Era el mismo de siempre, aunque muy metido esta vez en gravedad.

—¡Hola! ¿De nuevo aquí, joven?

—De nuevo, señor. Sírvase leer.

Leyó don José Pedro el pliego que había temblado en la mano del empleado y resumió, irónico:

—¡Ajá! Una orden judicial en regla, y en cuyo cumplimiento debe don José Pedro Valverde Aldana facilitar al inspector de alcoholes la selladura del alambique y de la correspondiente vasija. «Lo que se cumplirá, pone por último el juez, ante ministro de fe y con el auxilio de la fuerza pública si fuere menester.»

—Yo —adelantó un vejete raído— soy el receptor...

—... de menor cuantía, sí. Así lo llama la orden. No se me afarole.

—Ministro de fe, señor.

—Cállese, hombre. Nada tiene que hablar usted. Viene a presenciar tan sólo. Por lo demás, será todo breve y rápido. Ya lo verá.

Y sin meditación previa, como acto muy de antemano decidido, invitó el caballero en seguida:

—Adelante conmigo, inspector. Pase usted también, señor ministro, y presencie la conclusión de este asunto que ya dura...

Se interrumpió ante cierto movimiento de los policías. Su diestra velluda, tendida y con la palma abierta, los contuvo:

—Alto. Ustedes no. Pacos no pisan mi casa. ¡No faltaba más!

En el acto los mozos del pelotón, como quien ejecuta previsión militar, se interpusieron entonces entre su señor y los polizontes. Y trémulos, el empleado de impuesto y su ministro de fe siguieron a don José Pedro.

Desde aquel momento se sintió ya vibrar la violencia en la atmósfera.

En cuanto se hallaron delante del alambique, sin que mediaran pausas, el patrón puso en práctica sus determinaciones:

—Pascual, el hacha. La grande, la de monte.

—¿Hacha? —murmuró extrañado el inspector, que sacaba ya de su maletín sellos, lacres y ligamentos.

Por toda respuesta, le clava la vista el caballero. Su mirada es terrible: fulgura, cambia, se aguza, se enfría, se reenciende. Cuando el hacha llega, la nariz del anciano se afila, blanca de cólera, y los ojos la llenan de reflejos. Diríase un hacha todo aquel perfil tajante. Todo fue ya cosa de momentos. De pronto, cogida la herramienta con ambos puños, se alza con los brazos formidables y cae, corta, insiste, golpea, derriba, muele, hace añicos serpentín, caldero, tinajas. Sin tregua ni respiro, se descarga una y otra vez. Minutos bastan para que la furia demasiado tiempo reprimida convierta en virutas de cobre, cascotes de greda y escombros, dentro de una nube de polvo y hollín, cuanto fuera fogón, vasija y alambique.

—¡Servidos! Cuenten a sus amos ahora que ya don José Pedro Valverde no destila

más y que pueden por lo tanto guardarse sus sellos y sus lacres donde... menos los incomoden.

Aún rugió la voz al mayordomo que acababa de asomar:

—Tú, mi viejo, en cuanto la gente se vaya desocupando, la irás poniendo a que arranquen la viña. Toda, hasta la última planta, y lo más pronto posible, ¿oyes?

—Sí, patrón.

—Y puesto que nada les queda por hacer a ustedes aquí, lacayos, sigan a mi llavero, que los dejará otra vez en la calle.

Mudos y sin aliento le retiraron los comisionados de gobierno y justicia.

Todo había sido, en realidad, breve y rápido.

Se había hecho un gran silencio en las casas.

Al salir de la bodega solo, hacia el patio interior, divisó don José Pedro la dulce figura de su Marisabel, allá, viejecita y blanca entre dos granados frondosos y enrojecidos de frutos. No supo cómo le resurgió entonces en la mente aquella lejana infancia en que de las granadas labraba él coronitas para la Virgen María. Está la señora con Antuco y ambos sonríen. Una ternura, en ola de paz que cubre y aquieta las emociones violentas, le invade entonces el pecho, le sube a la garganta y le pone a riesgo de sollozar.

Pero llegan de pronto voces a sus oídos. Son airadas y evidentemente se alzan en el portón de las carretas. Algo se ha suscitado allá. Por último, suena un disparo.

—No; tú, junto a ella, hijo —dice don José Pedro al mozo, que ha corrido a su lado—. ¿Cómo se te ocurre ahora dejarla?

Y acude solo.

Frente a la portada, en efecto, hay un tumulto. Se ha reunido mucha peonada. Vocifera el receptor en medio. Los polizontes, que al parecer han sido desarmados, forcejean, sujetos por los hombres del pelotón. Y como una rata, el empleado de alcoholes huye despavorido a su tálburi.

—¡A ver... ajo! ¿Qué insolencia es ésta?

La gritería se acalla como por ensalmo, y explica Bruno:

—La indiaa, patrón, que se les desató a los pacos éstos. De balde les dije que si no veidan las cadenas, que si no sabían que la casa suya no la puede atropellar ni la misma autoridad. Inútil. A la bulla de golpes que salía de la bodega, figurándose sabe Dios qué, quisieron meterse no más pa adentro. Ya se habían enrabiado cuando su mercé los trató de pacos. Y contimás que, aquí, los niños los paquearon también su poco... Total, patrón, que uno largó un tiro al aire y se armó la de paire y señor mío.

Avanzó, entonces, don José Pedro hasta los policías. Le ardía en el ceño toda la fiereza.

—¡Basta! ¡Largo de aquí!

—Es que...

—¡Largo de aquí o...!

—Es que las armas... —se atrevió a rezongar un polizonte.

—Claro. Sin las armas no nos vamos —lo secundó el otro.

—¿Con que no? Mejor. Métenlos adentro.

No se hicieron repetir la orden los muchachos. Agarraron a los furibundos y se los llevaron al bodegón de los castigos.

Entretanto, los dos civiles, ya retrepados en su tálburi, medían peligros, empuñaban riendas, hacían virar el coche y, azotando, emprendían galope hacia el paradero del ferrocarril.

De larga recordación serían aquellos sucesos en La Huerta y en la comarca toda. Cuando se perdieron de vista los fugitivos, don José Pedro mandó colgar a los polizontes en la barra. La policía, pues, fue puesta presa y en cepo.

Y hubo de permanecer allí hasta el día siguiente, en que se apersonó al rescate, muy respetuoso por cierto, un oficial.

Sabedoras del geniazo de aquel gran señor, las autoridades habían escogido un hombre prudente para desempeñar tal misión. Traía este oficial carta del gobernador, un correligionario del partido, que debía el cargo a su cacique don José Pedro Valverde.

Lo recibió el caballero en el salón, con todos los honores del señorío. Aun le sirvió una copas de aquel aguardiente que ya nunca destilaría, cambió con él ironías y bromas acerca de «legisladores y gobernantes a la moderna» y, tras de disponer que le fueran entregados sus «infelices», lo despidió con el más afectuoso de sus saludos para «su discreto y digno amigo el gobernador».

Misia Marisabel, que presidiera en la sala todas las finezas, tuvo mucho de qué reír después, a solas con su hijo, en análisis y recuento de arrebatos y bizarrías de aquel su «señor del trueno y de la galanura». Pero también, más que jamás antes de tales días, envolvió a su marido en las sedas de su cariño; porque no transcurrieron muchas semanas sin que la orden de arrancar la viña se pusiera en vigor.

Y porque junto con desaparecer aquellas parras con tanta ilusión y tanto amor plantadas, empezó don José Pedro real y efectivamente a envejecer.

Nada de cuanto hiciera en su larga brega creadora, nada, ni el haber perforado cerros para convertir los míseros secanos en regadíos, ni el limpiar de bandoleros la región, nada le había ufanado tanto como su viña. Si en algún momento voló su espíritu engreído hasta las vanidades y llegó a sentirse como con la frente laureada, ello fue mientras recorría esos viñedos. Arrancarlos, perderlos de improviso, tenía que amargar, hundirlo en exasperante amargura. Y todo por... ¿Por qué?

—Porque no has querido adaptarte a los tiempos —le objetaba Felipe.

Sí; Felipe Toledo, aunque como abogado lo defendiera con todas sus artes, en cuanto amigo lo acusaba de soberbio.

—¡Qué soberbia ni qué moledera, hombre! Los famosos tiempos modernos, ellos tienen dentro la locura. Y sus modernistas, que sin distingos dictan leyes contra el sentido de los hombres que hemos hecho de Chile un país. Esos políticos de hoy, envenenadores sociales por ambición egoísta, ellos, sobre todo ellos, tienen la culpa.

Cuando menos lo pensemos no se podrá trabajar. No hay gobierno, no hay autoridad, no hay moral pública. Todo es ganarse mañosamente a la chusma con teorías. ¡Si al menos fueran teóricos, estos tipos! ¡Bonita teoría la que pregonan! Bien lo dijo don Joaco al morir: «la bestia con la cola pará por delante y la cabeza a la rastra». Así estamos de absurdos hasta la tusa. Y aguante usted. Porque tampoco hay partidos de orden. Al mío, lo desconozco. Dice que «evoluciona». ¡Mentira! Se ensucia en los fundillos de miedo, desde que se viene dejando vencer. ¡Cobardes! mis correligionarios. No seré yo quien mueva un dedo por ellos en adelante. Que se vayan a la porra.

Y de sus vociferaciones, don José Pedro caía en acibarados desalientos. No podía soportar el nuevo siglo. Su ánimo alternaba los estallidos de cólera con momentos en los cuales una como cansada y hosca disposición a morir lo invadía. Su razón perdíase al no hallar asidero confortable, y tras de los reniegos volvíase a Dios. Era que además cierto miedo católico, al pensar en la muerte, levantábale pequeños pavores por antiguas y persistentes dudas acerca de algunos dogmas. Solía entonces, oscuramente angustiado, coger su rosario y ponerse a rezar, diciéndose que sólo hay una manera de tener fe: creyendo sin discurrir. Hasta enflaquecido estaba; se le habían cargado los hombros, perdía el apetito.

—¡Y ese dolor de cintura! —suspiraba misia Marisabel a solas.

Pero tampoco reconocía él ni falta de vigor, ni mala salud.

—¡No me mires así, chiquillo de miércoles! Me recuerdas cómo miraba yo a mi tío cuando empezó a arrastrar la pierna. Nadie tiene que compadecerme.

—Ya lo creo, papá.

En realidad, tanto la esposa como el hijo se alarmaban por el quebranto físico. El invierno, desde luego, le trajo aquella ciática —él seguía llamando dolor de cintura, a la antigua— que le impedía montar. Misia Marisabel, seis años menor, y mejor conservada ya que la Providencia le convirtiera en placer de sufrir todo penar, cambiaba opiniones con Antuco, y entre ambos convinieron al fin llevarlo a Santiago para que un buen médico lo examinara. Si bien resistiéndose al principio, cedió luego él, pues deseaba urgir a Toledo en aquel asunto pendiente con la jefatura de los alcoholes, aun sin término y amenazante de formalidades majaderas.

Allá un internista de fama no sólo habló de ciática y lumbagos, también de anemia y arteriosclerosis, y recetó píldoras y linimentos.

—Friegas, sí. Todo es fregar —acotaba él entre aburrido y chistoso.

Y tras de arreglar con Toledo que su proceso fuera trasladado al juez de Melipilla, en razón de hallarse una parte de La Huerta dentro del departamento de San Antonio y en el de Melipilla el resto, y sobre todo porque en este último él continuaba con su antiguo nombramiento de consejero de policía en vigencia, regresó al fundo.

Aquí llamose a Venancio, el curandero. Según él, este dolor de cintura se quitaría con un secreto de naturaleza. Consistía en aplicar las plantas de los pies, desnudas, contra el tronco de una higuera y en tajar alrededor de ellos el contorno en la corteza.

Cuando la herida cicatrizara en el árbol, desaparecería el dolor.

Mucho hizo reír y distrajo el tal remedio al caballero; pero se sometió a él. Entretúvole más el personaje, que además prometía devolver las fuerzas físicas perdidas.

Nombrábanlo Venancito, no por pequeño, que más que hombre resultaba gigantón, sino por ser hijo del «finado ño Venancio», meico también del inquilinaje. Había que distinguirlo con el diminutivo. Gordo, lampiño, con una carota más ancha que larga, una gran barriga y una voz de tonalidades reflexivas, Venancito, más que un curandero, era el creador de una teoría sobre la vida. A su ver y entender, Dios había imbuido en el mundo una determinada cantidad de fuerza vital, que necesaria y fatalmente se tenían que repartir los seres animados. Así, el suprimir la vida en muchas criaturas superfluas producía un sobrante que las demás absorbían, vivificándose, vigorizándose para triunfar sobre la enfermedad y la vejez, afianzando su existencia y aun prolongándola. Cuando a Venancito se le pedía, pues, la curación de un enfermo grave, comenzaba por exterminar todo bicho que hallase a su alcance, desde moscas, cucarachas y gusanos hasta ratones, pájaros, alimañas y sabandijas. Emprendía verdaderas cacerías. En relación con la fortuna y la credulidad del cliente, estas matanzas alcanzaban mayor o menor grado. No faltó, por cierto, quien diera muerte a corderos, bueyes resabiados, caballos mañeros y aun al propio perro, a trueque de tonificación para sí. Mientras más robusto el animal sacrificado, mayor fluido vital dejaba libre, naturalmente, para el sujeto en necesidad. A las matanzas industriales de ganados y demás actos en que se privase de vivir a los brutos, Venancito asistía de rigor. Daba 7 vueltas en torno al moribundo, masculla que masculla extraños conjuros, y al expirar la víctima, él aseguraba recoger la vitalidad escapada y transmitirla en virtud de su poder al enfermo. La teoría, simpáticamente, incluía los vegetales en sentido inverso: árboles, plantas y hierbas no consumían vida, la retenían para el ambiente, eran como depósitos de reserva y como acumuladores y focos de distribución. De ahí que residir en el campo fuese garantía de salud, fuerza y vigor.

Intrigado y risueño, burlón aunque por momentos inclinado a creer en las posibilidades de tal teoría, don José Pedro dejó a Venancito hacer. ¿Qué se perdía con ello?

Mientras resoldaba la corteza de la higuera y se veían los resultados de la tesis de Venancito; el caballero hubo sí de reducir sus actividades a ciertas inspecciones próximas, y ello a pie. Cuanto implicase rudeza quedó encomendado al muchacho.

Pero él madrugaba siempre. Oscuro todavía, misia Marisabel sentíalo inquieto en la cama.

—Ya enyugan —decía de pronto.

En efecto, tras de una de las ventanas que daba sobre un callejoncillo del corral, se oían los trancos pesados de algún buey sobre los barrotes. Se adivinaba el hocico vahante dentro del aire neblinoso del alba. Y no mucho después el caballero estaba

chapuzándose para salir.

Misia Marisabel y Antuco le servían a lo largo del día, supliéndolo el uno, acompañándolo ella con sus ojos cariñosos. Porque su andar se ha envarado, en pasos cuyos movimientos, de viejo equitador, parten de las caderas y lanzan las piernas delante, cual si aún estuviesen dentro de las altas botas huasas. ¡Qué diferentes de los pasos de cuando era mozo y andaba elásticamente, a flexiones de muslo, pierna y tobillo, y se le acusaba la musculatura bien ajustada sobre los huesos de coyunturas lubricadas de juventud! Ella compara los andares, mide y suspira.

Parte de la mañana pasábala el caballero en el amor de sus caballos, revisando pesebreras. Luego, del galpón de ordeña íbase a la quesería. En seguida, desde la puerta del parque, afirmado en sus cadenas, ve regresar de la lechería las vacas tardas, el toro solemne de narices rosadas y goteantes, los terneros trotadores. Muge de vez en vez una, para llamar al hijo rezagado, y su voz sale, nube azul, del hocico alzado a la horizontal del testuz. Si el recental no acude, dobla ella el pescuezo para mirar atrás y ronronea sobre su costillar panzudo. El capataz apura con un silbido largo y trémulo; el andar picado de su rosillo, arrea. Si una res detiene la marcha o se desvía, el caballejo parte al toque de las rodajas. Un pechazo, y la vaca vuelve al piño apresurada. Su gran barriga zangolotea y las tetas van azotando los ijares.

—¡Ohooo...! —repite el vaquero.

Hasta que han desfilado todos y resuenan como un adiós sus trotes encima del puente de tablones roncós. El patrón los ha visto y contado. Echó de menos la Cachimba y la Bandera. ¿Por qué? Con una lechadora conversa de ubres endurecidas y terneros grandes que señalan la merma en la leche de sus madres.

Así emplea la mañana don José Pedro.

Casi nunca sale al campo, a causa de aquella ciática; de modo que ve las ovejas tan sólo cuando las cambian de loma y las pasan delante de las casas ex profeso. Él siente desde lejos cuando se aproximan: sus tímpanos distinguen el enérgico redoble de cien mil pisotones que es la marcha de los lanares. Y si no las cuenta por lo presuroso del tropel, las calcula. A la oración, si hay faenas distantes y Antuco las ha dirigido solo, al menos vigila él la vuelta de las carretas. Los carreteros delante, al hombro la picana y muy derechos, guían; y siempre, sea porque llueva o porque mucho quemén los soles, bajo cada carreta camina un perro de lanas apelotonadas, a la sombra, más cómodo él que su gañán. Cuando hay que vender engordas, ahora va en tren a las ferias de Melipilla, con Antuco. Suelen visitar ambos al ya inválido compadre don Eliecer y atravesar las calles que conocieron a Pepito Valverde. Anda él ya doblado ahora; pero si alguna mujer asoma por puerta o ventana, en el acto se yergue airoso, se acomoda el chamanto al hombro, se atusa el mostacho y adquiere continente.

Así corren los meses.

Tras de las siestas, suele charlar con su vieja que cose o zurce junto a la ventana.

—Ese Toledo está viejo de veras. No ha sabido defenderme. Ya lo ves. Ahora se

dice por Melipilla que los impuestos quieren venir a comprobar si en realidad arranqué la viña, si tengo existencia de alcoholes destilados y qué sé yo qué más. Felipe decae. ¡Eh! ¡Pobre! también.

—No podrá él hacer nada.

—Nada, hija. Decae. Carece de ascendiente, además. No ha logrado sujetar a esa prensa demagógica que me insulta en cada ocasión.

—Y sin ocasión. ¡Ave María!

—Ni más ni menos. Me dicen señor feudal, tirano de horca y cuchillo. ¡Qué saben esos mocosos y babosos, de lo que Chile ha exigido de nosotros los que lo pusimos en orden! ¿Cómo habría yo arreado a los bandidos en otra forma? ¿Cómo habría creado en estas peonadas con tendencia al pillaje todas, hábitos de trabajo y honradez? Ahora debería yo poder hacer lo mismo con esos facinerosos de la administración pública.

—Pero a esa prensa le debes contestar.

—No, vieja. *Aquila non capit muscas*, decía mi tío. El águila no caza moscas.

Era el avance democrático de la legislación lo que a él lo exasperaba. El régimen y él habían ido en dirección divergente, como van siempre las generaciones extremas. Don José Pedro Valverde quisiera volverles a los tiempos la espalda.

—Si por lo menos a uno le dejaran en su fundo un retazo de su viejo Chile...

A misia Marisabel se le desliza entre intimidades el tiempo. Aparte de los viejos celos, que la persiguen en el recuerdo y recrudecen cada vez que divisa chinas o huachos, su vida es más bien mansa. Aun goza las sensaciones con su fina sensibilidad y su cariño a la existencia campesina. Ya cosiendo en el patio, ya disfrutando en paz las horas, atiende a cada ofrenda de las estaciones como a regalos de Dios. Si el invierno se anuncia, ella mira tras los cristales cómo se arquean los árboles, cómo sus follajes se peinan todos hacia el mismo lado con el viento. No siente desde su tibio salón el ruido; las ráfagas pasan, pasan, mudas, pero sin fin ni descanso. Una dulce tristeza —para ella todas las tristezas tienen dulzura— traen los primeros fríos. Otros días llueve a cielo desatado. Su marido, bajo el poncho, de pie dentro del hueco de la ventana, contempla incansable la llanura velada de gris. Durante los crepúsculos ella prefiere, por más recogido, el dormitorio. Allí le anochece. Llueve, llueve; mas al fin la lluvia para, se abre un desgarrón en el toldo de la noche y asoman las platas de la luna. Entonces en la estancia empiezan a resurgir los objetos que se habían borrado: el jarro y la palangana, blancos, y las toallas, y el espejo de cristal acuoso y reflejos arrugados, que también habla de charcas bajo el viento, y la vela en su palmatoria de cobre, y sobre todo aquel cuadro de San Jerónimo, en el cual cae también un tenue raudal de luz celeste desde un nublado tormentoso hasta la cara del santo en oración.

Se va marcando el calendario con novenas, cuaresmas y misas por los difuntos. Hasta que se reanima la primavera y madura el verano, y el aire de parques y jardines desde la mañana se hace almibarado y ardiente, como las flores que calientan sus

mieles al sol, y los perfumes se retardan en la atmósfera, y cacarean las gallinas y vienen las frutas, y no se sabe por momentos si aquella clueca es un duraznero lleno de duraznos amarillos entre el follaje, o si aquel duraznero es una clueca llena de pollitos entre las plumas.

A media tarde hay espectáculo doméstico. Laura, la ex llavera, ya viuda y valetudinaria, sorda, enlutada y seca, trajina sin cesar de patio a patio. Tiene manía de quejidos. Escúchanse constantes sus ayes suspirados. Cuando se dirige a la noria y saca el agua, cuando tira el grano a las palomas, cuando recoge un leño, cuando no hace nada y se acuclilla como mendicante al sol, se queja, exhala su ¡ay, Señor! de ánima en pena.

—¿Qué te duele, Laura?

—Nada, señora.

—Como te quejas tanto...

—Es que descansa mucho el cuerpo cuando una se queja.

Ella previene así dolores y fatigas, acopia bienestar de antemano.

Un día recibe don José Pedro una visita inesperada. Es el tonelero de Melipilla, aquel que tanto le divirtió siempre y cuya simpatía se manifestara con admiración fanática, aquel a quien apodaban *Ganas de mear* y cuyo timbre de orgullo consistía en «pegarle al perro».

Con su andar a rodillas juntas, origen del sobrenombre, se apareció en las casas un mediodía, minutos después de pasado el tren. Lo enviaba don Eliecer en misión confidencial. Porque al enterarse de noticias peligrosas para «el patrón don Pepito», había buscado al hombre más insospechable y más fiel para llevar su recado. Tratábase de avisarle que la fiscalización de impuestos volvería a molestar. Azuzada por la prensa y los caciques de izquierda y sabedora de que don José Pedro negábase a permitir que se le revisaran las bodegas para comprobar que no guardaba alcoholes y aun para establecer en forma oficial que viña ya no existía, recurrió esta vez a la gendarmería melipillana. No a la policía misma, sino a los llamados ya carabineros, cuerpo del que había un piquete allá desde que los gendarmes del sur constituyeran para los campos un regimiento paralelo a la institución policial.

Atendió el caballero a *Ganas de mear* y, aun cuando se alarmara con la nueva, quiso mostrarse altivo y siempre admirable para su admirador.

Se portó el tonelero de acuerdo con su carácter, pintoresco y entusiasta. Dentro del salón, extrañado y molesto ante las finuras con que le trataba misia Marisabel, escupió en el suelo, se aclaró ruidosamente la garganta y apagó las colillas sobre los mármoles de las consolas. Luego, a mitad del almuerzo, a pretexto de hallarse incómodo con la ropa dominguera, hizo de su chaqueta un lío y lo puso bajo la silla. Deliberadamente, de sonajera de mandíbulas a regüeldos, no dejó pequeña grosería por cometer. Y sus ojos saltábanse de asombro porque la señora, lejos de inmutarse, proseguía fina y afable.

Y era que oportuno, en un aparte, don José Pedro había ya prevenido a la dama:

—No te asustes. Incorre adrede en todas esas atrocidades. A todo esto lo llama también «pegarle al perro». Es uno de los tipos curiosos con que Dios quiere amenizar el mundo. Donde tú lo ves, pertenece a buena familia. Hijo de grandes personas, hermano de gentes decentísimas, él ha querido contradecir cuna y convenciones de urbanidad. Nació con espíritu de contradicción, ¡qué quieres! Y raya en lo estrafalario por «pegarle al perro». Hasta se casó con su lavandera. Se hizo tonelero en lugar de administrar las tierras que legó su padre, y comete inconveniencias por el puro gusto de ver escandalizarse a su familia. Pero en el fondo resulta un buen sujeto. «Le pega al perro», nada más.

—Será loco, hijo.

—Quizá. Un loco simpatiquísimo para mí.

Después de haber detallado sus noticias, *Ganas de mear* pareció desencantado. Aunque seguro de que don José Pedro «le pegaría al perro», él quería presenciar las reacciones coléricas. Quiso entonces acicatearlo. Hablole de cuánto lo quieren y admiran en toda la comarca por su estupendo carácter, de cómo ha indignado el saber que fuerzas del orden público, a él, veterano del 79, a quien todavía se le considera consejero de comisarías, por más que no quiera ejercer ya, se le pretenda vejar de buenas a primeras.

—Si hasta orden de prisión van a traer ésos, señor.

Don José Pedro, en silencio, se alejó a su ventana predilecta. Misia Marisabel llamó a un lado al tonelero.

—Como Antuco anda en la cordillera en estos momentos —le dijo— quiero pedirle a usted un favor: Vaya y búsquelo. Tendría que ir primero a Puente Alto; de allí, por tren, a un pueblecito que nombran Melocotón. Si no en el caserío mismo, por los alrededores lo encuentra. Entérello y exíjale que se venga en el acto.

Don José Pedro vuelve pálido de su ventana y sonrío. Resume cuanto le ha dicho el tonelero, mordiéndose la ira, y al término encarga:

—A don Eliecer, que muchas gracias. Con tanta o más razón se las doy a usted. Y el uno y el otro, si encuentra medio de hacerlo sin comprometerse, adviértales a esos mequetrefes que no vengan a meterse aquí, porque los recibiré a tiros.

—¡Ah! Pero juré recibirlos a tiros y a tiros los recibí —fueron las primeras palabras del caballero cuando lo bajaron mal herido del coche y lo condujeron a su dormitorio.

—Basta ya de bravezas, hijo. Empapado en sangre y...

—En el coche hay un charco.

—¡Ave María! Llamen a Venancito. Corran.

El curandero, anticipado, esperaba sólo venia para entrar.

—Sobre la cama, así. Pero no te muevas tanto, José Pedro.

—Lo hago para probar si... ¡Caballo Pájaro! Nada. En los huesos no tengo nada. ¡Grandísimos...!

—Bien. Quieto y sin rabiar ahora.

—¡Pedazos de...! Dicen que cuando el águila está vieja cualquier tiuque le caga la cabeza. ¡Sí, cómo no! ¡A mí!

Costó sosegarlo, pero al fin lo consiguieron. Venancito, con pericia, examinó, lavó, ligó la pierna, fuerte, por arriba y por abajo de la zona herida, y puso emplastos de perejil sobre ambas bocas sangrantes para estancar la hemorragia. Había penetrado el proyectil por un músculo delantero y, atravesando la pantorrilla, había salido por la corva.

Pero tan pronto como se halló acostado y con la pierna quieta, hizo venir el caballero a sus hombres. Quería pormenores. Como no pudo actuar él sino a distancia, debían referírsele todo. Desde que recibieron el aviso de lo fraguado por las vengativas autoridades de impuestos, él habíase prevenido. Ancha tranquera cerraba ya el callejón de La Huerta en su empalme con el camino público. Al término de la perspectiva delineada por las dos hileras de eucaliptos, divisábase, pues, desde muchos días atrás, aquella defensa de las tierras señoriales contra peligrosos accesos; y los veteranos del pelotón, ahora con sus hijos fornidos, por rigurosos turnos montaron allí guardia.

—Si me buscan —había dispuesto el patrón— que den su recado; porque sin mi permiso nadie pasa. Y si llegan a forzar la entrada, una vez en terreno mío, bala con ellos. ¿Entienden? Primero déjenlos faltar, violar la propiedad privada.

Y habíase cumplido suposición y consigna; pues esa mañana, cuando se presentaron nuevo inspector y nuevo ministro de fe con tres carabineros, hubo gresca.

—La cosa se nos encrespó al tiro, patrón. Venían con la lección aprendida. A las primeras palabras echaron abajo las tranqueras, y, dar y dar culatazos, se metieron no más. Ehi fue la grande. Su mercé lo vido.

No era preciso explicar más, en realidad. A misia Marisabel, sin embargo, quiso el caballero exponerle lo sucedido. Mientras vigilaba él un ajuste de llantas frente a la fragua, una bala rasgó el aire con largo maullido. Primer indicio. Luego el oído alerta percibió las detonaciones distantes. Sin más que un iracundo ¡*Caballo Pájaro!*, más que articulado mordido, se fue a su bestia, siempre lista en la vara, y apretó cinchas, montó y tendió el trote hacia el callejón. En seguida tuvo a la vista la refriega. Un carabinero y uno de los muchachos, anudados como perros en lucha, se revolcaban ya por el suelo. Tendidos hacían fuego los otros dos gendarmes, y los veteranos del pelotón aprovechaban su puntería parapetados tras los eucaliptos. Las balas de ambos bandos partían de humillos, pardos, de polvo. El sol quemaba como un ascua y parecía destellar a cada disparo. A pesar de su cintura, tan adolorida, él emprendió carrera entonces; pero antes de alcanzar el terreno del combate se sintió rodar con caballo y todo por tierra. La misma bala que fulminó a la bestia, seguramente, le perforó a él la pierna derecha.

¡Virgen Santísima! Ni moverte podrías.

—Conseguí enderezarme apenas y, con el cadáver del animal por mampuesto, disparé todos los tiros de mi revólver.

—¡Había que ver! —intervino Cachafaz—. Nos gritaba el patrón: ¡Caballo Pájaro! ¡No aflojen, niños!

Sí, no cesó de dar voces. Bien lo recordaba. Y arrebatado por sus propios gritos, las pupilas empañadas por lágrimas de coraje ante su impotencia, vio el fin de aquel tiroteo: allá, en la carretera, iba un gendarme arrastrando a sus dos compañeros, heridos, acaso muertos, y corriendo de árbol en árbol, cautos, se aproximaban a su patrón en desgracia los bravos del pelotón. Después... Sí, recuerda luego haber divisado el coche que partía en su busca desde las casas... De pronto, un desvanecimiento, la hemorragia tibia encharcándole pantalón y zapato. ¿Qué más? ¡Ah! los brazos de su viejecita, que le remueven amor propio y bríos...

Y reacciona:

—¿Habrá muertos, Bruno?

—Entre los pacos, puede.

—¿Y entre los nuestros?

—Fuera de su mercé, dos heridos; pero en puras carnes brutas, patrón.

Venancito lo tranquilizó:

—Pierda cuidado, patrón. A los tres días andarán dándose facha por ehi.

—¿Y el inspector? ¿Y el tinterillo?

—Esos... desaparecieron de una sola arrancá.

—A los primeros tiros, los maricas.

Hubo un intervalo festivo.

Por la tarde llegaron en tren especial desde Santiago con un médico de Melipilla, Toledo, Antuco y el diputado por el departamento, correligionario que mucho debía por cierto al cacique don José Pedro Valverde. Arrojó el cirujano emplastos y perejiles, sondó y desinfectó la herida. No había hueso comprometido, pero sí algo la arteria tibial; de ahí la hemorragia.

—Tuvo, doctor, un desvanecimiento muy largo a mediodía.

El facultativo meneó la cabeza. En la pérdida de sangre, considerando el estado anémico, anterior ya, veía él lo peligroso, y en la urea, causa de aquella ciática. Los colapsos podían repetirse. En fin, vendó y recetó.

Pero al enfermo lo preocupaba sólo el conflicto.

—¿Crees tú, Felipe, que seguirán adelante su inquina esos canallas?

—Proceso habrá. Dos carabineros mal heridos. ¡Figúrate! Veremos. Yo apelaré a todo recurso, porque los sucesos se produjeron después de haber violado ellos tu propiedad.

—En terreno mío, mío y cerrado. Ahí están los charcos de sangre. Y aquí estamos los heridos.

El parlamentario juró intervenir, ante el gobierno, en la cámara, con una interpelación si fuere procedente.

—Pero te debes calmar —le aconsejó Toledo—. No empeores las cosas con tu violencia contra los tiempos y la legislación moderna. Yo soy viejo también,

contemporáneo tuyo, y, sin embargo...

—Déjate de majaderías, hombre.

—Incorregible.

—Genio y figura...

—Pero es que tú deliras. Tú has delirado mucho. Ha sido ése tu mal.

El anciano sonrió, convino en que todos cambiaran también sonrisas. Pero:

—¡Eh! —dijo al cabo de una pausa reflexiva—. ¡Y qué grande no ha delirado! No se rían. No hablo por vanidad. A la grandeza llega el hombre por dos caminos; por el vuelo de sus virtudes y por la exaltación de sus defectos. Y es grande mayor aquel que por ambas vías ha podido ascender al delirio.

Luego miró a su hijo, que no reía, y cambió el tema:

—Mejor que no estuvieras tú aquí.

Se cogieron de la mano, y otro desvanecimiento, esta vez por emoción, sobrevino.

—Basta de tertulias —dispuso el médico.

Y solo con misia Marisabel quedó auxiliándolo.

No necesitaba de imaginaciones ahora misia Marisabel para sentirse atribulada. Como los grandes vientos se anuncian palpitando anticipados en el aire quieto, flotaba ya en el ambiente de La Huerta el fin de su señor.

—Temo, José Antonio —se atrevió a decir a su hijo en determinado momento, y con la gravedad que imponía el pronunciar el nombre así, completo y sin diminutivo —, temo que si junto con arrancar la viña se le vinieron a tu padre los años encima, estos sucesos marquen el principio de su muerte.

Antuco también lo creía. Y acaso todos lo supusieran, porque las casas del fundo se veían a diario y a toda hora pobladas de multitud. Durante años tan largos había preocupado a los vecinos de la comarca entera, que resultaba lógico y natural que no sólo peonadas y servidumbre, sino gentes de todo el contorno acudiesen alarmadas. Unos porque hubieran vivido temiéndole o sufriendole, algunos porque hasta le odiasen, muchos por admirarlo y quererlo con fanatismo, el total porque ya no sabían vivir sin unirlo a sus pensamientos, a sus actos y aun a sus destinos, el hecho era que no faltaba nadie allí y que tanta presencia formaba como un pulso de augurio en el aire.

Por lo demás, los colapsos continuaron para el enfermo, desapareció el apetito, la sangre perdida no se recuperaba. De nada servían tónicos e inyecciones, ni que Venancito deambulara ferviente y sin descanso por campos, bodegas y dependencias, matando animales a fin de captar más y más fluido vital para su patrón. Anemia y urea sumíanlo ya en olvidos y nieblas, ya en francos trastornos mentales. Acometíanle repentinas cóleras, máxime al recaer en su fobia para con los tiempos modernos. Entonces, tras de renegar contra «la canalla actual», se tranquilizaba sólo con inmersiones en su sentimiento pío: tal como el cura durante sus días postreros diérase a la contemplación mística y a los contactos con Dios, él buscaba paz en su yo religioso, en aquella zona o tonalidad donde la secreta raíz de su ser conseguía

entonar dentro del gran arcano. Rezaba, pues, horas y horas. El rosario empero, bajo su mirada fuerte y entre sus dedos recios, parecía siempre una tienda, una de sus cadenas de soberbia y dominio, un arma o un grillete.

Entre la plebe aglomerada en la plazoleta de la llavería, un grupo había como nadie constante. Lo formaban viejas, muchachas y también mocetones y hasta hombres maduros. Eran aquellas chinas que de mozas lo amaran, eran los hijos y las hijas naturales, todos corazones suyos, con resentimiento o sin él, sujetos al poder del pasado y de la sangre. Toledo, que desde que se declarara la gravedad pasaba sus días alternándose entre viajes por el proceso a juzgados o cortes y permanencias en La Huerta, habló una vez al viejo amigo de aquella familia bastarda. Y él, emocionado, repuso como quien hubiese aguardado la oportunidad:

—¿Sabes que acaso sea tiempo de pensar en mi testamento?

—Tiempo de testar son todos para hombres de nuestra edad.

—Así es. Y como yo he pensado mucho el mío, redáctamelo, Felipe. Quiero que se cumpla lo legítimo sin favores ni desigualdades; pero dentro de la cuarta de libre disposición deseo mejorar disimuladamente a José Antonio. Se lo debo. Desde luego, todos los caballos de mi montura, para él. Prohíbo que los monten yernos.

—Hombre...

—Bromas a un lado, continuemos: de la misma cuota, lo que sea de uso masculino, para él también; y de dineros efectivos, cosechas por cobrar o productos liquidables en el día, reparte a esa gente. No la recuerdo a toda, me perdonarás...

—Son tantas, Pepe... Pepito Valverde...

Hubo para un desahogo, de risas, que atinó a cortar el caballero:

—Pero Antuco, me parece, los conoce a todos. Y a mis sirvientes, sin excepción, cuanto juzgues tú generoso dar. Generoso, ¿entiendes? Interpretame, ponte como albacea con tus honorarios, redacta y tráeme para firmar. No temas que falte fortuna. Yo habré pasado crujías, hoy mismo puedo verme sin medios para muchos compromisos; pero a mi muerte... Tú sabes, los agricultores somos como las papas: damos el producto cuando nos entierran.

Más adelante, los días lúcidos, en charlas sucesivas, cuando misia Marisabel dormía y lo cuidaba en turno Antuco, fue completando disposiciones.

—Si Dios me llama, hijo, y lo presiento cerca, te pido acomodar mejores viviendas a las personas de quienes te hablará Felipe. Y a los demás, súbeles el salario. Con tino y medida, eso sí. Nunca engordes al gato, que mientras más lleno menos caza.

Pero las horas de lucidez disminuyeron, aunque paulatina, rápidamente. Se declaró además muy crudo y torrencial el invierno, al punto de ralea las visitas. Sentíase, verdad, siempre la atmósfera cual si permaneciera cargada por la preocupación de los contornos todos por el gran señor en peligro; mas ello y la decadencia del enfermo hicieron más penosas las jornadas para misia Marisabel. A su hijo, que se fatigaría sin duda labrando en faenas, echábalo a dormir temprano, y ella

velaba, sin otra compañía que alguna sirvienta siempre lista por las habitaciones próximas. Estábase, pues, quieta, guardándole a él su sueño, ya entre sustos y pensamientos sin fin, ya mascullando rogativas y plegarias.

Empezaba la verdadera noche para la señora cuando todos habíanse recogido ya en la casa y pasaba el llavero por patios y corredores en su ronda final. Su sombra oscilaba sobre los vidrios y las paredes conforme al balanceo del farol con que se alumbraba. Pronto sentíase un último portazo, luego el rechinar de un cerrojo y el caer de cierta barrera sobre sus encajes de hierro. Al fin se borraba la luz columpiante, alejándose al compás de los pasos en los ladrillos. Y solía entonces descargarse la lluvia. Si escampaba, con el escampar se ahuecaba nuevo silencio en el patio. Diríase que se había hecho allí el vacío y que tampoco el tiempo era entonces registrable. Sólo poco a poco venían después, y uno a uno, pequeños rumores: de gatos, murciélagos y lechuzas, dueños de las galerías tenebrosas, o el gemido de un desagüe, o uno de esos vientecillos que baten lentamente la puerta olvidada y alargan su rechinar como débil voz que se queja y que luego el aullido de algún perro distante prolonga.

Sola en el dormitorio, misia Marisabel meditaba, las manos encima del regazo y la vista en sus imágenes. ¿Cuándo llegarían sus hijas? Habían zarpado ya en sus barcos, en viaje de urgencia, con sus maridos llamados por conducto de la cancillería, y con los nietos. Pero ¿alcanzarían a su padre vivo? La tortura corrosiva se la dan, sin embargo, esas mujeres que permanecen, incesantes casi, en la plazoleta y que hacen abrir la capilla pata rezar novenas, rosarios y trisagios. Aunque todas las preces imploren por el enfermo, desatinan a la señora. Sus celos resucitan y, como esa multitud agrupada, se agolpan dentro de su corazón. La imaginación delira, Tal cual instante las fantasmagorías lindan en lo cómico, y aun ella se burla un poco de sus desazones, porque se pregunta si, después de muerto, en el otro mundo, rodearán a su José Pedro desde doña Carmela Burgos hasta la última de las chinas que lo han amado en éste. ¿Podrá ella entonces ahuyentarlas? ¿Cuál será la conducta posible allá? No lo sobrevivirá mucho ella, tampoco. Y pensando en defender su amor hasta en la vida eterna contra esas ánimas de pasión, aun desea con vehemencia morirse pronto. Cuanto antes, suele decirse, como en prisa de llegar a tiempo. A la postre se burlaba, es verdad, de sí misma. Pero sufría, sufría de antemano aquellos celos de ultratumba.

Y se alargaban, se alargaban sus noches. Entristecida solía clavar la vista en las ventanas. No cerrarían jamás bien aquellos postigos ya vencidos por el peso de tantos años y tantas capas de repintura. Los goznes corroídos desplomaban los batientes hacia el centro, y una T se calaba siempre a la luz lívida de la auroras. Alguna noche de tormenta, los relámpagos metían por allí su explosión azul. Si era extraordinario el trueno, despertaba don José Pedro, se santiguaba ella y venía la sirvienta que pernoctaba en las piezas contiguas.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué trarcas, señora! —decía la mujer, asomando la

cabeza trasnochada y repitiendo la señal de la cruz.

—¿Siente frío, hija?

—No, señora. Tengo brasas.

Y ambas volvían, cada cual a su puesto y actitud, a cruzar los antebrazos encima de las faldas, a dormitar a ratos, mientras el enfermo se perdía de nuevo dentro de su profundo sueño anémico.

Más livianos eran algunos atardeceres de tiempo claro. Declinaba manso el crepúsculo. De pronto el vuelo silencioso de un pájaro solitario rayaba el cielo arbolado. Y ella mecía sus melancolías conversando con su hijo.

—Muy mal veo a tu padre. Si lo trasladásemos a Santiago...

—Él no quiere. Yo se lo insinué ayer. La casa en la ciudad se le antoja una anticipación de la tumba. ¿Y cómo vamos a quitarle sus recreos de aquí? Sus mañanas...

Las mañanas eran, cierto, el espacio risueño del día para don José Pedro. Entonces actuaba un poco aún. Se le abría bien la puerta sobre el jardín; los yegüerizos le paseaban delante, por los senderos amarillos, sus caballos predilectos, y entre inspección y comentario, él vibraba por media hora o más.

De repente, sí, colérico, volvíase hacia la pared. Aunque trataran de tocarle motivos alegres —que si habían cableografiado Chepita y Rosa, que si venían con los niños, que si alborotaría la casa como una pajarera— él no entregaba la cara. Y al dominio de la anemia, poco después dormía su desconsuelo.

Una de tales mañanas empero, se quedó mirando a misia Marisabel y empezaron a rodársele las lágrimas.

—Mi viejo, ¿lloras? ¿Tú lloras?

—Lloro porque no sé decir ternezas, las ternezas que a ti desearía decirte. Me crié sin madre, qué quieres, y no aprendí esas cosas. Lo más tierno que logré decir en mi niñez fue *Caballo Pájaro*, ¡figúrate!

—Pues dímelo.

—Pero una verdad has de saber: sólo dos amores he tenido en mi vida, uno desgraciado y otro feliz. El desgraciado, Chepita. No te pongas celosa. Ella fue más mi hija que mi mujer. El feliz, tú, que todo lo fuiste para mí. Que te baste con esto, porque no deja de ser.

Los sollozos ahogaban a la viejecita. A él siguió fluyéndole mudo el llanto sobre las barbas.

Una ley oculta permite que algunos intuyan sus horas. Amaneció así otro mañana; pero en ella, aun cuando el médico al retirarse hubiese respondido a los ojos interrogantes: «Hay una reacción manifiesta», don José Pedro, tras de reposar las fatigas del tratamiento sobre las heridas, llamó:

—Marisabel, hija, que me traigan al capellán. Quiero confesarme. Hoy me voy a morir.

—¡Qué ocurrencia! Si cabalmente hoy te halló el doctor mejor que nunca. Se fue

muy satisfecho.

—Lámame al confesor, vieja. Y que venga con el Viático y los Santos Óleos.

Tan serena y terminante fue la orden, que la señora, pasando del estupor a la angustia, salió en actitud de obedecer.

En el salón lleno de gente lloraba momentos después, reclinada sobre el pecho de su hijo. Cuantos habían acudido como a diario, rodearon al grupo entonces, inquiriendo. Y enterados, unos a otros pasaron a visitar al enfermo. Habíanse propuesto reanimarlo y cada cual preparó sus frases.

El caballero los escuchó inalterable. Pero cuando prometían insistir, y al parecer Felipe Toledo esperaba respuesta, tuvo él uno de sus gestos de irritada impaciencia y terminó, perentorio:

—Basta. Yo me muero cuando me da la gana.

Sólo quedaba temblar. Y asentir. Porque todos creyeron entonces que de veras aquel voluntarioso indomable, don José Pedro Valverde, se moriría esa tarde.

En efecto, como entre cuatro y cinco, ya oleado y sacramentado, fijó el caballero la vista en un haz de sol que metía su franja llena de corpúsculos encendidos por la ventana, y pareció ausentarse del mundo.

De pronto, sin embargo, sin cambiar de postura, habló:

—Antuco, si tú plantas otra viña, hijo, hazlo en El Fiel. Es tierra inmejorable para la uva.

Sonó su voz como tantas veces había sonado cuando, ya en el estribo el pie, dejaba órdenes el patrón para sus temporales ausencias.

Y el asombro inmovilizó los semblantes.

Asombro y palabras serían emblema y divisa para el vástago de aquel hombre creador hasta la hora de su muerte.

Después el caballero no habló más. Clavados los ojos, muy abiertos, en la muriente lista de luz, agonizó. Fue una sobria, austera y breve agonía, sin horrores. Se apagó el sol. Habíase nublado de improviso y empezó a llover con ira y estrépito.

Lavado y vestido el cadáver, misia Marisabel juntó aquellas grandes y amadas manos y cayó sollozante y convulsa sobre ellas.

Antuco abrió de par en par la ventana del patio. El aguacero violento había cesado al hacerse la noche. Ahora llovía misteriosamente en las tinieblas.



EDUARDO BARRIOS (Valparaíso, 1884 Santiago de Chile, 1963). Cuentista, dramaturgo y novelista chileno, Premio Nacional de Literatura en 1946. Publicó su primer volumen de relatos, *Del natural*, en 1907, libro que, como su nombre lo indica, está «inspirado en los postulados de Zola y la corriente naturalista». La crítica de la época lo «fustigó su extremada audacia» por aparecer «enraizado en el aspecto más negativo del naturalismo de Zola, el sexo como función absorbente». Con su pieza *Mercaderes en el tiempo* (1910) obtuvo el Premio de Teatro en el concurso que, con motivo del Centenario de la Independencia, convocó el Consejo Superior de Letras y Artes. Después siguieron las comedias *Por el decoro* (1913) y *Lo que niega la vida* (1914).

Su consagración definitiva como escritor se produjo en 1915, con la publicación de *El niño que enloqueció de amor*; al mismo tiempo, se iniciaba como redactor de las revistas *Pluma y Lápiz*, *Pacífico Magazine* y *Zig-Zag*, donde tenía una columna de crítica de teatro. En 1917 se integró al grupo literario de Los Diez. Al año siguiente, en 1918 aparece su novela *Un perdido* y cuatro años más tarde *El hermano asno*, considerada como uno de sus mejores libros. Los volúmenes de relatos que le siguieron no tuvieron gran éxito, hasta que publicó, en 1944, *Gran señor y rajadiablos*, novela con la que obtuvo al año siguiente el Premio Atenea que otorga la revista homónima de la Universidad de Concepción.

Barrios fue también un gran cronista. Sus obras tienen rasgos propios del criollismo, si bien su prosa es principalmente modernista y neorromántica.

Notas

[1] Falto de texto en el original (N. del E.) <<